Tecnológico
de Monterrey

EX LIBRIS
CARLOS PRIETO

Tecnológico
de Monterrey

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CAVALLERO

D. QUIXOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

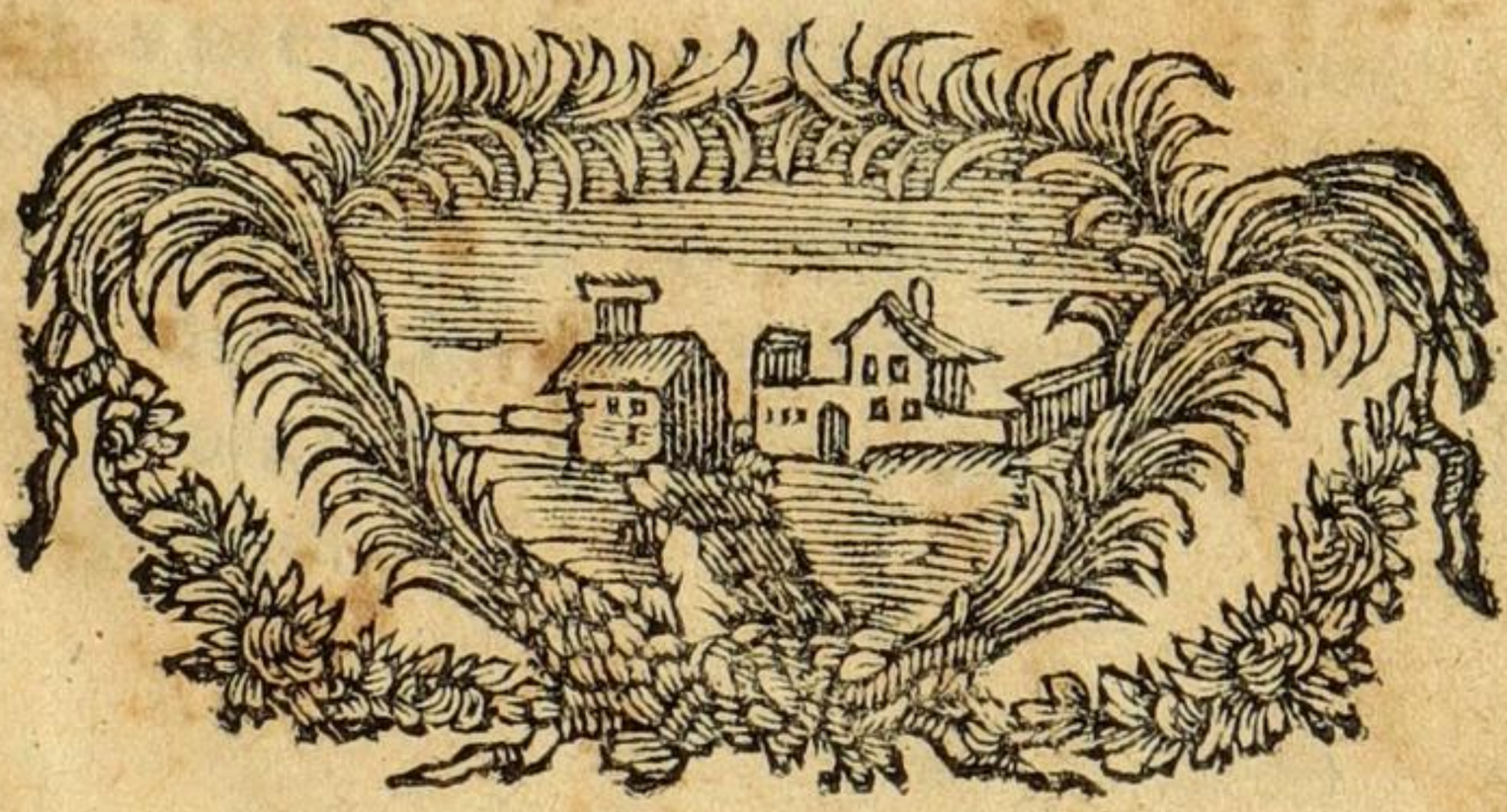
POR MIGUEL DE CERVANTES

Saavedra.

Tecnológico de Monterrey

TOMO IV.

DEDICADO AL MISMO DON QUIXOTE.



CON LICENCIA.

Barcelona: Por JUAN JOLIS Impreſſor.

863.3
C4197
20
1755 j
v.4

Tecnológico de Monterrey

LICENCIA DEL CONSEJO.

DOn Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nueſtro Señor, y de Govierno del Conſejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragón.

Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido licencia à Juan Jolis, Impreſſor en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los Tomos de la *Vida, y Hechos del Ingenioſo Cavallero Don Quixote de la Mancha, compueſta por Miguel de Cervantes de Saavedra*, con tal de que la dicha reimpreſſion ſe haga en papel fino por los impreſſos, que ſirven de Originales, que eſtán firmados, y rubricados de mi mano, y antes que ſe vendan, ſe traygan al Conſejo junto con ellos, y certificaciones del Corrector General de hallarſe conformes para que ſe taſſen los precios á que ſe han de vender; guardando en ſu Reimpreſſion lo diſpueſto por Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos. Y paraque conſte, doy eſta Certificacion en Madrid, à veinte y uno de Mayo de mil ſetecientos cinquenta y ſinco.

Don Juan de Peñuelas.

Tecnológico de Monterrey

FEE DE ERRATAS.

HE visto el quarto Tomo de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel Cervantes Saavedra, y corresponde al que le sirve de Original. Madrid, y Julio 20. de 1755.

Lic. D. Manuel Licardo de Rivera.

Corrector General por su Mag.

Tecnológico de Monterrey

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este Tomo quarto de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel de Cervantes Saavedra à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original, à que me remito.

VIDA,

VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIXOTE
DE LA MANCHA.
PARTE SEGUNDA.
LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO XXXIII.

DE LA SABROSA PLATICA, QUE LA Duquesa, y sus Doncellas passaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.

CUENTA, pues, la Historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo à vèr à la Duquesa, la qual, con el gusto que tenia de ohirle, le hizo sentar junto à sì en una silla baxa,

aun-

aunque Sancho, de puro bien criado, no queria ſentarſe; pero la Duqueſa le dixo, que ſe ſentaſſe como Governador, y hablaſſe como eſcudero, puesto que por entrambas coſas merecia el miſmo eſcaño del Cid Ruí Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció, y ſentóſe, y todas las Doncellas, y Dueñas de la Duqueſa le rodearon, atentas con grandiſſimo ſilencio à eſcuchar lo que diría; pero la Duqueſa fue la que habló primero, diciendo: Ahora que eſtamos ſolos, y que no nos oye nadie queria yo que el ſeñor Governador me abſolvieſſe ciertas dudas que tengo, nacidas de la Hiſtoria, que del gran Don Quixote anda ya impreſſa; una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió à Dulcinèa, digo à la ſeñora Dulcinèa del Toboſo, ni la llevó la carta de el ſeñor Don Quixote, porque ſe quedó en el libro de memoria en Sierra Mona, como ſe atrevió à fingir la reſpueſta, y aquello de que la halló ahechando trigo, ſiendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la ſin par Dulcinèa, y todas, que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos eſcuderos? A eſſas razones, ſin reſponder con alguna, ſe levantó Sancho de la ſilla, y con paſſos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo pueſto ſobre los labios, anduvo por toda la ſala levantando los doſeles, y luego, eſto hecho, ſe bolvió à ſentar, y dixo: Ahora,

ra, ſeñora mia, que he viſto, que no nos eſcucha nadie de ſolapa, fuera de los circunſtantes, ſin temor, ni ſobreſalto reſponderè à lo que ſe me ha preguntado, y à todo aquello que ſe me preguntare; y lo primero que digo es, que yo no tengo à mi ſeñor Don Quixote por loco rematado, pueſto que algunas veces dice coſas, que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le eſcuchan, ſon tan diſcretas, y por tan buen carril encaminadas, que el miſmo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo eſto, verdaderamente, y ſin eſcrupulo à mi ſe me ha aſſentado que es un mentecato, pues como yo tengo eſto en el magin me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza; como fue aquello de la reſpueſta de la carta, y lo de havrá ſeis ò ocho dias, que aun no eſtá en hiſtoria; conviene à ſaber, lo del encanto de mi ſeñora Doña Dulcinèa, que le he dado à entender que eſtá encantada, no ſiendo mas verdad, que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duqueſa que le contaſſe aquel encantamiento, ò burla, y Sancho ſe lo contó todo del miſmo modo que havia paſſado, de que no poco guſto recibieron los oyentes; y proſiguiendo en ſu platica, dixo la Duqueſa: De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un eſcrupulo en el alma, y un cierto ſuſurro llega à mis ohidos, que me dice: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato, y Sancho Pan-

Panza ſu eſcudero lo conoce, y con todo eſſo le ſirve, y le ſigue, y va atenido à las vanas promeſſas ſuyas, ſin duda alguna debe de ſer èl mas loco, y tonto que ſu amo; y ſiendo eſto aſſi, como lo es, mal contado te ſerá, ſeñora Duqueſa, ſi al tal Sancho Panza le dás Inſula que govierne; porque el que no ſabe governarſe à sì, cómo ſabrá governar à otro? Por Dios, ſeñora, dixo Sancho, que eſſe eſcrupulo viene con parto derecho; pero digale vueſtra merced, que hable claro, como quiſiere, que yo conozco que dice verdad, que ſi yo fuera diſcreto, dias hà que havia de haver dexado à mi amo: pero eſta fue mi ſuerte, y eſta mi mal andanza; no puedo mas, ſeguir le tengo, ſomos de un miſmo Lugar, he comido ſu pan, quierole bien, es agradecido, dióme ſus pollinos; y ſobre todo, yo ſoy fiel, y aſſi es impoſſible que nos pueda apartar otro ſuceſſo, que el de la pala, y azadón: y ſi vueſtra altaneria no quiſiere que ſe me dè el prometido Govierno, de menos me hizo Dios, y podria ſer, que el no darmele redundaſſe en pro de mi conciencia, que maguer à tonto, ſe me entiende aquel refrán, de por ſu mal le nacieron alas à la hormiga; y aun podria ſer, que fueſſe mas ahina Sancho eſcudero al Cielo, que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aqui como en Francia: y de noche todos los gatos ſon pardos; y aſſáz deſdichada es la perſona, que á las dos de la tarde no ſe ha-

de-

desayunado, y no hay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja, ù de heno: y las avecitas del campo tienen à Dios por su proveedor, y Despensero; y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de límiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda và el Principe, como el jornalero; y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristán, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hacen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno à decir, que si vuestra Señoría no me quisiere dár la Insula por tonto, yo sabré no darseme nada por discreto; y yo he ohido decir, que detrás de la Cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas sacaron al Labrador Bamba para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron à Rodrígo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romanzes antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo à esta sazon Doña Rodriguez la dueña, (que era una de los escuchantes) que un Romance hay, que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba, llena de zapos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey

des-

deſde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa: *Ya me comen, yà me comen por do mas pecado havia*: y ſegun eſto, mucha razon tiene eſte ſeñor en decir, que quiere mas ſer labrador, que Rey, ſi le han de comer ſabandijas. No pudo la Duqueſa tener la riſa oyendo la ſimplicidad de ſu dueña, ni dexó de admirarſe en ohir las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Ya ſabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero procura cumplirlo, aunque le cueſte la vida. El Duque mi ſeñor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por eſſo dexa de ſer Cavallero, y aſſi cumplirá la palabra de la prometida Inſula, à peſar de la embidia, y de la malicia del mundo. Eſtè, Sancho de buen animo, que quando menos lo pienſe ſe verá ſentado en la ſilla de ſu Inſula, y en la de ſu Eſtado, y empuñará ſu Govierno, que con otro de brocado de tres altos lo deſeche. Lo que yo le encargo es, que mire como govierna ſus vaſſallos, advirtiendo, que todos ſon leales, y bien nacidos. Eſſo de governarlos bien, reſpondió Sancho, no hay para que encargarmelo, porque yo ſoy caritativo de mio, y tengo campaſſion de los pobres, y à quien cuece, y amaſſa no hurtes hogaza; y para mi ſantiguada, que no me han de echar dado falſo: ſoy perro viejo, y entiendo todo tus, tus, y sè deſpavilarme à ſus tiempos, y no conſiento que me andan muſarañas ante los ojos, porque sè

adonde me aprieta el zapato; digolo, porque os buenos tendrán conmigo mano, y concabidad, y los malos ni piè, ni entrada: y parecerme à mi, que en eſto de los Goviernos todo es comenzar, y podria ſer, que à quince dias de Governador me comieſſe las manos tras el oficio, y ſupieſſe mas de èl, que de la labor del campo, en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duqueſa, que nadie nació enſeñado, y de los hombres ſe hacen los Obiſpos, que no de las piedras. Pero bolviendo à la platica, que poco ha tratabamos, del encanto de la ſeñora Dulcinèa, tengo por coſa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tubo de burlar à ſu ſeñor, y darle à entender, que la labradora era Dulcinèa, y que ſi ſu ſeñor no la conocia, debia de ſer por eſtár encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al ſeñor Don Quixote le perſiguen, porque real, y verdáderamente yo sè de buena parte, que la villana que dió el brinco ſobre la pollina, era, y es Dulcinèa del Toboſo, y que el buen Sancho, penſando ſer el engañador, es el engañado, y no hay poner mas duda en eſta verdad, que en las coſas que nunca vimos; y ſepa el ſeñor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que paſſa por el mundo pura, y ſencillamente, ſin enredos, ni maquinas: y creame, Sancho, que la villana

brin-

brincadora era, y es Dulcinèa del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos la havemos de vèr en su propria figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esso, dixo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la Cueba de Montesinos, donde dice que vió à la señora Dulcinèa del Toboso en el mismo trage, y habito, que yo dixe que la havia visto quando la encantè por solo mi gusto, y todo debió de ser al revès, como vuestra merced, señora mia, dice, porque de mi ruín ingenio no se puede, ni debe presumir, que fabricasse en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyesse una cosa tan fuera de todo termino; pero señora, no por esto será bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pesimos encantadores; yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revès, Dios está en el Cielo, que juzga los corazones. Assi es la verdad, dixo la Duquesa; pero digame ahora Sancho, què es esto que dice de la Cueba de Montesinos, que gustaria saberlo? Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca

a de la tal aventura. Oyendo lo qual la Du-
ueſa, dixo: De eſte ſuceſſo ſe puede inferir,
ue pues el gran Don Quixote dice, que vió
lli à la miſma Labradora, que Sancho dice que
ió à la ſalida del Toboſo, ſin duda es Dulci-
èa, y que andan por aqui los encantadores
nuy liſtos, y demaſiadamente curioſos. Eſſo
ligo yo, dixo Sancho Panza, que ſi mi ſeñora
Dulcinèa del Toboſo eſtá encantada, ſu daño
erá, que yo no me tengo de tomar con los
nemigos de mi amo, que deben de ſer muchos,
malos; verdad ſea, que la que yo ví fue una
Labradora, y por Labradora la tuve, y por tal
Labradora la juzguè; y ſi aquella era Dulcinèa,
no ha de eſtár à mi cuenta, ni ha de correr
por mi, ò ſobre ello morena. No ſino andenſe
à cada triquete conmigo à dime, y direte: San-
cho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y
Sancho bolvió, como ſi Sancho fueſſe algun
quien quiera, y no fueſſe el miſmo Sancho Pan-
za, el que anda ya en libros por eſſe mundo
adelante, ſegun me dixo Sanſón Carraſco, que
por lo menos es perſona bachillerada por Sa-
lamanca, y los tales no pueden mentir, ſino es
quando ſe les antoja, ò les viene muy à cuen-
to; aſſi que, no hay para que nadie ſe tome
conmígo; y pues que tengo buena fama, y ſe-
gun ohí decir à mi ſeñor, que mas vale el buen
nombre, que las muchas riquezas, encajenme
eſſe Govierno, y verán maravillas, que quien

ha

ha ſido buen eſcudero, ſerá buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho, dixo la Duqueſa, ſon ſentencias Catonianas, ò por lo menos ſacadas de las miſmas entrañas del miſmo Michaèl Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando à ſu modo, debaxo de una mala capa ſuele haver buen bebedor. En verdad, ſeñora, reſpondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con ſed bien podria ſer, porque no tengo nada de hypocrita; bebo quando tengo gana, quando no la tengo, y quando me lo dán, por no parecer, ò melindroſo, ò mal criado, que à un brindis de un amigo, què corazon ha de haver tan de marmol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las enſucio; quanto mas, que los eſcuderos de los Cavalleros Andantes caſi de ordinario beben agua, porque ſiempre andan por las floreſtas, ſelvas, prados, montañas, y riſcos, ſin hallar una miſericordia de vino, ſi dán por ella un ojo. Yo lo creo aſſi, reſpondió la Duqueſa, y por ahora vayaſe Sancho à reposar, que deſpues hablarèmos mas largo, y darèmos orden como vaya preſto à encajarſe, como èl dice, aquel Govierno. De nuevo le besó las manos Sancho à la Duqueſa, y la ſuplicó le hicieſſe merced de que ſe tuvieſſe buena cuenta con ſu rucio, porque era la lumbre de ſus ojos. Què rucio es eſſe? preguntó la Duqueſa. Mi aſno, reſpondió Sancho, que por no

nom-

ombrarle con eſte nombre, le ſuelo llamar el
ucio; y à eſta ſeñora dueña la roguè, quando
ntrè en eſte Caſtillo, tuvieſſe cuenta con èl, y
zoroſe de manera, como ſi la huviera dicho
ue era vieja, ò fea, debiendo ſer mas propio,
natural de las dueñas penſar jumentos, que
utorizar las ſalas. O, valame, Dios, y quan
nal eſtaba con eſtas ſeñoras un hidalgo de mi
ugar! Sería algun villano, dixo Doña Rodri-
guez la dueña, que ſi èl fuera hidalgo, y bien
acido, èl las puſiera ſobre el cuerno de la Lu-
a. Ahora bien dixo la Duqueſa, no hay mas,
alle Doña Rodriguez, y ſoſſieguese el ſeñor
anza, y quedeſe à mi cargo el regalo del ru-
io, que por ſer alaja de Sancho, le pondrè yo
obre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza
aſta que eſtè, reſpondió Sancho, que ſobre las
iñas de los ojos de vueſtra grandeza, ni èl, ni
o ſomos dignos de eſtár un ſolo momento; y
ſſi lo conſentiria yo como darme de puñala-
las, que aunque dice mi ſeñor, que en las cor-
esías antes ſe ha de perder por carta de mas,
que de menos; en las jumentiles, y aſninas ſe
a de ir con el compás en la mano, y con medi-
lo termino. Llevele, dixo la Duqueſa, Sancho,
l Govierno, y allá le podrá regalar como qui-
iere, y aun jubilarle del trabajo. No pienſe
ueſtra merced, ſeñora Duqueſa, que ha dicho
mucho, dixo Sancho, que yo he viſto ir mas de
dos aſnos à los Goviernos, y que llevaſſe yo el

mio

mio no ſería coſa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duqueſa la riſa, y el contento; y embiandole à repoſar, ella fuè à dár cuenta al Duque de lo que con èl havia paſſado, y entre los dos dieron traza, y orden de hacer una burla à Don Quixote, que fueſſe famoſa, y vinieſſe bien con el eſtilo Cavallereſco, en el qual le hicieron muchas tan proprias, y diſcretas, que ſon las mejores aventuras que en eſta grande Hiſtoria ſe contienen.

CAPITULO XXXIV.

Que cuenta de la noticia que ſe tuvo, de como ſe havia de deſencantar la ſin par Dulcinèa del Toboſo, que es una de las aventuras mas famoſas de eſte Libro.

GRande era el guſto que recibian el Duque, y la Duqueſa de la converſacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza; y confirmandoſe en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevaſſen vislumbres, y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote ya les havia contado de la Cueba de Monteſinos, para hacerle una que fueſſe famoſa; pero de lo que mas la Duqueſa ſe admiraba, era, que la ſimplicidad de Sancho fueſſe tanta, que huvieſſe venido à creer ſer ver-

verdad infalible, que Dulcinèa del Toboso estuviesse encantada, haviendo sido èl mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio: y assi, haviendo dado orden à sus criados de todo lo que havian de hacer, de alli à seis dias le llevaron à caza de montería, con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Dieronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia havia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guarda ropas, ni repostería. Sancho, sí, tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiesse. Llegado, pues, el esperado dia, armóse Don Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar, aunque le daban un cavallo, se metió entre la tropa de los monteros: la Duquesa salió bizarramente aderezada; y Don Quixote de puro cortès, y comedido, tomó la rienda de su palafrèn, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron à un bosque, que entre dos altissimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita, y vocería, de manera, que unos à otros no podian ohirse, assi por el ladrido de los perros, como por el

ſon de las bocinas. Apeóſe la Duqueſa, y con un agudo venablo en las manos ſe puſo en un pueſto por donde ella ſabía, que ſolían venir algunos Javalíes. Apeóſe aſſimiſmo el Duque, y Don Quixote, y puſieronſe à ſus lados: Sancho ſe puſo detrás de todos, ſin apearſe del rucio, à quien no oſſaba deſamparar, porque no le ſucedieſſe algun deſmán; y apenas havian ſentado el piè, y pueſtos en ala con otros muchos criados ſuyos, quando acoſados de los perros, y ſeguido de los cazadores, vieron que àcia ellos venía un deſmeſurado Javalí, cruxiendo dientes, y colmillos, y arrojando eſpuma por la boca; y en viendole embrazando ſu eſcudo, y pueſto mano à ſu eſpada, ſe adelantó à recibirle Don Quixote: lo miſmo hizo el Duque con ſu venablo; pero à todos ſe adelantára la Duqueſa, ſi el Duque no ſe lo eſtorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal deſamparó al rucio, y dió à correr quanto pudo; y procurando ſubirſe ſobre una alta encina, no fue poſſible, antes, eſtando ya à la mitad de ella, aſido de una rama, pugnando por ſubir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan deſgraciado, que ſe deſgajó la rama, y al venir al ſuelo, ſe quedó en el ayre aſido de un gancho de la encina, ſin poder llegar al ſuelo; y viendoſe aſſi, y que el ſayo verde ſe le raſgaba, y pareciendole, que ſi aquel fiero animal alli llegaba, le podia alcanzar, comen-

zó

zó à dar tantos gritos, y à pedir ſocorro con tanto ahinco, que todos los que le ohian, y no le veian, creyeron que eſtaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo Javalí quedó atraveſſado de las cuchilladas de muchos venablos, que ſe le puſieron delante; y bolviendo la cabeza Don Quixote à los gritos de Sancho, que ya por ellos le havia conocido, vióle pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y al rucio junto à èl, que no le deſamparó en ſu calamidad. Dice Cide Hamete, que pocas veces vió à Sancho Panza ſin vèr al rucio, ni al rucio ſin vèr à Sancho: tal era la amiſtad, y buena fee que entre los dos ſe guardaban. Llegó Don Quixote, y deſcolgó à Sancho, el qual viendoſe libre, y en el ſuelo, miró lo deſgarrado del ſayo de monte, y peſóle en el alma, que pensó que tenia en el veſtido un Mayorazgo. En eſto atraveſſaron al Javalí poderoſo ſobre un acemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, lo llevaron, como en ſeñal de victorioſos deſpojos, à unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del boſque eſtaban pueſtas, donde hallaron las meſas en orden, y la comida adereçada, tan ſumptuoſa, y grande, que ſe echaba bien de vèr en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, moſtrando las llagas à la Duqueſa de ſu roto veſtido, dixo: Si eſta caza fuera de liebres, ù de paxarillos,

llos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo: Yo no sè que gusto se recibe de espe-rar à un animal, que si os alcanza con un col-millo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haver ohido cantar un Romance antiguo, que dice: *De los Ossos seas comido, como Fabila el nombrado.* Esse fue un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo à caza de montería le co-mió un Osso. Esso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Principes, y los Reyes se pusiessen en semejantes peligros, à trueco de un gusto, que parece que no lo havia de ser, pues consiste en matar à un animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os enga-ñais, Sancho, respondió el Duque, porque el exercicio de la caza de monte, es el mas con-veniente, y necessario para los Reyes, y Prin-cipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; hay en ella estratagemas, astu-cias, insidias para vencer à su salvo al enemi-go; padecense en ella frios grandissimos, y calores intolerables; menoscabase el ocio, y el sueño; corroboranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa; y en resolucion, es exercicio que se pueda hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros generos de caza, excepto el de la bolatería, que tambien es solo para Reyes, y grandes Señores. Assi que, ò Sancho, mudad

de

de opinion, y quando ſeais Governador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eſſo no, reſpondió Sancho, el buen Governador la pierna quebrada, y en caſa. Bueno ſería, que vinieſſen los negociantes à buſcarle fatigados, y èl eſtuvieſſe en el monte holgandoſe, aſſi en hora mala andaria el Govierno. Mia fee, ſeñor, la caſa, y los paſſatiempos mas han de ſer para los holgazanes, que para los Governadores; en lo que yo pienſo entretenerme es, en jugar al triunfo embidado las Paſquas, y á los bolos los Domingos, y Fieſtas, que eſſas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que aſſi ſea; porque de el dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que huviere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas; quiero decir, que ſi Dios me ayuda, y yo hago lo que deba con buena intencion, ſin duda governarè mejor que un gerifalte: no ſino ponganme el dedo en la boca, y verán ſi aprieto, ò no. Maldito ſeas de Dios, y de todos ſus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando ſerá el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar ſin refranes una razon corriente, y concertada? Vueſtras grandezas dexen à eſte tonto, ſeñores mios, que les molerá

lerá las almas, no solo pueſtas entre dos, ſino entre dos mil refranes, traídos tan à ſazon, y tan à tiempo, quanto le dè Dios à èl la ſalud, ò à mi, ſi los querria eſcuchar. Los refranes de Sancho Panza, dixo la Duqueſa, pueſto que ſon mas que los del Comendador Griego, no por eſſo ſon menos de eſtimar, por la brevedad de las ſentencias. De mi sè decir, que me dán mas guſto que otros, aunque ſean mejor traídos, y con mas ſazon acomodados. Con eſtos, y otros entretenidos razonamientos ſalieron de la tienda al boſque, y en requirir algunas paranzas preſto ſe les paſſó el dia, y ſe les vino la noche, y no tan clara, ni tan ſeſga como la ſazon del tiempo pedia, que era en la mitad del Verano, pero un cierto claro obſcuro, que traxo conſigo, ayudó mucho à la intencion de los Duques. Aſſi como comenzó à anochecer, un poco mas adelante del crepuſculo, à deshora, pareció que todo el boſque por todas quatro partes ſe ardía; y luego ſe oyeron por aqui, y por alli, por acá, y por acullá infinitas cornetas, y otros inſtrumentos de guerra, como de muchas Tropas de Cavalleria, que por el boſque paſſaban. La luz del fuego, el ſon de los belicos inſtrumentos caſi cegaron, y atronaron los ojos, y los ohidos de los circunſtantes, y áun de todos los que en el buſque eſtaban. Luego ſe oyeron infinitos lelilies, al uſo de Moros quando entran en las Batallas; ſonaron Trompetas,

petas, y Clarines, retumbaron Tambores, reſonaron Piſanos, caſi todos à un tiempo, tan continuo, y tan aprieſſa, que no tuviera ſentido el que no quedára ſin èl al ſon confuſo de tantos inſtrumentos. Paſmóſe el Duque, ſuſpendióſe la Duqueſa, admiróſe Don Quixote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun haſta los miſmos ſabedores de la cauſa ſe eſpantaron: con el temor les cogió el ſilencio, y un Poſtillón, que en trage de demonio les paſſó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco, y deſmeſurado cuerno, que un ronco, y eſpantoſo ſon deſpedia. Ola, hermano Correo, dixo el Duque, quien ſois? adonde vais? y què gente de Guerra es la que por eſte boſque parece que atrevieſſa? A lo que reſpondió el Correo con voz horriſona, y deſenfadada: Yo ſoy el diablo, voy à buſcar à Don Quixote de la Mancha; la gente què por aqui viene ſon ſeis tropas de encantadores, que ſobre un Carro Triunfante traen à la ſin par Dulcinèa del Toboſo; encantada viene con el gallardo Francès Monteſinos, à dár orden à Don Quixote de como ha de ſer deſencantada la tal ſeñora. Si vos fuerades diablo como decís, y como vueſtra figura mueſtra, ya huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi conciencia, reſpondió el diablo, que no miraba en ello, porque traygo en tantas coſas divertidos los

pen-

penſamientos, que de la principal à que venía ſe me olvidaba. Sin duda, dixo Sancho, que eſte demonio debe de ſer hombre de bien, y buen Chriſtiano; porque à no ſerlo, no jurára en Dios, y en mi conciencia. Ahora yo tengo para mi, que aun en el miſmo infierno debe de haver buena gente. Luego el demonio, ſin apearſe, encaminando la viſta à Don Quixote, dixo: A tí el Cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia el deſgraciado, pero valiente Cavallero Monteſinos, mandandome, que de ſu parte te diga, que le eſperes en el miſmo lugar que te topare, à cauſa, que trae conſigo à la que llaman Dulcinèa del Toboſo, con orden de darte la que es meneſter para deſencantarla; y por no ſer para mas mi venida, no ha de ſer mas mi eſtada; los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con eſtos ſeñores; y en diciendo eſto tocó el deſaforado cuerno, y bolvió las eſpaldas, y fueſſe ſin eſperar reſpueſta de ninguno. Renovóſe la admiracion en todo, y eſpecialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho, en vèr, que à deſpecho de la verdad querian que eſtuvieſſe encantada Dulcinèa: en Don Quixote, por no poder aſſegurarſe, ſi era verdad, ò no lo que le havia paſſado en la Cueba de Monteſinos; y eſtando elevado en eſtos penſamientos, el Duque le dixo: Pienſa vueſtra merced eſperar? ſeñor Don Quixote.

Pues

Pues no? reſpondió èl, aqui eſperarè intrepido, y fuerte, ſi me vinieſſe à embeſtir todo el infierno. Pues ſi yo veo otro diablo, y oygo otro cuerno como el paſſado, aſſi eſperarè yo aqui, como en Flandes, dixo Sancho. En eſto ſe cerró mas la noche, y comenzaron à diſcurrir muchas luces por el boſque, bien aſſi como diſcurren por el Cielo las exhalaciones ſecas de la tierra, que parecen à nueſtra viſta eſtrellas que corren. Oyóſe aſſimiſmo un eſpantoſo ruído, al modo de aquel que ſe cauſa de las ruedas macizas, que ſuelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirio aſpero, y continuado ſe dice, que huyen los Lobos, y los Oſſos, ſi los hay por donde paſſan. Añadióſe à toda eſta tempeſtad otra, que las aumentó todas, que fue, que parecia verdaderamente, que à las quatro partes del boſque ſe eſtaban dando à un miſmo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque alli ſonaba el duro eſtruendo de eſpantoſa Artilleria, acullá ſe diſparaban infinitas Eſcopetas; cerca caſi ſonaban las voces de los combatientes: lexos ſe reíteraban los lelilies Agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las vocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y ſobre todo el temeroſo ruído de los Carros, formaban todos juntos un ſon tan confuſo, y tan horrendo, que fue meneſter, que Don Quixote ſe valieſſe de todo ſu corazon para ſufrirle; pe-

ro

ro el de Sancho vino à tierra, y dió con èl deſmayado à las faldas de la Duqueſa, la qual le recibió en ellas, y à gran prieſſa mandó, que le echaſſen agua en el roſtro. Hizoſe aſſi, y èl bolvió en ſu acuerdo à tiempo que ya un Carro de las rechinantes ruedas llegaba à aquel pueſto: tirabanle quatro perezoſos bueyes todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada, y encendida una grande acha de cera, y encima del Carro venía hecho un aſſiento alto, ſobre el qual venía ſentado un venerable Viejo, con una barba mas blanca que la miſma nieve, y tan luenga, que le paſſaba de la cintura: ſu veſtidura era una ropa larga de negro vocací, que por venir el Carro lleno de infinitas luces, ſe podia bien diviſar, y diſcernir todo lo que en èl venía. Guiabanle dos feos demonios, veſtidos del miſmo bocací, con tan feos roſtros, que Sancho, haviendolos viſto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el Carro à igualar al pueſto, ſe levantó de ſu alto aſſiento el viejo venerable, y pueſto en piè, dando una gran voz, dixo: *Yo ſoy el ſabio Lirgandeo*: y paſſó el Carro adelante, ſin hablar mas palabra. Tras eſte paſſó otro Carro de la miſma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el Carro ſe detuvieſſe, con voz no menos grave que el otro, dixo: *Yo ſoy el Diablo Alquife, el grande amigo de Urganda la deſconocida*; y paſſó adelan-

ante. Luego por el miſmo continente llegó otro Carro ; pero el que venía ſentado en el trono no era viejo como los demás , ſino hombron robuſto , y de mala catadura , el qual al llegar , levantandoſe en piè como los otros, dixo con voz mas ronca , y mas endiablada : *Yo ſoy Arcalaux el encantador enemigo mortal de Amadís de Gaula , y de toda ſu parentela* ; y paſſó adelante. Poco deſviados de alli hicieron alto eſtos tres Carros , y ceſſó el enfadoſo ruído de ſus ruedas , y luego no ſe oyó otro ruído , ſino un ſon de una ſuave , y concertada muſica formado , con que Sancho ſe alegró , y lo tuvo à buena ſeñal ; y aſſi dixo à la Duqueſa, de quien un punto , ni un paſſo ſe apartaba : Señora , donde hay muſica , no puede haver coſa mala. Tampoco adonde hay luces , y claridad , reſpondió la Duqueſa. A lo que replicó Sancho : Luz dá el fuego , y claridad las hogueras , como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ſer que nos abrazaſſen ; pero la muſica ſiempre es indicio de regocijos , y de fieſtas. Ello dirá , dixo Don Quixote , que todo lo eſcuchaba , y dixo bien, como ſe mueſtra en el Capitulo ſiguiente.

)( )(✠)( )(

CAPI.

CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinèa, con otros admirables sucessos.

AL compás de la agradable musica, vieron, que àcia ellos venía un Carro de los que llaman Triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas emperó de lienzo blanco, y sobre cada una venía un disciplinante de luz, assimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano: era el Carro dos veces, y aun tres, mayor que los

pas-

)aſſados, y los lados, y encima de èl ocupa-
)an otros doce diſciplinantes, albos como la
ieve, todos con ſus hachas encendidas; viſta,
ue admiraba, y eſpantaba juntamente: y en
n levantado trono venía ſentada una Ninfa,
eſtida de mil velos de tela de plata, brillando
)or todos ellos infinitas hojas de argentería de
)ro, que la hacian, ſino rica, à lo menos viſ-
oſamente veſtida: traía el roſtro cubierto con
n tranſparente, y delicado cendal, de modo,
ue ſin impedirlo ſus riſos, por entre ellos ſe
leſcubria un hermoſiſſimo roſtro de doncella,
y las muchas luces daban lugar para diſtinguir
a belleza, y los años, que al parecer no lle-
gaban à veinte, ni baxaban de diez y ſiete;
unto à ella venía una figura veſtida de una
opa de las que llaman rozagantes, haſta los
)ies, cubierta la cabeza con un velo negro;
)ero al punto que llegó el Carro à eſtár frente
í frente de los Duques, y de Don Quixote,
ceſſó la muſica de las chirimias, y luego la de
as harpas, y laùdes, que en el Carro ſonaban,
y levantandoſe en piè la figura de la ropa, la
apartó à entrambos lados, y quitandoſe el ve-
o del roſtro, deſcubrió patentamente ſer la
miſma figura de la muerte, deſcarnada, y fea;
de que Don Quixote recibió peſadumbre, y
Sancho miedo, y los Duque hicieron algun
entimiento temeroſo. Alzada, y pueſta en piè
eſta muerte viva, con voz algo dormida, y

con

con lengua no muy deſpierta, comenzó à decir de eſta manera:

YO ſoy Merlín, aquel que las Hiſtorias
Dicen, que tuve por mi padre al Diablo,
Mentira autorizada de los tiempos,
Principe de la Magica, y Monarca,
Y archivo de la ciencia Zoroaſtrica,
Emulo à las edades, y à los ſiglos,
Que ſolapar pretenden las hazañas
De los Andantes bravos Cavalleros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.
Y pueſto que es de los Encantadores,
De los Magos, ò Magicos contino,
Dura la condicion, aſpera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amoroſa,
Y amiga de hacer bien à todas gentes.
En las cabernas lobregas de Dite,
Donde eſtaba mi alma entretenida
En formar ciertos rumbos, y caracteres,
Llegó la voz doliente de la bella,
Y ſin par Dulcinèa del Toboſo.
Supe ſu encantamiento, y ſu deſgracia,
Y ſu transformacion de gentil Dama
En ruſtica Aldeana; condolime,
Y encerrando mi eſpiritu en el hueco
De eſta eſpantoſa, y fiera notomía,
Deſpues de haver rebuelto cien mil Libros
De eſta mi conciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dár el remedio que conviene

A tamaño dolor, á mal tamaño.
O tu, gloria, y honor de quantos viſten
Las tunicas de acero, y de diamante,
Luz, y faról, ſendero, norte, y guia
De aquellos, que dexando el torpe ſueño,
Y las ocioſas plumas, ſe acomodan
A uſar el exercicio intolerable
De las ſangrientas, y peſadas armas!
A tì digo, ò varon, como ſe debe,
Por jamás alabado, à tì valiente
Juntamente, y diſcreto Don Quixote,
De la Mancha explendor, de Eſpaña eſtrella,
Que para recobrar ſu eſtado primo
La ſin par Dulcinèa del Toboſo,
Es meneſter, que Sancho tu eſcudero
Se dè tres mil azotes, y trecientos
En ambas ſus valientes poſaderas,
Al ayre deſcubiertas, y de modo,
Que le eſcuezan, le amarguen, y le enfaden,
Y eu eſto ſe reſuelven todos quantos
De ſu deſgracia han ſido los Authores,
Y á eſto es mi venida, mis ſeñores.

Voto à tal, dixo à eſta ſazón Sancho, no igo tres mil azotes, pero aſſi me darè yo tres, omo tres puñaladas: valete el diablo por mo- o de deſencantar. Yo no sè que tienen que èr mis poſas con los encantos. Par Dios, que el ſeñor Merlín no ha hallado otra manera omo deſencantar à la ſeñora Dulcinèa del To-

boſo,

boso, encantada se podrá ir à la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, Don villano, harto de ajos, y amarraros hè à un arbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pagados, que no se os caygan à tres mil y trescientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancarè el alma. Oyendo lo qual Merlín dixo: No ha de ser assi, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que èl quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permitesele, que si èl quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento, puede dexar que se los dè agena mano, aunque sea algo de pesada. Ni agena, ni propria, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano. Parí yo, por ventura, à la señora Dulcinèa del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama à cada passo mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necessarias para su desencanto; pero azotarme yo, abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, quando levantandose en pié la argentada Ninfa, que junto al espiritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo del rostro, le des-

cu-

cubrió tal, que à todos pareció mas que demaſiadamente hermoſo; y con un deſenfado varonìl, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: O mal aventurado eſcudero, alma de cantaro, corazon de alcornoque, de entrañas guigeñas, y apedernaladas! Si te mandáran, ladrón, deſuella caras, que te arrojáras de una alta torre al ſuelo; ſi te pidieran, enemigo del Genero Humano, que te comieras una docena de ſapos, dos de lagartos, y tres de culebras; ſi te perſuadieran à que matáras à tu muger, y à tus hijos con alguu truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla que te moſtráras melindroſo, y eſquivo; pero hacer caſo de tres mil y treſcientos azotes, que no hay niño de la Doctrina, por ruín que ſea, que no ſe los lleve cada mes, admira, adarva, y eſpanta à todas las entrañas piadoſas de los que lo eſcuchan, y aun las de todos aquellos, que lo vinieren à ſaber con el diſcurſo del tiempo. Pón, ò miſerable, y endurecido animal, pón, digo, eſſos us ojos de mochuelo eſpantadizo en las niñas le eſtos mios, comparados à rutilantes eſtrelas, y veráslos llorar hilo à hilo, y madeja, madeja, haciendo ſurcos, carreras, y ſendas por los hermoſos campos de mis mexillas. Muevate, ſocarrón, y mal intencionado monſtruo, vèr que la edad tan florida mia, que aun ſe eſtá todavia en el diez de los años, pues ten-

go diez y nueve, y no llego à veinte, se con-
• sume, y marchita debajo de la corteza de una
rustica Labradora; y si ahora no lo parezco, es
merced particular, que me ha hecho el señor
Merlín, que está presente, solo porque te en-
ternezca mi belleza; que las lagrimas de una
afligida hermosura buelven en algodón los ris-
cos, y los tigres en ovejas. Date, date en essas
carnazas, bestión indomito, y saca de Aarón
esse brio, que à solo comer, y mas comer te
inclina, y pón en libertad la lisura de mis car-
nes, la mansedumbre de mi condicion, y la be-
lleza de mi faz; y si por mi no quieres ablan-
darte, ni reducirte à algun razonable termino,
haslo por esse pobre Cavallero, que à tu lado
tienes: por tu amo digo, de quien estoy viendo
el alma, que la tiene atravessada en la gargan-
ta, no diez dedos de los labios, que no espera
sino tu rigida, ò blanda respuesta, ò para salir-
se por la boca, ò para bolverse al estomago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, bolviendose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinèa ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atravessada en la garganta, como una nuez de ballesta. Què decis à esto vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio haveis de decir, Sancho, y no como decís, dixo el Duque. Dexeme vuestra grandeza, respon-

dió

dió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sutilezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos azotes, que me han de dàr, ò me tengo de dár, que no sè lo que me digo, ni lo que me hago; pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinèa del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar, que tiene? viene à pedirme, que me abra las carnes à azotes, y llamame alma de cantaro, y bestion indomito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vame à mi algo en que se desencante, ò no? que canasta de ropa blanca, de camisas de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de sì para ablandarme, sino un vituperio, y otro, sabiendo aquel refrán, que dicen por aí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dadivas quebrantan peñas; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas vale un toma, que dos te daré. Pues el señor mi amo, que havia de traerme la mano por el cerro, y al alhagarme para que yo me hiciesse de lana, y de algodón cardado, dice, que si me coge, me amarrará desnudo à un arbol, y me doblará la parada de los azotes; y havian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden, que se azote un escudero, sino un Governador, como quien dice: bebe con guindas; aprendan, aprendan mucho

en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor; estoy yo ahora rebentando de pena por vèr mi sayo verde roto, y vienen à pedirme, que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que sino os ablandais mas que una breva madura, que no haveis de empuñar el Govierno. Bueno sería, que yo embiasse à mis Insulanos un Governador cruèl, de entrañas pedernalinas, que no se doblega à las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos haveis de ser azotado, ò os han de azotar, ò no haveis de ser Governador. Señor, respondiò Sancho, no se me darían dos dias de termino para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlìn, aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar assentado lo que ha de ser de este negocio, ò Dulcinèa bolverá à la Cueba de Montesinos, y à su pristino estado de Labradora; ò ya en el ser que esta será llevada à los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el numero del vapulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que haveis comido del señor Don Quixote, à quien todos deve-

devemos ſervir, y agradar por ſu buena condicion, y por ſus altas Cavallerias. Dad el sì, hijo, de eſta azotayna, y vayaſe el diablo, para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien ſabeis. A eſtas razones reſpondió con eſtas diſparatadas Sancho, que hablando con Merlìn le preguntó: Digame vueſtra merced, ſeñor Merlìn, quando llegó aqui el diablo correo, y dió à mi amo un recado del ſeñor Monteſinos, mandandole de ſu parte, que le eſperaſſe aqui, porque venìa à dár orden de que la ſeñora Dulcinèa del Toboſo ſe deſencantaſſe, y haſta ahora no hemos viſto à Monteſinos, ni à ſus ſemejas? à lo qual reſcondió Merlín: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandiſſimo bellaco; yo le embiè en buſca de vueſtro amo, pero no con recado de Monteſinos, ſino mio, porque Monteſinos ſe eſtá en ſu Cueba, entendiendo, ò por mejor decir, eſperando ſu deſencanto, que aun le falta la cola por deſollar; ſi os debe algo, ò teneis alguna coſa que negociar con èl, yo os le traerè, y pondrè donde vos mas quiſieredes; y por ahora acabar de dár el sì de eſta diſciplina, y creedme, que os ſerá de mucho provecho, aſſi para el alma, como para el cuerpo; para el alma, por la caridad con que la harèis; para el cuerpo, porque yo sè que ſois de complexion ſanguinea, y no os podrá hacer daño ſacaros un

poco

poco de ſangre. Muchos Medicos hay en el mundo, haſta los encantadores ſon Medicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen aunque yo no me lo veo, digo, que ſoy contento de darme los tres mil y treſcientos azotes, con condicion, que me los tengo de dár cada, y quando que yo quiſiere, ſin que ſe me ponga taſſa en los dias, ni en el tiempo; yo procurarè ſalir de la deuda lo mas preſto que ſea poſſible, porque goce el mundo de la hermoſura de la ſeñora Dulcinèa del Toboſo, pues ſegun parece, al revès de lo que yo penſaba, en efecto es hermoſa. Ha de ſer tambien condicion, que no he de eſtár obligado à ſacarme ſangre con la diſciplina, y que ſi algunos azotes fueren de moſquèo, ſe me han de tomar en cuenta. Item, que ſi me errare en el numero, el ſeñor Merlín, pues lo ſabe todo, ha de tener cuydado de contarlos, y de aviſarme los que me faltan, ò los que me ſobran. De los ſobrados no havrá que aviſar, reſpondió Merlìn, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improviſo deſencantada la ſeñora Dulcinèa, y vendrá à buſcar, como agradecida, al buen Sancho, y à darle gracias, y aun premios, por la buena obra. Aſſi que, no hay de que tener eſcrupulo de las ſobras, ni de las faltas, ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque ſea en un pelo de la cabeza. Ea, pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo con-

ſiento en mi mala ventura; digo, que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas. Apenas dixo eſtas ultimas palabras Sancho, quando bolvió à ſonar la muſica de las chirimias, y ſe bolvieron à diſparar infinitos arcabuces; y Don Quixote ſe colgó del cuello de Sancho, dandole mil beſos en la frente, y en las mexillas. La Duqueſa, el Duque, y todos los circunſtantes dieron mueſtras de haver recibido grandiſſimo contento, y el Carro comenzó à caminar, y al paſſar la hermoſa Dulcinèa inclinó la cabeza à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho; y ya en eſto ſe venía à mas andar el Alva alegre, y riſueña, las florecillas de los campos ſe deſcollaban, y erguían, y los liquidos cryſtales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dár tributo à los rios, que los eſperaban: la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz ſerena, cada uno por sì, y todos juntos, daban manifieſtas ſeñales, que el dia que la Aurora venía piſando las faldas, havia de ſer ſereno, y claro. Y ſatisfechos los Duques de la caza, y de haver conſeguido ſu intencion tan diſcreta, y felizmente ſe bolvieron à ſu Caſtillo, con preſupueſto de ſegundar en ſus burlas, que para ellos no havia veras, que mas guſto les dieſſen.

CA-

CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una Carta, que Sancho Panza escrivió à su muger Teresa Panza.

TEnia un Mayordomo el Duque de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlín, y acomodó todo el aparato de la aventura passada, compuso los versos, y hizo que un page hiciesse à Dulcinèa. Finalmente, con intervencion de sus señores, ordenó otra del mas gracioso, y estraño artificio, que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa à Sancho otro dia, si havia comenzado la tarèa de la penitencia, que havia de hacer por el desencanto de Dulcinèa? Dixo que sì, y que aquella noche se havia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa, que con què se los havia dado? Respondió, que con la mano. Esso, replicó la Dupuesa, mas es darse de palmadas, que de azotes; yo tengo para mi, que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura, menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ò de las de canelones, que se dexen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dár tan barata

la líbertad de una gran ſeñora como lo es Dulcinèa, por tan poco precio. A lo que reſpondió Sancho: Dème vueſtra Señoría alguna diſciplina, ò ramal conveniente, que yo me darè con èl, como no me duela demaſiado; porque hago ſaber à vueſtra merced, que aunque ſoy ruſtico, mis carnes tienen mas de algodón, que de eſparto, y no ſerá bien, que yo me deſcrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, reſpondió la Duqueſa, yo os darè mañana una diſciplina, que os venga muy al juſto, y ſe acomode con la ternura de vueſtras carnes, como ſi fueran ſus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vueſtra Alteza, ſeñora mia, que yo tengo eſcrita una una Carta à mi muger Tereſa Panza, dandola cuenta de todo lo que me ha ſucedido deſpues que me apartè de ella: aqui la tengo en el ſeno, que no la falta mas de ponerla el ſobre eſcrito: querría que vueſtra diſcrecion la leyeſſe, porque me parece que vá conforme à lo de Governador (digo al modo que deben de eſcrivir los Governadores.) Y quien la notó? preguntó la Duqueſa. Quien la havia de notar ſino yo, pecador de mi? reſpondió Sancho. Y eſcriviſteisla vos? dixo la Duqueſa. Ni por pienſo, reſpondió Sancho, porque yo no sè leer, ni eſcrivir, pueſto que se firmar. Veamosla, dixo la Duqueſa, que à buen ſeguro, que vos moſtrais en ella la calidad, y ſuficiencia de vueſtro ingenio,

genio. Sacó Sancho una Carta abierta de el se-
seno, y tomandola la Duquesa, vió que decia
de esta suerte:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA Panza su muger.

SI buenos azotes me daban, bien cavallero me iba; si buen Govierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tu, Teresa mia, por ahora, otra vez lo sabrás: has de saber, Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar, es andar à gatas. Muger de un Governador eres, mira si te roerá nadie los zancajos: ái te embiò un vestido verde de Cazador, que me dió mi señora la Duquesa, acomodale en modo, que sirva de saya, y cuerpos à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he obido decir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la Cueba de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinèa del Toboso (que por allá se llama Aldonza Lorenzo) con tres mil y quinientos azotes, menos cinco, que me he de dár, quedará desencantada con la madre que la parió. No dirás de esto nada à nadie, porque pòn lo tuyo en Consejo, y unos dirán, que es blanco, y otros que es negro. De aqui á pocos dias me partirè al Govierno, adonde voy con grandissimo

mo deſeo de hacer dineros, porque me han dicho, ue todos los Governadores nuevos ván con eſte iſmo deſeo: tomarèle el pulſo, y aviſarète ſi has venir à eſtár conmigo, ò no. El rucio eſtá bue-, y ſe te encomienda mucho, y no le pienſo de-ar aunque me llevàran à ſer gran Turco. La uqueſa mi ſeñora te beſa mil veces las manos, uelvela el retorno con dos mil, que no hay coſa ue menos cueſte, ni valga mas varata, ſegun ice mi amo, que los buenos comedimientos. No ſido Dios ſervido de depararme otra maleta n otros cien eſcudos, como la de marras, pero te dè pena, Tereſa mia, que el ſalvo eſtá el ue repica, y todo ſaldrá en la colada de el Go-erno, ſino que me ha dado gran pena, que me cen, que ſi una vez le pruebo, que me tengo de mer las manos trás èl; y ſi aſſi fueſſe, no me ſtaría muy barato, aunque los eſtropeados, y ancos ya ſe tienen ſu Canongía en la limoſna que den: aſſi que, por una via, ò por otra, tu has ſer rica, y de buena ventura. Dios te la dè co-puede, y à mi me guarde para ſervirte. De e Caſtillo à 20. de Julio de 1614.

Tu marido el Governador
Sancho Panza.

En acabando la Duqueſa de leer la Carta, xo à Sancho: En dos coſas anda un poco deſ-minado el buen Governador; la una, en de-

cir,

cir, ò dár à entender, que eſte Govierno ſe
han dado por los azotes que ſe ha de dár, ſ
biendo èl, que no lo puede nagar, que quand
el Duque mi ſeñor ſe le prometió, no ſe ſoñ
ba haver azotes en el mundo; la otra es, q
ſe mueſtra en ella muy codicioſo, y no querr
que oregano fueſſe; porque la codicia rom
el ſaco, y el Governador codicioſo hace
juſticia deſgovernada. Yo no lo digo por tant
ſeñora, reſpondió Sancho; y ſi à vueſtra merce
le parece que la tal Carta no vá como ha de i
no hay ſino raſgarla, y hacer otra nueva,
podria ſer que fueſſe peor, ſi me lo dexan à m
caletre. No, no replicó la Duqueſa, buena e
tá eſta, y quiero que el Duque la vea. Con e
to ſe fueron à un jardin, donde havian de c
mer aquel dia: moſtró la Duqueſa la Carta
Sancho al Duque, de que recibió grandiſſim
contento. Comieron, y deſpues de haver alz
do los manteles, y deſpues de haverſe entret
nido un buen eſpacio con la ſabroſa conver
cion de Sancho, à deshora ſe oyó el ſon tri
tiſſimo de un pifano, y el de un ronco, y de
templado tambor; todos moſtraron alborota
ſe con la confuſa, marcial, y triſte harmoní
eſpecialmente Don Quixote, que no cabia
ſu aſſiento de puro alborotado: de Sancho
hay que decir, ſino que el miedo le llevó à
acoſtumbrado refugio, que era el lado, ò fa
das de la Duqueſa; porque real, y verdader
mente

nte el ſon que ſe eſcuchaba era triſtiſſimo,
melancolico. Y eſtando todos aſſi ſuſpenſos,
ron entrar por el jardin adelante dos hom-
es veſtidos de luto, tan luengo, y tendido,
e les arraſtraba por el ſuelo: eſtos venian to-
ndo dos grandes tambores, aſſimiſmo cubier-
de negro; à ſu lado venía el pifano negro,
izmiento como los demás: ſeguia à los tres
perſonage de cuerpo agigantado, amanta-
, no que veſtido con una negriſſima loba,
ya falda era aſſimiſmo deſaforada de grande;
r encima de la loba le ceñia, y atraveſſaba
ancho tahalí, tambien negro, de quien
ndia un deſmeſurado alfange de guarnicio-
s, y vayna negra. Venia cubierto el roſtro
n un tranſparente velo negro, por quien ſe en-
parecia una longuiſſima barba blanca como
nieve. Movia el paſſo al ſon de los tambores
n mucha gravedad, y repoſo. En fin, ſu
andeza, ſu contoneo, ſu negrura, y ſu acom-
ñamiento, pudiera, y pudo ſuſpender à to-
s aquellos, que ſin conocerle le miraron.
egó, pues, con el eſpacio, y proſopopeya
ferida à hincarſe de rodillas ante el Duque,
e en piè, con los demás que alli eſtaban, le
endia; pero el Duque en ninguna manera le
nſintió hablar haſta que ſe levantaſſe. Hizolo
i el eſpantajo prodigioſo, y pueſto en piè,
zó el antifáz del roſtro, hizo patente la mas
rrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas

po-

poblada barba, que hasta entonces humano
ojos havian visto; y luego desencajó, y arran
có del ancho, y dilatado pecho una voz grave
y sonora, y poniendo los ojos en el Duque
dixo: Altissimo, y poderoso señor, à mi m
llaman Trifaldin, el de la barba blanca: so
escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nom
bre llamada la Dueña Dolorida; de parte d
la qual traygo à vuestra grandeza una embaxa
da, y es, que la vuestra magnificencia sea ser
vido de darla facultad, y licencia para entra
à decirla su cuyta, que es una de las mas nue
vas, y mas admirables, que el mas cuytad
pensamiento del Orbe puede haver pensado;
primero quiere saber, si está en este vuestr
Castillo el valeroso, y jamás vencido Cavalle
ro Don Quixote de la Mancha, en cuya busc
viene, à piè, y sin desayunarse, desde el Rey
no de Candaya, hasta este vuestro Estado: co
que se puede, y debe tener à milagro, ò à fue
za de encantamento: ella queda à la puerta d
esta Fortaleza, ò Casa de Campo, y no agua
da para entrar sino vuestro beneplacito: dix
y tosió luego, y manoseóse la barba de arrib
abaxo con entrambas manos, y con much
sossiego estuvo atendiendo à la respuesta d
Duque, que fue: Yá, buen escudero Trifald
de la blanca barba, há muchos dias que ten
mos noticia de la desgracia de mi señora
Condesa Trifaldi, à quien los encantadores
ha-

acen llamar la Dueña Dolorida : bien podeis, ſtupendo eſcudero, decirla, que entre, y que qui eſtá el valiente Cavallero Don Quixote de a Mancha, de cuya condicion generoſa puede rometerſe con ſeguridad todo amparo, y toda yuda ; y aſſimiſmo la podreis decir de mi par- e, que ſi mi favor le fuere neceſſario, no le ha e faltar, pues ya me tiene obligado à darſele l ſer Cavallero, à quien es anexo, y concer- iente favorecer à toda ſuerte de mugeres, en ſpecial à las dueñas viudas menoſcabadas, y oloridas, qual lo deve de eſtar ſu Señoría. yendo lo qual Trifaldin inclinó la rodilla haſ- a el ſuelo, y haciendo al pifano, y tambores eñal que tocaſſen, al miſmo ſon, y al miſmo aſſo que havia entrado, ſe bolvió à ſalir del urdin, dexando à todos admirados de ſu pre- encia, y compoſtura. Y bolviendoſe el Duque à on Quixote, le dixo : En fin, famoſo Cava- ero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni e la ignorancia encubrir, y obſcurecer la luz el valor, y de la virtud : digo eſto, porque penas ha ſeis dias que la vueſtra bondad eſtá n eſte Caſtillo, quando ya os vienen à buſcar e lueñas, y apartadas tierras, y no en Carro- as, ni en Dromedarios, ſino à piè, y en ayu- as, los triſtes, los afligidos, confiados que han e hallar en eſſe fortiſſimo brazo el remedio de s cuytas, y trabajos, merced à vueſtras gran- es hazañas, que corren, y rodean todo lo

deſ-

descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quixote, que estuviera aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros Andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necessarios en el mundo; tocára por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas enormes no ván à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à las de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Cavallero, que nunca ha acertado à salir de los terminos de su Lugar, ni al perezoso Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procurar hacer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escrivan. El remedio de las cuytas, el socorro de las necessidades, el amparo de las Doncellas, el consuelo de las Viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros Andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desmán, y trabajo, que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo la librarè su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrepida resolucion de mi animoso espiritu.

CA-

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

EN estremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de vèr quan bien iba respondiendo à tú intencion Don Quixote; y à esta sazón dixo Sancho: No querria yo, que esta señora dueña tropiesse algun tropiezo à la promesa de mi Gobierno; porque yo he ohido decir á un Boticario Toledano, que hablaba como un gilguero, que donde interviniessen dueñas no podia suceder cosa buena. Valame Dios, y quan mal estaba con ellas el tal Boticario! De lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas, é impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que sean, què serán las que son Doloridas, como han dicho que en esta Condesa tres faldas, ò tres colas? que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es uno. Calla Sancho amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe de ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quanto mas que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, serà sirviendo á Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorissimas, que se sirven de otras dueñas. A esto res-

pondiò Doña Rodriguez, que ſe halló preſente: Dueñas tiene mi ſeñora la Duqueſa en ſu ſervicio, que pudieran ſer Condeſas, ſi la fortuna quiſiera; pero allà vàn leyes do quieren Reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas; que aunque yo no lo ſoy, bien ſe me alcanza, y ſe me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella à una dueña viuda, y quien à noſotras traſquilò las tixeras le quedaron en la mano. Con todo eſſo, replicó Sancho, hay tanto que traſquilar en las dueñas, ſegun mi Boticario, quanto ſerà mejor no menear el arròz, aunque ſe pegue. Siempre los eſcuderos, reſpondiò Doña Rodriguez, ſon enemigos nueſtros, que como ſon duendes de las anteſalas, y nos vèn à cada paſſo, los ratos que no rezan (que ſon muchos) los gaſtan en murmurar de noſotras, deſenterrandonos los hueſſos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo à los leños movibles, que mal que les peſe hemos de vivir en el mundo, y en las caſas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nueſtras delicadas, ó no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa un muladar con un tapiz en dia de Proceſſion. A fee que ſi me fuera dado, y el tiempo lo pidiere, que yo diera á entender, no ſolo à los preſentes, ſino à todo el mundo, como no hay virtud que no ſe encierre en una dueña. Yo creo, dixo la Duqueſa, que mi buena Doña Rodri-

Tecnológico de Monterrey

driguez tiene razon, y muy grande; pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por si, y por las demàs Dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Despues que tengo humos de Governador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dá por quantas dueñas hay un cabrahigo.

Adelante passàran en el coloquio dueñesco, si no oyeran, que el pifano, y los tambores bolvian á sonar, por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entraba. Preguntò la Duquesa al Duque, si seria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal? Por lo que tiene de Condesa, respondiò Sancho, antes que el Duque respondiesse, bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer, que no se muevan un passo. Quien te mete à ti en esso, Sancho? dixo Don Quixote. Quien, señor? respondió Sancho: yo me meto, que puedo meterme como escudero, que ha aprendido los terminos de la cortesía en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortés, y bien criado Cavallero, que hay en toda la cortesania; y en estas cosas, segun he ohido decir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos y el buen entendedor pocas palabras. Assi es como Sancho dice, dixo el

Duque, verèmos el talle de la Condesa, y por èl tantearèmos la cortesìa que se le debe. En esto entraron los tambores, y el pisano, como la vez primera; y aqui con este breve Capitulo dió fin el Author, y comenzó el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la Historia.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DEtràs de los tristes Musicos comenzaron à entrar por el Jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequì, tan luengas, que solo el ribete de mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, à quien traìa de la mano el escudero Trifaldin, de la blanca barba, vestida de finissima, y negra vaeta por frisar, que à venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garvanzo de los buenos de Martos: la cola, ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres pagas, assimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa, y matematica figura, con aquellos tres angulos acutos,

que

que las tres puntas formaban ; por lo qual caye-
ron todos los que la falda puntiaguda miraron,
que por ella se debia llamar la Condesa Trifal-
di , como si dixessemos , la Condesa de las tres
faldas ; y assi dice Benengeli , que fue verdad,
y que de su propio apellido se llama la Condesa
Lobuna , à causa que se criaban en su Condado
muchos Lobos : y que si como eran Lobos , fue-
ran Zorras , la llamàran la Condesa Zorruna,
por ser costumbre en aquellas partes tomar los
Señores la denominacion de sus nombres de la
cosa , ó cosas en que mas sus estados abundan;
empero esta Condesa , por favorecer la novedad
de su falda , dexó la Lobuna , y tomò la Trifal-
di. Venían las doce dueñas , y la Señora à pas-
so de procession , cubiertos los rostros con unos
velos negros , y no transparentes como el de
Trifaldin , sino tan apretados , que ninguna co-
sa se traslucian. Assi como acabó de parecer el
dueñesco esquadrón , el Duque , la Duquesa , y
Don Quixote se pusieron en pie , y todos aque-
llos que la espaciosa procession miraban. Para-
ron las doce dueñas , y hicieron calle , por me-
dio de la qual la Dolorida se adelantó , sin de-
xarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual , el
Duque , la Duquesa , y Don Quixote se adelan-
taron obra de doce passos à recibirla. Ella,
puestas las rodillas en el suelo , con voz antes
basta , y ronca , que sutil , y delicada , dixo:
Vuestras grandezas sean servidas de no hacer

tan-

tanta cortesìa à eſte ſu criado, digo à eſta ſu criada, porque ſegun ſoy de dolorida, no acertarè à reſponder à lo que debo, à cauſa que mi eſtraña, y jamás viſta deſdicha me ha llevado el entendimiento no sé donde, y debe de ſer muy lexos, pues quanto mas le buſco, menos le hallo. Sin èl eſtaria, reſpondió el Duque, ſeñora Condeſa, el que no deſcubrieſſe por vueſtra perſona vueſtro valor, el qual ſin mas vèr es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantandola de la mano, la llevò à aſſentar en una ſilla junto à la Duqueſa, la qual la recibiò aſſimiſmo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por vèr el roſtro de la Trifaldi, y de alguna de ſus muchas dueñas; pero no fue poſſible, haſta que ellas de ſu grado, y voluntad ſe deſcubrieron. Soſſegados todos, y pueſtos en ſilencio, eſtaban eſperando quien havia de romper; y fue la Dueña Dolorida con eſtas palabras: Confiada eſtoy, ſeñor poderoſo, hermoſiſſima ſeñora, y diſcretiſſimos circunſtantes, que ha de hallar mi cuytiſſima en vueſtros valeroſiſſimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoſo, y doloroſo, porque ella es tal, que es baſtante à enternecer los marmoles, y ablandar los diamantes, y à molificar los azeros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que ſalga à la plaza de vueſtros ohidos

(por

por no decir orejas) quisiera , que me hicie-
an sabidora si està en este gremio , corro , y
ompañia el acenderadissimo Cavallero Don
uixote de la Manchissima , y su escuderissimo
anza. El Panza , antes que otro respondiesse ,
ixo : Sancho , aqui està , y el Don Quixotissi-
o assimismo , y assi podreis dolorosissima due-
issima , decir lo que quisieredissimis , que to-
os estamos promptos , y aparejadissimos à ser
uestros servidorissimos. En esto se levantó Don
uixote , y encaminando sus razones à la Do-
rida Dueña , dixo : Si à vuestras cuytas an-
ustiada señora se puede prometer alguna es-
eranza de remedio por algun valor , ó fuerzas
e algun Andante Cavallero , aqui estàn las
nias , que aunque flacas , y breves , todas se
mplearán en vuestro servicio. Yo soy Don
uixote de la Mancha , cuyo assumpto es acu-
ir à toda suerte de menesteroSos ; y siendo esto
ssi , como lo es , no haveis menester , señora,
aptar benevolencias , ni buscar preambulos , si
o à la llana , y sin rodeos decir vuestros ma-
es , que ohidos os escuchan , que sabràn , sino
emediarlos , dolerse de estos. Oyendo lo qual
a Dolorida Dueña , hizo señal de querer arro-
arse á los pies de Don Quixote , y aun se arro-
ò , y pugnando por abrazarselos , decia : Ante
stos Pies , y piernas me arrojo , ó Cavallero
nvicto , por ser los que son basas , y columnas
le la Andante Cavalleria : estos pies quiero be-
sar,

far, de cuyos paſſos pende, y cuelga todo e
remedio de mi deſgracia. O valeroſo Andante
cuyas verdaderas fazañas dexan atrás, y obſ
curecen las fabuloſas de los Amadiſes, Explan
dianes, y Belianiſes! Y dexando à Don Quixo
te, ſe bolvió à Sancho Panza, y aſiendole de
las manos, le dixo: O tu el mas leal eſcudero
que jamàs ſirvió à Cavallero Andante en los
preſentes, ni en los paſſados ſiglos, mas luen
go en bondad, que la barba de Trifaldin mi
acompañador, que eſtá preſente! Bien puedes
preciarte, que en ſervir al gran Don Quixote
ſirves en cifra à toda la caterva de Cavalleros,
que han tratado las armas en el mundo; conju
rote, por lo que debes à tu bondad fideliſſima,
me ſeas buen interceſſor con tu dueño, para
que luego favorezca à eſta humiliſſima, y deſ
dichadiſſima Condeſa. A lo que reſpondio San
cho: Que ſea mi bondad, ſeñora mia, tan lar
ga, y grande como la barba de vueſtro eſcu
dero, à mi me hace muy poco al caſo: barba
da, y con vigotes tenga yo mi alma quando de
eſta viſta vaya, que es lo que importa, que de las
barbas de acà poco, ó nada me curo; pero ſin eſ
ſas ſocaliñas, ni plegarias yo rogarè à mi amo
(que sè que me quiere bien, y mas ahora, que
me ha meneſter para cierto negocio) que favo
rezca, y ayude à vueſtra merced en todo lo que
pudiere: vueſtra merced deſembaúle ſu cuyta,
y cuentenosla, y dexe hacer, que todos nos
en-

ntenderèmos. Rebentaban de risa con estas co-
as los Duques, como aquellos que havian to-
nado el pulso à la tal aventura, y alababan
ntre sí la agudeza, y dissimulacion de la Tri-
aldi, la qual bolviendose á sentar, dixo: De
el famoso Reyno de Candaya, que caye entre
a Gran Trapobana, y el Mar de el Súr, dos
eguas mas allà de el Cabo Comorin, fue Se-
ñora la Reyna Doña Maguncia, viuda de el
Rey Archipiela su señor, y marido, de cuyo
matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infan-
ta Antonomasia, heredera de el Reyno, la qual
dicha Infanta Antonomasia se criò, y creció
debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo
la mas antigua, y la mas principal dueña de su
madre. Sucediò, pues, que yendo dias, y vi-
niendo dias la niña Antonomasia llegò à edad
de diez y seis años, con tan gran perfeccion
de hermosura, que no la pudo subir mas de
punto la naturaleza. Pues digamos ahora, que
la discrecion era mocosa: assi era discreta, co-
mo bella, y era la mas bella del mundo, y lo es,
si ya los hados embidiosos, y las parcas endu-
recidas no la han cortado el estambre de la
vida; pero no havrán, que no han de permitir
los Cielos que se haga tanto mal à la tierra,
como seria llevarse en agràz el racimo del mas
hermoso veduño del suelo: de esta hermosura
(y no como se debe encarecida de mi torpe
lengua) se enamorò un numero infinito de Prin-
cipes,

cipes, assi naturales, como Estrangeros, entre los quales ossò levantar los pensamientos al Cielo de tanta belleza un Cavallero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad, en su bizarria, en sus muchas habilidades, gracias, facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago saber à vuestras grandezas, si no tienen por enojo, que tocaba una Guitarra que la hacia hablar, y mas, que era Poeta, y gran baylarin, y sabia hacer una jaula de pajaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida quando se viera en estrema necessidad: que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar una montaña, no que una delicada doncella; pero toda gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fuera poca, ò ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladròn desuella caras no usàra del remedio de rendirme à mi primero. Primero quiso el malandrín, y desalmado vagamundo grangearme la voluntad, y cohecharme el gusto, para que yo, mal Alcayde, le entregasse las llaves de la Fortaleza, que guardaba. En resolucion, él me adulò el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé què gages, y brincos que me dió; pero lo que mas me hizo postrar, y dàr conmigo en el suelo, fueron unas coplas que le ohí cantar una noche desde una reja, que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De

De la dulce mi enemiga
Nace un mal, que al alma hiere
Y por mas tormento quiere,
Que se sienta, y no se diga.

Parecióme la copla de perlas, y su voz de Almibar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caì, por estos, y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas, y concertadas Republicas se havian de desterrar los Poetas, como aconsejaba Platón; ò lo menos los lascivos, porque escriven unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen, y hacen llorar los niños, y las mugeres, sino unas agudezas, que à modo de blandas espinas nos atraviessan el alma, y como sayos nos hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantó:

Vén, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dàr la vida.

Y de este jaèz otras coplitas, y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden; pues que quando se humillan à componer un genero de verso, que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban Seguidillas: allí

era

era el brincar de las almas, el retozo de la ri
sa, el desasossiego de los cuerpos, y finalment
el azogue de todos los sentidos. Y assi digo
señores mios, que los tales trobadores con jus
to titulo los debian desterrar á las Islas de lo
lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino lo
simples que los alaban, y las bobas que lo
creen: y si yo fuera la buena dueña que debia
no me havian de mover sus transnochados con-
ceptos, ni havia de creer ser verdad aquel de-
cir: *Vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, partome, y quedo-me*, con otros impossibles de esta ralèa, de que
estàn sus escritos llenos. Pues que quando pro-
meten el Fenix de Arabia, la Corona de Ari-
diana, los Cavallos del Sol, del Súr las per-
las, del Tibar el oro, y de Pancaya el balsa-
mo? Aqui es donde ellos alargan mas la pluma,
como les cuesta poco prometer lo que jamás
pienssan, ni puedan cumplir; pero donde me
divierto? Ay de mi desdichada! què locura, ò
desatino me lleva à contar las agenas faltas,
teniendo tanto que decir de las mias? Ay de
mi; otra vez sin ventura, que no me rindieron
los versos, sino mi simplicidad; no me ablan-
daron las musicas, sino mi liviandad, mi mu-
cha ignorancia, y mi poco advertimiento,
abrieron el camino, y desembarazaron la sen-
da à los passos de Don Clavijo (que este es el
nombre del referido Cavallero) y assi, siendo
yo

o la medianera, él se halló una, y muchas
ces en la estancia de la por mi, y no por èl
ngañada Antonomasia, debaxo del titulo de
erdadero esposo, que aunque pecadora, no
onsintiera, que sin ser su marido, la llegàra
la vira de la suela de sus zapatillas. No, no,
sso no, el matrimonio ha de ir adelante en
ualquiera negocio de estos, que por mi se tra-
ire; solamente huvo un daño en este negocio,
ue fue el de la desigualdad, por ser Don Cla-
ijo un Cavallero particular, y la Infanta An-
onomasia heredera (como ya he dicho) del
eyno. Algunos dias estuvo encubierta, y sola-
ada en la sagacidad de mi recato esta maraña,
asta que me pareció que la iba descubriendo
mas andar no sè què hinchazón del vientre
e Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar
n burèo à los tres, y salió de èl, que antes que
alieffe à luz el mal recato, Don Clavijo pi-
lieffe ante el Vicario por su muger à Antono-
nasia, en fee de una cedula, que de ser su es-
posa la Infanta le havia fecho, notada por mi
ngenio, con tanta fuerza, que las de Sansón
o pudieran romperla. Hicieronse las diligen-
cias, vió el Vicario la cedula, tomó el tal Vi-
cario la confession à la señora, confessò de pla-
no, mandóla depositar en casa de un Alguacil
de Corte muy honrado. A esta sazon dixo San-
cho: Tambien en Candaya hay Alguaciles de
Corte, Poetas, y Seguidillas? Por lo que pue-

do

do jurar, que imagino que todo el mundo
uno; pero dése vuestra merced priesa, seño
Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por s
ber el fin de esta tan larga Historia. Sí har
respondiò la Condesa.

CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y me morable Historia.

DE qualquiera palabra que Sancho decia
la Duquesa gustaba tanto, como se de
sesperaba D. Quixote; y mandandole que callas
la Dolorida prosiguiò diciendo: En fin, al cab
de muchas demandas, y respuestas, como l
Infanta se estaba siempre en sus trece, sin sali
ni variar de la primera declaracion, el Vicari
sentenciò en favor de Don Clavijo, y se la en
tregó por su legitima esposa; de lo que recibi
tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madr
de la Infanta Antonomasia, que dentro de tre
dias la enterramos. Debió de morir sin duda
dixo Sancho. Claro està, respondiò Trifaldi
que en Candaya no se entierran las persona
vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, seño
escudero, replicó Sancho, enterrar un desma
yado creyendo ser muerto; y pareciame á mi
que estaba la Reyna Maguncia obligada à des
mayarse antes que á morirse, que con la vid

mu-

uchas cosas se remedian ; y no fue tan grande
disparate de la Infanta que obligasse à sen-
rle tanto. Quando se huviera casado essa seño-
con algun page suyo , ó con otro criado de su
isa , como han hecho otras muchas, segun he
nido decir , fuera el daño sin remedio ; pero
haverse casado con un Cavallero tan Gentil-
ombre , y tan entendido como aqui nos le
an pintado , en verdad , en verdad , que aun-
ue fue necedad , no fue tan grande como se
ienса : porque segun las reglas de mi señor,
ue està presente , y no me dexarà mentir , assi
omo se hacen de los hombres Letrados los
bispos , se pueden hacer de los Cavalleros (y
as si son Andantes) los Reyes , y los Empe-
adores. Razon tienes Sancho , dixo Don Qui-
ote , porque vn Cavallero Andante , como
enga dos dedos de ventura , està en potencia
ropinqua de ser el mayor Señor del mundo.
ero passe adelante la señora Dolorida , que à
ni se me trasluce , que le falta por contar lo
margo de esta , hasta aqui dulce , Historia. Y
omo sì queda lo amargo , respondió la Con-
esa , y tan amargo , que en su comparacion
on dulces las tueras , y sabrosas las adelfas.
Muerta , pues , la Reyna , y no desmayada , la
nterramos ; y apenas la cubrimos con la tier-
a , y apenas la dimos el ultimo vale , quando
Quis talia fando temperet à lacrymis , puesto
obre un Cavallo de madera , pareció encima

de

de la ſepultura de la Reyna el Gigante Malam
bruno, primo cormano de Maguncia, que jun
to con ſer cruel, era encantador, el qual co
ſus artes, en venganza de la muerte de ſu cor
mano, y por caſtigo del atrevimiento de Do
Clavijo, y por deſpecho de la demasía de An
tonomaſia, los dexó encantados ſobre la miſm
ſepultura, à ella convertida en un ximia d
bronce, y à èl en un eſpantoſo cocodrillo, d
un metal no conocido, y entre los dos eſtà u
padrón aſſimiſmo de metal, y en èl eſcritas e
lengua Syriaca unas letras, que haviendoſe de
clarado en la Candayeſca, y ahora en la Caſte
llana, encierta eſta ſentencia: *No cobrarán ſ
primera forma eſtos dos atrevidos amantes, haſt
que el valeroſo Manchego venga conmigo á las ma
nos en ſingular batalla, que para ſolo ſu gran va
lor guardan los hados eſta nunca viſta aventura*
Hecho eſto, ſacò de la vayna un ancho, y del
meſurado alfange, y aſiendome à mi por los ca
bellos, hizo finca de querer cegarme la gola,
cortarme à cercèn la cabeza. Turbème, pegòſe
me la voz à la garganta, quedè mohina en tod
eſtremo; pero con todo me esforcè lo mas qu
pude, y con voz tembladora, y doliente le di
xe tantas, y tales coſas, que le hicieron ſuſ
pender la execucion de tan riguroſo caſtigo. F
nalmente, hizo traer ante sí todas las dueña
de Palacio, que fueron eſtas que eſtàn preſen
tes, deſpues de haver exagerado nueſtra cul

pa,

a, y vituperado las condiciones de las dueñas, is malas mañas, y peores trazas, y cargando todas la culpa, que yo ſola tenia, dixo, que o queria con pena capital caſtigarnos, ſino on otras penas dilatadas, que nos dieſſen una uerte civil, y continua; y en aquel miſmo mo- iento, y punto que acabó de decir eſto, ſen- mos todas que ſe nos abrian los poros de la ca- , y que por toda ella nos punzaban como con untas de aguja: acudimos luego con las manos los roſtros, y hallamonos de la manera que hora vereis; y luego la Dolorida, y las demás ueñas alzaron los antifaces con que cubiertas enían, y deſcubrieron los roſtros todos pobla- os de barbas, quales rubias, quales negras, uales blancas, y quales albarrazadas, de cuya iſta moſtraron quedar admirados el Duque, y Duqueſa, paſmados Don Quixote, y San- ho, y atonitos todos los preſentes; y la Tri- ldi proſiguió: De eſta manera nos caſtigó quel follón, y mal intencionado Malambruno, ubriendo la blandura, y morbidèz de nueſtros oſtros con la aſpereza de eſtas cerdas, que plu- uiera al Cielo, que antes con ſu deſmeſurado lfange nos huviera derribado las teſtas, que o que nos aſſombrára la luz de nueſtras caras on eſta borra que nos cubra; porque ſi entra- ios en cuenta, ſeñores mios (y eſto que voy á ecir ahora lo quiſiera decir hechos mis ojos ientes, pero la conſideracion de nueſtra deſ-

gracia, y los mares que haſta aqui han llovi-
do, los tienen ſin humor, y ſecos como ariſtas
y aſſi lo dirè ſin lagrimas) digo, pues, que
adonde podrá ir una dueña con barbas? què
padre, ò què madre ſe dolerá de ella? quien la
dará ayuda? Pues aun quando tiene la tèz liſa
y el roſtro martyrizado con mil ſuertes de
menjunges, y mudas, apenas halla quien bien
la quiera; què hará quando deſcubra hecho un
boſque ſu roſtro? O dueñas, y compañeras
mias! en deſdichado punto nacimos, en hora
menguada nueſtros padres nos engendraron; y
diciendo eſto, dió mueſtras de deſmayarſe.

CAPITULO XL.

De coſas que atañen, y tocan à eſta aventura, y à eſta memorable Hiſtoria.

REal, y verdaderamente todos los que guſ-
tan de ſemejantes Hiſtorias como eſta, deben demoſtrarſe agradecidos à Cide Hame-
te, ſu Autor primero, por la curioſidad que
tuvo en contarnos las ſemininas de ella, ſin
dexar coſa, por menuda que fueſſe, que no la
ſacaſſe à luz diſtintamente. Pinta los penſamien-
tos, deſcubre las imaginaciones, reſponde à
las tacitas, aclara las dudas, reſuelve los argu-
mentos; y finalmente, los atomos del mas cu-
rioſo deſeo manifieſta. O Autor celeberrimo!

Don

Don Quixote dichoſo! ò Dulcinèa famoſa! ò Sancho Panza gracioſo! todos juntos, y cada uno de por sì vivais ſiglos infinitos, para guſto, y general paſſatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la Hiſtoria, que aſſi como Sancho vió deſmayada à la Dolorida, dixo: Por la fee de hombre de bien juro, y por el ſiglo de todos mis paſſados los Panzas, que jamás he ohido, ni viſto, ni mi amo me ha contado, ni en ſu penſamiento ha cabido ſemejante aventura como eſta. Valgate mil Satanaſes, por no maldecirte, por encantador, y Gigante Mambruno, y no halliaſte otro genero de caſtigo que dár à eſtas pecadoras, ſino el de barbas? Como, y no fuera mejor, y à ellas las eſtuviera mas à cuento quitarlas la mitad de las narices de medio arriba, aunque habláran gangoſo, que no ponerlas barbas? Apoſtarè yo que no tienen hacienda para pagar à quien las rape. Aſſi es la verdad, ſeñor, reſpondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mandarnos; y aſſi hemos tomado algunas de noſotras por remedio ahorrativo de uſar de unos pegotes, ò parches pegajoſos, y aplicandolos à los roſtros, y tirando de golpe, quedamos raſas, y liſas como fondo de mortero de piedra; que pueſto que hay en Candaya mugeres que andan de caſa en caſa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hacer otros menjunges tocantes à mugeres, noſotras las dueñas de

mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las mas olisean à terceras, haviendo dexado de ser primas; y si por el Señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevarán à la sepultura. Yo me pelaria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, sino remediasse las vuestras. A este punto bolvió de su desmayo la Trifaldi, y dixo: El retintin de essa promessa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo, llegó à mis ohidos, y ha sido parte para que yo de èl buelva, y cobre todos mis sentidos; y assi de nuevo os suplico, andante inclito, y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mi no quedará, respondió Don Quixote, ved, señora, què es lo que tengo de hacer, que el animo està muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al Reyno de Candaya, si se vá por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas à menos; pero si se vá por el ayre, y por la linea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dixo, que quando la suerte me deparasse al Cavallero nuestro libertador, que èl le embiaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno; porque à de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente,

que

que le sirve de freno, y buela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es tradicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestósele à Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embovados à quantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino à quien èl queria, ò mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido en èl alguno: de alli se ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve de èl en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aqui, y mañana en Francia, y otro dia en el Potosí; y es lo bueno, que el tal cavallo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la línda Magalona se holgaba mucho de andar cavallera en èl. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llano, mi rucio, puesto que no anda por los ayres, pero por la tierra yo le curtirè con quantos portantes hay en el mundo. Rieronse todos, y le Dolorida prosiguió: Y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dár fin à nues-

nueſtra deſgracia) antes que ſea media hora entrada la noche eſtará en nueſtra preſencia, porque èl me ſignificó, que la ſeñal que me daría por donde yo entendieſſe, que havia hallado el Cavallero que buſcaba, ſería embiarme el cavallo donde fueſſe con comodidad, y preſteza. Y quantos caben en eſſe cavallo? preguntó Sancho. La Dolorida reſpondió: Dos perſonas, la una en la ſilla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte eſtas tales dos perſonas ſon Cavallero, y eſcudero, quando falta alguna robada doncella. Querría yo ſaber, ſeñora Dolorida, dixo Sancho, què nombre tiene eſſe cavallo. El nombre, reſpondió la Dolorida, no es como el cavallo de Belerofonte, que ſe llamaba Pegaſo, ni como el de el Magno Alexandro llamado Bucefalo, ni como el del furioſo Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvan, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que ſe llaman los del Sol, ni tampoco ſe llama Orelia, como el cavallo en que el deſdichado Rodrigo, ultimo Rey de los Godos, entró en la Batalla, donde perdió la vida, y el Reyno. Yo apoſtarè, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno de eſſos famoſos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le havrán dado el de mi amo Rocinante, que en ſer proprio excede à todos los que ſe han nombrado. Aſſi es, reſpondió la bar-

ada Condesa; pero todavia le quadra mucho
nejor, porque se llama Clavileño el Aligero,
uyo nombre conviene con el ser del leño, y
on la clavija que trae en la frente, y con la li-
gereza con que camina; y assi en quanto al nom-
re, bien puede competir con el famoso Rocinan-
e. No me descontenta el nombre, replicó San-
cho; pero con què freno, ò con què jaquima se
govierna? Ya he dicho, respondió la Trifal-
di, que con la clavija, que bolviendola à una
parte, ò à otra el Cavallero que vá encima, le
hace caminar como quiere, ò yá por los ayres,
ò yá rastreando, y casi barriendo la tierra, ò
por el medio, que es el que se busca, y se ha
de tener en todas las acciones bien ordenadas.
Yá lo querria vèr, respondió Sancho; pero pen-
sar que tengo de subir en èl, ni en la silla, ni
en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es,
que apenas puedo tenerme en mi rucio, y so-
bre una albarda mas blanda que la misma seda,
y querian ahora que me tuviesse en unas ancas
de tabla, sin coxin, ni almohada alguna: par-
diez yo no me pienso moler por quitar las bar-
bas à nadie, cada qual se rape como mas le
viniere à cuento, que yo no pienso acompañar
à mi señor en tan largo viage; quanto mas,
que yo no debo de hacer al caso para el rapa-
miento de estas barbas, como lo soy para el
desencanto de mi señora Dulcinèa. Si sois, ami-
go, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin

vues-

vueſtra preſencia entiendo, que no harèmo
nada. Aqui del Rey, dixo Sancho; que tiene
que vèr los eſcuderos con las aventuras de ſu
ſeñores? Hanſe de llevar ellos la fama de la
que acaban, y hemos de llevar noſotros el tra
bajo? Cuerpo de mi; aun ſi dixeſſen los Hiſto
riadores: El tal Cavallero acabó la tal, y ta
aventura, pero con ayuda de fulano ſu eſcude
ro, ſin el qual fuera impoſſible el acabarla; pe
ro porque eſcrivan à ſecas, Don Paralipome-
non de las tres Eſtrellas acabó la aventura de
los ſeis veſtiglos, ſin nombrar la perſona de ſu
eſcudero, que ſe halló preſente à todo, como
ſi no fuera en el mundo. Ahora, ſeñores, buel-
vo à decir, que mi ſeñor ſe puede ir ſolo, y
buen provecho le haga, que yo me quedarè
aqui en compañia de la Duqueſa mi ſeñora, y
podria ſer, que quando bolvieſſe hallaſſe me-
jorada la cauſa de la ſeñora Dulcinèa en ter-
cio, y quinto, porque pienſo en los ratos ocio-
ſos, y deſocupados darme una tanda de azotes,
que no me la cubra pelo. Con todo eſſo dixo
la Duqueſa, le haveis de acompañar, ſi fuere
neceſſario, buen Sancho, porque os lo rogarán
buenos, que no han de quedar por vueſtro inu-
til temor tan poblados los roſtros de eſtas ſe-
ñoras, que cierto ſería mal caſo. Aqui del Rey
otra vez, replicó Sancho, quando eſta caridad
ſe hiciera por algunas doncellas recogidas, ò
por algunas niñas de la doctrina, pudiera el
hom-

ombre aventurarſe à qualquiera trabajo; pero
ue lo ſufra por quitar las barbas à dueñas,
al año, mas que las vieſſe yo à todas con
arbas, deſde la mayor, haſta la menor, y de
mas melindroſa haſta la mas repulgada. Mal
ſtais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la
Duqueſa, mucho os vais tras la opinion del
oticario Toledano; pues à fee, que no teneis
azon, que dueñas hay en mi caſa, que pue-
en ſer exemplo de dueñas, que aqui eſtá mi
Doña Rodriguez, que no me dexará decir otra
oſa. Mas que la diga vueſtra Excelencia, dixo
odriguez, que Dios ſabe la verdad de todo,
buenas, ò malas, barbadas, ò lampiñas, que
eamos las dueñas, tambien nos parieron nueſ-
ras madres, como à las otras mugeres; y pues
Dios nos echó en el mundo, èl ſabe para què,
à ſu miſericordia me atengo, y no à las bar-
as de nadie. Ahora bien, ſeñora Rodriguez,
ixo Don Quixote, y ſeñora Trifaldi, y com-
añia, yo eſpero en el Cielo, que mirará con
uenos ojos vueſtras cuytas, que Sancho hará
o que yo le mandàre, yá vinieſſe Clavileño,
yá me vieſſe con Malambruno, que yo sè
ue no havria navaja, que con mas facilidad
apaſſe à vueſtras mercedes, como mi eſpada
aparía de los hombros la cabeza de Malam-
runo, que Dios ſufre à los malos, pero no
ara ſiempre. Ay! dixo à eſtá ſazon la Dolo-
ida, con benignos ojos miren à vueſtra gran-

deza,

deza, valeroso Cavallero, todas las Estrell
de las Regiones Celestes, infundan en vuestr
animo, toda prosperidad, y valentía, para s
escudo, y amparo de el vituperoso, y abatid
genero dueñesco, abominado de Boticario
murmurado de escuderos, y socaliñado de Pa
ges, que mal haya la bellaca, que en la flo
de su edad no se metió primero à ser Monj
que à dueña. Desdichadas de nosotras las due
ñas, que aunque vengamos por linea recta d
varon en varon del mismo Hector el Troyano
no dexarán de echarnos un Vos nuestras seño
ras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigan
te Malambruno, que aunque eres encantador
eres certissimo en tus promessas! Embianos y
al sin par Clavileño, paraque nuestra desdich
se acabe, que si entra el calor, y estas nuestra
barbas duran, guay de nuestra ventura! Dix
esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sa
có las lagrimas de los ojos de todos los cir
cunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y pro
puso en su corazon de acompañar à su seño
hasta las ultimas partes del mundo, si es
que en ello consistiesse quitar la
lana de aquellos venera-
bles rostros.

)( )t( )(

CAPITULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

Legó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso cavallo Clavileño viniesse, cuya tardanza fatigaba yá Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenia en embiarle, ò que èl no era el Cavallero para quien estaba guardada aquella aventura, ò que Malambruno no ossaba venir con èl à singular batalla; pero veis aqui quando à deshora entraron por el jardin qua-

quatro Salvages veſtidos todos de verde yedr
que ſobre ſus hombros traían un gran caval
de madera : puſieronle de pies en el ſuelo ,
uno de los Salvages dixo : Suba ſobre eſta M
quina el que tuviere animo para ello. Aqu
dixo Sancho , yo no ſubo , porque ni tengo an
mo , ni ſoy Cavallero ; y el Salvage proſigu
diciendo : Y ocupe las ancas el eſcudero , ſi
que lo tiene , y fieſe del valeroſo Malambrun
que ſi no fuere de ſu eſpada , de ninguna otra ,
de otra malicia ſerá ofendido ; y no hay mas qu
torcer eſſa clavija , que ſobre el cuello trae pue
ta , que èl los llevará por los ayres adonde lo
aliente Malambruno ; pero porque la alteza ,
ſublimidad del camino no les cauſe vaguido
ſe han de cubrir los ojos , haſta que el caval
relinche , que ſerá ſeñal de haver dado fin à
viage. Eſto dicho , dexando à Clavileño co
gentil continente , ſe bolvieron por donde ha
vian venido. La Dolorida aſſi como vió al ca
vallo , caſi con lagrimas dixo à Don Quixote
Valeroſo Cavallero , las promeſas de Malam
bruno han ſido ciertas , el cavallo eſtá en caſa
nueſtras barbas crecen , y cada una de noſotras
y con cada pelo de ellas te ſuplicamos nos ra
pes , y tundas , pues no eſtá en mas ſino en qu
ſubas en èl con tu eſcudero , y dès felice prin-
cipio à vueſtro nuevo viage. Eſſo harè , ſeñora
Condeſa Trifaldi de muy buen grado , y de me-
jor talante , ſin ponerme á tomar coxin , ni cal-

zarme

rme eſpuelas, por no detenerme: tanta es la
na que tengo de veros à vos, ſeñora, y à
das eſtas dueñas, raſas, y mondas. Eſſo no
rè yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen
ante en ninguna manera; y ſi es que eſte ra-
miento no ſe puede hacer ſin que yo ſuba à
ancas, bien puede buſcar mi ſeñor otro eſ-
dero que le acompañe, y eſtas ſeñoras otro
odo de aliſarſe los roſtros, que yo no ſoy bru-
para guſtar de andar por los ayres. Y què di-
n mis Inſulanos quando ſepan, que ſu Gover-
dor ſe anda paſſeando por los vientos? Y
ra coſa mas, que haviendo tres mil, y tantas
guas de aqui à Candaya, ſi el cavallo ſe can-
, ò el Gigante ſe enoja, tardarèmos en dàr la
ielta media docena de años, y yá ni havrá In-
la, ni Inſulos en el mundo que me conozcan;
pues ſe dice comunmente, que en la tardanza
el peligro, y que quando te dieren la baqui-
, acudas con la ſoguilla, perdonenme las
rbas de eſtas ſeñoras, que bien ſe eſtá San Pe-
o en Roma; quiero decir, que bien me eſtoy
eſta caſa, donde tanta merced ſe me hece, y
e cuyo dueño tan gran bien eſpero, como es
erme Governador. A lo que el Duque dixo:
ancho amigo, la Inſula que yo os he prometido
o es movible, ni fugitiva, raíces tiene tan hon-
as, echadas en los abiſmos de la tierra, que
o la arrancarán, ni mudarán de donde eſtá à
es tirones: y pues vos ſabeis que sè yo, que

no

no hay ningun genero de oficio de eſtos de m
yor quantía, que no ſe grangee con algu
ſuerte de cohecho, qual mas, qual menos,
que yo quiero llevar por eſte Govierno, es, q
vais con vueſtro ſeñor Don Quixote à dár cim
y cabo à eſta memorable aventura, que ora b
vais ſobre Clavileño con la brevedad que ſu l
gereza promete, ora la contraria fortuna
trayga, y buelva à pie hecho romero, de meſ
en meſon, y de venta en venta, ſiempre q
bolvieredes hallarèis vueſtra Inſula donde la d
xais, y à vueſtros Inſulanos con el miſmo deſ
de recibiros por ſu Governador, que ſiemp
han tenido, y mi voluntad ſerá la miſma: y
pongais duda en eſta verdad, ſeñor Sancho
que ſería hacer notorio agravio al deſeo, q
de ſerviros tengo. No mas, ſeñor, dixo San
cho, yo ſoy un pobre eſcudero, y no puedo ll
var à cueſtas tantas corteſias, ſuba mi amo, t
penme eſtos ojos, y encomiendenme à Dios,
aviſenme, ſi quando vamos por eſſas altanerí
podrè encomendarme à nueſtro Señor, ò inv
car los Angeles, que me favorezcan. A lo q
reſpondió Trifaldi: Sancho bien podeis enco
mendaros à Dios, ò à quien quiſieredes, q
Malambruno, aunque es encantador, es Chri
tiano, y hace ſus encantamientos con much
ſagacidad, y con mucho tiento, ſin meter
con nadie. Ea, pues, dixo Sancho, Dios m
ayude, y la Santiſſima Trinidad de Gaeta. De
de

la memorable aventura de los Batanes, dixo
on Quixote, nunca he visto à Sancho con tan-
temor como ahora: si yo fuera tan agorero
mo otros, su pusilanimidad me hiciera algu-
s cosquillas en el animo; pero llegaos aqui,
ncho, que con licencia de essos Señores os
iero hablar à parte dos palabras; y apartan-
à Sancho entre unos arboles del jardin, y
iendole ambas manos, le dixo: Yá vès, San-
o hermano, el largo viage que nos espera, y
e sabe Dios quando bolverèmos de èl, ni la
modidad, y espacio que nos darán los nego-
os; y assi querria que ahora te retirasses en
aposento, como que vás à buscar alguna cosa
ceffaria para el camino, y en un daca las pa-
s te diesses à buena cuenta de los tres mil y
escientos azotes, à que estás obligado, siquie-
quinientos, que dados te los tendrás, que el
omenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.
ar Dios, dixo Sancho, que vuestra merced
ebe de ser menguado; esto es, como aquello
e dicen, en prieffa me vès, y doncellez me
emandaz; ahora que tengo de ir sentado en
na tabla rasa, quiere vuestra merced que me
stime las posas? En verdad, en verdad, que
o tiene vuestra merced razon: vamos ahora à
par estas dueñas, que à la buelta yo le pro-
eto à vuestra merced, como quien soy, de
arme tanta prieffa à salir de mi obligacion,
ue vuestra merced se contente; y no le digo
mas.

mas. Y Don Quixote reſpondió : Pues con eſe promeſa, buen Sancho, voy conſolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre veridico. No ſoy verdoſino moreno, dixo Sancho ; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra: y con eſſe ſe bolvieron à ſubir en Clavileño ; y al ſubir dixo Don Quixote : Tapaos, Sancho, y ſubid que quien de tan lueñas tierras embia por noſotros, no ſerá para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien de èl ſe fia : y pueſto que todo ſucedieſſe al revès de lo que imagino, la gloria de haver emprehendido eſta hazaña no la podrá obſcurecer malicia alguna. Vamos, ſeñor, dixo Sancho, que las barbas, y lagrimas de eſtas ſeñoras las tengo clavadas en el corazon, y no comerè bocado, que bien me ſepa, haſta verla en ſu primera liſura. Suba vueſtra merced, tapaſe primero, que ſi yo tengo de ir à las ancas, claro eſtá que primero ſube el de la silla. Aſſi es la verdad, replicó Don Quixote ; y ſacando un pañuelo de la faltriquera, pidió à la Dolorida, que le cubrieſſe muy bien los ojos, haviendoſelos cubierto, ſe bolvió à deſcubrir y dixo : Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion del Troya, que fue un Cavallo de madera, que los Griegos preſentaron à la Dioſa Palas, el qual iba preñado de Cavalleros armados, que deſpues fueron la to-

tal

l ruina de Troya; y assi será bien vèr primero
que Clavileño trae en su estomago. No hay
ara què, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sè
e Malambruno no tiene nada de malicioso,
de traydor: vuestra merced, señor Don Qui-
te, suba sin pavor alguno, y à mi daño si al-
no le sucediere. Parecióle à Don Quixote,
e qualquiera cosa que replicasse acerca de su
guridad, sería poner en detrimento su valen-
a; y assi, sin mas altercar, subió sobre Clavi-
ño, y le tentó la clavija, que facilmente se
deaba, y como no tenia estrivos, y le colga-
n las piernas, no parecia sino figura de tapíz
amenco, pintada, ò texida en algun Roma-
triunfo. De mal talante, y poco à poco lle-
à subir Sancho, y acomodandose lo mejor que
ido en las ancas, las halló algo duras, y no
da blandas; y pidió al Duque, que si fuesse
sible le acomodassen de algun coxin, ù de
guna almohada, aunque fuesse del estrado de
señora la Duquesa, ù del lecho de algun Pa-
, porque las ancas de aquel cavallo mas pa-
cian de marmol, que de leño. A esto dixo la
ifaldi, que ningun jaèz, ni ningun genero de
orno sufria sobre sí Clavileño, que lo que po-
a hacer era ponerse à mugeriegas, y que assi
sentiria tanto la dureza. Hizolo assi Sancho,
diciendo: A Dios, se dexó vendar los ojos,
yá despues de vendados, se bolvió à descu-
ir, y mirando à todos los del jardin tierna-

mente, y con lagrimas, dixo, que le ayudaffe en aquel trance con fendos Pater noftes, y fen das Ave Marias, porque Dios deparaffe quie por ellos los dixeffe, quando en femejante trances fe vieffen. A lo que dixo Don Quixote Ladrón, eftás puefto en la horca, por ventura ò en el ultimo termino de la vida, para ufar d femejantes plegarias? No eftás, defalmada, cobarde criatura, en el mifmo lugar que ocup la linda Magalona, del qual defcendió, no à l fepultura, fino à fer Reyna de Francia, fi n mienten las hiftorias? Y yo, que voy à tu lado no puedo ponerme al del valerofo Pierres, qu oprimió eíte mifmo lugar, que yo ahora oprimo Cubrete, cubrete, animal defcorazonado, no te falga à la boca el temor que tienes, à l menos en prefencia mia. Tapenme, refpondi Sancho, y pues no quieren que me encomiend à Dios, ni que fea encomendado, què much que tema no anda por aqui alguna legion d diablos, que dèn con nofotros en Peralvillo Cubrieronfe, y fintiendo Don Quixote, que e taba como havia de eftár, tentó la clavija, y ape nas huvo puefto los dedos en ella, quando toda las dueñas, y quantos eftaban prefentes levan taron las voces, diciendo: Dios te guie, vale rofo Cavallero, Dios fea contigo, efcudero in trepido; yá, yá vais por effos ayres, rompien dolos con mas velocidad que una faeta; yá co menzais à fufpender, y admirar à quantos def

de

e la tierra os eſtán mirando. Tente, valeroſo ancho, que te bamboleas, mira no te caygas, ue ſerá peor tu caída que la del atrevido mozo, ue quiſo regir el carro del Sol ſu padre. Oyó ancho las voces, y apretandoſe con ſu amo, y iñendole con los brazos, le dixo: Señor, co- no dicen eſtos que vamos tan altos, ſi alcanzan cá ſus voces, y no parece ſino que eſtán aqui ablando junto à noſotros? No repares en eſſo, ancho, que como eſtas coſas, y eſtas volaterías án fuera de los curſos ordinarios, de mil le- uas verás, y ohirás lo que quiſieres, y no me prietes tanto, que me derribas; y en verdad, ue no sè de que te turbas, ni te eſpantas, que ſſarè jurar, que en todos los dias de mi vida he ubido en cavalgadura de paſſo mas ſlano; no arece ſino que no nos movemos de un lugar. Deſtierra, amigo, el miedo, que en efecto la oſa vá como ha de ír, y el viento llevamos en opa. Aſſi es la verdad, reſpondió Sancho, que or eſte lado me dá un viento tan recio, que arece que con mil fuelles me eſtán ſoplando; y ſſi era ello, que unos grandes fuelles le eſta- an haciendo ayre. Tan bien trazada eſtaba la al aventura por el Duque, la Duqueſa, y ſu Mayordomo, que no le faltó requiſito, que la exaſſe de hacer perfecta. Sintiendoſe, pues, oplar Don Quixote, dixo: Sin duda alguna, ancho, que yá debemos llegar à la ſegunda re- ion del ayre, adonde ſe engendra el granizo,

las nieves, los truenos, los relampagos, y los
rayos se engendran en la tercera region; y si es
que de esta manera vamos subiendo, presto darè
mos en la region del fuego, y no sè yo como
templar esta clavija para que no subamos donde
nos abrasemos. En esto, con unas estopas, lige-
ras de encenderse, y apagarse, desde lexos, pen-
dientes de una caña, les calentaban los rostros.
Sancho, que sintió el calor, dixo: Que me maten
sino estamos yá en el lugar del fuego, ò bien cer-
ca, porque una gran parte de mi barba se me ha
chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme,
y vèr en què parte estamos. No hagas tal, res-
pondió Don Quixote, y acuerdate del verda-
dero cuento del Licenciado Torralva, à quien
llevaron los diablos en bolandas por el ayre, ca-
vallero en una caña, cerrados los ojos, y en do-
ce horas llegó à Roma, y se apeó en Torre de
Nona, que es una calle de la Ciudad, y vió to-
do el fracaso, assalto, y muerte de Borbón, y
por la mañana yá estaba de bueita en Madrid,
donde dió cuenta de todo lo que havia visto; el
qual assimismo dixo, que quando iba por el ay-
re le mandó el diablo que abriesse los ojos, y
los abrió, y se vió tan cerca, à su parecer, del
cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la ma-
no, y que no osó mirar á la tierra, por no des-
vanecerse; assi que Sancho, no hay para què
descubrirnos, que el que nos lleva à cargo, èl
dará cuenta de nosotros, y quizá vamos toman-
do

lo puntas, y subiendo en alto, para dexarnos aer de una sobre el Reyno de Candaya, como ace el sacre, ò neblí sobre la Garza para cogera, por mas que se remonte; y aunque nos pare-e, que no há media hora que nos partimos del ardin, creeme, que debemos de haver hecho ran camino. No sè lo que es, respondió Sancho anza, solo sè decir, que si la señora Magallaes, ò Magalona se contentó de estas ancas, que o debia de ser muy tierna de carnes. Todas stas platicas de los dos valientes ohian el Duue, y la Duquesa, y los del Jardin, de que ecibian extraordinario contento; y queriendo ár remate à la estraña, y bien fabricada avenura, por la cola de Clavileño le pegaron fueo con unas estopas, y al punto, por estár el avallo lleno de cohetes tronadores, boló por os ayres con estraño ruído, y dió con Don Quixote, y con Sancho Panza en el suelo meio chamuscados. En este tiempo yá se havia esaparecido del Jardin todo el barbado esquarón de las dueñas, y la Trifaldi, y todo; y los el Jardín quedaron como desmayados, tendios por el suelo. Don Quixote, y Sancho se leantaron mal trechos, y mirando à todas pares, quedaron atonitos de verse en el mismo ardin de donde havian partido, y de vèr tenido por tierra tanto numero de gente; y creció mas su admiracion, quando à un lado del ardin vieron incada una gran lanza en el sue-

lo,

lo, y pendiente de ella, y de dos cordones d
ſeda verde, un pergamino liſo, y blanco en e
qual con grandes letras de oro eſtaba eſcrito l
ſiguiente:

El inclito Cavallero Don Quixote de la Man-
cha feneció, y acabó la aventura de la Condeſa
Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Do-
lorida, y compañia con ſola intentarla.

Malambruno ſe dá por contento, y ſatisfech
à toda ſu voluntad, y las barbas de las dueñas
yà quedan liſas, y mondas, y los Reyes Don Cla-
vijo, y Antonomaſia en ſu priſtino eſtado; y quan-
do ſe cumpliere el eſcuderíl vapulo, la blanca pa-
loma ſe verá libre de los peſtiferos grifaltes, que
la perſiguen, y en brazos de ſu querido arrulla-
dor, que aſſi eſtá ordenado por el ſabio Merlin,
protoencantador de los encantadores.

Haviendo, pues, Don Quixote leído las le-
tras del pergamino, claro entendió, que del
deſencanto de Dulcinéa hablaban; y dando mu-
chas gracias al Cielo de que con tan poco pe-
ligro huvieſſe acabado tan gran fecho, reducien-
do à ſu paſſada tèz los roſtros de las venerables
dueñas, que yá no parecian, ſe fue adonde el
Duque, y la Duqueſa aun no havian buelto en
sí; y travando de la mano al Duque, le dixo:
Ea, buen ſeñor, buen animo, buen animo que
todo es nada, la aventura es yá acabada, ſin da-
ño de barras, como lo mueſtra claro el eſcrito,
que en aquel padrón eſtá pueſto. El Duque poco

poco, y como quien de un pesado sueño recuer-
a, fue bolviendo en sì, y por el mismo tenor la
luquesa, y todos los que por el Jardin estaban
aídos, con tales muestras de maravilla, y es-
anto, que casi se podian dàr à entender haver-
s acontecido de veras lo que tambien sabían
ngir de burlas. Leyó el Duque el cartèl con los
jos medio cerrados, y luego con los brazos
biertos fue à abrazar à Don Quixote, dicien-
ole ser el mas buen Cavallero, que en ningun
glo se huviesse visto. Sancho andaba mirando
or la Dolorida, por vèr què rostro tenía sin las
arbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su
allarda disposicion prometia; pero dixeronle,
ue assi como Clavileño baxó ardiendo por los
yres, y dió en el suelo, todo el esquadrón de
s dueñas, con la Trifaldi, havia desapareci-
o, y que yá iban rapadas, y sin cañones. Pre-
untó la Duquesa à Sancho, que como le havia
lo en aquel largo viage? A lo qual respondió
ancho: Yo, señora, sentí, que ibamos segun
i señor me dixo, bolando por la region de el
uego, y quise descubrirme un poco los ojos; pe-
o mi amo (à quien pedì licencia para descubrir-
e) no lo consintió; mas yo, que tengo no sè
uè briznas de curioso, y de desear saber lo que
me estorva, y impide, bonitamente, y sin
ue nadie lo viesse, por junto à las narices apar-
è tanto quanto el pañizuelo, que me tapaba
os ojos, y por alli mirè àcia la tierra, y pare-

ció-

ciòme, que toda ella no era mayor, que un gra
no de moſtaza, y los hombres que andaban ſo
bre ella, poco mayores que avellanas, porque ſi
vea quan altos debiamos de ir entonces. A eſto
dixo la Duqueſa: Sancho amigo, mirad lo que
decís, que à lo que parece vos no viſteis la tier
ra, ſino los hombres, que andaban ſobre ella; y
eſtá claro, que ſi la tierra os pareció como un gra
no de moſtaza, y cada hombre como una avella
na, un hombre ſolo havia de cubrir toda la tier-
ra. Aſſi es verdad, reſpondió Sancho; pero con
todo eſſo la deſcubrí por un ladito, y la ví toda.
Mirad, Sancho, dixo la Duqueſa, que por un la-
dito no ſe vè el todo de lo que ſe mira. Yo no
sè eſſas miradas, replicó Sancho, ſolo sè, que
ſerá bien que vueſtra Señoría entienda, que pues
bolamos por encantamento, por encantamen-
to podia yo vèr toda la tierra, y todos los hom-
bres por do quiera que los mirára; y ſi eſto no
ſe me cree, tampoco creerá vueſtra merced, co-
mo deſcubriendome por junto à las cejas, me
ví tan junto al Cielo, que no havia de mi à èl
palmo, y medio; y por lo que puedo jurar, ſeño-
ra mia, que es muy grande además, y ſucedió,
que ibamos por parte donde eſtán las ſiete Ca-
brillas; y en Dios, y en mi anima, que como
yo en mi niñéz fuí en mi tierra Cabrerizo, que
aſſi como las ví, me dió una gana de entrete-
nerme con ellas un rato, y ſi no lo cumpliera,
me parece que reventára. Vengo, pues, y tomo,

y

que hago, ſin decir nada à nadie, ni à mi ſe-
or tampoco, bonita, y paſſitamente me apeè
e Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas,
ue ſon como unos alhelìes, y como unas flores,
ſi tres quartos de hora, y Clavileño no ſe mo-
ió de un lugar, ni paſſó adelante. Y en tanto
ue el buen Sancho ſe entretenia con las Ca-
ras, preguntó el Duque, en què ſe entretenia
ſeñor Don Quixote? A lo que Don Quixote
:ſpondió: Como todas eſtas coſas, y eſtos ta-
s ſuceſſos ván fuera del orden natural, no es
ucho que Sancho diga lo que dice: de mi sè
ecir, que ni me deſcubrì por alto, ni por ba-
o, ni ví el Cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las
renas. Bien es verdad, que ſentí, que paſſaba
or la region del ayre, y que aun tocaba à la
el fuego; pero que paſſaſſemos de allì no lo
uedo creer, pues eſtando la region del fuego
ntre el Cielo de la Luna, y la ultima region del
yre, no podiamos llegar al Cielo, donde eſtán
s ſiete Cabrillas, que Sancho dice, ſin abra-
rnos; y pues no nos aſſuramos, ò Sancho mien-
, ò Sancho ſueña. Ni miento, ni ſueño, reſ-
ondió Sancho; ſino, preguntenme las ſeñas de
s tales Cabras, y por ellas verán ſi digo ver-
ad, ò no. Digalas, pues, Sancho, dixo la Du-
ueſa. Son, reſpondió Sancho, las dos verdes,
s dos encarnadas, las dos azules, y la una de
ezcla. Nueva manera de Cabras es eſſa, dixo
Duque; y por eſta nueſtra region del ſuelo no

ſe

se usan tales colores, digo Cabras de tales colo
res. Bien claro está esso, dixo Sancho, sí, que
diferencia ha de haver de las Cabras del Cielo
à las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el
Duque, visteis allá entre essas Cabras algun Ca-
brón? No señor, respondió Sancho; pero oh
decir, que ninguno passaba de los cuernos de la
Luna. No quisieron preguntarle mas de su via-
ge, porque les pareció, que llevaba Sancho hi-
lo de passearse por todos los Cielos, y dár nue-
vas de quanto allá passaba, sin haverse movido
del Jardin. En resolucion, este fue el fin de la
aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reír
à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de
toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si
los viviera. Y llegandose Don Quixote à San-
cho al ohido, le dixo: Sancho, pues vos que-
reis que se os crea lo que haveis visto en el Cie-
lo, yo quiero que vos me creais à mi lo que ví
en la Cueba de Montesinos; y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos que dió Don Quixote à Sancho Panza antes que fuesse à governar la Insula, con otras cosas bien consi-derables.

COn el felice, y gracioso sucesso de la aven-
tura de la Dolorida quedaron tan conten-
tos

s los Duques, que determinaron paſſar con las
rlas adelante, viendo el acomodado ſugeto
e tenian para que ſe tuvieſſen por veras; y
ſi, haviendo dado la traza, y ordenes, que
s criados, y ſus vaſſallos havian de guardar
n Sancho en el Govierno de la Inſula prome-
da, otro dia, que fue el que ſucedió al buelo
: Clavileño, dixo el Duque à Sancho, que ſe
leliñaſſe, y compuſieſſe para ir à ſer Gover-
dor, que yá ſus Inſulanos le eſtaban eſperan-
o como el agua de Mayo. Sancho ſe le humi-
ó, y le dixo: Deſpues que baxè del Cielo, y
ſpues que deſde ſu alta cumbre mirè la tier-
, y la ví tan pequeña, ſe templó en parte en mi
gana que tenia tan grande de ſer Governa-
or; porque què grandeza es mandar en un gra-
o de moſtaza? ò què Dignidad, ò Imperio el
overnar à media docena de hombres, tamaños
omo avellanas, que à mi parecer, no havia
as en toda la tierra? Si vueſtra Señoría fueſſe
rvido de darme una tantica parte del Cielo,
unque no fueſſe mas de media legua, la toma-
a de mejor gana, que la mayor Inſula del
undo. Mirad, amigo Sancho, reſpondió el
uque, yo no puedo dár parte del Cielo à na-
ie, aunque no ſea mayor que una uña, que à
lo Dios eſtán reſervadas eſſas mercedes, y
racias. Lo que puedo dár os doy, que es una
nſula hecha, y derecha, redonda; y bien pro-
orcionada, y ſobre manera fertil, y abundoſa,

don-

donde, si vos os sabeis dár maña, podeis co
las riquezas de la tierra grangear las del Cielo
Ahora bien, respondió Sancho, venga essa In
sula, que yo pugnarè por ser tal Governador
que à pesar de bellacos me vaya al Cielo;
esto no es por codicia que yo tenga de salir d
mis casillas, ni de levantarme à mayores, sin
por el deseo que tengo de probar à què sabe e
ser Governador. Si una vez lo probais, Sancho
dixo el Duque, comeros heis las manos trás e
Govierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y
ser obedecido. A buen seguro, que quando vues
tro dueño llegue à ser Emperador, que lo será
sin duda (segun ván encaminadas sus cosas) que
no se lo arranquen como quiera, y que le duela
y le pese en la mitad de el alma del tiempo
que huviere dexado de serlo. Señor, replicó
Sancho Panza, yo imagino, que es bueno man-
dar, aunque sea un hato de ganado. Con vos
me entierren, Sancho Panza, que sabeis de to-
do, respondió el Duque; y yo espero, que se-
reis tal Governador, como vuestro juicio pro-
mete, y quedese esto aqui; y advertid, que
mañana en esse mismo dia haveis de ir al Go-
vierno de la Insula, y esta tarde os acomoda-
rán de el trage conveniente que haveis de lle-
var, y de todas las cosas necessarias à vuestra
partida. Vistanme, dixo Sancho, como quisie-
ren, que de qualquiera manera que vaya vesti-
do serè Sancho Panza. Assi es verdad, dixo el
Du-

que : pero los trages se han de acomodar con
Oficio, ò Dignidad que se professa, que no
ía bien que un Jurisperito se vistiesse como
dado, ni un Soldado como un Sacerdote.
s, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y
rte de Capitán ; porque en la Insula que os
y, tanto son menester las Armas, como las
tras, y las Letras, como las Armas. Letras,
pondió Sancho, pocas tengo, porque aun
sè el A, B, C ; pero bastame tener el Christus
la memoria para ser buen Governador. De
Armas manejarè las que me dieren, hasta
er, y Dios delante. Con tan buena memo-
, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en
da. En esto llegó Don Quixote, y sabiendo
que passaba, y la celeridad con que Sancho
havia de partir à su Govierno, con licencia
l Duque le tomó por la mano, y se fue con
à su estancia, con intencion de aconsejarle
mo se havia de haver en su oficio. Entrados,
es, en su aposento, cerró tras sí la puerta,
hizo casi por fuerza, que Sancho se sentasse
nto à èl, y con reposada voz le dixo :

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho ami-
, de que antes, y primero que yo haya en-
ntrado con alguna buena dicha, te haya sa-
lo à tí à recibir, y à encontrar la buena ven-
ra : yo, que en mi buena suerte te tenia li-
ada la paga de tus servicios, me veo en los
incipios de aventajarme ; y tu antes de tiem-

po,

po, contra la ley del razonable discurso, te vè
premiado de tus deseos. Otros cohechan, im
portunan, solicítan, madrugan, ruegan, por
fian, y no alcanzan lo que pretenden: y lleg
otro, y sin saber como, ni como no, se hall
con el cargo, y oficio que otros muchos pr
tendieron: y aqui encaxa, y entra bien el deci
que hay buena, y mala fortuna en las preten
siones. Tu, que para mi sin duda alguna eres u
porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hace
diligencia alguna, con solo el aliento que te h
tocado de la Andante Cavalleria, sin mas, n
mas te vès Governador de una Insula, com
quien no dice nada. Todo esto digo, ò Sancho
para que no atribuyas à tus merecimientos l
merced recibida, sino que deis gracias al Cie
lo, que dispone suavemente las cosas, y des
pues las darás à la grandeza, que en sí encier
ra la profession de la Cavalleria Andante. Dis
puesto, pues, el corazon à creer lo que te h
dicho, està, ò hijo, atento à este tu Catón, qu
quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que t
encamine, y saque à seguro puerto de este ma
proceloso, donde vás à engolfarte, que los of
cios, y grandes cargos no son otra cosa sin
un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ò hijo, has de temer à Dios
porque en el temerle està la sabiduria; y sien
do sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quie
eres,

es, procurando conocerte à tí miſmo, que es mas dificil conocimiento que puede imagi- rſe: de el conocerte ſaldrá el no hincharte mo la rana, que quiſo igualarſe con el buey; e ſi eſto haces, vendrás à ſer feos pies de la ëda de tu locura con la conſideracion de ha- r guardado puercos en tu tierra. Aſſi es la rdad, reſpondió Sancho, pero fue quando uchacho; y deſpues algo hombrecillo, gan- s fueron los que guardè, que no puercos; ro eſto pareceme à mi que no hace al caſo, e no todos los que goviernan vienen de caſta Reyes. Aſſi es verdad, replicó Don Quixote, or lo qual los no de principios nobles deben ompañar la gravedad del cargo que exercitan n una blanda ſuavidad, que, guiada por la udencia, los libre de la murmuracion mali- oſa, de que no hay eſtado que ſe eſcape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu li- ge, y no te deſprecies de decir, que vienes Labradores; porque viendo que no te corres, nguno ſe pondrá à correrte: y preciate mas de r humilde virtuoſo, que pecador ſobervio. numerables ſon aquellos, que de baxa eſtirpe cidos, han ſubido à la Suma Dignidad Pon- ficia, è Imperatoria; y de eſta verdad te pu- era traer tantos exemplos, que te canſáran.

Mira, Sancho, ſi tomas por medio à la vir- d, y te precies de hacer hechos virtuoſos, no ay para què tener embidia à los que los tie-

nen

nen Principes, y Señores, porque la ſangre h
hereda, y la virtud ſe aquiſta; y la virtud va
le por sí ſola, lo que la ſangre no vale.

Siendo eſto aſſi, como lo es, que ſi acaſo
viniere à verte quando eſtès en tu Inſula algun
de tus parientes, no le deſeches, ni afrentes
antes le has de acoger, agaſſajar, y regalar, qu
con eſto ſatisfarás al Cielo, que guſta que nadi
ſe deſprecia de lo que èl hizo, y correſponderá
à lo que debes à la naturaleza bien concertada

Si traxeres à tu muger contigo (porque no
es bien que los que aſſiſten à Goviernos de mu
cho tiempo eſtèn ſin las proprias) enſeñala
doctrinala, y desbaſtala de ſu natural rudeza
porque todo lo que ſuele adquirir un Governa-
dor diſcreto, ſuele perder, y derramar una
muger ruſtica, y tonta.

Si acaſo enviudares, (coſa que puede ſuce-
der) y con el cargo mejorares de conſorte, no
la tomes tal, que te ſirva de anzuelo, y de caña
de peſcar, y del no quiero de tu capilla; porque
en verdad te digo, que todo aquello que la
muger del Juez recibiere, ha de dár cuenta el
marido en la reſidencia univerſal, donde paga-
rá con el quatro tanto en la muerte las partidas,
de que no ſe huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la Ley del Encaxe, que
ſuele tener mucha cabida con los ignorantes,
que preſumen de agudos.

Hallen en tí mas compaſſion las lagrimas

del

el pobre ; pero no mas justicia , que las infor-
raciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las
comesas , y dadivas de el rico , como por en-
e los sollozos , è importunidades del pobre.

Quando pudiere , y debiere tener lugar la
uidad , no cargues todo el rigor de la ley al
linquente , que no es mejor la fama del Juez
guroso , que la del compassivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia , no
a con el peso de la dadiva , sino con el de la
isericordia.

Quando te sucediere juzgar algun Pleyto
algun tu enemigo , aparta las mientes de tu
juria , y Ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propria en la causa
ena , que los yerros que en ella hicieres , las
as veces serán sin remedio ; y si le tuvieren ,
rá à costa de tu credito , y aun de tu ha-
enda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte
ticia , quita los ojos de sus lagrimas , y tus
idos de sus gemidos , y considera despacio la
ostancia de lo què pide , si no quieres que se
egue tu razon en su llanto , y tu bondad en
; suspiros.

Al que has de castigar con obras , no trates
l con palabras , pues le basta al desdichado
pena del suplicio , sin la añadídura de las
las razones.

Al culpado, que cayere debaxo de tu juris-
diccíon, conſidera el hombre miſerable ſujeto
à las condiciones de la depravada naturaleza
nueſtra; y en todo quanto fuere de tu parte
ſin hacer agravio à la contraria, mueſtrate
piadoſo, y clemente; porque aunque los atri-
butos de Dios todos ſon iguales, mas reſplan-
dece, y campea à nueſtro vér el de la miſeri-
cordia, que el de la juſticia.

Si eſtos preceptos, y eſtas reglas ſigues
Sancho, ſerán luenguos tus dias, tu fama ſer
eterna, tus premios colmados, tu felicidad in
decible, caſarás tus hijos como quiſieres, Titu
los tendán ellos, y tus nietos, vivirás en paz
y beneplacito de las gentes, y en los ultimo
paſſos de la vida te alcanzarà el de la muert
en la vejéz ſuave, y madura, y cerrarán tu
ojos las tiernas, y delicadas manos de tus ter
ceros nietezuelos. Eſto que haſta aqui te he di-
cho, ſon documentos, que han de adornar t
alma; eſcucha ahora los que han de ſervir pa
ra adorno del cuerpo.

CAPITULO XLIII.

De los conſejos ſegundos, que dió Don Quixote Sancho Panza.

QUien oyera el paſſado razonamiento d
Don Quixote, que no le tuviere por per
ſona

ona muy cuerda, y mejor intencionada ? Pero omo muchas veces en el progreſſo de eſta rande Hiſtoria queda dicho, ſolamente diſpa- taba en tocandole en la Cavalleria, y en los emàs diſcurſos moſtraba tener claro, y defen- idado entendimiento, de manera, que à cada aſſo deſacreditaban ſus obras ſu juicio, y ſu icio ſus obras; pero en eſta de eſtos ſegundos ocumentos, que diò á Sancho, moſtrò tener ran donayre, y puſo ſu diſcrecion, y ſu lo- ura en un levantado punto. Atentiſſimamente eſcuchaba Sancho, y procuraba conſervar en memoria ſus conſejos, como quien penſaba uardarlos, y ſalir por ellos à buen parto de preñéz de ſu govierno. Proſiguiò, pues, Don uixote, y dixo:

En lo que toca à como has de governar tu erſona, y caſa, Sancho, lo primero que te ncargo, es, que ſeas limpio, y que te cortes s uñas, ſin dexarlas crecer, como algunos acen, á quien ſu ignorancia les ha dado á ntender, que las uñas largas les hermoſean las anos, como ſi aquel excremento, y añadidu- , que ſe dexan de cortar, fueſſe uña, ſiendo ntes garras de cernicalo lagartigero; puerco, extraordinario abuſo.

No andes, Sancho, deſceñido, y floxo e el veſtido deſcompueſto dá indicios de nimo deſmazalado, ſi yà la deſcompoſtura, floxedad no cae debaxo de ſocarroneria, co-

mo se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso à lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere, que dès librea à tus criados, dasela honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis Pages, viste tres, y otros tres Pobres, y assi tendràs Pages para el Çielo, y para el suelo; este nuevo modo de dár librea no la alcanzan los vanaglorioſos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria; anda despacio, y habla con reposo: pero no de manera, que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sé templado en el beber, considerando, que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Tèn cuenta, Sancho, de no mascar à dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Esso de erutar no entiendo, dixo Sancho; y Don Quixote le dixo: Erutar Sancho, quiere decir regoldar; y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo; y assi la gente curiosa se ha acogido al Latin, y al regoldar dice erutar, y á los regueldos erutaciones; y quando algunos

no

o entiendan eſtos terminos , importa poco, ue el uſo los irà introduciendo con el tiempo, ue con facilidad ſe entiendan ; y eſto es enri- uecer la lengua , ſobre quien tiene poder el ulgo , y el uſo. En verdad , ſeñor , dixo San- ho , que uno de los conſejos , y aviſos , que ienſo llevar en la memoria , ha de ſer el no egoldar , porque lo ſuelo hacer muy á menudo. rutar , Sancho , que no regoldar , dixo Don uixote. Erutar diré de aqui adelante , reſpon- iò Sancho , y à fee que no ſe me olvide.

Tambien , Sancho , no has de mezclar en us platicas la muchedumbre de refranes que eles ; que pueſto que los refranes ſon ſenten- ias breves , muchas veces las traes tan por los abellos , que mas parecen diſparates , que ſen- encias. Eſſo Dios lo puede remediar , reſpon- iò Sancho , porque sè mas refranes que un li- ro , y vienenſeme tantos juntos en la boca, uando hablo , que riñen por ſalir unos con tros , pero la lengua và arrojando los primeros ue encuentra , aunque no vengan à pelo ; mas o tendrè cuenta de aqui adelante de decir los ue convengan á la gravedad de mi cargo , que n caſa llena preſto ſe guiſa la cena , y quien eſtaja no baraja , y à buen ſalvo eſtá el que re- ica , y el dàr , y el tener ſeſſo ha meneſter. Eſſo , Sancho , dixo Don Quixote , encaxa , en- irta , y enhila refranes , que nadie te vá à la iano : caſtigame mi madre , y yo trompogelas;

eſtoyte diciendo, que eſcuſes refranes, y en un instante has echado aqui una letania de ellos, que assi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo, que parece mal un refrán traído à propoſito; pero cargar, y enſartar refranes à troche, y à moche, hace la platica deſmayada, y baxa,

Quando ſubieres à cavallo no vayas echando el cuerpo ſobre el arzòn poſtrero, ni lleves las piernas tieſas, y tiradas, y deſviadas de la barriga de el cavallo: ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vás ſobre el rucio, que el andar á cavallo, à unos hace Cavalleros, y à otros cavallerizas.

Sea moderado tu ſueño, que el que no madruga, con el Sol no goza de el dia; y adviertte, ò Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, ſu contraria, jamàs llegò al termino, que pida un buen deſeo.

Eſte ultimo conſejo, que ahora darte quiero (pueſto que no ſirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te ſerá de menos provecho, que los que haſta aqui te he dado; y es:

Que jamàs te pongas à diſputar de linages, á lo menos comparandolos entre sì, pues por fuerza en los que ſe comparan, uno ha de ſer el mejor; y del que abatieres ſeràs aborrecido, y del que levantàres en ninguna manera premiado.

Tu

Tu veſtido ſerá calza entera , ropilla larga herreruelo un poco mas largo , gregueſcos, ni por pienſo , que no les eſtán bien , ni à los Caualleros , ni à los Governadores:

Por ahora eſto ſe ha ofrecido que aconſejarte, andarà el tiempo , y ſegun las ocaſiones, aſſi ſeràn mis documentos, como tu tengas cuydado de aviſarme el eſtado en que te hallares. Señor , reſpondiò Sancho , bien veo , que todo quanto vueſtra merced me ha dicho ſon coſas buenas , ſantas , y porvechoſas ; pero de que han de ſervir , ſi de ninguua me acuerdo? Verdad ſea , que aquello de no dexarme crecer las uñas , y de caſarme otra vez , ſi ſe ofreciere, no ſe me paſſarà del magin ; pero eſſotros vadulaques , y enredos , y reboltillos , no ſe me acuerda , ni acordará mas de ellos , que de las nubes de antaño , y aſſi ſerá meneſter que ſe me dén por eſcrito ; que pueſto que no sé leer , ni eſcrivir , yo ſe los daré à mi Confeſſor para que me los encaxe , y recapacite quando fuere meneſter. Ha pecador de mi , reſpondiò Don Quixote , y què mal parece en los Governadores el no ſaber leer , ni eſcrivir ! porque has de ſaber, ò Sancho , que no ſaber un hombre leer , ó ſer zurdo , arguye una de las coſas , ó que fue hijo de padres demaſiado de humildes , y baxos , ó èl tan travieſſo , y malo , que no pudo entrar en el buen uſo , ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo , y aſſi querria

que

que aprendieſſes à firmar ſiquiera. Bien sé firmar mi nombre, reſpondiò Sancho, que quando fui Prioſte en mi Lugar aprendí á hecer unas letras como de marca de fardo, que decian, que decia mi nombre; quanto mas, que fingirè que tengo tollida la mano derecha, y haré que firme otro por mi, que para todo hay remedio, ſino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo harè lo que quiſiere; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y ſiendo yo Governador, que es mas que ſer Alcalde, llegaos que la dexan vèr, no ſino popen, y calonenme, que vendrán por lana, y bolveràn traſquilados; y à quien Dios quiere bien, la caſa les ſabe, y las necedades del rico, por ſentencias paſſan en el mundo; y ſiendolo yo, ſiendo Governador, y juntamente liberal, como lo pienſo ſer, no havrà falta que ſe me parezca. No ſino haceos de miel, y paparos han moſcas; tanto vales quanto tienes, decia una mi aguela; y del hombre arraygado no te veràs vengado. O maldito ſeas de Dios, Sancho, dixo á eſta ſazon Don Quixote, ſeſenta mil Satanaſes te lleven á ti, y á tus refranes, una hora há que los eſtás enſartando, y dandome con cada uno tragos de tormento. Yo te aſſeguro, que eſtos refranes te han de llevar un dia á la horca: por ellos te han de quitar el Govierno tus Vaſſallos, ó ha de haver entre ellos Comunidades. Dime, donde los hallas, ignorante? O como los aplicas,

s, mentecato ? Que para decir yo uno , y
licarle bien , ſudo , y trabajo como ſi cabaſ-
. Por Dios ſeñor nueſtro amo , replicó San-
o , que vueſtra merced ſe quexa de bien pocas
ſas. A què diablos ſe pudre de que yo me ſirva
mi hacienda , que ninguna otra tengo , ni
ro caudal alguno , ſino refranes , y mas refra-
s ; y ahora ſe me ofrecen quatro , que venían
ui pintiparados , ó como peras en tabaque;
ro no los dirè , porque al buen callar llaman
ncho. Eſſe Sancho no eres tu , dixo Don Qui-
te , porque no ſolo no eres buen callar , ſino
al hablar , y mal porfiar ; y con todo eſſo que-
ſaber, què quatro refranes te ocurrian ahora
a memoria , que venían aqui á propoſito ? que
ando recorriendo la mia , que la tengo buena,
ninguno ſe me ofrece. Què mejores , dixo San-
o , que entre dos muelas cordales , nunca pon-
s tus pulgares ? Y à idos de mi caſa , y què
ereis con mi muger , no hay reſponder. Y ſi
el cantaro en la piedra , ó la piedra en el can-
o , mal para el cantaro : todos los quales
enen à pelo. Que nadie ſe tome con ſu Go-
rnador , ni con el que le manda , porque ſal-
í laſtimado , como el que pone el dedo entre
s muelas cordales (y aunque no ſean corda-
, como ſean muelas , no importa) y à lo que
ere el Governador no hay que replicar , como
ſalíos de mi caſa , y què quereis con mi mu-
: pues lo de la piedra en el cantaro , un cie-

go

go lo verà. Aſſi que es meneſter, que el que v
la mota en el ojo ageno, vea la viga en el ſuyo
porque no ſe diga por èl : Eſpantòſe la muert
de la degollada ; y vueſtra merced ſabe bien
que mas ſabe el necio en ſu caſa, que cuerd
en la agena. Eſſo no, Sancho, reſpondió Do
Quixote, que el necio en ſu caſa, ni en la age
na ſabe nada, à cauſa, que ſobre el aument
de la necedad no aſſienta ningun diſcrero edifi
cio, y dexèmos eſto aqui, Sancho, que ſi ma
governares, tuya ſerà la culpa, y mia la ver
guenza : mas conſuelome, que he hecho lo qu
debia en aconſejarte con las veras : y con l
diſcrecion à mi poſſible ; con eſto ſalgo de m
obligacion, y de mi promeſa : Dios te guie
Sancho, y te govierna en tu Govierno, y à m
me ſaque del eſcrupulo que me queda, que ha
de dàr con toda la Inſula patas arriba, coſa qu
pudiera yo eſcuſar con deſcubrir al Duque quie
eres, diciendole, que toda eſſa gordura, y eſ
perſonilla que tienes, no es otra coſa, que u
coſtál lleno de refranes, y de malicias. Seño
replicó Sancho, ſi á vueſtra merced le parece qu
no ſoy de pro para eſte Govierno, deſde aqui
fuelto, que mas quiero un ſolo negro de la uñ
de mi alma, que á todo mi cuerpo ; y aſſi m
ſuſtentarè Sancho à ſecas con pan, y cebol
como Governador con perdices, y capones :
mas, que mientras ſe duerme todos ſon iguale
los grandes, y los menores, los pobres, y l
ricos;

cos; y si vueſtra merced mira en ello, verá, ue ſolo vueſtra merced me ha pueſto eſto de go- ernar, que yo no sè mas de goviernos de Inſu- s, que un buytre: y ſi ſe imagina, que por r Governador me ha de llevar el diablo, mas e quiero ir Sancho al Cielo, que Governador Infierno. Por Dios, Sancho, dixo Don Qui- ote, que por ſolas eſtas ultimas razones que as dicho, juzgo que mereces ſer Governador e mil Inſulas: buen natural tienes, ſin el qual o hay ciencia que valga; encomiendate á ios, y procura no errar en la primera inten- on; quiero decir, que ſiempre tengas intento, firme propoſito de acertar en quantos nego- os te ocurrieren, porque ſiempre favorece el ielo los buenos deſeos; y vamonos á comer, ue creo que yà eſtos ſeñores nos aguardan.

CAPITULO XLIV.

omo Sancho Panza fue llevado al Govierno, y de la eſtraña aventura, que en el Caſtillo ſu- cediò á Don Quixote.

DIcen, que en el proprio original de eſta Hiſ- toria ſe lee, que llegando Cide Hamete à crivir eſte Capitulo, no le traduxo ſu Inter- ete como él le havia eſcrito, que fue un mo- de quexa que tuvo el Moro de sí miſmo, por ver tomado entre manos una Hiſtoria tan ſe-

ca,

ca, y tan limitada como esta de Don Quixote, po
parecerle que siempre havia de hablar de èl ,
de Sancho , sin ossar entenderse á otras digre
siones , y episodios mas graves , y mas entrete
nidos ; y decia , que el ir siempre atenido el en
tendimiento , la mano , y la pluma à escrivir d
un solo sugeto , y hablar por las bocas de po
cas personas , era un trabajo inconportable , cu
yo fruto no redundaba en el de su Author ;
que por huir de este inconveniente havia usad
en la primera Parte del artificio de algunas No
velas , como fueron las del Curioso Impertinen
te , y la del Capitán Cautivo , que están com
separadas de la Historia , puesto que las demá
que alli se cuentan , son casos sucedidos al mis
mo Don Quixote , que no podian dexar de es
crivirse . Tambien pensó , como èl dice , que mu
chos , llevados de la atencion que piden las ha
zañas de Don Quixote , no la darian à las No
velas , y passarian por ellas , ó con priessa ,
con enfado , sin advertir la gala , y artificio qu
en sí contienen ; el qual se mostrarà bien al des
cubierto , quando por sí solas , sin arrimarse
las locuras de Don Quixote , ni á las sandece
de Sancho , salieran á luz , y assi en esta Segun
da Parte no quiso ingerir Novelas sueltas , n
pegadizas , sino algunos episodios que lo pare
cieffen , nacidos de los mismos sucessos , que la
verdad ofrece , y aun estos limitadamente , y co
solas las palabras que bastan à declararlos : y

pues

ies ſe contiene, y cierra en los eſtrechos limi-
s de la narracion, teniendo habilidad, ſufi-
encia, y entendimiento para tratar del Uni-
rſo todo, pide no ſe deſprecie ſu trabajo, y
le dén alabanzas, no por lo que eſcrive, ſino
or lo que ha dexado de eſcrivir; y luego proſi-
ie la Hiſtoria, diciendo: Que en acabando de
mer Don Quixote el dia que diò los conſejos
Sancho, aquella tarde ſe le diò eſcritos, para
ie èl buſcaſſe quien ſe los leyeſe; pero apenas
los huvo dado quando ſe le cayeron, y vinie-
n à manos del Duque, que los comunicò con
Duqueſa, y los dos ſe admiraron de nuevo
la locura, y del ingenio de Don Quixote; y
ſi llevando adelante ſus burlas, aquella tarde
nbiaron á Sancho, con mucho acompañamien-
, al Lugar, que para él havia de ſer Inſula.
caeciò, pues, que el que le llevaba à cargo
a un Mayordomo del Duque, muy diſcreto, y
uy gracioſo, (que no puede haver gracia don-
no hay diſcrecion) el qual havia hecho la
rſona de la Condeſa Trifaldi con el donayre
ie queda referido; y con eſto, y con ir induſ-
iado de ſus ſeñores, de como ſe havia de ha-
r con Sancho, ſalió con ſu intento maravi-
ſamente. Digo, pues que acaeciò, que aſſi
mo Sancho vió al tal Mayordomo, ſe le fi-
irò en ſu roſtro el meſmo de la Trifaldi, y
lviendoſe á ſu ſeñor, le dixo: Señor, ò à mi
e ha de llevar el diablo de aqui de donde eſ-
toy,

toy, en justo, y en creyente, ó vuestra merce
me ha de confessar, que el rostro de este Ma
yordomo del Duque, que aqui está, es el me
mo de la Dolorida. Mirò Don Quixote atenta
mente al Mayordomo, y haviendole mirado
dixo à Sancho: No hay para qué te lleve
diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente
(que no sé lo que quieres decir) que el rostr
de la Dolorida es el de el Mayordomo; per
no por esso el Mayordomo es la Dolorida, qu
á serlo implicaria contradicion muy grande,
no es tiempo ahora de hacer estas averiguacio
nes, que serìa entrarnos en intrincados laberin
tos: creeme, amigo, que es menester rogar
nuestro Señor muy de veras, que nos libre à lo
dos de malos hechiceros, y de malos encanta
dores. No es burla, señor, replicó Sancho, s
no que denantes le ohi hablar, y no pareci
sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en lo
ohidos. Ahora bien, yo callarè, pero no dexa
ré de andar advertido de aqui adelante, à vé
si descubre otra señal, que confirme, ó deshag
mi sospecha, Assi lo has de hacer, Sancho, di
xo Don Quixote, y daràsme aviso de todo l
que en este caso descubrieres, y de todo aque
llo que en el Govierno te sucediere. Saliò e
fin, Sancho acompañado de mucha gente, ve
tido á lo Letrado, y encima un gavàn muy a
cho de chamelote de aguas leonado, con un
montera de lo mismo, sobre un macho á la gi
neta,

ta, y detràs de él, por orden del Duque, iba rucio con jaeces, y ornamentos jumentiles ſeda, y ſtamantes: bolvia Sancho la cabeza quando en quando à mirar à ſu aſno, con ya compañia iba tan contento, que no ſe ocára con el Emperador de Alemania.

Al deſpedirſe de los Duques les besò las manos, y tomò la bendicion de ſu ſeñor, que ſe la ó con lagrimas, y Sancho la recibiò con pueritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y enorabuena al buen Sancho, y eſpera dos fanegas riſa, que te ha de cauſar el ſaber como ſe ortó en ſu cargo, y en tanto atiende á ſaber que le pasò á ſu amo aquella noche, que ſi n ello no rieres, por lo menos deſplegarás los bios con riſa de gimia, porque los ſuceſſos de on Quixote, ó ſe han de celebrar con admiraon, ò con riſa. Cuentaſe, pues, que apenas huvo partido Sancho, quando Don Quixote itiò ſu ſoledad; y ſi le fuera poſſible revocarle comiſſion, y quitarle el Govierno, lo hicie-. Conociò la Duqueſa ſu melancolìa, y preintòle, que de què eſtaba triſte? Que ſi era r la auſencia de Sancho, què eſcuderos, dueſ, y doncellas havia en ſu caſa, que le ſervian muy à ſatisfaccion de ſu deſeo. Verdad es, ñora mia, reſpondiò Don Quixote, que ſien- la auſencia de Sancho; pero no es ella la uſa principal, que me hace parecer que eſtoy iſte: y de los muchos ofrecimientos que vueſ-

tra

tra Excelencia me hace, ſolamente acepto, y
eſcojo el de la voluntad con que ſe me hacen; y
en los demàs ſuplico à vueſtra Excelencia, que
dentro de mi apoſento conſienta, y permita
que yo ſolo ſea el que me ſirva. En verdad, di-
xo la Duqueſa, ſeñor Don Quixote, que no ha
de ſer aſſi, que le han de ſervir quatro donce
llas de las mias, hermoſas como unas flores. Pa
ra mi, reſpondió Don Quixote, no ſeràn ella
como flores, ſino como eſpinas, que me punce
el alma. Aſſi entrarán ellas en mi apoſento, n
coſa que lo parezca, como volar. Si es que vueſ
tra grandeza quiere llevar adelante el hacerm
merced ſin yo merecerla, dexeme, que yo m
las haya conmigo, y que yo me ſirva de mis puer
tas adentro, que yo ponga una muralla en me
dio de mis deſeos, y de mi honeſtidad, y n
quiero perder eſta coſtumbre por la liberalida
que vueſtra Alteza quiere moſtrar conmigo; y
en reſolucion, antes dormirè veſtido, que con
ſentir que nadie me deſnude. No mas, no ma
ſeñor Don Quixote, replicó la Duqueſa; po
mi digo, que darè orden, que ni aun una moſ
ca entre en ſu eſtancia, no que una doncella
no ſoy yo perſona, que por mi ſe ha de deſca
balar la decencia del ſeñor Don Quixote, qu
ſegun ſe me ha traslucido, la que mas campè
entre ſus muchas virtudes es la de la honeſtidad
Deſnudeſe vueſtra merced, y viſtaſe à ſus ſolas
y à ſu modo, como, y quando quiſiere que n

vrá quien lo impida, pues dentro de ſu apo-
nto hallará los vaſos neceſſarios al meneſter de
que duerme à puerta cerrada, porque ningu-
natural neceſſidad le obligue à que la abra.
va mil ſiglos la gran Dulcinèa del Toboſo, y
a ſu nombre eſtendido por toda la redondèz
la tierra, pues mereció ſer amada de tan va-
nte, y tan honeſto Cavallero; y los benignos
elos infundan en el corazon de Sancho Pan-
, nueſtro Governador, un deſeo de acabar
eſto ſus diſciplinas, para que buelva à gozar
mundo de la belleza de tan gran ſeñora. A lo
ial dixo Don Quixote: Vueſtra altitud ha ha-
ado como quien es, que en la boca de las bue-
s ſeñoras no ha de haver ninguna que ſea ma-
, ni mas venturoſa: y mas conocida ſerá en
mundo Dulcinèa, por haverla alabado vueſ-
a grandeza, que por todas las alabanzas, que
iedan darla los mas eloquentes de la tierra.
hora bien, ſeñor Don Quixote, replicó la
uqueſa, la hora de cenar ſe llega, y el Duque
be de eſperar, venga vueſtra merced, y cene-
os, y acoſtaráſe temprano, que el viage, que
er hizo de Candaya, no fue tan corto, que no
ya cauſado algun molimiento. No ſiento nin-
mo, ſeñora, reſpondió Don Quixote, porque
ſarè jurar à vueſtra Excelencia, que en mi vi-
he ſubido ſobre beſtia mas repoſada, ni de
ejor paſto que Clavileño, y no sè yo que le pu-
mover à Malambruno para deshacerſe de tan

ligera, y tan gentil cavalgadura, y abraſarla aſſi ſi ſin mas, ni mas. A eſſo ſe puede imaginar reſpondió la Duqueſa, que arrepentido del mal que havia hecho à la Trifaldi, y compañia, y à otras perſonas, y de las maldades, que, como hechicero, y encantador, debia de haver cometido, quiſo concluír con todos los inſtrumentos de ſu oficio; y como à principal, y que mas le traia deſaſſoſſegado, y vagando de tierra en tierra, abraſó à Clavileño, que con ſus abraſadas cenizas, y con el trofeo del cortèl, queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote à la Duqueſa; y en cenando Don Quixote ſe retiró en ſu apoſento ſolo, ſin conſentir que nadie entraſſe con èl à ſervirle: tanto ſe temia de encontrar ocaſiones que le movieſſen, ò forzaſſen à perder el honeſto decoro, que à ſu ſeñora Dulcinèa guardaba, ſiempre pueſta en la imaginacion la bondad de Amadìs, flor, y eſpejo de los Andantes Cavalleros. Cerró tras sì la puerta, y à la luz de dos velas de cera ſe deſnudó, y al deſcalzarſe (ò deſgracia, indigna de tal perſona!) ſe le ſoltaron, no ſuſpiros, ni otra coſa, que deſacreditaſſen la limpieza de ſu policia, ſino haſta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha zeloſia; afligióſe en eſtremo el buen ſeñor, y diera èl por tener alli un adarme de ſeda verde una onza de plata; digo ſeda verde, porque las medias eran verdes. Aqui ex-

xclamó Benengeli, y escriviendo dixo: O po-
reza, pobreza! No sè yo con què razon se mo-
ió aquel gran Poeta Cordovès à llamarte dadi-
a santa desagradecida; yo, aunque Moro, bien
è, por la comunicacion que he tenido con Chris-
ianos, que la santidad consiste en la Caridad,
Humildad, Fè, Obediencia, y Pobreza; pero
on todo esso digo, que ha de tener mucho de
Dios el que se viniere à contentar con ser po-
re, sino es de aquel modo de pobreza, de quien
lice uno de sus mayores Santos: Tened todas
as cosas como si no las tuviessedes, y à esto lla-
nan pobreza de espiritu; pero tu, segunda po-
reza (que eres de la que yo habló) por què
uieres estrellarte con los Hidalgos, y bien na-
idos, mas que con la otra gente? Por què los
bligas à dár pantalla à los zapatos, y à que los
otones de sus ropillas unos sean de seda, otros
e cerdas, y otros de vidrio? Por què sus cue-
los, por la mayor parte, han de ser siempre es-
arolados, y no abiertos con molde? (Y en esto
e echará de vèr, que es antiguo el uso del al-
nidón, y de los cuellos abiertos) y prosiguió:
Miserable del bien nacido, que vá dando pustos
su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada,
haciendo hypocrita al palillo de dientes, con
ue sale à la calle despues de no haver comido
osa que le obligue à limpiarselos! Miserable de
quel, digo, que tiene la honra espantadiza, y
ienssa, que desde una legua se le descubre el re-

miendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovó à Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con vèr, que Sancho le havia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, èl se recostó pensativo, y pesaroso, assi de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, à quien tomára los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria, que un Hidalgo puede dár en el discurso de su prolixa estrecheza. Mató las velas, hacía calor, y no podia dormir; levantóse del lecho, y abrió un poco le ventana de una reja, que daba sobre un hermoso Jardin; y al abrirla sintió, y oyó, que andaba, y hablaba gente en el Jardin: pusose à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto, que pudo ohir estas razones:

No me porfies (ò Emerencia!) que cante, pues sabes, que desde el punto que este forastero entró en este Castillo, y mis ojos le miraron, yo no sè cantar, sino llorar: quanto mas, que el sueño de mi señora tiene mas de ligero, que de pesado, y no querría que nos hallasse aqui por los tesoros del mundo: y puesto caso que durmiesse, y no despertasse, en vano sería mi canto, si duerme, y no despierta para ohirle este nuevo Enèas, que ha llegado à mis regiones

nes para dexarme escarnecida. No dès en esso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estár despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo, y suave, al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que hace. No está en esso el punto, ò Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que en mi canto descubriesse mi corazon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto oyó tocar una harpa suavissimamente: oyendo lo qual Don Quixote quedó pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquellas de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en todos sus desvanecidos libros de Cavallerias havia leído: luego imaginó, que alguna doncella de la Duquesa estaba de èl enamorada, y que la honestidad la forzaba à tener secreta su voluntad; temió no le rindiesse, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer; y encomendandose de todo buen animo, y buen talante

à ſu ſeñora Dulcinèa del Toboſo, determinó
de eſcuchar la muſica; y para dár à entender
que alli eſtaba, dió un fingido eſtornudo, de
que no poco ſe alegraron las doncellas, que no
deſeaban otra coſa ſino que Don Quixote las
oyeſſe. Recorrida, pues, y afinada la harpa,
Altiſidora dió principio à eſte Romance:

O Tu que eſtás en tu lecho
entre ſabanas de Olanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;
Cavallero el mas valiente,
que ha producido la Mancha,
mas honeſto, y mas bendito,
que el oro fino de Arabia:
Oye à una triſte doncella,
bien crecida, y mal lograda,
que en la luz de tus dos ſoles
ſe ſiente abraſar el alma.
Tu buſcas tus aventuras,
y agenas deſdichas hallas,
dás las feridas, y niegas
el remedio de ſanarlas.
Dime, valeroſo joven,
que Dios proſpere tus anſias,
ſi te criaſte en la Libia,
ò en las Montañas de Jaca?
Si ſierpes te dieron leche?
Si à dicha fueron tus amas

la aſpereza de las ſelvas,
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinéa,
doncella rolliza, y ſana,
preciarſe de que ha vencido
à un tigre, y fiera braba.
Por eſto ſerá famoſa,
deſde Henares à Jarama,
deſde el Tajo à Manzanares,
deſde Piſuerga haſta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una ſaya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
O quien ſe viera en tus brazos,
O ſino junto à tu cama,
raſcandote la cabeza,
y matandote la caſpa!
Mucho pido, y no ſoy digna
de merced tan ſeñalada,
los pies quiſiera traerte,
que à una humilde eſto le baſta.
O què de coſias te diera,
què de eſcarpines de plata,
què de calzas de damaſco,
què de herreruelos de Olanda!
Què de finiſſimas perlas,
cada qual como una agalla,
que à no tener compañeras,
las ſolas fueran llamadas.

Tecnológico de Monterrey

No mires de tu Tarpeya
este incendio, que me abrasa,
Nerón Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no passa,
catorce tengo, y tres meses,
te juro en Dios, y en mi alma.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lyrios,
que en piè por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la naríz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al Cielo ensalza.
Mi voz ya vès, si me escuchas,
que à la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.
Estas, y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aqui dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el assombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí:

Que tengo de ser tan desdichado Amante,

que

ie no ha de haver doncella que me mire, que
e mi no se enamore? Que tenga de ser tan cor-
de ventura la fin par Dulcinèa del Toboso,
ie no la han de dexar à solas gozar de la in-
omparable firmeza mia? Què la quereis, Rey-
is? A que la perseguís Emperatrices? Paraque
acosais, doncellas de à catorce à quince años?
exad, dexad à la miserable, que triunfe, se
oce, y usane con la suerte que amor quiso
arla en rendirla mi corazon, y entregarla mi
ma. Mirad, caterva enamorada, que para so-
Dulcinèa soy de massa, y de alfeñique, y
ara todas las demás soy de pedernal; para ella
y miel, y para vosotras acibar: para mi sola
ulcinéa es la hermosa, la discreta, la honesta,
gallarda: y la bien nacida, y las demás las
as, las necias, las livianas, y las de peor li-
age; para ser yo suyo, y no de otra alguna me
rojó la naturaleza al mundo: llore, ò cante
ltisidora, desesperese Madama, por quien me
orrearon en el Castillo del Moro encantado,
ue yo tengo de ser de Dulcinèa, cocido, ò
sado, limpio, bien criado, y honesto, à pesar
e todas las potestades hechiceras de la tierra:
con esto cerró de golpe la ventana, y des-
echado, y pesaroso, como si le huviera acon-
cido alguna gran desgracia, se acostó en su
cho, donde le dexarèmos por ahora, porque
os está llamando el gran Sancho Panza, que
niere dár principio à su famoso Govierno.

CA-

CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posseſſio de ſu Inſula, y del modo que comenzó à governar.

O Perpetuo deſcubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del Cielo, menèo dulce de las cantimploras! Tibrio aqui, Febo alli, tirador acá, Medico acullá, padre de la Poesía, inventor de la Muſica, tu, que ſiempre ſales, y (aunque lo parece) nunca te pones. A tí digo, ò Sol, con cuya ayuda el hombre en-

gendra al hombre ; à tí digo , que me favo-
zcas , y alumbres la obſcuridad de mi inge-
o , para que pueda diſcurrir por ſus puntos
la narracion del Govierno del gran Sancho
nza , que ſin tí yo me ſiento tibio , deſama-
lado , y confuſo.

Digo , pues , que con todo ſu acompaña-
iento llegó Sancho à un Lugar de haſta mil
cinos , que era de los mejores que el Duque
nia : dieronle à entender , que ſe llamaba la
ſula Barataria , ò yá porque el Lugar ſe llama-
Baratario , ò yá por el barato con que ſe le
via dado el Govierno. Al llegar à las puertas
la Villa , que era cercada , ſalió el Regimien-
del Pueblo à recibirle , tocaron las campanas,
todos los vecinos dieron mueſtras de general
egria , y con mucha pompa le llevaron à la
leſia Mayor à dár gracias à Dios ; y luego con
gunas ridiculas ceremonias le entregaron las
ves del Pueblo , y le admitieron por perpetuo
overnador de la Inſula Barataria. El trage , las
rbas, la gordura , y pequeñèz del nuevo Go-
rnador , tenia admirada à toda la gente , que
buſilis del cuento no ſabia , y aun à todos los
e lo ſabían , que eran muchos. Finalmente,
ſacandole de la Igleſia , le llevaron à la ſilla
el Juzgado , y le ſentaron en ella ; y el Ma-
ordomo del Duque le dixo : Es coſtumbre an-
gua en eſta Inſula , ſeñor Governador , que el
e viene à tomar poſſeſſion de eſta famoſa In-

ſula.

ſula, eſtá obligado à reſponder à una pregu
ta, que ſe le hiciere, que ſea algo intrincad
y dificultoſa, de cuya reſpueſta el Pueblo t
ma, y toca el pulſo del ingenio de ſu nue
Governador; y aſſi, ò ſe alegra, ò ſe entriſte
con ſu venida. En tanto que el Mayordom
decia eſto à Sancho, eſtaba èl mirando un
grandes, y muchas letras, que en la pared fro
tera de ſu ſilla eſtaban eſcritas; y como èl n
ſabía leer, preguntó, què eran aquellas pintu
ras que en aquella pared eſtaban? Fuèle re
pondido: Señor, alli eſtá eſcrito, y notado
dia en que vueſtra Señoría tomó poſſeſſion d
eſta Inſula, y dice el Epitafio:

*Hoy dia à tantos de tal mes, y de tal añ
tomó la poſſeſſion de eſta Inſula el Señor Do
Sancho Panza, que muchos años la goze.*

Y à quien llaman Don Sancho Panza? preguntó
Sancho. A vueſtra Señoría, reſpondió el Mayor
domo, que en eſta Inſula no ha entrado otro Pan
za, ſino el que eſtá ſentado en eſſa ſilla. Pues ad
vertid, hermano, dixo Sancho, que yo no teng
Don, ni en todo mi linage le ha havido; Sancho
Panza me llaman à ſecas, y Sancho ſe llamó m
padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Pan
zas, ſin añadiduras de dones, ni donas; y yo
imagino, que en eſta Inſula debe de haver ma
dones que piedras; pero baſta, Dios me entien

de

, y podrá ſer que ſi el Govierno me dura qua-
dias, yo eſcardarè ellos dones, que por la
chedumbre deben de enfadar como los moſ-
tos. Paſſe adelante con ſu pregunta el ſeñor
yordomo, que yo reſponderè lo mejor que
iere, ora ſe entriſtezca, ò no ſe entriſtezca el
eblo. A eſte inſtante entraron en el Juzgado
s hombres, el uno veſtido de Labrador, y el
o de Saſtre, porque traía unas tixeras en la
no; y el Saſtre dixo: Señor Governador, yo,
eſte hombre Labrador venimos ante vueſtra
rced, en razon que eſte buen hombre llegó à
tienda ayer, que yo, con perdon de los pre-
tes, ſoy Saſtre examinado, que Dios ſea
ndito, y poniendome un pedazo de paño en
manos, me preguntó: Señor, havria en eſte
ño harto para hacerme una caperuza? Yo,
nteando el paño, le reſpondí, que sí: èl de-
óſe de imaginar à lo que yo imagino, è ima-
è bien, que ſin duda yo le queria hurtar al-
na parte de el paño, fundandoſe en ſu mali-
, y en la mala opinion de los Saſtres: y repli-
me, que miraſſe ſi havria para dos: adivinèle
penſamiento, y dixele, que sí; y el Cavalle-
en ſu dañada, y primera intencion fue aña-
endo caperuzas, y yo añadiendo ſies, haſta
e llegamos à cinco caperuzas, y ahora en eſte
nto acaba de venir por ellas; yo ſe las doy,
no me quiere pagar la hechura, antes me pide
e le pague, ò buelva ſu paño. Es todo eſto

aſſi

assi, hermano? preguntó Sancho. Si señor, re
pondió el hombre; pero hagale vueſtra merce
que mueſtre las cinco caperuzas, que me ha h
cho. De buena gana, reſpondió el Saſtre; y ſa
cando en continente la mano debaxo del herr
ruelo, moſtró en ella cinco caperuzas pueſtas e
las cinco cabezas de los dedos de la mano,
dixo: He aqui las cinco caperuzas, que eſ
buen hombre me pide, y en Dios, y en mi co
ciencia, que no me ha quedado nada de el pa
ño; y yo darè la obra à viſta de Veedores de
oficio. Todos los preſentes ſe rieron de la mu
titud de las caperuzas, y de el nuevo pleyto
Sancho ſe puſo à conſiderar un poco, y dixo
Pareceme, que en eſte pleyto no ha de have
largas dilaciones, ſino juzgar luego à juicio d
buen varon; y aſſi yo doy por ſentencia, que e
Saſtre pierde las hechuras, y el Lobrador el pa
ño, y las caperuzas ſe lleven à los preſos de l
carcel; y no haya mas. Si la ſentencia que ſe re
ferirá deſpues de la bolſa del Ganadero movió
admiracion à los circunſtantes, èſta les provoc
à riſa; pero en fin ſe hizo lo que mandó el Go
vernador, ante el qual ſe preſentaron dos hom
bres ancianos, el uno traía una cañaheja por ba
culo; y el ſin baculo dixo: Señor à eſte buen hom
bre le preſtè dias ha diez eſcudos de oro, en oro
por hacerle placer, y buena obra, con condicio
que me los bolvieſſe quando ſe los pidieſſe: paſ
ſaronſe muchos dias ſin pedirſelos, por no po
nerle

rle en mayor neceſſidad de bolvermelos, que
que el tenia quando yo ſe los preſtè; pero
r parecerme que ſe deſcuydaba en la paga, ſe
s he pedido una, y muchas veces; y no ſola-
ente no me los buelve, pero me los niega, y
ce, que nunca tales diez eſcudos le preſtè: y
e ſi ſe los preſtè, que yá me los ha buelto:
no tengo teſtigos, ni del preſtamo, ni de la
elta, porque no me los ha buelto: querria
e vueſtra merced le tomaſſe juramento, y ſi
rare que me los ha buelto, yo ſe los perdono
ra aqui, y para delante de Dios. Que decís
s à eſto, buen viejo del baculo? dixo Sancho.
lo que dixo el viejo: Yo, ſeñor, confieſſo
e me los preſtó, y baxe vueſtra merced eſſa
ra; y pues èl lo dexa en mi juramento, yo
rarè como ſe los he buelto, y pagado real, y
rdaderamente. Baxó el Governador la vara,
en tanto el viejo de el baculo dió el baculo al
ro viejo, que ſe le tuvieſſe en tanto que jura-
, como ſi le embarazára mucho; y luego pu-
la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que
a verdad que ſe le havian preſtado aquellos
ez eſcudos que ſe le pedian; pero que èl ſe los
via buelto de ſu mano à la ſuya; y que por no
er en ello ſe los bolvia à pedir por momentos.
iendo lo qual el gran Governador, preguntó al
reedor, què reſpondia à lo que decia ſu con-
ario? Y dixo, que ſin duda alguna ſu deudor
bia de decir verdad, porque le tenia por hom-

bre

bre de bien, y buen Chriſtiano, y que à èl ſe le debia de haver olvidado el como, y quando ſe los havia buelto; y que deſde alli en adelante jamás le pediria nada. Tornó à tomar ſu baculo el deudor, y baxando la cabeza, ſe ſalió de el Juzgado. Viſto lo qual por Sancho, y que ſin mas, ni mas ſe iba, y viendo tambien la paciencia de el demandante, inclinó la cabeza ſobre el pecho, y poniendoſe el indice de la mano derecha ſobre las cejas, y las narices, eſtuvo como penſativo un pequeño eſpacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que llamaſſen al viejo del baculo, que ya ſe havia ido. Traxeronſele, y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, eſſe baculo, que le he meneſter. De muy buena gana, reſpondió el viejo, hele aqui ſeñor, y puſoſele en la mano: tomóle Sancho, y dandoſele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo, ſeñor? reſpondió el viejo; pues vale eſta cañaheja diez eſcudos de oro? Si, dixo el Governador, ò ſino, yo ſoy el mayor porro del mundo, y ahora ſe verá ſi tengo yo caletre para governar todo un Reyno, y mandó, que alli delante de todos ſe rompieſſe, y abrieſſe la caña. Hizoſe aſſi, y en el corazon de ella hallaron diez eſcudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron à ſu Governador por un nuevo Salomon. Preguntaron, de donde havia colegido, que en aquella cañaheja eſtaban aquellos diez eſcudos? Y reſpondió, que de ha-

ver-

erle visto dár el viejo que juraba à su contra-
o aquel baculo en tanto que hacia el juramen-
, y jurar que se los havia dado real, y verda-
eramente, y que en acabando de jurar le tor-
ó à pedir el baculo, le vino à la imaginacion,
ie dentro de èl estaba la paga de lo que pedian;
e donde se podia colegir, que los que govier-
n, aunque sean unos tontos, tal vez los enca-
ina Dios en sus juicios; y mas, que èl havia
hido contar otro caso como aquel al Cura de su
ugar, y que èl tenia tan gran memoria, que à
o olvidarsele, todo aquello que querria acor-
arse, no huviera tal memoria en toda la Insula.
inalmente, el un viejo corrido, y el otro pa-
ado, se fueron, y los presentes quedaron ad-
irados; y el que escrivia las palabras, he-
nos, y movimientos de Sancho, no acababa
e determinarse, si le tendria, ò pondria por
onto, ò por discreto. Luego, acabado este
eyto, entró en el Juzgado una muger, asida
iertemente de un hombre, vestido de ganade-
o rico, la qual venía dando grandes voces, di-
iendo: Justicia, señor Governador, justicia,
no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cie-
. Señor Governador de mi anima, este mal
ombre me ha cogido en la mitad de esse cam-
o, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si
iera trapo mal lavado; y (desdichada de mi)
ie ha llevado lo que yo tenia guardado mas de
einte y tres años, defendiendolo de Moros,

y Chriſtianos, de Naturales, y Eſtrangeros, y
yo ſiempre dura como un alcornoque, confer
vandome entera, como la ſalamanqueſa en e
fuego, ó como la lana entre las zarzas, par
que eſte buen hombre llegaſſe ahora con ſus ma
nos limpias à manoſearme. Aun eſſo eſtá po
averiguar, ſi tiene limpias, ò no, las manos eſt
galán, dixo Sancho; y bolviendoſe al hombre
le dixo, què que decia, y reſpondia à la quere
lla de aquella muger? El qual todo turbado
reſpondió: Señores, yo ſoy un pobre ganader
de ganado de cerda, y eſta mañana ſalia de eſt
Lugar de vender, con perdon ſea dicho, qua
tro puercos, que me llevaron de alcavalas, y ſo
caliñas poco menos de lo que ellos valian: bol
viame à mi Aldèa, top èn el camino à eſta bue
na dueña; y el diablo, que todo la añaſca, y
todo lo cuece, hizo que yogaſſemos juntos; pa
guèla lo ſuficiente, y ella mal contenta aſió de
mi, y no me ha dexado haſta traerme à eſte
pueſto: dice que la forcé, y miente, para el ju
ramento que hago, ò pienſo hacer; y eſta es to
da la verdad, ſin faltar meaja. Entonces el Go
vernador le preguntó, ſi traía conſigo algun di
nero en plata? El dixo, que haſta veinte duca
dos tenia en el ſeno en una bolſa de cuero; man
dó que la ſacaſſe, y ſe le entregaſſe aſſi como
eſtaba à la querellante; èl lo hizo temblando.
Tomóla la muger, y haciendo mil zalemas à to
dos, y rogando à Dios por la vida, y ſalud del
ſeñor

eñor Governador, que assi miraba por las huer-
anas menesterosas, y doncellas, y con esto se
alió del Juzgado, llevando la bolsa asida con
ntrambas manos, aunque primero miró si era
le plata la moneda que llevaba dentro. Apenas
alió, quando Sancho dixo al ganadero, que yá
e le saltaban las lagrimas, y los ojos, y el co-
azon se iba tras su bolsa. Buen hombre, id tras
quella muger, y quitarle la bolsa, aunque no
uiera, y bolved aqui con ella; y no lo dixo
tonto, ni à sordo, porque luego partió como
n rayo, y fue à lo que se le mandaba. Todos
os presentes estaban suspensos, esperando el fin
le aquel pleyto; y de alli à poco bolvieron el
ombre, y la muger, mas asidos, y aferrados,
ue la vez primera; ella la saya levantada, y
n el regazo puesta la bolsa, y el hombre pug-
ando por quitarsela, mas no era possible, se-
un la muger la defendía, la qual daba voces,
iciendo: Justicia de Dios, y del mundo, mi-
e vuestra merced, señor Governador, la poca
erguenza, y el poco temor de este desalmado,
ue en mitad de poblado, y en mitad de la
alle me ha querido quitar la bolsa, que vues-
ra merced mandó darme. Y haosla quitado?
reguntó el Governador. Cómo quitar? respon-
ió la muger, antes me dexára yo quitar la vi-
a, que me quiten la bolsa: bonita es la niña,
tros gatos me han de echar à las barbas, que
o este desventurado, y asqueroso: tenazas, y

martillos, mazos, y escopios no serán bastantes à sacarmela de las uñas, ni aun garras de Leones, antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido, y sin fuerzas; y confiesso, que las mias no son bastantes para quitarselá; y dexóla. Entonces el Governador dixo à la muger: Mostrad, honrada, y valiente, essa bolsa. Ella se la dió luego, y el Governador se la bolvió al hombre, y dixo à la esforzada, y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que haveis mostrado para defender esta bolsa, le mostrarades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hercules no os hicieran fuerza: andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda esta Insula, ni en seis leguas à la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada, y embaydora. Espantóse la muger, y fuesse cabizbaxa, y mal contenta; y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios à vuestro Lugar con vuestro dinero; y de aqui adelante, si no le quereis perder, procurad, que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo; y fuesse: y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juícios, y sentencias de su nuevo Governador. Todo lo qual notado de su Coronista, fue luego escrito al Duque, que con

gran

gran deseo lo estaban esperando; y quedese
qui el buen Sancho, que es mucha la priesa
ue nos dá su amo, alborozado con la musica
e Altisidora.

CAPITULO XLVI.

De el temeroso espantoso cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DExamos al gran Don Quixote embuelto n los pensamientos que le havian causado

la

la musica de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni soffegar un punto, y juntabanse los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió cavallero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias, arrojóse encima su mantón de escarlata, y pusose en la cabeza una montera de tercio pelo verde guarnecida de passamanos de plata: colgó el tahalí de sus ombros con su buena, y tajadora espada; asió un gran Rosario, que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya, y contonèo, salió à la antesala, donde el Duque, y la Duquesa estaban yá vestidos, y como esperandole: y al passar por una galaría estaban aposte esperandole Altisidora, y la otra doncella su amiga; y assi como Altisidora vió à Don Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba à desabrochar el pecho. Don Quixote que lo vió llegandose à ellas, dixo: Yá yo sè de que proceden estos accidentes. No sè yo de què, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto ha que la conoz-

co,

), que mal hayan quantos Cavalleros Andan-
s hay en el mundo, ſi es que todos ſon deſa-
adecidos: vayaſe vueſtra merced, ſeñor Don
uixote, que no bolverá en sí eſta pobre niña,
tanto que vueſtra merced aqui eſtuviere. A
que reſpondió Don Quixote: Haga vueſtra
erced, ſeñora, que ſe me ponga un Laud eſta
oche en mi apoſento, que yo conſolarè, lo
ejor que pudiere, à eſta laſtimada doncella,
ue en los principios amoroſos, los deſengaños
reſto ſuelen ſer remedios calificados; y con
to ſe fue, porque no fueſſe notado de los que
li le vieſſen: no ſe huvo bien apartado, quan-
o bolviendo en sí la deſmayada Altiſidora,
ixo à ſu compañera: Meneſter ſerá, que ſe le
onga el Laud, que ſin duda Don Quixote
iere darnos muſica, y no ſerá mala, ſiendo
ya. Fueron luego à dár cuenta à la Duqueſa
lo que paſſaba, y del Laud que pedia Don
uixote; y ella alegre ſobre modo, concertó
on el Duque, y con ſus doncellas de hacerle
na burla, que fueſſe mas riſueña, que dañoſa,
con mucho contento eſperaban la noche, que
vino tan aprieſſa, como ſe havia venido el
ia, el qual paſſaron los Duques en ſabroſas
laticas con Don Quixote; y la Duqueſa aquel
ia, real, y verdaderamente, deſpachó à un
age ſuyo (que havia hecho en la ſerva la fi-
ura encantada de Dulcinèa) à Tereſa Panza,
on la carta de ſu marido Sancho Panza, y

con

con el lio de ropa que havia dexado, para qu
ſe le embiaſſe, encargandole le traxeſſe buen
relacion de todo lo que con ella paſſaſſe. He
cho eſto, y llegadas las once horas de la no
che, halló Don Quixote una Vihuela en ſ
apoſento, templóla, abrió la reja, y ſintió qu
andaba gente en el jardin; y haviendo recorri
do los traſtes de la Vihuela, y afinandola l
mejor que ſupo, eſcupió, y remondóſe el pe
cho, y luego con una voz ronquilla, aunqu
entonada, cantó el ſiguiente Romance, que è
meſmo aquel dia havia compueſto:

SUelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por inſtrumento
La ocioſidad deſcuydada,

Suele el coſer, y el labrar,
Y el eſtár ſiempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amoroſas anſias.

Las doncellas recogidas,
Que aſpiran à ſer caſadas,
La honeſtidad es la dote,
Y voz de ſus alabanzas.

Los Andantes Cavalleros,
O los que en la Corte andan,

Re-

Requiebranſe con las libres,
Con las honeſtas ſe caſan.

Hay amores de Levante,
Que entre hueſpedes ſe tratan,
Que llegan preſto al Poniente,
Porque en el partir ſe acaban.

El amor recien venido,
Que hoy llegò, y ſe và mañana,
Las imagenes no dexa
Bien impreſſas en el alma.

Pintura ſobre pintura,
Ni ſe mueſtra, ni ſeñala,
Y do hay primera belleza,
La ſegunda no hace baza.

Dulcinèa del Toboſo,
Del alma en la tabla raſa,
Tengo pintada de modo,
Que es impoſſible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y à sì miſmo los levanta.

Aqui llegaba Don Quixote de ſu canto, à quien eſtaban eſcuchando el Duque, y la Du-queſa,

quesa, Altisidora, y casi toda la gente del Ca-
tillo, quando de improviso desde encima de u
corredor, que sobre la reja de Don Quixote
plomo caìa, descolgaron un cordèl, donde ve
nian mas de cien cencerros asidos, y luego tra
ellos derramaron un gran saco de gatos, que a
si mismo traìan cencerros menores atados à la
colas. Fue tan grande el ruìdo de los cencerros
y el mayar de los gatos, que aunque los Duques
havian sido inventores de la burla, todavia le
sobresaltó; y temeroso Don Quixote, quedó
pasmado, y quiso la suerte, que dos, ò tres
gatos se entraron por la reja de su estancia, y
dando de una parte à otra, parecia, que una
legion de diablos andaba en ella: apagaron las
velas, que en el aposento ardian, y andaban
buscando por do escaparse. El descolgar, y subir
de el cordèl de los grandes cencerros no cessa-
ba: la mayor parte de la gente del Castillo, que
no sabia la verdad del caso, estaba suspensa, y
admirada. Levantóse Don Quixote en piè, y
poniendo mano à la espada, comenzó à tirar
estocadas por la reja, y à decir à grandes voces:
Afuera, malignos encantadores, afuera, cana-
lla hechiceresca, que yo soy Don Quixote de la
Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuer-
za vuestras malas intenciones: y bolviendose à
los gatos, que andaban por el aposento, les ti-
ró muchas cuchilladas; ellos acudieron à la re-
ja, y por alli se salieron, aunque uno, viendo-

se

tan acosado de las cuchilladas de Don Qui-
te, le saltó al rostro, le asiò de las narices
n las uñas, y los dientes, por cuyo dolor
on Quixote comenzó à dar los mayores gritos
e pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Du-
esa, y considerando lo que podia ser, con mu-
a presteza acudieron à su estancia, y abrien-
con llave maestra, vieron al pobre Cavalle-
pugnando con todas sus fuerzas por arrancar
gato de su rostro. Entraron con luces, y vie-
n la desigual pelea; acudió el Duque à des-
rtirla, y Don Quixote dixo à voces: No me
quite nadie, dexenme mano à mano con este
monio, con este hechicero, con este encan-
dor, que yo le darè à entender de mi à èl quien
Don Quixote de la Mancha. Pero el gato,
curandose de estas amenazas, gruñia, y
retaba; mas en fin, el Duque se le desarray-
, y le echó gor la reja. Quedó Don Quixote
rivado el rostro, y no muy sanas las narices,
nque muy despechado, porque no le havian
xado fenecer la batalla, que tan travada te-
a con aquel malandrin encantador. Hicieron
ier aceyte de Aparicio, y la misma Altisido-
con sus blanquissimas manos le puso unas
ndas por todo lo herido; y al ponerselas, con
z baxa le dixo: Todas estas mal andanzas te
ceden, empedernido Cavallero, por el pe-
do de tu dureza, y pertinacia, y plegue à
os, que se le olvide à Sancho tu escudero el

azo-

azotarse, porque nunca salga de su encanto e
ta tan amada tuya Dulcinèa, ni tu la goce
ni llegues à talamo con ella; à lo menos v
viendo yo, que te adoro. A todo esto no re
pondió Don Quixote otra palabra sino fue d
un profundo suspiro, y luego se tendió en
lecho, agradeciendo à los Duques la merce
no porque èl tenia temor de aquella canal
gatesca, encantadora, y cencerruna, sino po
que havia conocido la buena intencion con qu
havian venido à socorrerle. Los Duques le de
xaron soffegar, y se fueron pesarosos del ma
succsso de la burla, que no creyeron que ta
pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixot
aquella aventura, que le costó cinco dias d
encerramiento, y de cama, donde le sucedi
otra aventura mas gustosa que la passada, l
qual no quiere su Historiador contar ahora
por acudir à Sancho Panza, que andaba muy
solicito, y muy gracioso en su Govierno.

CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Govierno.

CUenta la Historia, que desde el Juzgado
llevaron à Sancho Panza à un sumptuoso
Palacio, à donde en una gran sala estava puesta
una real, y limpiissima mesa; y assi como San-

cho

entró en la ſala, ſonaron chirimias, y ſa-
on quatro Pages à darle aguamanos, que
cho recibiò con mucha gravedad; ceſsó la
ſica, ſentóſe Sancho à la cabecera de la me-
porque no havia mas de aquel aſſiento, y
otro ſervicio en toda ella. Puſoſe à ſu lado
piè un perſonage, que deſpues moſtró ſer
dico, con una varilla de vallena en la ma-
; levantaron una riquiſſima, y blanca toha-
, con que eſtaban cubiertas las frutas, y
cha diverſidad de platos de diverſos manja-
. Uno, que parecia Eſtudiante, echò la ben-
ion, y un Page puſo un babador randado
ancho; otro, que hacia el oficio de Maeſ-
ſala, llegó un plato de fruta delante; pero
enas huvo comido un bocado, quando el de
varilla, tocando con ella en el plato, ſe le
itaron de delante con grandiſſima celeridad;
ro el Maeſtreſala llegó otro de otro manjar,
à probarle Sancho; pero antes que llegaſſe à
, ni le guſtaſſe, yá la varilla havia tocado en
y un Page alzadole con tanta preſteza como
de la fruta. Viſto lo qual por Sancho, que-
ſuſpenſo, y mirando à todos, preguntó, ſi
havia de comer aquella comida como jue-
de Maeſſecorral? A lo que reſpondiò el de
vara: No ſe ha de comer, ſeñor Governa-
r, ſino como es uſo, y coſtumbre en las
ras Inſulas, donde hay Governadores. Yo,
ior, ſoy Medico, y eſtoy aſſalariado en eſta

Inſu-

Insula para serlo de los Governadores de ell
y miro por su salud mucho mas que por
mia, estudiando de noche, y de dia, y tan
teando la complexion del Governador pa
acertar à curarle quando cayere enfermo; y
principal que hago es assistir à sus comidas,
cenas, y dexarle comer de lo que me pare
que le conviene, y à quitarle lo que imagi
que le ha de hacer daño, y ser nocivo al est
mago; y assi, mandè quitar el plato de la fru
ta, por ser demasiadamente humeda; y el pl
to de el otro manjar tambien le mandè quita
por ser demasiadamente caliente, y tener mu
chas especias, que acrecientan la sed, y el qu
mucho bebe, mata, y consume el humedo ra
dical, donde consiste la vida. De essa manera
aquel plato de perdices, que estàn aili assadas
y à mi parecer bien sazonadas, no me harà
algun daño. A lo que el Medico respondió
Essas no comerá el señor Governador en tant
que yo tuviera vida. Pues por què? dixo San
cho. Y el Medico respondió: Porque nuestro
Maestro Hypocrates, norte, y luz de la Medi
cina, en un aforismo suyo dice: *Omnis satura-
tio mala, perdix autem pessima.* Quiere decir
toda hartazga es mala. pero la de las perdices
malissima. Si esso es assi, dixo Sancho, vea e
señor Doctor, de quantos manjares hay en esta
mesa, qual me hará mas provecho, y qual me
nos daño, y dexeme comer de èl, sin que m
le

apalee; porque por vida del Governador, y
i Dios me le dexe gozar, que me muero de
mbre, y el negarme la comida, aunque le
ſe al ſeñor Doctor, y èl mas me diga, antes
à quitarme la vida, que aumentarmela.
ieſſa merced tiene razon, ſeñor Governa-
r, reſpondió el Medico, y aſſi es mi parecer,
e vueſtra merced no coma de aquellos co-
jos guiſados, que allí eſtán, porque es man-
peliagudo; de aquella ternera, ſino fuera
ada, y en adobo, aun ſe pudiera probar;
ro no hay para què. Y Sancho dixo: Aquel
atonazo, que eſtá mas adelante vahando, me
rece que es olla podrida, que por la diverſi-
d de coſas, que en las tales ollas podridas
y, no podrè dexar de topar con alguna, que
e ſea de guſto, y de provecho. *Abſit*, dixo
Medico, vaya lexos de noſotros tan mal
nſamiento; no hay coſa en el mundo de peor
antenimiento, que una olla podrida; allá las
las podridas para los Canonigos, ò para los
tores de Colegios, ò para las bodas labra-
reſcas, y dexennos libres las meſas de los
overnadores, donde ha de aſſiſtir todo pri-
or, y toda atildadura; y la razon es, porque
mpre, y à do quiera, y de quien quiera ſon
as eſtimadas las medicinas ſimples, que las
mpueſtas; porque en las ſimples no ſe puede
rar, y en las compueſtas sì, alterando la can-
dad de las coſas de que ſon compueſtas; mas

lo

lo que yo sè que ha de comer el señor Gove
nador ahora, para conservar su salud, y co
roborarla, es un ciento de cañutillos de supl
caciones, y unas tajadicas sutiles de carne
membrillo, que le assienten el estomago, y
ayuden à la digestion. Oyendo esto Sancho,
arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró
hito en hito al tal Medico, y con voz grave
preguntó, còmo se llamaba, y adonde hav
estudiado? A lo que èl respondió: Yo, seño
Governador, me llamo el Doctor Pedro Reci
de Aguero, y soy natural de un Lugar llamad
Tirteafuera, que està entre Caraquèl, y Almo
dovar de el Campo, à la mano derecha, y ten
go el grado de Doctor por la Universidad d
Ossuna. A lo que respondió Sancho, todo en
cendido en colera: Pues señor Doctor Pedr
Recio de mal Aguero, natural de Tirteafuera
Lugar que està à la mano derecha como vamo
de Caraquèl à Almodovar del Campo, gradua
do en Ossuna, quiteseme luego de delante,
no voto al Sol, que tome un garrote, y que
garrotazos, comenzando por èl, no me ha d
quedar Medico en toda la Insula, à lo meno
de aquellos que yo entienda que son ignorantes
que à los Medicos sabios, prudentes, y discre
tos los pondrè sobre mi cabeza, y los honrar
como à personas divinas; y buelvo à decir, qu
se me vaya Pedro Recio de aqui, si no tomar
esta silla donde estoy sentado, y se la estrellar

en

la cabeza, y pidanmelo en residencia, que o me descargarè con decir, que hize servicio Dios en matar à un mal Medico, verdugo de Republica, y denme de comer, ò si no tonse su Govierno, que oficio que no dá de omer à su dueño, no vale dos habas. Alborose el Doctor viendo tan colerico al Governador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino ue en aquel instante sonó una corneta de pos- en la calle; y assomandose el Maestresala à la entana, bolvió diciendo: Correo viene del uque mi señor, algun Despacho debe de traer importancia. Entró el Correo sudando, y fustado; y sacando un pliego de el seno, le uso en las manos de el Governador, y Sancho puso en las de el Mayordomo, à quien manó leyesse el sobreescrito, que decia assi: *A on Sancho Panza, Governador de la Insula arataria, en su propria mano, ò en las de su ecretario.* Oyendo lo qual Sancho, dixo: uien es aqui mi Secretario? Y uno de los que resentes estaban, respondiò: Yo, señor, porue sè leer, y escrivir, y soy Vizcaíno. Con ta añadidura, dixo Sancho, bien podeis ser ecretario del mismo Emperador; abrid esse liego, y mirad lo que dice. Hizolo assi el reien nacido Secretario; y haviendo leído lo ue decia, dixo, que era negocio para tratarle solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que o quedassen en ella sino el Mayordomo, y el

Maeſtreſala; y los demás, y el Medico ſe fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que assi decia:

A Mi noticia ha llegado, Señor Don Sancho Panza, que unos enemigos mios, y de essa Insula, la han de dar un assalto furioso no sè que noche; conviene velar, y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sè tambien, por espias verdaderas, que han entrado en esse Lugar quatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no comais de cosa que os presentáren: yo tendré cuydado de socorreros, si os vieredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. De este Lugar á 16. de Agosto, á las quatro de la mañana. Vuestro amigo. El Duque.

Quedò atonito Sancho, y moſtraron quedarlo assimismo los circunstantes; y bolviendose al Mayordomo, le dixo: Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser èl, y de muerte adminicula, y pessima, como es la de hambre. Tambien dixo el Maeſtreſala: Me parece à mi, que vueſtra merced no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas, y como suele decirse, detras de

la

la Cruz eſtá el diablo. No lo niego, reſpondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de ubas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo paſſar ſin comer; y ſi es que hemos de eſtar promptos para eſtas batallas, que nos amenaſſan, meneſter ſerà eſtár bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, Secretario, reſponded al Duque mi ſeñor, y decidle, que ſe cumplirá lo que manda, como lo manda, ſin faltar punto; y darèis de mi parte un beſamanos à mi ſeñora la Duquèſa, y que la ſuplico no ſe la olvide de embiar con un proprio mi carta, y mi lio à mi muger Tereſa Panza, que en ello recibirè mucha merced, y tendrè cuydado de eſcrivirla con todo lo que mis fuerzas alcanzàren; y de camino podeis encaxar un Beſamanos à mi ſeñor Don Quixote de la Mancha, porque vea, que ſoy pan agradecido; y vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaìno, podeis añadir todo lo que quiſieredes, y mas viniere à cuento; y alcenſe eſtos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendrè con quantas eſpías, y matadores, y encantadores vinieren ſobre mi, y ſobre mi Inſula. En eſto entrò un Page, y dixo: Aqui eſtá un Labrador negociante, que quiere hablar á vueſtra Señoría en un negocio, ſegun èl dice de mucha importancia. Eſtraño caſo es eſte, dixo Sancho, de eſtos

negociantes: es possible que sean tan necios, que no echen de vèr que semejantes horas como estas no son en las que han de venir à negociar? Por ventura los que governamos, los que somos Jueces, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necessidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que si me dura el Govierno (que no durará, segun se me trasluce) que yo ponga en pretina à mas de un negociante. Ahora decid à esse buen hombre, que entre; pero adviertase primero no sea alguno de los espías, ò matador mio. No, señor, respondió el Page, porque parece una alma de cantaro, ò yo sè poco, ò èl es tan bueno como el buen pan: no hay què temer, dixo el Mayordomo, que aqui estamos todos. Sería possible, dixo Sancho, Maestresala, que ahora, que no està aqui el Doctor Pedro Recio, que comiesse yo alguna cosa de peso, y de substancia, aunque fuesse un pedazo de pan, y cebolla? Esta noche à la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuestra Señoría satisfecho. Y pagado, dixo el Maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el Labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de vèr que era bueno, y de buena alma. Lo primero que dixo fue: Quien es aqui el señor Governador? Quien

ha

ha de ſer, reſpondió el Secretario, ſino el que eſtá ſentado en la ſilla? Humillome, pues, à ſu preſencia, dixo el Labrador, y poniendoſe de rodillas, le pidió la mano para beſarſela; negóſela Sancho, y mandó que ſe levantaſſe, y dixeſſe lo que quiſieſſe. Hizolo aſſi el Labrador, y luego dixo: Yo, ſeñor, ſoy Labrador, natural de Miguel Turra, un Lugar, que eſtá dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tierteafuera tenemos? dixo Sancho; decid, hermano, que lo que yo sè decir, es, que sè muy bien à Miguel Turra, y que no eſtá muy lexos de mi pueblo. Es, pues, el caſo, ſeñor, proſiguió el Labrador, que yo por la miſericordia de Dios, ſoy caſado, en paz, y en haz de la Santa Igleſia Catholica Romana: tengo dos hijos eſtudiantes, que el menor eſtudia para Bachillèr, y el mayor para Licenciado: ſoy viudo, porque ſe murió mi muger, ò por mejor decir, me la mató un mal Medico, que la purgò eſtando preñada; y ſi Dios fuera ſervido que ſaliera à luz el parto, y fuera hijo, yo le puſiera à eſtudiar para Doctor, porque no tuviera embidia à ſus hermanos el Bachillèr, y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que ſi vueſtra muger no ſe huviera muerto, ò la huvieran muerto, vos no fuerades ahora viudo? No ſeñor, en ninguna manera, reſpondió el Labrador. Medrados eſtamos, replicó Sancho, adelante, hermano, que es hora de dormir, mas que de negó-

gociar. Digo, pues, dixo el Labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachillèr, se enamoró en el mismo Pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrès Perlerino, Labrador riquissimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son prelaticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si vá decir verdad, la doncella es como una perla Oriental: mirada por el lado derecho, parece una flor del campo; por el izquierdo, no tanto, porque la falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos, y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que ván huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y à no faltarle diez, ò doce dientes, y muelas, pudiera passar, y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles, y delicados, que si se usàran aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y averengenado. Y

per-

erdoneme el señor Governador, si por tan
nenudo voy pintando las partes de la que al
n, al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien,
no me parece mal. Pintad lo que quisieredes,
ixo Sancho, que yo me voy recreando en la
intura; y si huviera comido, no huviera me-
or postre para mi, que vuestro retrato. Esso
engo yo por servir, respondió el Labrador;
ero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no
omos: y digo, señor, que si pudiera pintar su
entileza, y la altura de su cuerpo, fuera co-
a de admiracion; pero no puede ser, à causa
e que ella está goviada, y encogida, y tiene
as rodillas con la boca, y con todo esto se
cha bien de vèr, que si se pudiera levantar,
liera con la cabeza en el techo; y yá ella hu-
iera dado la mano de esposa à mi Bachillèr,
ino que no la puede estender, que está anuda-
la; y con todo, en las uñas largas, y acanala-
las se muestra su bondad, y buena hechura.
Está bien, dixo Sancho, y haced cuenta, her-
nano, que yá la haveis pintado de los pies à
a cabeza; què es lo que quereis ahora, y ve-
id al punto sin rodèos, callejuelas, retazos,
ni añadiduras? Querría, señor, respondió el
Labrador, que vuestra merced me hiciesse mer-
ced de darme una carta de favor para mi con-
uegro, suplicandole sea servido de que este
casamiento se haga, pues no somos desiguales
en los bienes de fortuna, ni en los de naturale-

za;

zà; porque para decir la verdad, ſeñor Gover-
nador, mi hijo es endemoniado, y no hay
dia, que tres, ò quatro veces no le atormen-
ten los malignos eſpiritus; y de haver caìdo
una vez en el fuego, tiene el roſtro arrugado
como pergamino, y los ojos algo llorоſos, y
manantiales, pero tiene una condicion de un
Angel, y ſi no es que ſe aporrea, y ſe dá de
puñadas èl meſmo à sí miſmo, fuera un bendi-
to. Quereis otra coſa, buen hombre? replicó
Sancho. Otra coſa querría, dixo el Labrador,
ſino que no me atrevo à decirlo; pero vaya,
que en fin no ſe me ha de podrir en el pecho;
pegue, ò no pegue. Digo, ſeñor, que querría,
que vueſtra merced me dieſſe treſcientos, ò
ſeiſcientos ducados para ayuda de la dote de
mi Bachillèr, digo para ayuda de poner ſu ca-
ſa; porque en fin han de vivir por sì, ſin eſtár
ſugetos à las impertinencias de los ſuegros. Mi-
rad ſi quereis otra coſa, dixo Sancho, y no la
dexeis de decir por empacho, ni por verguen-
za. No por cierto, reſpondió el Labrador: y
apenas dixo eſto, quando levantandoſe en piè
el Governador, aſiò de la ſilla en que eſtaba
ſentado, y dixo: Voto à tal, don patán, ruſti-
co, y mal mirado, que ſi no os apartais, y eſ-
condeis luego de mi preſencia, que con eſta
ſilla os rompa, y abra la cabeza: hi de puta,
bellaco, pintor del miſmo demonio, y à eſtas
horas te vienes à pedirme ſeiſcientos ducados,

donde los tengo yo, hediondo, y por què
los havia de dár, aunque los tuviera, ſo-
rrón, y mentecato? Y què ſe me dá à mi de
liguel Turra, ni de todo el linage de los Perle-
nes? Vá de mi, digo, ſi no por vida del Du-
ue mi ſeñor, que haga lo que tengo dicho.
u no debes de ſer de Miguel Turra, ſino al-
un ſocarrón, que para tentarme te ha embia-
o aqui el infierno. Dime, deſalmado, aun no
a dia y medio que tengo el Govierno, y yá
uieres que tenga ſeiſcientos ducados? Hizole
ñas el Maeſtreſala al Labrador, que ſalieſſe
e la ſala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al pa-
cer temeroſo de que el Governador no exe-
utaſſe ſu colera, que el bellaco ſupo hacer
uuy bien ſu oficio. Pero dexemos con ſu cole-
à Sancho, y andeſe la paz en el coro, y
olvamos à Don Quixote, que le dexamos
endado el roſtro, y curado de las gateſcas
eridas, de las quales no ſanó en ocho dias;
uno de los quales le ſucedió, lo que Cide
Hamete promete de contar con la puntua-
lidad, y brevedad, que ſuele contar
las coſas de eſta Hiſtoria por
minimas que ſean.

)( )(¶)( )(

CAPI-

CAPITULO XLVIII.

De lo que ſucedió à Don Quixote con Doña Rodriguez, la Dueña de la Duqueſa, con otros acontecimientos dignos de eſcritura, y de memoria eterna.

ADemás eſtaba mohino, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendado el roſtro, y ſeñalado, no por la mano de Dios, ſino por las uñas de un gato: deſdichas anexas à la Andante Cavalleria. Seis dias eſtuvo ſin ſalir en publico; en una noche de las quales, eſtando

desperto, y desvelado, pensando en sus gracias, y en el perseguimiento de Altisidora, sintiò, que con una llave abrian la puerta su aposento, y luego imaginó, que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar à la , que guardar debia à su señora Dulcinèa Toboso; no (dixo creyendo à su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oìda) no de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexe de adorar la que tengo avada, y estampada en la mitad de mi coran, y en lo mas escondido de mis entrañas, a estès, señora mia, transformada en cebolida Labradora: ora en Ninfa del dorado Ta-, texiendo telas de oro, y sirgo compuestas, a te tenga Merlin, ò Montesinos donde ellos isieren, que adonde quiera eres mia, y à do iera he sido yo, y he de ser tuyo. Al acabar as razones, y el abrir de la puerta fue todo o. Pusose en piè sobre la cama, embuelto arriba abaxo en una colcha de raso amari-, una galocha en la cabeza, y el rostro, y s vigotes vendados; el rostro, por los aru-s: los vigotes, porque no se le desmayassen, cayessen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma, que se pudiera pensar. avó los ojos en la puerta, y quando esperavèr entrar por ella à la rendida, y lastima-Altisidora, vió entrar à una reverendissima

dueña con unas tocas blancas, repulgadas, luenguas, tanto, que la cubrian, y enmantab desde los pies à la cabeza. Entre los dedos la mano izquierda, traía una media vela e cendida, y con la derecha se hacia sombr porque no le dieffe la luz en los ojos, à qui cubrian unos muy grandes anteojos: venia p sando quedito, y movia los pies blandament Miróla Don Quixote desde su atalaya, y qua do vió su adeliño, y notó su silencio, pens que alguna bruja, ò maga venia en aquel trag à hacer en èl alguna mala fachoría; y comenz à santiguarse con mucha prieffa. Fueffe llegand la vision, y quando llegó à la mitad del apose to, alzó los ojos, y vió la prieffa con que s estaba haciendo cruces Don Quixote; y si è quedó medroso en vèr tal figura, ella qued espantada de vèr la suya; porque assi como l vió tan alto, tan amarillo con la colcha, y co las vendas, que le desfiguraban, dió una gra voz, diciendo: Jesus, què es lo que veo? con el sobresalto se le cayó la vela de las ma nos: y viendose à obscuras, bolvió las espalda para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída. Don Quixote te meroso comenzó à decir: Conjurote, fantas ma, ò lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas, què es lo que de mi quieres? Si eres alma en pena, dimelo, que yo harè por t todo quanto mis fuerzas alcanzàren, porque soy

Ca-

tholico Christiano, y amigo de hacer bien à lo el mundo, que para esto tomè la Orden de Cavalleria Andante que professo (cuyo exercio aun hasta hacer bien à las Animas del Purgatorio se estiende.) La brumada dueña, que ò conjurarse, por su temor coligió el de Don ixote; y con voz afligida, y baxa le respon-: Señor Don Quixote (si es que acaso vuesmerced es Don Quixote) yo no soy fantas-, ni vision, ni anima del Purgatorio, como estra merced debe de haver pensado, sino ña Rodriguez, la Dueña de honor de mi sera la Duquesa, que con una necessidad de uellas que vuestra merced suele remediar, à estra merced vengo. Digame, señora Doña driguez, dixo Don Quixote, por ventura ene vuestra merced à hacer alguna tercería? rque la hago saber, que no soy de provecho ra nadie: merced à la sin par belleza de mi iora Dulcinèa del Toboso. Digo, en fin, sera Doña Rodriguez., que como vuestra merd sabe, y dexe à una parte todo recado amoso, puede bolver à encender su vela, y buel-, y departirèmos de todo lo que mas manre, y mas en gusto le viniere, salvando, co- digo, todo incitativo melindre. Yo recado nadie? Señor mio, respondió la dueña, mal noce vuestra merced, sí, que aun no estoy edad tan prolongada, que me acoja à sementes niñerías, pues Dios loado, mi alma me

ten-

tengo en las carnes, y todos mis dientes, muelas en la boca, amen de unos pocos qu me han uſurpado unos catarros, que en eſt tierra de Aragon ſon tan ordinarios; pero e pereme vueſtra merced un poco, ſaldrè à e cender mi vela, y bolverè en un inſtante à co tarle mis cuytas, como à remediador de toda las del mundo; y ſin eſperar reſpueſta ſe ſali del apoſento, donde quedó Don Quixote ſoſſe gado, y penſativo eſperandola; pero luego l ſobrevinieron mil penſamientos acerca de aqu lla nueva aventura, y pareciale ſer mal hecho y peor penſado, ponerſe en peligro de rompe à ſu ſeñora la fee prometida; y deciaſe à sì mi mo: Quien ſabe ſi el diablo, que es ſutíl, y ma ñoſo, querrá engañarme ahora con una dueña lo que no ha podido con Emperatrices, Reyna Duqueſas, Marqueſas, y Condeſas? que yo h ohido decir muchas veces, y à muchos diſcre tos, que ſi èl puede, antes os la dará roma, qu aguileña. Y quien ſabe, ſi eſta ſoledad, eſta oca ſion, y eſte ſilencio deſpertará mis deſeos, qu duermen, y harán, que al cabo de mis años veng à caer donde nunca he tropezado? Y en caſos ſe mejantes, mejor es huír, que eſperar la batalla pero yo no debo de eſtar en mi juicio, pues ta les diſparates digo, y pienſo, que no es poſſi ble que una dueña toquiblanca, larga, y anto jùna pueda mover, ni levantar penſamient laſcivo en el mas deſalmado pecho de el mund

Por

r ventura hay dueña en la tierra, que tenga
enas carnes? Por ventura hay dueña en el Or-
, que dexe de ser impertinente, runcìda, y
elindrosa? Afuera, pues, caterva duañesca,
util para ningun humano regalo. O quan bien
cía aquella señora, de quien se dice, que te-
a dos dueñas de bulto con sus anteojos, y al-
ohadillas al cabo de su estrado, como que es-
ban labrando, y tanto le servian para la au-
ridad de la sala aquellas estatuas, como las
eñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó
el lecho, con intencion de cerrar la puerta,
no dexar entrar à la señora Rodriguez; mas
iando la llegò à cerrar yá la señora Rodriguez
olvia, encendida una vela de cera blanca, y
iando èlla vió à Don Quixote de mas cerca
nbuelto en la colcha, con las vendas, galocha,
becoquin, temió de nuevo, y retirandose
rás como dos passos, dixo: Estámos seguras,
ñor Cavallero? porque no tengo à muy honest-
señal haverse vuestra merced levantado de su
cho. Esso mismo es bien que yo pregunte, se-
ora, respondió Don Quixote; y assi pregun-
, si estarè yo seguro de ser acometido, y for-
ado? De quien, ò à quien pedís, señor Cava-
ero, essa seguridad? respondió la dueña. A
os, y de vos la pido, replicó Don Quixote,
orque ni soy de marmol, ni vos de bronce, ni
hora son las diez del dia, sino media noche,
aun un poco mas, segun imagino, y en una

estan-

eſtancia mas cerrada, y ſecreta, que lo debi
de ſer la cueba donde el traydor, y atrevid
Eneas gozó à la hermoſa, y piadoſa Dido; per
dadme, ſeñora, la mano, que yo no quiero otr
ſeguridad mayor, que de la mia continencia,
recato, y la que ofrecen eſſas reverendiſſima
tocas; y diciendo eſto, besó ſu derecha mano
y le aſió de la ſuya, que èlla le dió con las miſ
mas ceremonias. Aqui hace Cide Hamete un pa
renteſis, y dice, que por Mahoma, que dier
por vèr ir à los dos aſſi aſidos, y trabados deſ
de la puerta aſ lecho, la mejor almalafa de do
que tenia. Entróſe, en fin, Don Quixote en ſ
lecho, y quedóſe Doña Rodriguez ſentada e
una ſilla, algo deſviada de la cama, no quitan-
doſe los anteojos, ni la vela. Don Quixote ſ
acorrucó, y ſe cubrió todo, no dexando ma
del roſtro deſcubierto; y haviendoſe los dos ſoſ
ſegado, el primero que rompió el ſilencio fu
Don Quixote, diciendo: Puede vueſtra merce
ahora, mi ſeñora Doña Rodriguez, deſcoferſe
y desbuchar todo aquello que tiene dentro d
ſu cuytado corazon, y laſtimadas entrañas, qu
ſerá de mi eſcuchada con caſtos ohidos, y ſo
corrida con piadoſas obras. Aſſi lo creo yo
reſpondió la dueña; que de la gentil, y agra-
dable preſencia de vueſtra merced no ſe podia
eſperar ſino tan Chriſtiana reſpueſta. Es, pues
el caſo, ſeñor Don Quixote, que aunque vueſ
tra merced me vè ſentada en eſta ſilla, y en la

mi-

itad del Reyno de Aragón , y en habito de
eña aniquilada , y affendereada , ſoy natural
las Aſturias de Oviedo , y de linage , que
ravieſſan por èl muchos de los mejores de
uella Provincia ; pero mi corta ſuerte , y el
ſcuydo de mis padres, que empobrecieron an-
s de tiempo, ſin ſaber como , ni como no , me
axeron à la Corte de Madrid , donde por bien
paz , y por eſcuſar mayores deſventuras, mis
dres me acomodaron à ſervir de doncella de
por á una principal ſeñora ; y quiero hacerle
bidor à vueſtra merced , que en hacer vayni-
s , y labor blanca , ninguna me ha echado el
è adelante en toda la vida. Mis padres me de-
ron ſirviendo , y ſe bolvieron á ſu tierra , y de
li à pocos años ſe debieron de ir al Cielo por-
e eran ademàs buenos , y Catholicos Chriſ-
nos. Quedé huerfana , y atenida al miſerable
ario , y á las anguſtiadas mercedes , que à
s tales criadas ſe ſuelen dàr en Palacio ; y en
e tiempo , ſin que dieſſe yo ocaſion à ello , ſe
amorò de mi un eſcudero de caſa, hombre y à
dias , barbado , y aperſonado , y ſobre todo,
dalgo como el Rey , porque era Montañés. No
atamos tan ſecretamente nueſtros amores, que
vinieſſen à noticia de mi ſeñora , la qual por
cuſar dimes , y dirètes , nos casó en paz , y
haz de la Santa Madre Igleſia Catholica Ro-
ana , de cuyo matrimonio naciò una hija , pa-
rematar con mi ventura , ſi alguna tenia , no

porque yo murieſſe del parto, que le tuve dere-
cho, y en ſazon, ſino porque deſde alli à poco
murió mi eſpoſo de un cierto eſpanto que tuvo
que à tener ahora lugar para contarle, yo se
que vueſtra merced ſe admirára; y en eſto co-
menzó á llorar tiernamente, y dixo: Perdone-
me vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, que no
và mas en mi mano; porque todas las veces que
me acuerdo de mi mal logrado, ſe me arraſſan
los ojos de lagrimas. Valgame Dios, y con que
autoridad llevaba à mi ſeñora à las ancas de una
poderoſa mula negra, como el míſmo azabache
que entonces no ſe uſaban coches, ni ſillas, co-
mo ahora dicen que ſe uſan, y las ſeñoras iban
à las ancas de ſus eſcuderos: eſto à lo menos
no puedo dexar de contarlo, porque ſe note la
crianza, y puntualidad de mi buen marido. A
entrar de la calle de Santiago en Madrid, que
es algo eſtrecha, venia à ſalir por ella un Alcal-
de de Corte con dos Alguaciles delante; y aſſi
como mi buen eſcudero le viò, bolvió las rien-
das à la mula, dando ſeñal de bolver à acompa-
ñarle; mi ſeñora, que iba à las ancas, con voz
baxa le decia: Que haceis, deſventurado, no
veis que voy aqui? El Alcalde, de comedido
detuvo las riendas al cavallo, y dixole: Seguid
ſeñor, vueſtro camino, que yo ſoy el que debe
acompañar à mi ſeñora Doña Caſilda, que aſſi
era el nombre de mi ama. Todavia poſiaba mi
marido con la gorra en la mano à querer ir
acom-

compañando al Alcalde. Víendo lo qual mi ſeora , llena de colera , ſacó un alfilèr gordo , ó reo que un punzón del eſtuche , y clavòſele or los lomos , de manera , que mi marido diò na gran voz , y torciò el cuerpo de ſuerte , que iò con ſu ſeñora en el ſuelo. Acudieron dos acayos ſuyos à levantarla , y lo miſmo hizo el lcalde , y los Alguaciles. Alborotóſe la Puer- a de Guadalaxara (digo la gente valdia que en ll eſtaba) vinoſe á pié mi ama , y mi marido cudió en caſa de un Barbero , diciendo , que levaba paſſadas de parte à parte las entrañas. ivulgóſe la cortesía de mi eſpoſo , tanto , que os muchachos le corrian por las calles , y por ſto , y porque él era algun tanto corto de viſta, ni ſeñora Doña Caſilda le deſpidiò , de cuyo eſar , ſin duda alguna , tengo para mi , que ſe e causò el mal de la muerte. Quedé yo viuda, deſamparada , con hija à cueſtas , que iba cre- iendo en hermoſura , como la eſpuma de la mar. inalmente, como yo tuvieſſe fama de gran la- randera , mi ſeñora la Duqueſa , que eſtaba ecien caſada con el Duque mi ſeñor , quiſo raerme conſigo à eſte Reyno de Aragon , y à ni hija ni mas ni menos , adonde yendo dias, viniendo dias , creció mi hija ,y con ella to- lo el donayre de el mundo : canta como una alandria , danza como el penſamiento : bayla omo una perdida , lee , y eſcrive como un Maeſ- ro de eſcuela , y cuenta como un avariento:

de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres dias, uno mas à menos. En resolucion, de esta mi muchacha se enamorò un hijo de un Labrador riquissimo, que està en una Aldéa del Duque mi señor, no muy lexos de aqui. En efecto, no sé como, ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de ser su esposo, burló à mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quexado à èl, no una, sino muchas veces, y pidióle mande, que el tal Labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere ohirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar, ni dár pesadumbres en ningun modo. Querria, pues, señor mio, que vuestra merced tomasse à cargo el deshacer este agravio, ó yà por ruegos, ò yà por armas; pues segun todo el mundo dice, vuestra merced naciò en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables: y pongasele à vuestra merced por delante la huerfana de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue à la suela

de su zapato, y que una que llaman Altisido-
, que es la que tienen por mas desembuelta,
gallarda, puesta en comparacion de mi hija,
o la llega con dos leguas; porque quiero que
pa vuestra merded, señor mio, que no es to-
o oro lo que reluce, porque esta Altisidora
ene mas de presumpcion, que de hermosura, y
as de desembuelta, que de recogida: además
ue no esta muy sana, porque tiene un cierto
iento cansado, que no hay sufrir el estàr jun-
á ella un momento; y aun mi señora la Du-
uesa (quiero callar, que se suele decir, que
s paredes tienen ohidos.) Què tiene mi seño-
la Duquesa, por vida mia, señora Doña Ro-
riguez, preguntó Don Quixote. Con esse con-
ro, respondió la dueña, no puedo dexar de
sponder à lo que se me pregunta, con toda
erdad. Vè vuestra merced, señor Don Quixo-
, la hermosura de mi señora la Duquesa,
quella tez de rostro, que no parece sino de una
pada acicalada, y tersa, aquellas dos mexi-
as de leche, y de carmin, que en la una tiene
Sol, y en la otra la Luna, y aquella gallar-
a con què vá pisando, y aun despreciando el
elo, que no parece sino que vá derramando sa-
d donde passa? Pues sepa vuestra merced que
puede agradecer primero à Dios, y luego à
os fuentes que tiene en las dos piernas, por
onde se desagua todo el mal humor, de quien
cen los Medicos, que està llena. Santa Ma-

ria,

ria, dixo Don Quixote, y es possible, que m
ſeñora la Duqueſa tenga tales deſaguaderos? N
lo creyera ſi me lo dixeran Frayles Deſcalzos
pero pues la ſeñora Doña Rodriguez lo dic
debe de ſer aſſi; pero tales fuentes, y en tale
lugares, no deben de manar humor, ſino am
bar liquido. Verdaderamente, que ahora aca-
bo de creer, que eſſo de hacerſe fuentes debe d
ſer coſa importante para la ſalud. Apenas aca-
bò Don Quixote de decir eſtas razones, quand
con un gran golpe abrieron las puertas del apo
ſento, y del ſobreſalto del golpe ſe le cayó
Doña Rodriguez la vela de la mano, y qued
la eſtancia como boca de lobo, como ſuele de-
cirſe; y luego ſintió la pobre dueña, que la aſia
de la garganta con dos manos tan fuertemente
que no la dexaban gañir, y que otra perſona
con mucha preſteza, ſin hablar palabra, le al-
zaban las faldas, y con una, al parecer, chine-
la le comenzó à dár tantos azotes, que era una
compaſſion; y aunque Don Quixote ſe la tenia
no ſe meneaba del lecho, y no ſabía que podia
ſer aquello, y eſtabaſe quedo, y callando, y
aun temiendo no vinieſſe por èl la tanda, y
tunda azoteſca: y no fue vano ſu temor, por-
que en dexando molída à la dueña (los callados
verdugos, la qual no oſſaba quexarſe) acudie-
ron à Don Quixote, y deſembolviendole de la
ſabana, y de la colcha, le pellizcaron tan à
menudo, y tan reciamente, que no pudo dexar

de

defenderſe à puñadas ; y todo eſto en ſilen-
o admirable. Durò la batalla caſi media hora,
ieronſe las fantaſmas , recogió Doña Rodri-
ez ſus faldas : y gimiendo ſu deſgracia , ſe
ió por la puerta afuera ſin decir palabra à Don
ixote , el qual doloroſo , y pellizcado , con-
ſo , y penſativo , ſe quedò ſolo, donde le dexa-
mos deſeoſos de ſaber quien havia ſido el per-
rſo encantador que tal le havia pueſto ; pero
o ſe dirá à ſu tiempo , que Sancho Panza nos
ma, y el buen concierto de la Hiſtoria lo pide.

CAPITULO XLIX.

De lo que ſucedió à Sancho Panza rondando ſu Inſula.

Tecnológico de Monterrey

OExamos al gran Governador enojado , y mohino con el Labrador pintor, y ſocar-
n , el qual , induſtriado del Mayordomo , y el
ayordomo del Duque , ſe burlaban de Sancho;
ro èl ſe las tenia tieſſas à todos , maguer à
nto bronco, y rollizo , y dixo à los que con èl
aban , y al Doctor Pedro Recio , que como ſe
abó el ſecreto de la carta del Duque , havia
elto á entrar en la ſala : Ahora verdadera-
nte , que entiendo que los Jueces , y Gover-
dores deben de ſer , ó han da ſer de bronce
ra no ſentir las importunidades de los nego-
antes , que à todas horas , y à todos tiempos

quie-

quieren que los escuchen, y despachen, atendien
do solo à su negocio, venga lo que viniere;
si el pobre del Juez no los escucha, y despach
ó porque no puede, ó porque no es aquel
tiempo diputado para darles audiencia, lueg
les maldicen, y murmuran, y les roen los hue
sos, y aun deslindan los linages. Negocian
necio, negociante mentecato, no te apresure
espera sazon, y coyuntura para negociar; n
vengas à la hora del comer, ni à la de el dor
mir, que los Jueces son de carne, y hueso,
han de dár à la naturaleza lo que naturalment
les pide, sino es yo, que no le doy de comer
la mia, merced al señor Doctor Pedro Recio d
Tirteafuera, que està delante, que quiere qu
muera de hambre, y afirma, que esta muerte e
vida, que assi se la dè Dios à él, y à todos lo
de su ralèa, digo à los de los malos Medicos
que la de los buenos, palmas, y lauros mere
cen. Todos los que conocian à Sancho Panza s
admiraban oyendole hablar tan elegantemente
y no sabían á que atribuirlo, sino à que los of
cios, y cargos graves, ò adoban, ó entorpe
cen los entendimientos. Finalmente, el Docto
Pedro Recio Aguero de Tirteafuera prometió d
darle de cenar aquella noche, aunque excedies
de todos los Aforismos de Hypocrates. Con esto
quedò contento el Governador, y esperaba con
grande ansia llegasse la noche, y la hora de ce-
nar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se

esta-

taba quedo, sin movese de un lugar, todavia llegò por èl tanto deseado, donde le dieron cenar un salpicón de baca con cebolla, y unas anos cocidas de ternera, algo entrada en dias: ntregòse en todo con mas gusto, que si le hu- eran dado francolines de Milàn, frayfanes de oma, ternera de Sorrento, perdices de Mo- n, ó ganfos de Lavajos; y entre la cena, bol- endose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doc- r, de aqui adelante no os cureis de darme à mer cofas regaladas, ni manjares exquifitos, orque ferà facar à mi eftomago de fus quicios, qual eftá acoftumbrado á cabra, à baca, à cino, á cecina, à nabos, y à cebollas, y fi caso le dán otros manjares de Palacio, los re- ibo con melindre, y algunas veces con afco: que el Maeftrefala puede hacer, es, traerme ftas que llaman ollas podridas, que mientras as podridas fon, mejor huelen, y en ellas pue- e embaular, y encerrar todo lo que èl quifie- , como fea de comer, que yo fe lo agradece- , y fe lo pagaré algun dia; y no fe burle nadie nmigo, porque, ó fomos, ò no fomos: viva- os todos, y comamos en buena paz, y compa- ia, pues quando Dios amanece, para todos ama- ece: yo governarè efta Infula fin perdonar dere- ho, ni llevar cohecho, y todo el mundo tray ga ojo alerta, y mire por el vigote; porque les ha. o faber, que el diablo eftá en Cantillana, y que me dán ocafion, han de yèr maravillas: no

no

no hacèos de miel, y comeros han mocas. Po
cierto, señor Governador, dixo el Maestresal
que vuestra merced tiene mucha razon en quan
to ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de to
dos los Insulanos de esta Insula, que han de ser
vir à vuestra merced con toda puntualidad
amor, y benevolencia; porque el suave modo d
governar, que en estos principios vuestra mer
ced ha dado, no les dá lugar de hacer, ni d
pensar cosa, que en desservicio de vuestra mer
ced redunde. Yo lo creo, respondiò Sancho, y
serían ellos unos necios si otra cosa hiciessen,
pensassen, y buelvo á decir, que se tenga cuen
ta con mi sustento, y con el de mi rucio, qu
es lo que en este negocio importa, y hace ma
al caso; y en siendo hora, vamos à rondár, qu
es mi intencion limpiar esta Insula de todo ge
nero de inmundicia, y de gente vagamunda
holgazana, y mal entretenida; porque quiero
que sepais, amigos, que la gente valdìa, y pe
rezosa es en la Republica lo mismo que los zan
ganos en las colmenas, que se comen la miel
que las trabajadoras abejas hacen: pienso favo
recer à los Labradores, guardar sus preeminen
cias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y so
bre todo, tener respeto à la Religion, y á la
honra de los Religiosos. Què os parece de esto,
amigos? Digo algo, ó quiebrome la cabeza? Di
ce tanto vuestra merced, señor Governador, di
xo el Mayordomo, que estoy admirado de vèr,

que

e un hombre tan sin letras , como vuestra
rced , que à lo que creo no tiene ninguna,
;a tales, y tantas cosas llenas de sentencias,
le avisos, tan fuera de todo aquello , que del
;enio de vuestra merced esperaban los que
s embiaron , y los que aqui venimos : cada
a se vèn cosas nuevas en el mundo , las burlas
buelven en veras , y los burladores se hallan
rlados. Llegó la noche , y cenó el Governa-
r , con licencia del señor Doctor Recio. Ade-
zaronse de ronda , saliò con el Mayordomo,
cretario , y Maestresala , (y el Coronista , que
nía cuydado de poner en memoria sus hechos)
Alguaciles , y Escrivanos, tantos , que podian
rmar un mediano esquadròn. Iba Sancho en
edio con su vara , que no havia mas que vér ; y
cas calles andadas del Lugar , sintieron ruído
cuchilladas : acudieron allá, y hallaron , que
an solos dos hombres los que reñian ; los quales
endo venir la Justicia se estuvieron qnedos, y el
o de ellos dixo : Aqui de Dios , y del Rey , có-
o, y que se ha de sufrir , que roben en poblado
este Pueblo , y que salgan à saltear en la mitad
las calles ? Soffegaos hombre de bien , dixo
ncho, y contadme , què es la causa de esta pen-
ncia , que yo soy el Governador . El otro con-
ario dixo : Señor Governador , yo la dirè con
da brevedad : Vuestra merced sabrá , que este
ntilhombre acaba de ganar ahora en esta casa
juego , que està aqui frontero , mas de mil rea-

les,

les, y ſabe Dios, cómo, y hallandome yo pr
ſente juzgué mas de una ſuerte dudoſa en
favor, contra todo aquello, que me dictaba
conciencia; alzóſe con la ganancia, y quand
eſperaba, que me havia de dàr algun eſcud
por lo menos de varato, como es uſo, y co
tumbre darle à los hombres principales com
yo, que eſtamos aſſiſtentes para bien, y m
paſſar, y para apoyar ſinrazones, y evitar per
dencias, él embolsó ſu dinero, y ſe ſaliò de
caſa; yo vine deſpechado tràs èl, y con buena
y corteſes palabras le he pedido, que me dieſ
ſe ſiquiera ocho reales, pues ſabe que yo ſo
hombre honrado, y que no tengo oficio, ni be
neficio, porque mis padres no me le enſeñaron
ni me le dexaron; y el ſocarrón, que no es ma
ladrón que Caco, ni mas follero que Andradi
lla, no queria darme mas de quatro reales, po
que vea vueſtra merced, ſeñor Governador
què poca verguenza, y què poca conciencia
pero à fee, que ſi vueſtra merced no llegàra
que yo le hiciera vomitar la ganancia, y qu
havia de ſaber con quantas entraba la romana
Què decís vos à eſto? preguntó Sancho. Y e
otro reſpondiò, que era verdad quanto ſu con
trario decia, y no havia querido darle mas de
quatro reales, porque ſe los daba muchas ve-
ces; y los que eſperan varato han de ſer come-
didos, y tomar con roſtro alegre lo que le
dieren, ſin ponerſe en cuentas con los ganan-
cio-

ſos, ſi yà no ſupieſſen de cierto, que ſon fu-
os, y que lo que ganan es mal ganado; y
: para ſeñal de que era hombre de bien, y
ladrón, como decia, ninguna havia mayor,
: el no haverle querido dár nada, que ſiem-
los fulleros ſon tributarios de los mirònes,
: los conocen. Aſſi es, dixo el Mayordomo,
vueſtra merced, ſeñor Governador, què es
que ſe ha de hacer de eſtos hombres? Lo que
ha de hacer es eſto, reſpondió Sancho: Vos,
ancioſo, bueno, ó malo, ò diferente, dad
go à eſte vueſtro acuchillador cien reales, y
s haveis de deſembolſar treinta para los po-
s de la carcel; y vos que no teneis oficio,
beneficio, y andais de nones en eſta Inſula,
nad luego eſſos cien reales, y mañana en
o el dia ſalid de eſta Inſula deſterrado por
z años, ſo pena, ſi lo quebrantaredes, lo
nplais en la otra vida, colgandoos yo de
picota, ó à lo menos el verdugo por mi
ndado; y ninguno me replique, que le aſſen-
è la mano. Deſembolsó el uno, recibió el
o, eſte ſalió de la Inſula, y aquel ſe fue à
caſa, y el Governador quedò diciendo:
ora yo podré poco, ò quitarè eſtas caſas de
go, que à mi ſe me trasluce que ſon muy
judiciales. Eſta á lo menos, dixo un Eſcri-
o, no la podrà vueſtra merced quitar por-
: la tiene un gran perſonage, y mas es, ſin
nparacion, lo que el pierde al año, que lo

que

que saca de los naypes ; contra otros gariter
de menor quantía podrá vuestra merced mostr
su poder , que son los que mas daño hacen ,
mas insolencias encubren, que en las casas de l
Cavalleros principales , y de los Señores no
atreven los famosos fulleros à usàr de sus treta
y pues el vicio del juego se ha buelto en exe
cicio comun , mejor es que se juege en cas
principales , que no en la de algun oficial , do
de cogen à un desdichado de media noche aba
xo , y le desuellan vivo. Ahora , Escrivano , d
xo Sancho , yo sè que hay mucho que decir e
esso ; y en esto llegó un corchete que traía as
do à un mozo , y dixo : Señor Governador , es
mancebo venía àcia nosotros , y assi como co
lumbrò la Justicia , bolvió las espaldas , y co
menzó à correr como un gamo : señal que deb
ser algun delinquente ; yo partí tras èl , y si n
fuera porque tropezó , y cayó , no le alcanzá
ra jamàs. Porque huías , hombre ? pregunt
Sancho. A lo que el mozo respondió : Señor
por escusar de responder à las muchas pregun
tas , que las Justicias hacen. Que Oficio tiene
Texedor. Y què texes ? Hierros de lanzas , co
licencia buena de vuestra merced. Gracioso m
sois , de chocarreros picais, está bien. Y ador
de ibades ahora ? Señor , à tomar el ayre.
adonde se toma el ayre en esta Insula ? Adond
sopla. Bueno , respondeis muy à proposito , di
creto sois , mancebo , pero haced cuenta , qu
yo

foy el ayre, y que os sopla en popa, y os camina à la carcel. Asidle, ola, y llevadle, e yo haré, que duerma alli sin ayre esta noe. Par Dios, dixo el mozo, assi me hará vuesmerced dormir en la carcel, como hacerme y. Pues por què no te harè dormir en la car? respondió Sancho; no tengo yo poder aprenderte, y soltarte cada, y quando que isiere? Por mas poder, que vuestra merced ga, dixo el mozo, no será bastante para harme dormir en la carcel. Como que no; recó Sancho, llevadle luego, donde verá por ojos el desengaño, aunque mas el Alcayde iera usar con èl de su interessal libertad, que le pondré pena de dos mil ducados, si te xa salir un passo de la carcel. Todo esso es sa de risa, respondió el mozo; el caso es, que me harán dormir en la carcel quantos hoy ven. Dime, demonio, dixo Sancho, tienes un Angel que te saque, y que te quite los llos, que te pienso mandar echar? Ahora ser Governador, respondió el mozo con muy en donayre, estèmos à razon, y vengamos al nto. Presuponga vuestra merced, que me nda llevar à la carcel, y que en ella me hen grillos, y cadenas, y que me meten en calabozo, y se le ponen al Alcayde graves nas, si me dexa salir, y que èl lo cumple mo se le manda; con todo esto si yo no quiedormir, y estarme despierto toda la noche sin

pe-

pegar peſtaña, ſerà vueſtra merced baſtante co
todo ſu poder para hacerme dormir, ſi yo n
quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y
hombre ha ſalido con ſu intencion. De mod
dixo Sancho, que no dexareis de dormir po
otra coſa, que por vueſtra voluntad, y no po
contravenir à la mia? No ſeñor, dixo el moz
ni por pienſo. Pues andad con Dios, dixo San
cho, idos à dormir à vueſtra caſa, y Dios os d
buen ſueño, que yo no quiero quitarosle; per
aconſejoos, que de aqui adelante no os burlei
con la Juſticia, porque topareis con alguna
que os dé con la burla en los caſcos. Fueſſe
mozo, y el Governador proſiguió con ſu ronda
y de alli à poco vinieron dos Corchetes, qu
traían à un hombre aſido, y dixeron: Seño
Governador, eſte, que parece hombre, no l
es, ſino muger, y no fea, que viene veſtida e
habito de hombre. Llegaronle à los ojos dos,
tres linternas, à cuyas luces deſcubrieron u
roſtro de una muger, al parecer de diez y ſei
ó poco mas años, recogidos los cabellos co
una redecilla de oro, y ſeda verde, hermoſ
como mil perlas: miraronla de arriba abaxo,
vieron, que venia con unas medias de ſeda en
carnadas, con ligas de tafetan blanco, y rapa
cejos de oro, y aljofar: los greguеſcos eran ver
des, de tela de oro, y una ſalta en barca, ò ro
pilla de lo miſmo ſuelta; debaxo de la qual traí
un jubón de tela finiſſima de oro, y blanca,
los

s zapatos eran blancos, y de hombre; no traía
pada ceñida, ſino una riquiſſima daga, y en
s dedos muchos; y muy buenos anillos: Fi-
lmente, la moza parecia bien à todos, y
nguno la conoció de quantos la vieron; y los
turales de el Lugar dixeron, que no podian
nſar quien fueſſe; y los conſabidores de las
rlas, que ſe havian de hacer à Sancho, fue-
n los que mas ſe admiraron, porque aquel ſu-
ſſo, y hallazgo no venia ordenado por ellos;
aſſi eſtaban dudoſos, eſperando en qué para-
el caſo. Sancho quedó paſmado de la hermo-
ra de la moza, y preguntóla quien era, adon-
iba, y qué ocaſion la havia movido para veſ-
ſe en aquel habito? Ella, pueſtos los ojos en
erra, con honeſtiſſima verguenza reſpondió:
o puedo, ſeñor, decir tan en publico lo que
nto me importaba fuera ſecreto: una coſa
iero que ſe entienda, que no ſoy ladrona, ni
rſona facineroſa, ſino una doncella deſdicha-
, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho
mper el decoro que à la honeſtidad ſe debe.
yendo eſto el Mayordomo, dixo à Sancho:
aga, ſeñor Governador, apartar la gente, por-
e eſta ſeñora con menos empacho pueda de-
lo que quiſiere. Mandólo aſſi el Governador,
artaronſe todos, ſino fueron el Mayordomo,
aeſtreſala, y el Secretario. Viendoſe, pues,
los, la doncella proſiguió, diciendo: Yo, ſe-
res, ſoy hija de Pedro Perez Mazorca, Ar-

rendador de las Lanas de eſte Lugar, el qual
ſuele muchas veces ir en caſa de mi padre. Eſſo
no lleva camino, dixo el Mayordomo, ſeñor,
porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y
sè que no tiene hijo ninguno varon, ni hembra,
y mas, que decís que es vueſtro padre, y luego
añadís, que ſuele ir muchas veces en caſa de
vueſtro padre. Yá yo havia dądo en ello, dixo
Sancho. Ahora, ſeñores, yo eſtoy turbada, y
no sè lo que me digo, reſpondió la doncella,
pero la verdad es, que yo ſoy hija de Diego de
la Llana, que todos vueſſas mercedes deben de
conocer. Aun eſſo lleva camino, reſpondió el
Mayordomo, que yo conozco à Diego de la Lla-
na, y sè que es un hidalgo principal, y rico, y
que tiene un hijo, y una hija; y que deſpues
que enviudó, no ha havido nadie en todo eſte
Lugar que pueda decir, que ha viſto el roſtro de
ſu hija, que la tiene tan encerrada, que no da
lugar al Sol que la vea; y con todo eſto la fama
dice, que es en eſtremo hermoſa. Aſſi es la ver-
dad, reſpondiò la doncella, y eſſa hija ſoy yo;
ſi la fama miente, ò no, en mi hermoſura yá
os havreis, ſeñores, deſengañado, pues me havei
viſto, y en eſto comenzò à llorar tiernamente.
Viendo lo qual el Secretario, ſe llegó al oído
del Maeſtreſala, y le dixo muy paſſo: Sin duda
alguna que à eſta pobre doncella le debe de ha-
ver ſucedido algo de importancia, pues en ta
trage, y à tales horas, y ſiendo tan principal

anda

nda fuera de ſu caſa. No hay dudar en ello, eſpondió el Maeſtreſala, y mas que eſſa ſoſpecha a confirman ſus lagrimas. Sancho la conſolò con as mejores razones que èl ſupo, y la pidió, que n temor alguno les dixeſſe lo que le havia ſu- edido, que todos procurarian remediarlo con nuchas veras, y por todas las vias poſſibles. s el caſo, ſeñores, reſpondió ella, que mi pa- re me ha tenido encerrada diez años hà, que on los miſmos que à mi madre come la tierra: n caſa dicen Miſſa en un rico Oratorio, y yo n todo eſte tiempo no he viſto el Sol del Cielo e dia, y la Luna, y las Eſtrellas de noche, ni è què ſon calles, Plazas, ni Templo, ni aun ombres, fuera de mi padre, y de un hermano nio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por ntrar de ordinario en mi caſa, ſe me antojó ecir, que era mi padre, por no declarar el nio. Eſte encerramiento, y eſte negarme el ſa- ir de caſa, ſiquiera à la Igleſia, ha muchos ias, y meſes que me trae muy deſconſolada: uiſiera yo vèr el mundo, ò à lo menos el Pue- lo donde nací, pareciendome, que en eſte de- eo no iba contra el buen decoro, que las don- ellas principales deben guardar à sí miſmas: uando oìa decir que corrian Toros, y juga- an Cañas, y ſe repreſentaban Comedias, pre- untaba à mi hermano, que es un año menor ue yo, que me dixeſſe, que coſas eran aquellas, otras muchas, que yo no he viſto; èl me lo de-

claraba por los mejores modos que sabía; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo roguè, y pedí à mi hermano que nunca tal pidiera, ni tal rogára, y tornó à renovar el llanto. El Mayormodo la dixo: Prosiga vuestra merced, señora, y acabe de decirnos lo que la ha sucedido, que nos tiene à todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lagrimas sì que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos, que los semejantes. Haviase sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lagrimas las que lloraba, sino aljofar, ò rocío de los prados, y aun la subía de punto, y las llegaba à perlas Orientales, y estaba deseando, que su desgracia no fuesse tanta como daban à entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperabase el Governador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y dixola, que acabasse de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del Pueblo. Ella, entre interrotos sollozos, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiesse en habito de hombre con uno de sus vestidos, y que

me

ne ſacaſſe una noche à vèr todo el Pueblo, quando nueſtro padre durmieſſe; èl importunado de nis ruegos, condeſcendió con mi deſeo, y poniendome eſte veſtido, y èl viſtiendoſe otro nio, que le eſtá como nacido, porque èl no tiene pelo de barba, y no parece ſino una doncela hermoſiſſima; eſta noche debe de haver una hora, poco mas, ò menos, nos ſalimos de caſa, y guiados de nueſtro mozo, y deſvaratado diſcurſo, hemos rodeado todo el Pueblo; y quando queriamos bolver à caſa, vimos venir un gran ropèl de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, eſta debe de ſer la Ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos ſerá mal contado; y diciendo eſto, bolvió las eſpaldas, y comenzó, no digo à correr, ſino à volar; yo à menos de ſeis paſſos caí con el ſobreſalto, y entonces llegó el Miniſtro de la Juſticia, que me traxo ante vueſtras mercedes, adonde por mala, y antojadiza me veo avergonzada ante anta gente. En efecto, ſeñora, dixo Sancho, io os ha ſucedido otro deſmán alguno, ni zeos, como vos al principio de vueſtro cuento diiſteis? no os ſacaron de vueſtra caſa? No me ha ſucedido nada, ni me ſacaron zelos, ſino ſo- el deſeo de vèr mundo, que no ſe eſtendia à nas, que à vèr las calles de eſte Lugar; y acabó de confirmar ſer verdad lo que la doncella lecia, llegar los Corchetes con ſu hermano preſo,

so, à quien alcanzó uno de ellos quando se huyó de su hermana; no traía sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azúl, con passamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada, que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios, y enrizados. Apartaronse con el Governador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que lo oyesse su hermana, le preguntaron, cómo venía en aquel trage? Y èl, con no menos verguenza, y empacho, contó lo mesmo que su hermana havia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestresala; pero el Governador les dixo: Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad, y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas, y suspiros, que con decir, somos fulano, y fulana, que nos salimos à espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabára el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Assi es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuestras mercedes, que la turbacion que he tenido hà sido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que debía. No se ha perdido nada, respondió Sancho, vamos, y dexaremos à vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los havrá echado menos; y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de vèr mun-

do,

o, que la doncella honrada la pierna quebra-
a, y en casa; y la muger, y la gallina, por
ndar se pierden ahína; y la que es deseosa
e vèr, tambien tiene deseo de ser vista: no
igo mas. El mancebo agradecia al Governa-
or la merced, que quería hacerles de bolver-
os à su casa; y assi se encaminaron àcia à ella,
ue no estaba muy lexos de alli. Llegaron,
ues, y tirando el hermano una china à una
exa, al momento baxó una criada, que los
staba esperando, y le abrió la puerta, y ellos
e entraron, dexando à todos admirados, assi
le su gentileza, y hermosura, como del de-
eo que tenian de vèr mundo de noche, y sin
alir del Lugar: pero todo lo atribuyeron à su
oca edad. Quedó el Maestresala traspassado
u corazon, y propuso de luego otro dia pe-
irsela por muger à su padre, teniendo por
ierto, que no se la negaría, por ser èl criado del
Ouque; y aun à Sancho le vinieron deseos, y
arruntos de casar al mozo con Sanchica su
nija, y determinó de ponerlo en platica à su
iempo, dandose à entender, que à una hija
le un Governador ningun marido se le podía
negar. Con esto se acabó la Ronda de aque-
lla noche, y de alli à dos dias el Govier-
no, con que se destroncaron, y bor-
raron todos sus designios, como
se verá adelante.

***

CA-

CAPITULO L.

Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que azotaron à la dueña, y pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el sucesso que tuvo el Page que llevó la carta à Teresa Panza muger de Sancho Panza.

DIce Cide Hamete, puntualissimo escudriñador de los àtomos de esta verdadera Historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote, otra dueña, que con ella dormia, lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender, y oler, se fue tras ella, con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echó de vèr; y assi como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue à poner en pico à su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quixote: la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidiò licencia para que ella, y Altisidora viniessen à vèr lo que aquella dueña quería con Don Quixote; el Duque se la dió: y las dos con gran tiento, y sossiego, passo ante passo llegaron à ponerse junto à

la

puerta de el aposento, y tan cerca, que
ían todo lo que dentro hablaban; y quando
ó la Duquesa, que Rodriguez havia echado
la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo
do sufrir, ni menos Altisidora: y assi llenas
colera, y deseosas de venganza, entraron
golpe en el aposento, y acrivillaron à Don
uixote, y vapularon à la dueña del modo
ie queda contado; porque las afrentas que
n derechas contra la hermosura, y presump-
on de las mugeres, despierta en ellas en gran
anera la ira, y enciende el deseo de vengar-
Contó la Duquesa al Duque lo que la havia
ffado, de la que se holgó mucho; y la Du-
iesa prosiguiendo con su intencion de burlar-
, y recibir passatiempo con Don Quixote,
spachó al Page que havia hecho la figura de
ulcinèa en el concierto de su desencanto (que
nia buen olvidado Sancho Panza con la oca-
cion de su Govierno) à Teresa Panza su mu-
r, con carta de su marido, y con otra suya,
con una gran sarta de corales ricos presenta-
os. Dice, pues la Historia, que el Page era
uy discreto, y agudo: y con deseo de servir
sus señoras, partió de muy buena gana al Lu-
r de Sancho; y antes de entrar en èl, vió en
arroyo estár lavando cantidad de mugeres,
quien preguntó, si le sabrian decir, si en
uel Lugar vivia una muger, llamada Teresa
nza, muger de un cierto Sancho Panza, es-

cu-

cudero de un Cavallero, llamado Don Quixo
de la Mancha? A cuya pregunta se levantó e
piè una mozuela, que estaba lavando, y dixo
Essa Teresa Panza es mi madre, y esse tal San
cho mi señor padre, y el tal Cavallero nuestr
amo. Pues venid, doncella, dixo el Page,
mostradme à vuestra madre, porque la trayg
una carta, y un presente de el tal vuestro pa
dre. Esso harè yo de muy buena gana, seño
mio, respondió la moza, que mostraba ser d
edad de catorce años, poco mas, ò menos;
dexando la ropa que lavaba à otra compañera
sin tocarse, ni calzarse, que estaba en piernas
y desgrañada, saltó delante de la cavalgadur
del Page, y dixo: Venga vuestra merced, qu
à la entrada del Pueblo está nuestra casa, y m
madre en ella, con harta pena por no have
sabido muchos dias há de mi señor padre. Pue
yo se las llevo tan buenas, dixo el Page, qu
tiene que dár bien gracias à Dios por ellas. Fi
nalmente, saltando, corriendo, y brincando
llegó al Pueblo la muchacha, y antes de entra
en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga
madre Teresa, salga, salga, que viene aqui u
señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen
padre; à cuyas voces salió Teresa Panza s
madre, hilando un poco de estopa, con una sa
ya parda: parecia, segun era de corta, que s
le havian cortado por vergonzoso lugar, co
un corpezuelo assimismo pardo, y una camis

de

pechos; no era muy vieja, aunque moſtraba
far de los quarenta, pero fuerte, tieſſa, ner-
da, y avellanada, la qual viendo à ſu hija,
l Page à cavallo, la dixo: Què es eſto, niña,
è ſeñor es eſte? Es un ſervidor de mi ſeñora
ña Tereſa Panza, reſpondió el Page, y di-
ndo, y haciendo ſe arrojó del cavallo, y ſe
con mucha humildad á poner de hinojos
e la ſeñora Tereſa, diciendo: Deme vueſtra
rced ſus manos, mi ſeñora Doña Tereſa, bien
como muger legitima, y particular del ſeñor
n Sancho Panza, Governador proprio de la
ùla Barataria. Ay, ſeñor mio! quiteſeme de aí,
haga eſſo, reſpondió Tereſa, que yo no ſoy
da palaciega, ſino una pobre Labradora, hi-
de un eſtripa terrones, y muger de un eſcu-
o Andante, y no de Governador alguno.
eſtra merced, reſpondió el Page, es muger
gniſſima de un Governador archidigniſſimo;
ara prueba de eſta verdad, reciba vueſtra
rced eſta carta, y eſte preſente; y ſacó al inſ-
te de la faldriquera una ſarta de corales, con
remos de oro, y ſe la echó al cuello, y dixo:
a carta es del ſeñor Governador; y otra que
ygo, y eſtos corales, ſon de mi ſeñora la Du-
eſa, que à vueſtra merced me embia. Quedó
mada Tereſa, y ſu hija ni mas, ni menos, y
muchacha dixo: Que me maten ſi no anda por
i nueſtro ſeñor amo Don Quixote, que debe
haver dado à padre el Govierno, que tantas

ve-

veces le havia prometido. Assi es la verda
respondió el Page, que por respeto del señ
Don Quixote es ahora el señor Sancho Gove
nador de la Insula Barataria, como se verá p
esta carta. Leamela vuestra merced señor gent
hombre, dixo Teresa, porque aunque yo sè h
lar, no sè leer migaja; ni yo tampoco, añad
Sanchica; pero esperenme aqui, que yo irè
llamar quien la lea, ora sea el Cura mesmo,
el Bachillèr Sansón Carrasco, que vendrán
muy buena gana por saber nuevas de mi pa
dre. No hay para que se llame à nadie, dixo
Page, que yo no se hilar, pero se leer, y
leerè; y assi se la leyó toda, que por quedar y
referida no se pone aqui; y luego sacó otra
la Duquesa, que decia de esta manera:

*AMiga Teresa, las buenas partes de la bonda
y del ingenio de vuestro marido Sancho, m
movieron, y obligaron à pedir à mi marido
Duque le diesse un Govierno de una Insula de m
chas que tiene; tengo noticia, que govierna com
un Girifalte, de lo que yo estoy muy contenta,
el Duque mi señor por el consiguiente; por lo qu
doy muchas gracias al Cielo de no haverme engañ
do en haverle escogido para el tal Govierno, por
que quiero que sepa la señora Teresa, que con di
ficultad se halle un buen Governador en el mund
y tal me haga á mi Dios, como Sancho govierna
abí la embio, querida mia, una sarta de corale
con*

estremos de oro, yo me holgára que fuera de las Orientales; pero quien te dá el huevo no te rria vèr muerta: tiempo vendrá en que nos co- camos, y nos comuniquemos, y Dios sabe lo será. Encomiendeme à Sancbica su hija, y di- e de mi parte, que se apareje, que la tengo de ar altamente, quando menos lo piense. Dicen- , que en este Lugar hay bellotas gordas, em- me hasta dos docenas, que las estimarè en mu- , por ser de su mano, y escrivame luego, avi- dome de su salud, y de su bien estár, y si hu- re menester alguna cosa, no tiene que hacer s que boquear, que su boca será medida; y os me la guarde. De este Lugar, su amiga que n la quiere.

La Duquesa.

Ay! dixo Teresa en oyendo la carta, y què ena, què llana, y què humilde señora! Con as tales señoras me entierren à mi, y no las dalgas, que en este Pueblo se usan, que pien- , que por ser Hidalgas no las ha de tocar el nto, y ván à la Iglesia con tanta fantasìa co- si fuessen las mismas Reynas, que no pare- sino que tienen á deshonra el mirar à una La- adora; y veis aqui donde esta buena señora, n ser Duquesa, me llama amiga, y me trata mo si fuera su igual, que igual la vea yo con mas alto campanario que hay en la Mancha; y lo que toca à las bellotas, señor mio, yo la

em-

embiarè à ſu Señoría un celemin, que por go
das las pueden venir à vèr à la mira, y à la ma
ravilla; y por ahora, Sanchica, atiende à q
ſe regale eſte ſeñor, pon en orden eſte caval
y ſaca de la cavalleriza huevos, y corta toci
adunia, y demosle de comer como à un Princ
pe, que las buenas nuevas que nos ha traído,
la buena cara que èl tiene, lo merece todo, y
tanto ſaldrè yo à dár à mis vecinas las nuev
de nueſtro contento, al Padre Cura, y à Maeſ
Nicolás el Barbero, que tan amigos ſon, y ha
ſido de tu Padre. Si harè, madre, reſpondi
Sanchica, pero mire, que me ha de dár la mita
de eſſa ſarta, que no tengo yo por tan boba
mi ſeñora la Duqueſa, que ſe la havia de em
biar à ella toda. Todo es para tí, hija, reſpon
dió Tereſa, pero dexamela traer algunos dias
cuello, que verdaderamente parece que me al
gra el corazon. Tambien ſe alegrarán, dixo
Page, quando vean el lio que viene en eſte po
tamanteo, que es un veſtido de paño finiſſim
que el Governador ſolo un dia llevó à caza,
qual todo le embia para la ſeñora Sanchica. Q
me viva èl mil años, reſpondió Sancha, y
que lo trae, ni mas, ni menos, y aun dos mi
ſi fuere neceſſidad. Salióſe en eſto Tereſa fue
de caſa con las cartas, y con la ſarta al cuello,
iba tañendo en las cartas como ſi fuera en u
pandero; y encontrandoſe acaſo con el Cura,
Sansón Carraſco, comenzó à baylar, y decir:
fee,

, que ahora, que no hay pariente pobre,
oviernito tenemos, no ſino tomeſe conmigo
mas pintada Hidalga, que yo la pondrè co-
o nueva. Què es eſto, Tereſa Panza? què lo-
ras ſon eſtas, y que papeles ſon eſſos? No es
ra locura, ſino que eſtas ſon Cartas de Duque-
, y de Governadores, y eſtos que traygo al
ello ſon corales finos; las Ave Marias, y los
dres nueſtros ſon de oro de martillo, y yo ſoy
overnadora. De Dios en ayuſſo no os entende-
os, Tereſa, ni ſabemos lo que os decís. Aí lo
drán vèr ellos, reſpondió Tereſa, y dióles
; cartas. Leyólas el Cura de modo, que las
ó Sansón Carraſco; y Sansón, y el Cura ſe
iraron el uno al otro, como admirados de lo
e havia leído. Y preguntó el Bachillèr, quien
via traído aquellas cartas? Reſpondió Tere-
, que ſe vinieſſen con ella à ſu caſa, y verían
menſagero, que era un mancebo como un pi-
de oro, y que le traía otro preſente, que va-
mas de tanto. Quitóla el Cura los corales
l cuello, y mirólos, y remirólos, y certifi-
ndoſe que eran finos, tornó à admirarſe de
evo, y dixo: Por el habito que tengo, que
sè què me diga, ni què me pienſe de eſtas
rtas, y de eſtos preſentes; por una parte veo,
toco la fineza de eſtos corales, y por otra leo,
e una Duqueſa embia à pedir dos docenas de
llotas. Aderecenme eſſas medidas, dixo en-
nces Carraſco: Ahora bien, vamos à vèr al

por-

portador de eſte pliego, que de èl nos informa
rèmos de las dificultades que ſe nos ofrecen. Hi
cieronlo aſſi, y bolvióſe Tereſa con ellos: ha
llaron al Page crivando un poco de cebada par
ſu cavalgadura, y à Sanchica cortando un tor
rezno para empedrarle con huevos, y dár d
comer al Page, cuya preſencia, y buen adorn
contentó mucho à los dos, y deſpues de haver
le ſaludado corteſmente, y èl à ellos, le pre
guntó Sansón les dixeſſe nuevas, aſſi de Don
Quixote, como de Sancho Panza, que pueſto
que havian leído las cartas de Sancho, y de la
Señora Duqueſa, todavia eſtaban confuſos, y
no acababan de atinar, què ſería aquello de
Govierno de Sancho, y mas de una Inſula, sien
do todas, ò las mas que hay en el Mar Medi
terraneo de ſu Mageſtad. A lo que el Page reſ
pondió: De que el ſeñor Sancho Panza ſea Go
vernador, no hay que dudar en ello; de que ſea
Inſula, ò no la que govierna, en eſſo no m
entrometo; pero baſta que ſea un Lugar de ma
de mil vecinos; y en quanto à lo de las bellotas
digo, que mi ſeñora la Duqueſa es tan llana, y
tan humilde, que no digo el embiar à pedi
bellotas à una Labradora, pero que la aconte
cia embiar à pedir un peyne preſtado à una ve
cina ſuya; porque quiero que ſepan vueſtras mer
cedes que las ſeñoras de Aragón, aunque ſon
tan principales, no ſon tan puntuoſas, y levan
tadas como las ſeñoras Caſtellanas, que con ma
llane-

aneza tratan con las gentes. Estando en la mi-
d de esta platica salió Sanchica con una halda
e huevos, y preguntò al Page : Digame, se-
or, mi señor padre trae por ventura calzas ata-
idas despues que es Governador ? No he mira-
o en ello, respondió el Page, pero se deben
e traer. Ay Dios mio, replicò Sanchica, que
rà de vér à mi padre con pedorreras : no es
ieno sino que desde que nací tengo deseo de
èr à mi padre con calzas atacadas. Como con
sas cosas lo verá vuestra merced, si vive, res-
ondió el Page; par Dios, terminos lleva de ca-
inar con papahigo, con solos dos meses que le
ure el Govierno. Bien echaron de vèr el Cura,
el Bachillèr, que el Page hablaba socarrona-
ente; pero la fineza de los corales, y el vesti-
o de caza, que Sancho embiaba, lo deshacia
do, que yà Teresa les havia mostrado el vesti-
o, y no dexaron de reírse del deseo de Sanchi-
a, y mas quando Teresa dixo : Señor Cura,
che cara por aí, si hay alguien que vaya à Ma-
id, ó à Toledo, para que compre un berduga-
o redondo, hecho, y derecho, y sea al uso,
de los mejores que huviere, que en verdad,
verdad, que tengo de honrar el Govierno de
marido en quanto yo pudiere; y aun, que si
e enojo, me tengo de ír à essa Corte, y echar
n coche como todas, que la que tiene marido
overnador muy bien le puede traer, y susten-
ir. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguies-

se à Dios, que fuesse antes hoy, que mañana
aunque dixessen los que me viessen ír sentad
con mi señora madre en aquel coche: Mirad l
tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y co
mo vá sentada, y tendida en el coche, como
fuera una Papesa; pero pisen ellos los lodos,
andeme yo en mi coche, levantados los pie
del suelo, y mal año, y mal mes para quanto
murmuradores hay en el mundo; y andame y
caliente, y riase la gente. Digo bien, madr
mia? Y como que dices bien, hija, respondi
Teresa, y todas estas venturas, y aun mayore
me las tiene profetizadas mi buen Sancho;
verás tu, hija, como no pára hasta hacerm
Condesa, que todo es comenzar à ser venturo
sa; y como yo he ohido decir muchas veces
tu buen padre, (que assi como lo es tuyo, l
es de refranes) quando te dieren la vaquilla
corre con tu soguilla; quando te dieren un Go
vierno, cogele; quando te dieren un Condado
agarrale; y quando te hicieren tús tús con al
guna dadiva buena, embasala: no sino dormíos
y no respondais à las venturas, y buenas di
chas, que estàn llamando à la puerta de vuestr
casa. Y què se me dà à mi, añadió Sanchica
que diga el que quisiere, quando me vea ento
nada, y fantasiosa: Viòse el perro en braga
de cerro, y lo demás. Oyendo lo qual el Cur
dixo: Yo no puedo creer, sino que todos lo
del linage de los Panzas nacieron cada uno co
un

un coſtal de refranes en el cuerpo, ninguno de
ellos he viſto, que no los derrame à todas horas,
y en todas las platicas que tienen. Aſſi es la
verdad, dixo el Page, que el ſeñor Governador
Sancho à cada paſſo los dice; y aunque muchos
no vienen à propoſito, todavia dán guſto, y
mi ſeñora la Duqueſa, y el Duque los celebran
mucho. Que todavia ſe afirma vueſtra merced,
ſeñor mio, dixo el Bachillèr, ſer verdad eſto del
Govierno de Sancho, y de que hay Duqueſa en
el mundo, que la embie preſente, y la eſcriva?
porque noſotros, aunque tocamos los preſen-
tes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y
penſamos, que eſta es una de las coſas de Don
Quixote nueſtro compatriota, que todas pienſa
que ſon hechas por encantamento; y aſſi eſtoy
por decir, que quiero tocar, y palpar à vueſtra
merced, por vèr ſi es Embaxador fantaſtico, ó
hombre de carne, y hueſſo. Señores, no sè mas
de mi, reſpondió el Page, ſino que ſoy Emba-
xador verdadero, y que el ſeñor Sancho Panza es
Governador efectivo: y que mis ſeñores Duque,
y Duqueſa pueden dár, y han dado el tal Go-
vierno; y que he oìdo decir, que en èl ſe por-
ta valentiſſimamente el tal Sancho Panza: ſi en
eſto hay encantamento, ó no, vueſtras mercedes
lo diſputen allà entre ellos, que yo no sè otra
coſa para el juramento que hago, que es: Por
vida de mis padres, que los tengo vivos, y los
amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ſer

assi, replicó el Bachillèr, pero *dubitat Augusti-nus*. Dude quien dudare, respondió el Page, la verdad es la que he dicho, y esta, que ha de andar siempre sobre la mentira como el aceyte sobre el agua; y sino *operibus credite, & non verbis*: Vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oìdos. Essa ida à mi toca, dixo Sanchica, lleveme vuestra merced, señor à las ancas de su rocín, que yo irè de muy buena gana à vèr à mi señor padre. Las hijas de los Governadores respondiò el Page, no han de ír solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas, y litèras, y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya sobre una pollina, como sobre un coche hallado la haveis la melindrosa. Calla, muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor està en lo cierto, que tal es el tiempo, tal el tiento, quando Sancho Sancha y quando Governador, señora; y no sè si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dixo el Page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde. A lo que dixo el Cura: Vuestra merced se vendrá à hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huesped. Rehusólo el Page; pero en efecto lo huvo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de bue-

buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachillèr se ofreció de escrivir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachillèr se metiesse en sus cosas, que le tenia por algo burlón, y assi dió un bollo, y dos huevos à un Monacillo, que sabía escrivir, el qual la escrivió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de un mismo calletre, que no son las peores, que en esta grande Historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progresso del Govierno de Sancho Panza, con otros sucessos tales, como buenos.

AManeció el dia, que siguió à la noche de la ronda del Governador, la qual el Maestresala passò sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escrivir à sus señores lo que Sancho hacia, y decia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras, y sus acciones con asssomos discretos, y tontos. Levantóse en fin el señor Governador, y por orden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de

con-

conſerva, y quatro tragos de agua fria: coſa, que la trocára Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de ubas; pero viendo, que aquello era mas fuerza, que voluntad, paſsó por ello con harto dolor de ſu alma, y fatiga de ſu eſtomago, haciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos, y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia à las perſonas conſtituídas en mandos, y en oficios graves, donde ſe han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con eſta ſofiſteria padecia hambre Sancho; y tal, que en ſu ſecreto maldecia al Govierno, y aun à quien ſe le havia dado: pero con ſu hambre, y ſu conſerva, ſe puſo à juzgar aquel dia, y lo primero que ſe le ofreciò fue una pregunta, que un foraſtero le hizo, eſtando preſentes à todo el Mayordomo, y los demás acolitos, que fue: Señor, un caudaloſo rio dividia à dos terminos de un miſmo Señorio (y eſtè vueſtra merced atento, porque el caſo es de importancia, y algo dificultoſo) digo, pues, que ſobre eſte rio eſtaba una puente, y al cabo de ella una horca, y una como caſa de Audiencia, en la qual de ordinario havia quatro Jueces, que juzgaban la ley que puſo el dueño del rio, y de la puente, y del Señorío, que era en eſta forma: Si alguno paſſare por eſta puente de una parte á otra, ha de jurar primero, adonde, y à que vá; y ſi jurare ver-

verdad, dexenle paſſar; y ſi dixere mentira, nuera por ello ahorcado en la horca, que allí e mueſtra, ſin remiſſion alguna. Sabida eſta ley, la rigoroſa condicion de ella, paſſaban mu-chos; y luego en lo que juraban, ſe echaban de èr, que decian verdad, y los Jueces los dexa-ban paſſar libremente. Sucedió, pues, que to-nando juramento à un hombre, juró, y dixo, que para el juramento que hacía, que iba à norir en aquella horca que alli eſtaba, y no à otra coſa. Repararon los Jueces en el juramen-to, y dixeron: Si à eſte hombre le dexamos paſ-ar libremente, mintió en ſu juramento, y con-forme à la ley debe morir; y ſi le ahorcamos, el juró, que iba à morir en aquella horca; y ha-viendo jurado verdad, por la miſma ley debe ſer ibre. Pideſe à vueſtra merced, ſeñor Governa-lor, què harán los Jueces del tal hombre, que un haſta ahora eſtán dudoſos, y ſuſpenſos; y haviendo tenido noticia del agudo, y elevado ntendimiento de vueſtra merced, me embia-on à mi à que ſuplicaſſe à vueſtra merced de ſu parte, dieſſe ſu parecer en tan intrincado, y dudoſo caſo. A lo que reſpondió Sancho: Por cierto que eſſos ſeñores Jueces, que à mi os em-bian, lo pudieran haver eſcuſado, porque yo oy un hombre, que tengo mas de moſtrenco, que de agudo; pero con todo eſſo repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entien-da, quizá podria ſer, que dieſſe en el hito. Bol-

vió otra, y otra vez el preguntante à referir lo
que primero havia dicho. Sancho dixo: A mi
parecer, esse negocio en dos paletas lo declararè
yo; y es assi: El tal hombre jura, que vá à mo-
rir en la horca, y si muere en ella juró verdad:
y por la ley puesta merece ser libre, y que passe
la puente; si no le ahorcan, jurò mentira, y por
la misma ley merece que le ahorquen. Assi es,
como el señor Governador dice, dixo el mensa-
gero; y quanto à la entereza, y entendimiento
del caso, no hay mas que pedir, ni que dudar.
Digo yo, pues, ahora replicó Sancho, que
de este hombre, aquella parte que juró verdad,
la dexen passar, y la que dixo de mentira la
ahorquen; y de esta manera se cumplirá al piè
de la letra la condicion del passage. Pues señor
Governador, replicó el preguntador, será ne-
cessario, que el tal hombre se divida en partes,
en mentirosa, y verdadera; y si se divide, por
fuerza ha de morir: y assi no se consigue cosa
alguna de lo que la ley pide; y es de necessidad
expressa, que se cumpla con ella. Venid acá,
señor buen hombre, respondiò Sancho, este
passagero que decís, ò yo soy un porro, ó èl
tiene la misma razon para morir, que para vi-
vir, y passar la puente; porque si la verdad le
salva, la mentira le condena igualmente; y sien-
do esto assi, como lo es, soy de parecer, que
digais à essos señores, que á mi os embiaron,
que pues están en un fil las razones de conde-
nar-

iarle, ò abſolverle, que le dexen paſſar libre-
nente, pues ſiempre es alabado mas el hacer
ien, que mal; y eſto lo diera firmado de mi
ombre, ſi ſupiera firmar: y yo en eſte caſo no
e hablado de mio, ſino que ſe me vino à la me-
noria un precepto, entre otros muchos, que
ne diò mi amo Don Quixote la noche antes
ue vinieſſe à ſer Governador de eſta Inſula que
uè: Que quando la Juſticia eſtuvieſſe en duda,
ne deſcantaſſe, y acogieſſe à la miſericordia: y
a querido Dios, que ahora ſe me acordaſſe,
or venir en eſte caſo como de molde. Aſſi es,
eſpondió el Mayordomo; y tengo para mi, que
l miſmo Licurgo, que dió leyes à los Lacede-
nonios, no pudiera dár mejor ſentencia, que la
ue el gran Panza ha dado; y acabeſe con eſto
a Audiencia de eſta mañana, y yo darè orden
omo el ſeñor Governador coma muy à ſu guſto.
ſſo pido, y barras derechas, dixo Sancho; den-
ne de comer, y lluevan caſos, y dudas ſobre
ni, que yo las deſpavilarè en el ayre. Cumpliò
palabra el Mayordomo, pareciendole ſer car-
o de conciencia matar de hambre à tan diſcre-
Governador; y mas que penſaba concluír con
aquella miſma noche, haciendole la burla ul-
ma, que traía en comiſſion de hacerle. Suce-
iò, pues, que haviendo comido aquel dia con-
a las Reglas, y Aforiſmos de el Doctor Tirtea-
iera, al levantar de los manteles entró un cor-
o con una carta de Don Quixote para el Go-

ver-

vernador: mandò Sancho al Secretario, que l
leyeſſe para sí; y que ſi no vinieſſe en ella algu
na coſa digna de ſecreto, la leyeſſe en voz alta
Hizolo aſſi el Secretario, y repaſandola prime
ro, dixo: Bien ſe puede leer en voz alta qu
lo que el ſeñor Don Quixote eſcribe à vueſtra
merced, merece eſtár eſtampado, y eſcrito co
letras de oro, dice aſſi:

CARTA DE DON QUIXOTE DE LA MAN-
cha à Sancho Panza, Governador de la Inſula Barataria.

QUando eſperaba obir nuevas de tus deſcuidos è impertinencias, Sancho amigo, las obí d tus diſcreciones, de que dí por ello gracias parti culares al Cielo, el qual del eſtiercol ſabe levan tar los hombres, y de los tontos hacer diſcretos Dicenme que goviernas como ſi fueſſes hombre, q que eres hombre, como ſi fueſſes beſtia ſegun es l humildad con que te tratas; y quiero que advier tas, Sancho, que muchas veces conviene, y es ne ceſſario, por la autoridad del oficio, ir contra l humildad del corazon, porque el buen adorno d la perſona, que eſtá pueſta en graves cargos, h de ſer conforme á lo que ellos piden, y no à l medida de lo que ſu humilde condicion le inclina Viſtete bien, que un palo compueſto no parece palo no digo que traygas dixes, ni galas, ni que ſiend Juez te viſtas como Soldado, ſino que te adorne

con

n el habito que tu oficio requiere, con tal que ſea
npio, y bien compueſto. Para ganar la volun-
d del Pueblo que goviernas, entre otras, has de
cer dos coſas; la una, ſer bien criado con todos,
nque eſto ya otra vez te lo he dicho; y la otra,
ocurar la abundancia de los mantenimientos,
e no hay coſa que mas fatiga el corazon de los
bres, que la hambre, y la careſtia.

No hagas muchas prematicas; y ſi las hicieres,
ocura que ſean buenas, y ſobre todo, que ſe guar-
n, y cumplan, que las prematicas, que no ſe
ardan, lo miſmo es, que ſi no lo fueſſen; antes
n à entender, que el Principe que tuvo diſcre-
n, y authoridad para hacerlas, no tuvo valor
ra hacer que ſe guardaſſen; y las leyes que ate-
rizan, y no ſe executan, vienen à ſer como la
iga, Rey de las Ranas, que al principio las eſpan-
, y con el tiempo la menoſpreciaron, y ſe ſubieron
re ella. Sè padre de las virtudes y padarſtro de
vicios. No ſeas ſiempre riguroſo ni ſiempre blan-
, y eſcoge el medio entre eſtos dos eſtremos, que en
o eſtá el punto de la diſcrecion. Viſita las Carce-
, las Carnicerias, y las Plazas, que la preſen-
t de el Governador en lugares tales, es de mucha
portancia. Conſuela á los preſos, que eſperan la
evedad de ſu deſpacho; sè coco á los carniceros,
e por entonces igualan los peſos, y es eſpantajo.
las placeras, por la miſma razon. No te mueſ-
is (aunque por ventura lo ſeas, lo qual yo no lo
ro) codicioſo, mugeriego, ni glotón, porque en

ſa-

ſabiendo el Pueblo, y los que te trátan tu inclina
cion determinada, por alli te darán batería, haſ
ta derribarte en el profundo de la perdicion. Mi
ra, y remira, paſſa, y repaſſa los conſejos, y do
cumentos, que te di por eſcrito antes que de aqu
partieſſes à tu Govierno, y verás como hallas e
ellos, ſi los guardas, una ayuda de coſta, que l
ſobrelleve los trabajos, y dificultades, que à ca
da paſſo à los Governadores ſe les ofrecen. Eſcrib
à tus ſeñores, y mueſtrateles agradecido, que l
ingratitud es hija de la ſobervia, y uno de los ma
yores pecados que ſe ſabe, y la perſona que es agra
decida á los que bien le han hecho, dá indicio, qu
tambien lo ſerà á Dios, que tantos bienes le hizo
y de continuo le hace. La ſeñora Duqueſa deſpach
un propio con tu veſtido, y otro preſente à tu mu
ger Tereſa Panza; por momentos eſperamos reſ
pueſta.

Yo he eſtado un poco mal diſpueſto de un cierr
gateamiento, que me ſucediò, no muy à cuento d
mis narices; pero no fue nada, que ſi hay encanta
dores que me maltraten, tambien los hay que m
defiendan. Aviſame, ſi el Mayordomo que eſt
contigo tuvo que vèr en las acciones de la Trifald
como tu ſoſpechaſte: y de todo lo que te ſucedier
me iràs dando aviſo, pues es tan corto el camin
quanto mas, que yo pienſo dexar preſto eſta via
ocioſa en que eſtoy, pues no nací para ella. Un n
gocio ſe me ha ofrecido, que creo que me ha de p
ner en deſgracia de eſtos ſeñores; pero aunque ſe m
dá

ì mucho, no se me dá nada, pues en fin, en fin
ngo de cumplir antes con mi profession, que con
gusto, conforme à lo que suele decirse: Amicus
ato, sed magis amica veritas. *Digote este La-*
, porque me doy á entender, que depues que eres
vernador lo havrás aprendido. Y à Dios, el
al te guarde de que ninguno te tenga lastima.

Tu amigo
Don Quixote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y
e celebrada, y tenida por discreta de los que
oyeron; luego Sancho se levantó de la me-
, y llamando al Secretario, se encerró con èl
su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso respon-
er luego à su señor Don Quixote, y dixo al Se-
etario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna,
esse escriviendo lo que èl le dixesse, y assi lo
zo; y la carta de la respuesta fue del tenor si-
iente,

CARTA DE SANCHO PANZA à DON Quixote de la Mancha.

A ocupacion de mis negocios es tan grande,
que no tengo lugar para rascarme la cabeza,
aun para cortar las uñas, y assi las traygo tan
ecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor
io de mi alma, porque vuestramerced no se espan-
te,

te, si hasta ahora no he dado viso de mi bien, l
mal estár en este Govierno, en el qual tengo ma
hambre, que quando andabamos los dos por las sel
vas, y por los despoblados.

Escrivióme el Duque mi señor el otro dia, dan
dome aviso, que havian entrado en esta Insula cier
tas espías para matarme, y hasta ahora yo no h
descubierto otra, que un cierto Doctor, que est
en este Lugar assalariado para matar à quanto
Governadores aqui viniessen: llamase el Doctor Pe
dro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque ve
vuestra merced, que nombre para no temer, qu
he de morir à sus manos. Este tal Doctor dice è
mismo de sì mismo, que èl no cura las enfermeda
des quando las hay, sino que las previene para qu
no vengan, y las medicinas que usa son dieta, y
mas dieta, hasta poner la persona en los huessos mon
dos, como si no fuesse mayor mal la flaqueza, qu
la calentura. Finalmente, èl me vá matando d
hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pue
quando pensè venir á este Govierno à comer calien
te, y à beber frio, y à recrear el cuerpo entre sa
banas de Olanda, sobre colchones de pluma, he ve
nido á hacer penitencia, como si fuera Hermitaño
y como no la hago de mi voluntad, pienso que a
cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta ahora no he tocado derecho, ni llevad
cohecho, y no puedo pensar en que vá esto, porqu
aqui me han dicho, que los Governadores, que
esta Insula suelen venir, antes de entrar en èlla,

les

s han dado, ò les han prestado los del Pueblo mu-
bos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los
emàs, que ván à Goviernos, no solamente en èste.

Anoche, andando de ronda, topé una muy her-
osa doncella en trage de varon, y un hermano su-
o en habito de muger: de la moza se enamoró mi
Maestresala, y la escogió en su imaginacion para
muger, segun èl ha dicho; yo escogí el mozo
ara mi yerno: hoy los dos pondrémos en platica
uestros pensamientos con el padre de entrambos,
ue es un tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Chris-
ano viejo quanto se quiere.

Yo visito las plazas, como vuestra merced me
aconseja: y ayer hallé una tendera, que ven-
ia avellanas nuevas, y averiguéla, que havia
ezclado con una hanega de avellanas nuevas, otra
viejas, vanas, y podridas: apliquélas todas pa-
los niños de la doctrina, que las sabrian bien
istinguir; y sentenciéla, que por quince dias no
trasse en la plaza: hanme dicho, que lo hice va-
rosamente; lo que sè decir á vuestra merced es,
ue es fama en este Pueblo, que no hay gente mas
ala, que las placeras, porque todas son desver-
nzadas, desalmadas, y atrevidas; y yo assi lo
eo, por las que he visto en otros Pueblos.

De que mi señora la Duquesa haya escrito à mi
uger Teresa Panza, y embiadola el presente,
ue vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y
ocuraré de mostrarme agradecido á su tiempo;
esela vuestra merced las manos de mi parte, di-

cien-

ciendo, que digo yo, que no la he echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que vuestra merced tuviesse travacuentas de disgusto con essos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está, que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me dá à mi por consejo, que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado, en su Castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino que debe de ser alguna de las malas fachorías que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra merced alguna cosa; pero no sè què embie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vegigas los hacen en esta Insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré que embiar de baldas, ù de mangas. Si me escrivierè mi muger Teresa Panza, pague vuestra merced el porte, y embieme la carta, que tengo grandissimo deseo de saber de el estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuestra merced de mal intencionados encantadores, y á mi me saque con bien, y en paz de este Govierno, que lo dudo, porque lo pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de vuestra merced

Sancho Panza el Governador

Cer-

Cerró la Carta el Secretario, y despachó luego el Correo, y juntamente los burladores de Sancho dieron orden entre sì como despacharle de el Govierno; y aquella tarde la pasò Sancho en hacer algunas Ordenanzas tocantes al buen govierno de la que èl imaginaba ser Insula, y ordenò, que no huviesse regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudiessen meter en èlla vino de las partes que quisiessen, con aditamento, que declarassen el Lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo mudasse, ò le mudasse el nombre, perdiesse la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados, que caminaban à rienda suelta por el camino de el interesse. Puso gravissimas penas à los que cantassen cantas lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenó, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, si no traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creò un Alguacil de pobres, no porque los perfiguiesse, sino para que los examinasse si lo eran: porque à la sombra de la mansedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En reso-

lucion, èl ordenó cosas tan buenas, que hasta h
hoy se guardan en aquel Lugar, y se nombran
Las Constituciones del gran Governador Sancho
Panza.

CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, ó Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

CUenta Cide Hamete, que estando Don Qui
xote ya sano de sus aruños, le pareciò
que la vida que en aquel Castillo tenia, era con
tra toda la Orden de Cavalleria que professaba
y assi determinó de pedir licencia à los Duque
para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegaba
cerca, adonde pensaba ganar el arnès, que e
las tales fiestas se conquista. Y estando un dia
la mesa con los Duques, y comenzando à po
ner en obra su intencion, y pedir la licencia
veis aqui à deshora entrar por la puerta de l
gran sala dos mugeres (como despues pareciò
cubiertas de luto de los pies à la cabeza, y l
una de ellas, llegandose à Don Quixote, se l
echó à los pies, tendida de largo à largo, la boc
cosida con los pies de Don Quixote, y daba uno
gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolo
rosos, que puso en confusion à todos los que l

ohian

obian, y miraban; y aunque los Duques penſa-
ron, que ſería alguna burla que ſus criados que-
rian hacer à Don Quixote, todavia viendo con
el ahinco que la muger ſuſpiraba, gemia, y
loraba, los tuvo dudoſos, y ſuſpenſos haſta
que Don Quixote compaſſivo la levantó del ſue-
lo, y hizo que ſe deſcubrieſſe, y quitaſſe el man-
to de ſobre la faz llorosa: ella lo hizo aſſi, y
noſtró ſer (lo que jamás ſe pudiera penſar,
porque deſcubrió el roſtro de Doña Rodriguez)
la dueña de la caſa; y la otra enlutada era ſu
hija, la burlada del hijo del Labrador rico: Ad-
miraronſe todos aquellos que la conocian, y mas
los Duques, que ninguno, que pueſto la tenian
por boba, y de buena paſta, no por tanto, que
inieſſe à hacer locuras. Finalmente, Doña Ro-
driguez, bolviendoſe à los ſeñores Duques, les
dixo: Vueſtras Excelencias ſean ſervidos de dar-
me licencia, que yo departa un poco con eſte
Cavallero, porque aſſi conviene para ſalir con
bien de el negocio en que me ha pueſto el atre-
vimiento de un mal intencionado villano. El
Duque dixo, que èl ſe la daba, y que depar-
ieſſe con el ſeñor Don Quixote, quanto le vi-
ieſſe en deſeo. Ella, enderezando la voz, y el
roſtro à Don Quixote: dixo: Dias ha, valeroſo
Cavallero, que os tengo dada cuenta de la ſin-
razon, y alevosía que un mal Labrador tiene fe-
cha à mi muy querida, y amada hija, que es
ſta deſdichada, que aqui eſtá preſente, y vos

me havedes prometido de bolver por ella, enderezandola el tuerto que la tienen fecho, y ahora ha llegado à mi noticia, que os quereis partir de eſte Caſtillo en buſca de las buenas venturas, que Dios os deparare; y aſſi querria, que antes que os eſcurrieſſedes por eſſos caminos, deſafiaſſedes à eſte ruſtico indomito, y le hicieſſedes que ſe caſaſſe con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la diò de ſer ſu eſpoſo, antes, y primero que yogaſſe con ella; porque penſar que el Duque mi ſeñor me ha de hacer juſticia, es pedir peras al olmo, por la ocaſion que ya à vueſtra merced en puridad tengo declarada. Y con eſto, nueſtro Señor dè à vueſtra merced mucha ſalud, y à noſotras no nos deſampare. A cuyas razones reſpondiò Don Quixote con mucha gravedad, y proſopopeya: Buena Dueña, templad vueſtras lagrimas, ò por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vueſtros ſuſpiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vueſtra hija, à la qual la huviera eſtado mejor no haver ſido tan facil en creer promeſſas de enamorados, las quales por la mayor parte ſon ligeras de prometer, y muy peſadas de cumplir; y aſſi, con licencia de el Duque mi ſeñor, yo me partiré luego en buſca de eſte daſalmado mancebo, y le hallaré, le deſafiaré, y le mataré cada, y quando que ſe eſcusáre de cumplir la prometida palabra: que el principal aſſumpto de mi profeſſion, es perdonar à los humildes, y caſti-

caſtigar à los ſobervios; quiero decir, acorrer à os miſerables, y deſtruir à los riguroſos. No es meneſter, reſpondio el Duque, que vueſtra merced ſe ponga en trabajo de buſcar el ruſtico, le quien eſta buena dueña ſe quexa; ni es meeſter tampoco, que vueſtra merced me pida à ni licencia para deſafiarle, que yo le doy por leſafiado, y tomo à mi cargo de hacerle ſaber ſte deſafio, y que aceta, y venga à reſponder or sì à eſte mi Caſtillo, donde à entrambos dae campo ſeguro, guardando todas las condiiones, que en tales actos ſuelen, y deben guarlarſe, guardando igualmente ſu juſticia à cada no, como eſtán obligados à guardarla todos quellos Principes que dán campo franco à los ue ſe combaten en los terminos de ſus Señoíos. Pues con eſſe ſeguro, y con buena licenia de vueſtra grandeza, replicó Don Quixote, eſde aqui digo, que por eſta vez renuncio mi idalguia, y me allano, ya juſto con la llaneza el dañador, y me hago igual con èl, habilitanole para poder combatir conmigo; y aſſi, aunue auſente, le deſafio, y reto en razon de que izo mal en defraudar à eſta pobre, que fue oncella, y ya por ſu culpa no lo es; y que la a de cumplir la palabra que la dió de ſer ſu leitimo eſpoſo, ò morir en la demanda. Y luego deſcalzandoſe un guante, le arrojó en mid de la ſala, y el Duque le alzó, diciendo, ue como ya havia dicho, èl acceptaba el tal

de-

desafio en nombre de su vassallo, y señalaba el plazo de allí à seis dias; y el campo en la plaza de aquel Castillo, y las armas acostumbradas de los Cavalleros, lanza, y escudo, y arnès tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria, ò superstician alguna examinadas, y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña, y esta mala doncella ponga el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará à debida execucion el tal desafio. Yo sì pongo, respondió la dueña. Y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, toda vergonzosa, y de mal talante. Tomado, pues, este apuntamiento, y haviendo imaginado el Duque lo que havia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenó à la Duquesa, que de alli adelante no las tratasse como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que venian à pedir justicia à su casa; y assi las dieron quarto à parte, y las sirvieron como à forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en que havia de parar la sandez, y desemboltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dár buen fin à la comida, veis aqui donde entró por la sala el Page que llevó las cartas, y presentes à Teresa Panza, muger del Governador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran conten-

o los Duques, deſeoſos de ſaber lo que le ha-
ia ſucedido en ſu viage, y preguntandoſelo,
eſpondió el Page, que no lo podia decir tan
n publico, ni con breves palabras, que ſus Ex-
elencias fueſſen ſervidos de dexarlo para ſolas,
que entretanto ſe entretuvieſſen con aquellas
artas, y ſacando dos cartas, las puſo en ma-
os de la Duqueſa; la una decia en el ſobreeſ-
rito: *Carta para mi ſeñora la Duqueſa tal, de no
é donde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza,
Governador de la Inſula Barataria, que Dios
roſpere mas años que á mi.* No ſe le cocia el
an, como ſuele decirſe, à la Duqueſa haſta
eer ſu carta, y abriendola, y leído para sí, y
iendo que la podia leer en voz alta, para que
l Duque, y los circunſtantes la oyeſſen, leyó
le eſta manera:

CARTA DE TERESA PANZA A LA Duqueſa.

*MUcho contento me dió, ſeñora mia, la carta
que vueſtra grandeza me eſcribió, que en
erdad, que la tenia bien deſeada: la ſarta de co-
ales es muy buena, y el veſtido de caza de mi ma-
ido no le vá en zaga. De que vueſtra ſeñoría ha-
a hecho Governador á Sancho mi conſorte, ha re-
ibido mucho guſto todo el Lugar, pueſto que no
ay quien lo crea, principalmente el Cura, y
Maeſſe Nicolás el Barbero, y Sanſon Carraſco el*

Ba-

Bachillèr: pero à mi no se me dá nada, que como ello sea assi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si vá à decir verdad, à no venir los corales, y el vestido, tampoco yo lo creyera; porque en este Pueblo todos tienen a mi marido por un porro; y que sacado de governar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué govierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuestra merced, de meter este buen dia en mi casa, yendome à la Corte à tenderme en un coche, para quebrar los ojos à mil embidiosos, que ya tengo. Y assi suplico à vuestra Excelencia, mande à mi marido, me embie algun dinerillo, y que sea algo, porque en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale à real, y la carne la libra à treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas, y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondas, y ponposas en la Corte, vendrà à ser conocido mi marido por mi, mas que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: Quien son estas señoras de este coche? y un criado mio responda: La muger, y la hija de Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y à Roma por todo. Pesame, quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este Pueblo;

lo; con todo esso embio à vuestra Alteza hasta me-
o celemin, que una à una las fui yo à coger, y à
coger al monte, y no las hallé mas mayores; yo
uisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide à vuestra pomposidad de escri-
rme, que yo tendré cuydado de la respuesta, avi-
ndo de mi salud, y todo lo que huviere que avi-
r de èste Lugar, donde quedo rogando à Nuestro
eñor guarde à vuestra grandeza, y à mi no me
vide. Sancha mi hija, y mi hijo besan à vuestra
erced las manos.

La que tiene mas deseo de vér à V.S.
que de escrivirla,
Su Criada
Teresa Panza.

Grande fue el gusto que todos recibieron de
inir la carta de Teresa Panza principalmente
as Duques; y la Duquesa pidió parecer à Don
uixote, si serìa bien abrir la carta, que venía
ura el Governador, que imaginaba debia de
r boníssima. Don Quixote dixo, que èl la
oriria por darles gusto, y assi lo hizo, y vió,
ue decia de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA à SANCHO Panza su marido.

TU carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo
te prometo, y juro, como Catholica Chris-
tiana,

tiana, que no faltaron dos dedos para bolverme lo
ca de contento. Mira, hermano, quando llegué
obir que eres Governador, me pensè alli caer muer
ta de puro gozo, que ya sabes tu, que dicen, qu
assi mata la alegria subita, como el dolor grande
A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin senti
lo de puro contento. El vestido que me embiaste te
nia delante, y los corales que me embió mi señor
la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos
y el portador de ellas alli presente, y con todo ess
creìa, y pensaba, que era todo sueño lo que veía
y lo que tocaba; porque quien podia pensar, qu
un Pastor de Cabras havia de venir à ser Governa
dor de Insulas? Ya sabes tu, amigo, que decia m
madre, que era menester vivir mucho para vèr mu
cho: digolo, porque pienso vêr mas, si vivo mas
porque no pienso parar hasta verte Arrendador,
Alcavalero, que son oficios, que aunque lleva e
diablo à quien mal los usa, en fin, en fin, siempr
tienen, y manejan dineros. Mi señora la Duquesa t
dirá el deseo que tengo de ir á la Corte: mirate e
ello, y avisame de tu gusto, que yo procurarè hon-
rarte en ella andando en noche.

El Cura, el Barbero, el Bachillèr, y aun e
Sacristán, no pueden creer que eres Governador,
dicen, que todo es embeleco, ò cosas de encanta-
mento, como son todas las de Don Quixotc tu amo
y dice Sanson, que ha de ir à buscarte, y à sacar
te el Covierno de la cabeza, y á Don Quixote l
locura de los cascos: yo no hago sino reirme, y mi-

mi ſarta, y dar traza del veſtido, que tengo
hacer del tuyo à nueſtra hija. Unas bellotas em-
à mi ſeñora la Duqueſa, yo quiſiera que fueran
oro. Embiame tu alguna ſarta de perlas, ſi ſe
n en eſſa Inſula. Las nuevas de eſte Lugar ſon,
la Berrueca casò à ſu hija con un Pintor de ma-
mano, que llegó à eſte Pueblo à pintar lo que
ieſſe: mandóle el Conſejo pintar las Armas de
Mageſtad ſobre las puertas de Ayuntamento,
liò dos ducados, dieronſelos adelantados, traba-
ocho dias, al cabo de los quales no pintò nada,
lixo, que no acertaba à pintar tantas baratijas;
viò el dinero, y con todo eſſo ſe casó à titulo
buen Oficial: verdad es, que ya ha dexado el
cel, y tomado el azada, y vá al campo como
util hombre. El hijo de Pedro Lobo ſe ha orde-
do de Grados, y Corona, con intencion de hacer-
Clerigo. Supolo Minguilla la nieta de Mingo
vato, y hale puesto demanda de que la tiene da-
palabra de caſamiento; malas lenguas quieren
ir, que ha eſtado en cinta de él, pero el lo nie-
à pies juntillas. Ogaño no hay azeytunas, ni ſe
lla una gota de vinagre en todo eſte Pueblo. Por
ui paſſó una compañia de Soldados, llevaronſe
camino tres mozas de eſte Pueblo; no te quiero
ir quienes ſon, quizà bolverán, y no faltarà
ien las tome por mugeres, con ſus tachas buenas
alas. Sanchica hace puntas de randas, gana ca-
dia ocho maravedis horros, que los va echando
una alcancía para ayuda de ſu ajuár; pero ahora,

que

que es hija de un Governador, tu le daràs la dot
sin que ella lo trabaje. La Fuente de la Plaza
secó. Un rayo cayò en la picota, y alli me las d
todas. Espero respuesta de esta, y la resolucion
mi ida à la Corte. Y con esto Dios te me guar
mas años que á mi, ò tantos, porque no querr
dexarte sin mi en este mundo.

Tu muger,
Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas, reída
estimadas, y admiradas, y para acabar de echa
el sello, llegó el Correo, el que traía la qu
Sancho embiaba à Don Quixote, que assimism
se leyó publicamente, la qual puso en duda
sandèz del Governador. Retiróse la Duque
para saber del Page lo que le havia sucedido e
el Lugar de Sancho, el qual se lo contó mu
por extenso, sin dexar circunstancia que no re
firiesse: dióle las bellotas, y mas un queso, qu
Teresa le dió por ser muy bueno, que se aven
tajaba à los de Tronchon. Recibióle la Duque
sa con grandissimo gusto, con el qual la dexa
rèmos, por contar el fin que tuvo el Govierno
del gran Sancho Panza, flor, y espejo
de todos los Insulanos Go-
vernadores.

***

LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIXOTE

DE LA MANCHA

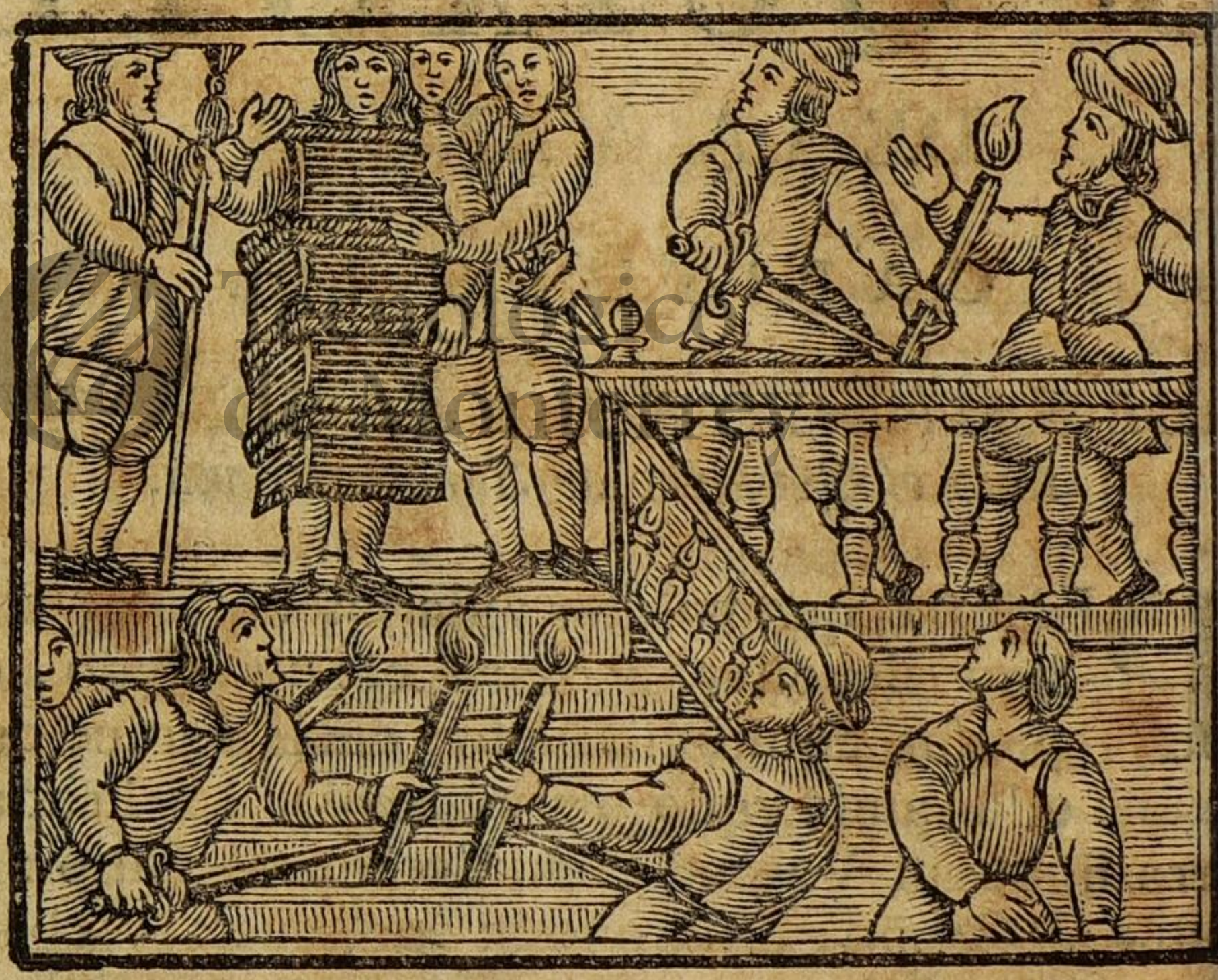
CAPITULO LIII.

DEL FATIGADO FIN, Y REMATE, QUE *tuvo el Govierno de Sancho Panza.*

PENSAR que en esta vida las cosas de ella han de estar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano al Estio; el Estio al Otoño; el Otoño al Invierno; y el Invierno à la Primavera; y assi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene terminos, que la limiten. Esto dice Cide Hamete, Filosofo Mahometico; por

que

que esto de entender la ligereza, è instabilid
de la vida presente, y de la duracion de
eterna, que se espera, muchos, sin lumbre
Fè sino con la luz natural, lo han entendid
pero aqui nuestro Autor lo dice por la presten
con que se acabó, se consumiò, se deshizo,
fue como en sombra, y humo el Govierno
Sancho; el qual estando la septima noche



los dias de su Govierno en su cama, no hart
de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dár pa
receres, y de hacer Estatutos, y Pragmatica
quando el sueño, à despecho, y pesar de
hambre, le comenzaba à cerrar los parpado
oyó

yò tan gran ruído de campanas, y de voces, ue no parecia ſino que toda la Inſula ſe hunia. Sentóſe en la cama, y eſtuvo atento, y ſcuchando por vèr ſi daba en la cuenta de lo ue podia ſer la cauſa de tan grande alboroto; ero no ſolo no lo ſupo, ſino que añadiendoſe ruido de voces, y de Campanas el de infinis Trompetas, y Atambores, quedó mas conſo, y lleno de temor, y eſpanto; y levantanoſe en pie, ſe puſo unas chinelas, por la huedad del ſuelo, y ſin ponerſe ſobreropa de vantar, ni coſa que ſe parecieſſe, ſalió à la uerta de ſu apoſento, à tiempo que vió venir or los corredores mas de veinte perſonas con chas ẽncendidas en las manos, y con eſpadas efembaynadas, gritando à grandes voces: rma, arma, ſeñor Governador, arma, que an entrado infinitos enemigos en la Inſula, y omos perdidos, ſi vueſtra induſtria, y valor o nos ſocorre. Con eſte ruido, furia, y alboto llegaron donde Sancho eſtaba, atonito, y mbeleſado de lo que ohia, y veìa; y quando egaron à èl, uno le dixo: Armeſe luego ueſtra ſeñoría, ſi no quiere perderſe, y que toa eſta Inſula ſe pierda. Que me tengo de arar, reſpondiò Sancho, ni qué sè yo de armas, de ſocorros? Eſtas coſas mejor ſerá dexarlas ara mi amo Don Quixote, que en dos paletas s deſpacharà, y pondrá en cobro, que yo, ecador fui à Dios, no ſe me entiende nada de

eſtas

eſtas prieſſas. Ha ſeñor Governador, dixo otro
què relente es eſſe! Armeſe vueſtra merced, qp
aqui le traemos armas ofenſivas, y defenſiva
y ſalga à eſſa plaza, y ſea nueſtra guia, y nue
tro Capitán, pues de derecho le toca el ſer
ſiendo nueſtro Governador. Armenme norabu
na, replicó Sancho, y al momento le traxer
dos paveſes, que venian proveidos de ellos,
puſieron encima de la camiſa, ſin dexarle tom
otro veſtido, un pavès delante, y otro detrá
y por unas concabidadas, que traian hechas,
ſacaron los brazos, y le liaron muy bien co
unos cordeles, de modo, que quedò empared
do, y entablado, derecho como un uſo, ſin p
der doblar las rodillas, ni menearſe un ſo
paſſo. Puſieronle en las manos una lanza, à
qual ſe arrimò para poderſe tener en pie. Quar
do aſſi le tuvieron, le dixeron, que caminaſſ
y los guiaſſe, y animaſſe à todos, que ſiendo
ſu norte, ſu linterna, y ſu lucero, tendria
buen fin ſus negocios. Como tengo de camina
deſventurado yo, reſpondió Sancho, que n
puedo jugar las choquezuelas de las rodilla
porque me lo impiden eſtas tablas, que tan c
ſidas tengo con mis carnes? Lo que han de h
cer es llevarme en brazos, y ponerme atraveſſa
do, ó en piè en algun poſtigo, que yo le gua
darè, ó con eſta lanza, ó con mi cuerpo. A
de, ſeñor Governador, dixo otro, que mas
el miedo, que las tablas que le impiden el pa
ſo.

o. Acabe, y meneese, que es tarde, y los ene-
nigos crecen, las voces se aumentan, y el pe-
igro carga; por cuyas persuaciones, y vitu-
erios probó el pobre Governador à moverse,
fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que
ensó que se havia hecho pedazos, y quedó co-
o galapago, encerrado, y cubierto con sus
ouchas, ò como medio tocino, metido entre
os artesas, ò bien assi como barca, que dá al
avès en la arena; y no por verle caído aque-
a gente burladora le tuvieron compassion al-
una, antes apagando las antorchas, tornaron
reforzar las voces, y à reiterar el arma, con
n gran priessa, passando por encima del po-
re Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre
s paveses, que si èl no se recogiera, y enco-
era, metiendo la cabeza entre los paveses, lo
assára muy mal el pobre Governador, el qual
aquella estrecheza recogido, sudaba, y trasu-
iba, y de todo corazon se encomendaba à Dios,
ie de aquel peligro le sacasse; unos tropezaban
èl, otros caían, y tal huvo, que se puso en-
ma un buen espacio, y desde allí, como desde
alaya, governaba los Exercitos, y à grandes
ces decia: Aqui de los nuestros, que por esta
rte cargan los enemigos: aquel portillo se
arde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas
atranquen, vengan alcancias, pez, y resina
calderas de aceyte ardiendo, trinchense las
lles con colchones; en fin èl nombraba con

todo ahinco todas las varatijas, é instrumentos
y pertrechos de guerra con que suele defender
se el assalto de una Ciudad. Y el molido San
cho, que lo escuchaba, y sufria todo, decia en
tre sí: O si mi señor fuesse servido, que se aca
basse ya de perder esta Insula, y me viesse yo,
muerto, ó fuera de esta grande angustia! Oyó e
Cielo su peticion, y quando menos lo esperab
oyó voces, que decian: Victoria, victoria, lo
enemigos ván de vencida; ea, señor Governa
dor, levantasse vuestra merced, y venga á go
zar del vencimiento, y à repartir los despojos
que se han tomado à los enemigos por el valo
de esse invencible brazo. Levantenme, dix
con voz doliente el pobre dolorido, Sancho
Ayudaronle à levantar, y puesto en pie, dixo: E
enemigo, que yo huviere vencido, quiero qu
me le claven en la frente; y no quiero reparti
despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar
algun amigo, si es que le tengo, que me d
un trago de vino, que me seco, y me enjugu
este sudor, que me hago agua. Limpiaronle
traxeronle el vino, desliaronle los paveses, sen
tóse sobre su lecho, y desmayóse del temor de
sobresalto, y de el trabajo; ya les pesaba à lo
de la burla de haverfela hecho tan pesada; per
el haver buelto en sì Sancho, los templó la pe
na, que les havia dado su desmayo. Pregunt
què hora era? Respondieronle, que ya amane
cia. Callò, y sin decir otra cosa, comenzó
ves-

veſtirſe, todo ſepultado en ſilencio, y todos le miraban, y eſperaban en què havia de parar la prieſſa con que ſe veſtia. Viſtióſe en fin, y poco à poco, porque eſtaba molido; y no podia ir mucho à mucho, ſe fuè à la cavalleriza, ſiguiendole todos los que alli ſe hallaban; y llegandoſe al rucio, le abrazó, y le dió un beſo de paz en la frente; y no ſin lagrimas en los ojos, le dixo: Venid vos acà, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miſerias, quando yo me avenia con vos, y no tenia otros penſamientos, que los que me daban los cuidados de remendar vueſtros aparejos, y de ſuſtentar vueſtro corpezuelo, dichoſas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero deſpues que os dexè, y me ſubì ſobre las torres de la ambicion, y de la ſobervia, ſe me han entrado por el alma adentro mil miſerias, mil trabajos, y quatro mil deſaſſoſſiegos. Y en tanto que eſtas razones iba diciendo, iba aſſimiſmo enalbardando el aſno, ſin que nadie nada le dixeſſe. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena, y peſar ſubió ſobre él, y encaminando ſus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maeſtreſala, y al Pedro Recio el Doctor, y à otros muchos que alli preſentes eſtaban, dixo: Abrid camino, ſeñores mios, y dexadme bolver à mi antigua libertad: dexadme que vaya à buſcar la vida paſſada, para que me reſucite de eſta muerte preſente; yo no nací para ſer Governador, ni pa-

ra defender Insulas, ni Ciudades de los enemigos, que quisieren acometerlas; mejor se me entiende à mi arar, cabar, podar, y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias, ni Reynos; bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien se està cada uno usando el oficio para que fue nacido: mejor me está à mi una hoz en la mano, que un Cetro de Governador; mas quiero hartarme de guzpachos, que estar sujeto à la miseria de un Medico impertinente, que me mate de hambre, y mas quiero recostarme à la sombra de una encina en el Verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujecion de el Govierno entre sabanas de olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuessas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; quiero dicir, que sin blanca entrè en este Govierno, y sin ella salgo, bien al revès de como suelen salir los Governadores de otras Insulas; y apartense, dexenme ir, que me voy à vizmar, que creo que tengo brumadas todas las cottillas: merced à los enemigos, que esta noche se han paseado sobre mi. No ha de ser assi, señor Governador, dixo el Doctor Recio, que yo le darè à vuestra merced una bebida contra caídas, y molimientos, que luego le buelva en su pristina entereza, y vigor; y en lo de la comida,

nida, yo prometo à vueſtra merced de enmen-
darme, dexandole comer abundantemente de
todo aquello que quiſiere. Tarde piache, reſ-
pondió Sancho, aſſi dexaré de irme, como bol-
verme Turco. No ſon eſtas burlas para dos ve-
ces. Por Dios que aſſi me quede en eſte, ni ad-
mita otro Govierno, aunque me le dieſſen en-
tre dos platos, como volar al Cielo ſin alas. Yo
soy del linage de los Panzas, que todos ſon reſ-
tarudos; y ſi una vez dicen nones, nones han
de ſer, aunque ſean pares, à peſar de todo el
mundo. Quedenſe en eſta cavalleriza las alas
de la hormiga, que me levantaron en el ayre,
para que me comieſſen venecjos, y otros paja-
ros, y bolvamonos à andar por el ſuelo con pie
llano, que ſi no le adornaren zapatos picados
de cordován, no le faltarán alpargatas toſcas
de cuerda: cada oveja con ſu pareja; y nadie
estienda mas la pierna, de quanto fuere larga la
sabana: y dexenme paſſar, que ſe me hace tarde.
A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governa-
dor, de muy buena gana dexarémos ir à vueſtra
merced, pueſto que nos peſará mucho de per-
derle, que ſu ingenio, y ſu chriſtiano proceder
obligan à deſearle; pero ya ſe ſabe, que todo
Governador eſtà obligado, antes que ſe auſente
de la parte donde ha governado, à dár prime-
ro reſidendia: dèla vueſtra merced de los diez
dias que ha que tiene el Govierno, y vayaſe à
la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, reſ-

pon-

pondió Sancho, ſino es quien ordenare el Du-
que mi ſeñor; yo voy à verme con èl, y à èl ſe
la darè de molde: quanto mas, que ſaliendo yo
deſnudo, como ſalgo, no es meneſter otra ſe-
ñal para dàr à entender, que he governado co-
mo un Angel. Par Dios que tiene razon el gran
Sancho, dixo el Doctor Recio, y que ſoy de pa-
recer que le dexemos ir, porque el Duque ha
de guſtar infinito de verle. Todos vinieron en
ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero com-
pañia, y todo aquello que quiſiere para el rega-
lo de ſu perſona, y para la comodidad de ſu
viage. Sancho dixo, que no queria mas de un
poco de cebada para el rucio, medio queſo, y
medio pan para èl, que pues el camino era tan
corto, no havia meneſter mayor, ni mejor re-
poſtería. Abrazaronſe todos, y èl llorando abra-
zó à todos, y los dexó admirados, aſſi de ſus
razones, como de ſu determinacion tan reſuel-
ta, y tan diſcreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de las coſas tocantes à eſta Hiſtoria, y no otra alguna.

REſolvieronſe el Duque, y la Duqueſa, de
que el deſafio que Don Quixote hizo à ſu
vaſſallo por la cauſa ya referida, paſſaſſe ade-
lante, y pueſto que el mozo eſtaba en Flandes,
adon-

donde havia ido huyendo, por no tener por
uegra à Doña Rodriguez, ordenaron de poner
n su lugar à un Lacayo Gascón que se llamaba
Tosilos, industriandole primero muy bien de lo
ue havia de hacer. De alli à dos dias dixo el
Duque à Don Quixote, como desde alli à qua-
ro vendria su contrario, y se presentaría en el
ampo, armado como Cavallero, y sustentaría
omo la doncella mentia por mitad de la barba,
aun por toda la barba entera, si se afirmaba
ue èl la huviesse dado palabra de casamiento.
Don Quixote recibió mucho gusto con las tales
uevas, y se prometió assimismo de hacer ma-
avillas en el caso, y tuvo à gran ventura haver-
ele ofrecido ocasion donde aquellos señores pu-
iessen vér hasta donde se estendia el valor de su
razo; y assi con alborozo, y contento esperaba
os quatro dias, que se le iban haciendo à la
uenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexe-
noslos passar nosotros (como dexamos passar
tras cosas) y vamos à acompañar à Sancho,
ue entre alegre, y triste venia caminando so-
re el rucio à buscar à su amo, cuya compañia
e agradaba mas, que ser Governador de todas
as Insulas del mundo. Sucedió, pues, que no
aviendose alongado mucho de la Insula del Tu
Govierno (que el nunca se puso à averiguar si
ra Insula, Ciudad, Villa, ó Lugar la que go-
ernaba) vió que por el camino por donde el
ba venian seis peregrinos con sus bordones, de

estos

estos Estrangeros, que piden la limosna cantan-
do, los quales en llegando à èl se pusieron en
ala, y levantando las voces todos juntos, co-
menzaron à cantar en su lengua, lo que Sancho
no pudo entender, sino fue una palabra, que
claramente pronunciaba limosna, por donde en-
tendió, que era limosna lo que en su canto pe-
dian; y como él (segun dice Cide Hamete)
era caritativo además, sacó de sus alforjas medio
pan, y medio queso, de que venía proveído,
y diósselo, diciendoles por señas, que no tenia
otra cosa que darles. Ellos le recibieron de muy
buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No
entiendo, respondió Sancho, què es lo que me
pedís, buena gente? Entonces uno de ellos sa-
cò una bolsa del seno, y mostrósela à Sancho,
por donde entendió, que le pedian dineros; y
èl poniendose el dedo pulgar en la garganta, y
estendiendo la mano arriba, les dió à entender,
que no tenia ostugo de moneda, y picando al
rucio, rompió por ellos; y al passar, havien-
dole estado mirando uno de ellos con mucha
atencion, arremetió à èl, y echandole los bra-
zos por la cintura, en voz alta, y muy caste-
llano, dixo: Valgame Dios! Què es lo que veo?
es possible, que tengo en mis brazos à mi caro
amigo, al mi buen Sancho Panza? Si tengo sin
duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora bor-
racho. Admirósse Sancho de verse nombrar por
su nombre, y de verse abrazar del Estrangero

pere-

eregrino; y deſpues de haverle eſtado mirando
in hablar palabra, con mucha atencion, nunca
udo conocerle; pero viendo ſu ſuſpenſion, el
eregrino le dixo: Cómo, y es poſſible Sancho
anza hermano, que no conoces à tu vecino Ri-
ote el Moriſco, Tendero de tu Lugar? Enton-
es Sancho le miró con mas atencion, y comen-
ó à refigurarle; y finalmente le vino à conocer
e todo punto, y ſin apearſe del jumento, le
chó los brazos al cuello, y le dixo: Quien dia-
los te havia de conocer, Ricote, en eſſe tra-
e de moharracho, que traes? Dime, quien te
a hecho Franchote, y como tienes atrevimien-
o de bolver à Eſpaña, donde ſi te cogen, y co-
ocen, tendrás harta mala ventura? Si tu no
ne deſcubres, Sancho, reſpondio el peregrino,
eguro eſtoy, que en eſte trage no havrá nadie,
ue me conozca, y apartemonos del camino à
quella alameda, que alli aparece, donde quie-
en comer, y repoſar mis compañeros, y allí
omerás con ellos, que ſon muy apacible gente;
o tendrè lugar de contarte lo que me ha ſuce-
ido deſpues que me partí de nueſtro Lugar, por
bedecer el bando de ſu Mageſtad, que con tan-
o rigor à los deſdichados de mi Nacion amena-
aba, ſegun oíſte. Hizolo aſſi Sancho, y ha-
llando Ricote à los demás peregrinos, ſe apar-
aron à la alameda, que ſe aparecia, bien deſ-
iados de el camino real. Arrojaron los bordo-
es, quitaronſe las mucetas, ó eſclavimas, y

que-

quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos o
y muy gentiles hombres, excepto Ricote, qu
ya era hombre entrado en años. Todos traía
alforjas, y todas, segun pareció, venían bie
proveídas, à lo menos de cosas incitativas, y
que llaman à la sed de dos leguas. Tendieronse
en el suelo, y haciendo manteles de las yervas
pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nue-
ces, rajas de queso, huessos mondos de jamon
que si no dexaban mascar, no defendian ser chu-
pados. Pusieron assimismo un manjar negro, que
dicen, que se llama cabial, y es hecho de hue-
vos de pescados, gran despertador de la colam-
bre; no faltaron azeytunas, aunque secas, y
sin adovo alguno, pero sabrosas, y entreteni-
das: pero lo que mas campeó en el campo de
aquel banquete, fueron seis botas de vino, que
cada uno sacó la suya de su alforja, hasta el buen
Ricote, que se havia transformado de Morisco en
Aleman, ó Tudesco, sacó la suya, que en gran-
deza podia competir con las cinco. Comenzaron
à comer con grandissimo gusto, y muy de espa-
cio, saboreandose con cada bocado, que le to-
maban con la punta del cuchillo, y muy poqui-
to de cada cosa, y luego al punto todos à una
levantaron los brazos, y las botas en el ayre,
puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en
èl Cielo, que no parecia sino que ponian en el
la punteria; y de esta manera, meneando las
cabezas á un lado, y à otro (señales que acredi-
taban

iban el gusto que recibian) se estuvieron un
uen espacio, trasegando en sus estomagos las
ntrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho,
de ninguna cosa se dolía, antes por cumplir
on el refrán, que él muy bien sabía, de quan-
o à Roma fueres, haz como vieres, pidió à
icote la bota, y tomó su puntería como los
emás, y no con menos gusto que ellos: qua-
o veces dieron lugar las botas para ser empi-
adas; pero la quinta no fue possible; porque
a estaban mas enjutas, y secas que un esparto:
osa, que puso mustia la alegria, que hasta alli
avian mostrado. De quando en quando junta-
a alguno su mano derecha con la de Sancho, y
ecia: *Español, y Tudesqui, tuto uno, bon*
mpaña. Y Sancho respondia: *Bon compaña.*
ra Di, y disparaba con una risa, que le du-
aba una hora; sin acordarse entonces de nada
e lo que le havia sucedido en su Govierno; por
ue sobre el trato, y tiempo quando se come, y
ebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuyda-
os. Finalmente, el acabarseles el vino fue
rincipio de un sueño, que dió à todos, que-
andose dormidos sobre las mismas mesas, y
anteles; solo Ricote, y Sancho quedaron aler-
, porque havian comido mas, y bebido me-
os; y apartando Ricote à Sancho, se sentaron
pie de una haya, dexando à los peregrinos
pultados en dulce sueño; y Ricote, sin trope-
ir nada en su lengua Morisca, en la pura

Cas-

Caſtellana le dixo las ſiguientes razones:

Bien ſabes, ó Sancho Panza, vecino, y amigo mio, como el pregón, y bando que ſu Mageſtad mandó publicar contra los de mi Nacion, puſo terror, y eſpanto en todos noſotros, à lo menos en mi le puſo de ſuerte, que me parece, que antes del tiempo que ſe nos concedia para que hicieſſemos auſencia de Eſpaña, ya tenia el rigor de la pena executado en mi perſona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, à mi parecer, como prudente (bien aſſi como el que ſabe, que para el tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y ſe provee de otra donde mudarſe) ordenè, digo, de ſalir yo ſolo ſin familia de mi Pueblo, ir à buſcar donde llevarla con comodidad, y ſin la prieſſa con que los demás ſalieron; porque bien vi, y vieron todos nueſtros ancianos, que aquellos pregones no eran ſolo amenazas, como algunos decian, ſino verdaderas leyes, que ſe havian de poner en execucion à ſu determinado tiempo; y forſabame à creer eſta verdad, ſaber yo los ruïnes, y diſparatados intentos, que los nueſtros tenian, y tales, que me parece, que fue inſpiracion Divina lo que movió à ſu Mageſtad à poner en efecto tan gallarda reſolucion, no porque todos fueſſemos culpados, que algunos havia Chriſtianos firmes, y verdaderos; pero eran tan pocos, que no ſe podian oponer à los que no lo eran, y no era bien criar la ſierpe en el ſeno, teniendo

o los enemigos dentro de casa. Finalmente, on justa razon fuímos castigados con la pena el destierro, blanda, y suave al parecer de al-nos; pero al nuestro la mas terrible, que se os podia dár; do quiera que estamos lloramos or España, que en fin nacimos en ella, y es estra patria natural; en ninguna parte halla-os el acogimiento que nuestra desventura de-a, y en Berbería, y en tadas las partes de frica, donde esperabamos ser recibidos, aco-dos, y regalados, allí es donde mas nos ofen-n, y maltratan: no hemos conocido el bien asta que le hemos perdido, y es el deseo tan ande, que casi todos tenemos de bolver à Es-ña, que los mas de aquellos (y son muchos) e saben la lengua como yo, se buelven à ella, dexan allà sus mugeres, y sus hijos desampa-dos, tanto es el amor que la tienen; y ahora nozco, y experimeuto lo que suele decirse, e es dulce el amor de la patria. Sallì, como go, de nuestro Pueblo, entrè en Francia, y nque alli nos hacian buen acogimiento, quise rlo todo: passè à Italia, lleguè à Alemania, alli me pareció que podia vivir con mas liber-d, porque sus habitadores no miran en mu-as delicadezas, cada uno vive como quiere, orque en la mayor parte de ella se vive con li-rtad de conciencia, Dexé tomada casa en un eblo junto à Augusta, juntème con estos pe-grinos, que tienen por costumbre de venir à

Espa-

España muchos de ellos cada año à visitar lo
Santuarios de ella, que los tienen por sus India
y por certissima grangeria, y conocida ganan
cia, andanla casi toda, y no hay Pueblo ningun
donde no salgan comidos, y bebidos como su
le decirse, y con un real por lo menos en dine
ro, y al cabo de su viage salen con mas dei
escudos de sobra, que trocados en oro, ò ya e
el hueco de los bordones, ó entre los remien
dos de las esclavinas, ó con la industria qu
ellos pueden, los sacan del Reyno, y los passa
à sus tierras, à pesar de las guardas de los pue
tos, y Puertos donde se registran. Ahora es m
intencion, Sancho, sacar el tesoro que dex
enterrado, que por estár fuera del Pueblo lo po
drè hacer sin peligro, y escrivir, ò passar des
de Valencia à mi hija, y à mi muger, que s
que está en Argel, y dár traza como traerlas
algun Puerto de Francia, y desde alli llevarlas
Alemania, donde esperarémos lo que Dios qui
siere hacer de nosotros: que en resolucion, San
cho, yo sé cierto, que la Ricota mi hija,
Francisca mi muger, son Catholicas Christia
nas; y aunque yo no lo soy tanto, todavia ten
go mas de Christiano, que de Moro; y rueg
siempre á Dios me abra los ojos del entendi
miento, y me dè à conocer como le tengo d
servir; y lo que me tiene admirado es, no sabe
porque se fue mi muger, y mi hija antes à Ber
bería, que à Francia, adonde podia vivir com

Chris-

hriſtiana. A lo que reſpondiò Sancho: Mira, icote, eſto no debiò de eſtàr en ſu mano, porue las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu uger, y como debe de ſer fino Moro, fueſſe à lo las bien parado; y ſète decir otra coſa, que reo que vàs en balde à buſcar lo que dexaſte nterrado, porque tuvimos nuevas, que havian uitado à tu cuñado, y tu muger muchas pers, y mucho dinero en oro, que llevaban por giſtrar. Bien puede ſer eſſo, reſpondiò Rico-; pero yo sè, Sancho, que no tocaron en mi ntierro porque yo no les deſcubrí donde eſba, temoroſo de algun deſman; y aſſi, ſi tu, ancho, quieres venir conmigo, y ayudarme à icarlo, y à encubrirlo, yo te darè ducientos cudos, con que podrás remediar tus neceſſiades, que ya ſabes que sé yo que las tienes uchas. Yo lo hiciera, reſpondió Sancho, pero no ſoy nada codicioſo, que á ſerlo, un ofio dexè de entre las manos, donde pudiera acer las paredes de mi caſa de oro, y comer ntes de ſeis meſes en platos de plata; y aſſi por ſto, como por parecerme haria traicion à mi ey en dár favor á ſus enemigos, no fuera congo, ſi como me prometes docientos eſcudos, e dieras aqui de contado quatrocientos. Y ue oficio es el que has dexado, Sancho? preuntò Ricote. He dexado de ſer Governador de na Inſula, reſpondió Sancho, y tal, que á buea fee que no hallen otra como ella á tres tiro-

nes,

nes. Y donde eſtá eſſa Inſula? preguntó Rico
te. Adonde? reſpondió Sancho, dos leguas d
aqui, y ſe llama la Inſula Barataria. Calla, San
cho, dixo Ridote, que las Inſulas eſtán all
dentro de la mar, que no hay Inſulas en la tie
ra firme. Còmo no? replicó Sancho; digote
Ricote amigo, que eſta mañana me partí de ell
y ayer eſtuve en èlla governando á mi place
como un Sagitario; pero con todo eſſo la he de
xado, por parecerme oficio peligroſo el de lo
Governadores. Y què has genado en el Govie
no? preguntó Ricote. He ganado, reſpondi
Sancho, el haver conocido, que no ſoy buen
para governar ſi no es un hato de ganado, y qu
las riquezas que ſe ganan en los tales Goviernos
ſon à coſta de perder el deſcanſo, y el ſueño,
aun el ſuſtento; porque en las Inſulas deben d
comer poco los Governadores, eſpecialmente
tienen Medicos que miren por ſu ſalud. Yo n
te entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero pare
ceme, que todo lo que dices es diſparate, qu
quien te havia de dar à tì Inſulas que governaſ
ſes? faltaban hombres en el mundo mas habile
para Governadores, que tu eres? Calla, San
cho, y buelve en tí, y mira ſi quieres venir con
migo, como te he dicho, à ayudarme à ſacar e
teſoro que dexè eſcondido, que en verdad qu
es tanto, que ſe puede llamar teſoro, y te dar
con que vivas, como te he prometido: Ya t
he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quie
ro

), contentate, que por mi no ſerás deſcubier-
), y proſigue en buena hora tu camino, y de-
ime ſeguir el mio, que yo sè que lo bien ga-
ido ſe pierde; y lo malo, ello, y ſu dueño.
o quiero porfiar, Sancho, dixo Ricote; pero
me, hallaſte en nueſtro Lugar, quando ſe
rtió de èl mi muger, mi hija, y mi cuñado?
hallè, reſpondió Sancho, y te sè decir, que
ió tu hija tan hermoſa, que ſalieron à verla
antos havia en el Pueblo, y todos decian,
e era la mas bella criatura de el mundo: Iba
rando, y abrazaba à todas ſus amigas, y
nocidas, y à quantos llegaban à verla, y à
dos pedia la encomendaſſen à Dios, y à nueſ-
Señora ſu Madre: y eſto con tanto ſentimien-
, que à mi me hizo llorar, (que no ſuelo
muy llorón) y á fee, que muchos tuvieron
feo de eſconderla, y ſalir à quitarſela, en
camino; pero el miedo de ir contra el man-
to del Rey los detuvo: principalmente ſe
oſtró mas apaſſionado Don Pedro Gregorio,
uel mancebo Mayorazgo rico que tu cono-
, que dicen que la quería mucho; y deſpues
e ella ſe partió, nunca mas èl ha parecido
nueſtro Lugar, y todos penſamos, que iba
s ella para robarla, pero haſta ahora no ſe
ſabido nada. Siempre tuve yo mala ſoſpe-
a, dixo Ricote, de que eſſe Cavallero ada-
ba à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ri-
a, nunca me dió peſadumbre el ſaber que la

quería bien ; que ya havrás ohido decir , San
cho , que las Moriſcas , pocas , ò ninguna ve
ſe mezclaron por amores con Chriſtianos vie
jos ; y mi hija , que à lo que yo creo , atendia
ſer mas Chriſtiana , que enamorada , no ſe cu
raría de las ſolicitudes de eſſe ſeñor Mayoraz
go. Dios lo haga , replicó Sancho , que à en
trambos les eſtaria mal ; y dexame partir d
aqui , Rícote amigo , que quiero llegar eſta no
che adonde eſtá mi ſeñor Don Quixote. Dio
vaya contigo , Sancho hermano , que ya mi
compañeros ſe rebullen , y tambien es hor
que proſigamos nueſtro camino : y luego
abrazaron los dos , y Sancho ſubió en ſu rucio
y Ricote ſe arrimó à ſu bordón , y ſe apartaro

Tecnológico de Monterrey

CAPITULO LV.

*De coſas ſucedidas à Sancho en el camino, y otra
que no hay mas que vèr.*

EL haverſe detenido Sancho con Ricote , n
le dió lugar à que aquel dia llegaſſe al Ca
tillo del Duque , pueſto que llegó media legu
de èl , donde le tomó la noche algo obſcura ,
cerrada ; pero como era Verano no le dió much
peſadumbre , y aſſi ſe apartó del camino con in
tencion de eſperar la mañana , y quiſo ſu cort
y deſventurada ſuerte , que buſcando lug
donde mejor acomodarſe , cayeron èl , y el r

cio

cio en una honda ſima obſcuriſſima, que entre
inos edificios muy antiguos eſtaba, y al tiempo
lel caer ſe encomendó à Dios de todo corazon,
penſando que no havia de parar haſta el pro-
undo de los abiſmos; y no fuè aſſi, porque à
poco mas de tres eſtados diò fondo el rucio, y
l ſe halló encima de èl, ſin haver recibido le-
ion, ni daño alguno. Tentóſe todo el cuerpo,
y recogió el aliento, por vèr ſi eſtaba ſano, ò
gujereado por alguna parte; y viendoſe bue-
o, entero, y catholico de ſalud, no ſe harta-
ba de dár gracias à Dios nueſtro Señor de la
nerced que le havia hecho, porque ſin duda
ensó, que eſtaba hecho mil pedazos; tentó aſſi-
niſmo con las manos por las paredes de la ſima,
or vèr ſi ſería poſſible ſalir de ella ſin ayuda
e nadie; pero todas las halló raſas, y ſin
ſidero alguno, de lo que Sancho ſe congojó
ucho eſpecialmente quando oyó, que el rucio
e quexaba tierna, y doloroſamente, y no era
ucho, ni ſe lamentaba de vicio, que à la ver-
ad no eſtaba muy bien parado. Ay, dixo en-
onces Sancho Panza, y quan no penſados ſuceſ-
os ſuelen ſuceder à cada paſſo à los que viven
n eſte miſerable mundo! Quien dixera, que el
ue ayer ſe vió entronizado Governador de una
ſula, mandando à ſus ſirvientes, y à ſus vaſ-
llos, hoy ſe havia de vèr ſepultado en una
ma, ſin haver perſona alguna que le remedie,
i criado, ni vaſſallo que acuda à ſu ſocorro!

Aqui havremos de perecer de hambre yo, y mim
jumento, ſi ya no nos morimos antes, èl de mo-o
lido, y quebrantado, y yo de peſaroſo; à lo
menos no ſerè yo tan venturoſo como lo fuè
mi ſeñor Don Quixote de la Mancha, quando
deſcendiò, y bajó à la cueba de aquel encan-
tado Monteſinos, donde halló quien le regalaſ-
ſe mejor que en ſu caſa, que no parece ſino que
ſe fuè à meſa pueſta, y á cama hecha: allí vió
èl viſiones hermoſas, y apacibles; y yo verè
aqui, à lo que creo, ſapos, y culebras; deſdi-
chado de mi, y en què han parado mis locuras,
y fantasías? De aqui ſacarán mis hueſſos (quan-
do el Cielo ſea ſervido que me deſcubran) mon-
dos, blancos, y raídos, y los de mi buen rucio
con ellos, por donde quizá ſe echará de vèr
quien ſomos, à lo menos de los que tuvieron no-
ticia, que nunca Sancho Panza ſe apartó de ſu
aſno, ni ſu aſno de Sancho Panza. Ay, otra vez
digo, miſerables de noſotros, que no ha querido
nueſtra corta ſuerte que murieſſemos en nueſtra
patria, y entre los nueſtros, donde ya que no
hallára remedio nueſtra deſgracia, no faltára
quien de noſotros ſe doliera, y en la hora ultima
de nueſtro paſſamiento nos cerrára los ojos!

O compañero, y amigo mio, que mal pago
te he dado de tus buenos ſervicios! Perdona-
me, y pide à la fortuna, en el mejor modo
que ſupieres, que nos ſaque de eſte miſerable tra-
bajo en que eſtamos pueſtos los dos, que yo pro-

meto

meto de ponerte una corona de laurèl en la ca-
beza, que no parezcas ſino un laureado Poeta,
y de darte los pienſos doblados. De eſta mane-
ra ſe lamentaba Sancho Panza, y ſu jumento le
eſcuchaba, ſin reſponderle palabra alguna: tal
era el aprieto, y anguſtia en que aquel pobre ſe
hallaba. Finalmente, haviendo paſſado toda
aquella noche en miſerables quexas, y lamenta-
ciones, vino el dia, con cuya claridad, y reſ-
plandor vió Sancho, que era impoſſible de toda
mpoſſibilidad ſalir de aquel pozo ſin ſer ayu-
dado, y comenzó à lamentarſe de nuevo, y à
dár voces, por vèr ſi alguno ohia; pero todas
ius voces eran dadas en deſierto, pues por to-
dos aquellos contornos no havia perſona, que
oudieſſe eſcucharle, y entonces ſe acabó de dár
por muerto. Eſtaba el rucio boca arriba, y San-
cho Panza le acomodó de modo, que le puſo
en piè, que apenas ſe podia tener; y ſacando
le las alforjas (que tambien havian corrido la
miſma fortuna de la caída) un pedazo de pan,
o dió à ſu jumento, que no le ſupo mal, y di-
xole Sancho, como ſi lo entendiera: *Todos los*
duelos con pan ſon buenos. En eſto deſcubrió à un
ado de la ſima un agujero, capáz de caber por
èl una perſona, ſi ſe agoviaba, y encogia; acu-
dió à èl Sancho Panza, y agazapandoſe ſe en-
ró por èl, y vió, que por de dentro era eſpa-
ciofo, y largo, y pudole vèr, porque por lo
que ſe podia llamar techo entrava un rayo del

Sol,

Sol, que lo descubria todo; vió tambien, que
se dilataba, y alargaba por otra concabidad es-
paciosa; viendo lo qual bolvió à salir adonde
estaba el jumento, y con una piedra comenzó
à desmoronar la tierra del agujero, de modo,
que en poco espacio hizo lugar, donde con fa-
cilidad pudiesse entrar el asno, como lo hizo;
y cogiendole de el cabestro comenzó à cami-
nar por aquella gruta adelante, por vèr si ha-
llaba alguna salida por otra parte; à veces iba
à obscuras, y à veces sin luz; pero ninguna vez
sin miedo. Valame Dios todo Poderoso! decia
entre sí; esta que para mi es desventura, mejor
fuera para aventura de mi amo Don Quixote:
èl sí que tuviera estas profundidades, y maz-
morras por jardines floridos, y por Palacios de
Galiana, y esperára salir de esta obscuridad, y
estrecheza à algun florido prado; pero yo sin
ventura, falto de consejo, y menoscabado de
animo, à cada passo pienso, que debaxo de los
pies de improviso se ha de abrir otra sima mas
profunda que esta, que acabe de tragarme: bien
vengas mal, si vienes solo. De esta manera, y
con estos pensamientos le pareció, que havria
caminado poco mas de media legua, al cabo
de la qual descubrió una confusa claridad, que
pareció ser ya de dia, y que por alguna parte
entraba, que daba indicio de tener fin abierto
aquel (para èl) camino de la otra vida. Aqui
le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tra-

tar

tar de Don Quixote, que aborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla, que havia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, à quien pensaba enderezar el tuerto, y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que salien-dose una mañana à imponerse, y ensayarse en lo que havia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon, ò arremetida à Rocinante, llegó à poner los pies tan junto à una cueba, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera impossible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegandose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estandola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las daba decia: Há de arriba; hay algun Christiano que me escuche? ò algun Cavallero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgovernado Governador? Parecióle à Don Quixote, que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso, y assombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien está allá abaxo? quien se quexa? Quien puede estár aqui, ò quien se ha de quexar, respondieron, sino el assendereado de Sancho Panza, Governador, por sus pecados, y por su mala andanza, de la Insula Barataria, escudero que fuè del famoso Cavallero Don Quixote de la Man-

Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote se l
dobló la admiracion, y se le acrecentó el pa
mo, viniendosele al pensamiento, que Sanch
Panza debia de ser muerto, y que estaba al
penando su alma; y llevado de esta imagina
cion, dixo: Conjurote por todo aquello qu
puedo conjurarte como Catholico Christiano
que me digas quien eres, y si eres alma en pe
na, dime què quieres que haga por tí, que pue
es mi profession favorecer, y acorrer à los ne
cessitados de este mundo, tambien lo serè par
acorrer, y ayudar à los menesterosos del otr
mundo, que no pueden ayudarse por sí pro
prios? De essa manera, respondieron, vuestr
merced, que me habla, debe de ser mi seño
Don Quixote de la Mancha, y aun en el orga
no de la voz no es otro sin duda. Don Quixot
soy, replicó Don Quixote, el que professo so
correr, y ayudar en sus necessidades à los vi
vos, y à los muertos. Por esso, dime quien eres
que me tienes atonito? porque si eres mi escu
dero Sancho Panza, y te has muerto, como no
te hayan llevado los diablos, y por la misericor
dia de Dios estès en el Purgatorio, sufragio
tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Catholica
Romana, bastantes à sacarte de las penas en qu
estás, y yo, que lo solicitarè con ella por mi
parte con quanto mi hacienda alcanzáre; por
esso acaba de declararte, y dime quien eres.
Voto à tal, respondieron, y por el nacimien-

to de quien vueſtra merced quiſiere, juro, ſeñor Don Quixote de la Mancha, que yo ſoy ſu eſcudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, ſino que haviendo dexado mi Govierno por coſas, y cauſas, que es meneſter mas eſpacio para decirlas, anoche caí en eſta ſima, donde cayó el rucio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas ſeñas eſtá aqui conmigo; y hay mas, que no parece ſino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó à ebuznar tan recio, que toda la cueba retumbaba. Famoſo teſtigo, dixo Don Quixote, el ebuzno conozco como ſi le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio, eſperame, irè al Caſtillo del Duque, que eſtá aqui cerca, y traerè quien te ſaque de eſta ſima, donde tus pecados te deben de haver pueſto. Vaya vueſtra merced, dixo Sancho, y buelva preſto por un ſolo Dios que ya no lo puedo llevar el eſtar aqui ſepultado en vida, y me eſtoy muriendo de miedo. Dexóle Don Quixote, y fuè al Caſtillo à contar à los Duques el ſuceſſo de Sancho Panza, de que no poco ſe maravillaron, aunque bien entendieron, que debia de haver caído por la correſpondencia de aquella gruta, que de tiempos immemorables eſtaba alli hecha; pero no podian penſar cómo havia dexado el Govierno, sin tener ellos aviſo de ſu venida. Finalmente, como dicen, llevaron ſogas, y maromas, y à

coſta

coſta de mucha gente, y de mucho trabajo, ſi
caron al rucio, y à Sancho Panza de aquella
tinieblas à la luz del Sol. Vióle un Eſtudiante
y dixo; De eſta manera havian de ſalir de ſi
Goviernos todos los Governadores, como ſal
eſte pecador del profundo del abiſmo, muer
de hambre, deſcolorido, y ſin blanca, à lo qu
yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: Ocho dias,
diez há hermano murmurador, que entrè à go
vernar la Inſula que me dieron, en los quale
no me ví harto de pan ſiquiera una hora: e
ellos me han perſeguido Medicos, y enemigo
me han brumado los hueſſos, ni he tenido lu
gar de hacer cohechos, ni de cobrar derecho
y ſiendo eſto aſſi, como lo es, no merecia y
à mi parecer, ſalir de eſta manera; pero
hombre pone, y Dios diſpone, y Dios ſabe l
mejor, y lo que le eſtá bien à cada uno, y qu
el tiempo, tal el tiento, y nadie diga de eſ
agua no beberè, que adonde ſe pienſa que ha
tocinos, y no hay eſtacas, y Dios me entiend
y baſta, y no digo mas, aunque pudiera. No
enojes, Sancho, dixo Don Quixote, ni recib
peſadumbre de lo que oyeres, que ſerá nunc
acabar; vèn tu con ſegura conciencia, y diga
lo que dixeren; y es querer atar las lenguas d
los maldicientes lo miſmo que querer pone
puertas al campo. Si el Governador ſale ric
de ſu Govierno, dicen de èl, que ha ſido un la
dron; y ſi ſale pobre, que ha ſido un para poco,
men-

ientecato. A buen ſeguro, reſpondió Sancho, ue por eſta vez antes me han de tener por nto, que por ladron. En eſtas platicas llega- n rodeados de muchachos, y de otra mucha nte al Caſtillo, adonde en unos corredores laban ya el Duque, y la Duqueſa eſperando Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiſo bir à vèr al Duque, ſin que primero no hu- ieſſe acomodado al rucio en la cavalleriza; orque decia, que havia paſſado muy mala no- ne en la poſada, y luego ſubió à vèr à ſus ſe- ores, ante los quales puеſto de rodillas, dixo: o ſeñores, porque lo quiſo aſſi vueſtra gran- eza, ſin ningun merecimiento mio, ſuí à go- ernar vueſtra Inſula Barataria, en la qual en- è deſnudo, y deſnudo me hallo, ni pierdo, ni no: ſi he governado bien, ò mal, teſtigos he nido delante, que dirán lo que quiſieren. He eclarado dudas, ſentenciado pleytos, y ſiem- e muerto de hambre, por haverlo querido li el Doctor Pedro Recio, natural de Tirtea- era, Medico Inſulano, y Governadoreſco. cometieronnos enemigos de noche, y havien- nos pueſto en grande aprieto, dicen los de Inſula, que ſalieron libres, y con victoria r el valor de mi brazo, que tal ſalud les dè ios, como ellos dicen verdad. En reſolucion, eſte tiempo yo he tanteado las cargas que ae configo, y las obligaciones del governar, he hallado por mi cuenta, que no las podrán

lle-

llevar mis hombros, ni ſon peſo de mis coſo
llas, ni flechas de mi aljaba; y aſſi, antes qp
dieſſe conmigo al través el Govierno, he qu
rido yo dar con el Govierno al través, y ay
de mañana dexé la Inſula como la hallè, co
las miſmas calles, caſas, y tejados que tem
quando entré en ella. No he pedido preſtado
nadie, ni metidome en grangerías; y aunque pe
ſaba hacer algunas Ordenanzas provechoſas,
hice ninguna, temeroſo, que no ſe havian
guardar, que es lo meſmo hacerlas, que no h
cerlas. Salí, como digo, de la Inſula, ſin ot
acompañamiento que el de mi rucio; caí
una ſima, vineme por ella adelante, haſta q
eſta mañana con la luz del Sol ví la ſalida; p
ro no tan facil, que à no depararme el Cielo
mi ſeñor Don Quixote, alli me quedára ha
la fin del mundo. Aſſi que, mis ſeñores Duqu
y Duqueſa, aqui eſtá vueſtro Governador Sa
cho Panza, que ha grangeado en ſolos die
dias, que ha tenido el Govierno, el conoc
que no ſe le há de dar nada por ſer Govern
dor, no que de una Inſula, ſino de todo el mu
do; y con eſte preſupueſto, beſando à vueſtr
mercedes los pies, imitando al juego de l
muchachos, que dicen, ſalta tu, y damela t
doy un ſalto del Govierno, y me paſſo al ſe
vicio de mi ſeñor Don Quixote, que en fin
èl, aunque como el pan con ſobreſalto, harto
me alomenos; y para mi, como yo eſté hart
eſſo

ſo me hace, que ſea de zanahorias, ò de per-
ices. Con eſto dió fin à ſu larga platica San-
no, temiendo ſiempre Don Quixote, que ha-
a de decir en ella millares de diſparates, y
iando le vió acabar con tan pocos dió en ſu
razon gracias al Cielo; y el Duque abrazó
Sancho, y le dixo, que le peſaba en el alma
que huvieſſe dexado tan preſto el Govier-
; pero que èl haría de ſerte, que le dieſſe
ſu Eſtado otro oficio de menos carga, y de
as provecho. Abrazóle la Duqueſa aſſimiſmo,
mandó, que le regalaſſen, porque daba ſe-
les de venir mal molido, y peor parado.

CAPITULO LVI.

e la deſcomunal, y nunca viſta batalla, que paſſó entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Toſilos, en la defenſa de la hija de la Dueña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Panza del Govierno
ie le dieron, y mas, que aquel miſmo dia vi-
ſu Mayordomo, y les contó punto por punto
ſi todas las palabras, y acciones, que Sancho
ivia dicho, y hecho en aquellos dias; y final-
ente, les encareció el aſſalto de la Inſula, y
miedo de Sancho, y ſu ſalida, de que no pe-

que-

queño gusto recibieron. Despues de esto cuen
la Historia, que se llegó el dia de la batal
aplazada; y haviendo el Duque una, y much
veces advertido à su Lacayo Tosilos como se h
via de avenir con Don Quixote para vencer
sin matarle, ni herirle, ordenó, que se quita
sen los hierros à las lanzas, diciendo à D
Quixote que no permitia la Christiandad,
que el se preciaba, que aquella batalla fue
con tanto riezgo, y peligro de las vidas, y q
se contentasse con que le daba campo fran
en su tierra, puesto que iba contra el Decre
del Santo Concilio, que prohibe los tales des
fios, y no quisiesse llevar por todo rigor aqu
trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que
Excelencia dispusiesse las cosas de aquel neg
cio como mas fuesse servido, que èl le obedec
ria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia,
haviendo mandado el Duque, que delante de
Plaza del Castillo se hiciesse un aspacioso cad
halso, donde estuviessen los Jueces del camp
y las Dueñas, madre, y hija demandante
havia acudido de todos los Lugares, y Aldé
circunvecinas infinita gente à vér la noveda
de aquella batalla, que nunca otra tal havia
visto, ni ohido decir en aquella tierra los q
vivian, ni los que havian muerto: el primer
que entró en el campo, y estacada fuè el Mae
tro de las Ceremonias, que tanteó el campo,
le passeó todo, porque en èl no huviesse alg
en-

ngaño, ni cosa encubierta, donde se tropezas-
, y cayesse. Luego entraron las Dueñas, y se
ntaron en sus assientos, cubiertas con los man-
os hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con
uestras de no pequeño sentimiento, presente
on Quixote en la estacada. De alli à poco,
compañado de muchas trompetas, assomó por
na parte de la Plaza, sobre un poderoso cava-
o, hundiendola toda, el grande Lacayo Tosi-
os, calada la visera, y todo encambronado con
nas fuertes, y lucientes armas; el cavallo mos-
aba ser frisón, ancho, y de color tordillo: de
ada mano, y piè le pendia una arroba de lana.
enía el valeroso combatiente bien informado
el Duque su señor, de como se havia de portar
on el valeroso Don Quixote de la Mancha; ad-
ertido, que en ninguna manera le mataffe, sino
ue procuraffe huir el primer encuentro, por es-
usar el peligro de su muerte, que estaba cier-
, si de lleno en lleno le encontraffe. Passeó la
laza, y llegando donde las Dueñas estaban, se
uso algun tanto à mirar à la que por esposo le
edia; llamó el Maesse de Campo à Don Quixo-
, que ya se havia presentado en la Plaza, y
into con Tosilos habló à las Dueñas, pregun-
ndolas, si consentian, que bolviesse por su de-
cho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixe-
on, que si, y que todo lo que en aquel caso
icieffe, lo daban por bien hecho, por firme,
por valedero. Ya en este tiempo estaban el

Du-

Duque, y la Duquesa pueſtos en una Galería
que caía ſobre la eſtacada, toda la qual eſtab
coronada de infinita gente, que eſperaba ve
el riguroſo trance, nunca viſto. Fuè condicio
de los combatientes, que ſi Don Quixote ven
cía, ſu contrario ſe havia de caſar con la hij
de Doña Rodriguez; y ſi èl fueſſe vencido, qu
daba libre ſu contendedor de la palabra que
le pedia, ſin dár otra ſatisfaccion alguna. Pa
tióles el Maeſtro de las Ceremonias el Sol, y pu
ſo à los dos cada uno en el pueſto donde havia
de eſtar. Sonaron los atambores, llenó el ayr
el ſon de las trompetas, temblaba debaxo de lo
pies la tierra, eſtaban ſuſpenſos los corazone
de la mirante turba, temiendo unos, y eſpe
rando otros el buen, ò mal ſuceſſo de aquel ca
ſo. Finalmente, Don Quixote, encomendando
ſe de todo corazon à Dios nueſtro Señor, y
la ſeñora Dulcinèa del Toboſo, eſtaba aguar
dando, que ſe le dieſſe ſeñal preciſa de la arre
metida; emperó nueſtro Lacayo tenia diferen
tes penſamientos: no penſaba èl ſino en lo qu
ahora dirè. Parece ſer, que quando eſtuvo mi
rando à ſu enemiga, le pareció la mas hermoſ
muger, que havia viſto en toda ſu vida; y el Ni
ño cieguezuelo, à quien ſuelen llamar de ordi
nario Amor por eſſas calles, no quiſo perder l
ocaſion, que ſe le ofreció de triunfar de una al
ma lacayuna, y ponerla en la liſta de ſus tro
feos; y aſſi, llegandoſe à èl bonitamente, ſi

que

ue nadie le vieſſe, le embaſó al pobre Lacayo
na flecha de dos varas por el lado izquierdo,
ue le paſſó el corazon de parte à parte: y pu-
olo hacer bien al ſeguro, porque el amor es in-
iſible, y entra, y ſale por do quiere, ſin que
adie le pida cuenta de ſus hechos. Digo,
ues, que quando dieron la ſeñal de la arreme-
ida eſtaba nueſtro Lacayo tranſportado, pen-
ando en la hermoſura de la que ya havia hecho
eñora de ſu libertad; y aſſi no atendiò al ſon
e la trompeta, como lo hizo Don Quixote, que
penas la huvo ohido, quando arremetió, y à
odo el correr, que permitia Rocinante, par-
ò contra ſu enemigo, y viendole partir ſu buen
ſcudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios
guie, nata, y flor de los Andantes Cavalle-
os: Dios te dè la victoria, pues llevas razon de
u parte. Y aunque Toſilos vió venir contra sì
Don Quixote, no ſe movió un paſſo de ſu
ueſto, antes con grandes voces llamó al Maeſſe
e Campo, el qual venido à vèr lo que queria,
dixo: Señor, eſta batalla no ſe hace porque yo
e caſe, ò no me caſe con aquella ſeñora? Aſ-
es, le fuè reſpondido. Pues yo, dixo el La-
ayo, ſoy temeroſo de mi conciencia, y pon-
iala en gran cargo, ſi paſſaſſe adelante en eſta
atalla: y aſſi digo, que yo me doy por venci-
o, y que quiero caſarme luego con aquella ſe-
ora. Quedó admirado el Maeſſe de Campo de
s razones de Toſilos; y como era uno de los

sabidores de la maquina de aquel caso, no le fu
po responder palabra. Detuvose Don Quixot
en la mitad de su carrera, viendo que su ene
migo no le acometia. El Duque no sabia la oca
sion porque no se passaba adelante en la batall
pero el Maesse de Campo le fuè à declarar l
que Tosilos decia; de lo que quedó suspenso,
colerico en estremo. En tanto, que esto passa
ba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez el
taba, y dixo à grandes voces: Yo, señora quie
ro casarme con vuestra hija, y no quiero alcan
zar por pleytos, ni contiendas lo que puedo a
canzar por paz, y sin peligro de la muerte. Oy
esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues el
to assi es, yo quedo libre, y suelto de mi prome
sa; casense en horabuena, pues Dios nuestro Se
ñor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Du
que hevia baxado à la Plaza de el Castillo; y lle
gandose à Tosilos, le dixo: Es verdad, Cava
llero, que os dais por vencido, y que instigad
de vuestra temerosa conciencia os quereis casa
con esta doncella? Si señor, respondió Tosilo
El hace muy bien, dixo à esta sazon Sancho Pa
za, porque lo que has de dár al mur, dalo a
gato, y sacarte há de cuydado. Ibase Tosilos de
senlazando la celada, y rogaba, que aprietta l
ayudassen, porque le iban faltando los espiritu
del aliento, y no podia verse encerrado tant
tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Qu
taronsela aprietta, y quedó descubierto, y pa

tente

ente ſu roſtro del Lacayo. Viendo lo qual Do-
ia Rodriguez, y ſu hija, dando grandes voces,
lixeron: Eſte es engaño, engaño es eſte; à To-
ilos el Lacayo del Duque mi ſeñor nos han
ueſto en lugar de mi verdadero eſpoſo. Juſticia
le Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no
ecir bellaqueria. No vos acuyteis, ſeñoras,
ixo Don Quixote, que ni eſta es malicia, ni
s bellaqueria; y ſi la es, no ha ſido la cauſa el
)uque, ſino los malos encantadores, que me
erſiguen, los quales, embidioſos de que yo al-
anzaſſe la gloria de eſte vencimiento, han con-
ertido el roſtro de vueſtro eſpoſo en el de eſte,
ue decís que es Lacayo del Duque; tomad
i conſejo, y à peſar de la malicia de mis ene-
igos, caſaos con èl, que ſin duda es el miſmo
ue vos deſeais alcanzar por eſpoſo. El Duque
ue eſto oyó, eſtuvo por romper en riſa toda ſu
olera, y dixo: Son tan extraordinarias las coſas
ue ſuceden al ſeñor D. Quixote, que eſtoy por
eer, que eſte mi Lacayo no lo es; pero uſemos
e eſte ardid, y maña: dilatemos el caſamiento
iince dias, ſi quieren, y tengamos encerrado
eſte perſonage, que nos tiene dudoſos, en los
ales podria ſer que bolvieſſe à ſu priſtina figu-
, que no ha de durar tanto el rencor que los
ncantadores tienen al ſeñor Don Quixote, y
as yendoles tan poco en uſar eſtos embelecos,
transformaciones. O ſeñor! dixo Sancho,
ie ya tienen eſtos malandrines por uſo, y coſ-

tumbre de mudar las cosas de unas en otras, quup
tocan à mi amo: un Cavallero que venció lo
dias passados, llamado el de los Espejos, le bolo
vieron en la figura del Bachillèr Sanson Carras
co, natural de nuestro Pueblo, y grande amigo
nuestro, y à mi señora Dulcinèa del Toboso l
han buelto en una rustica Labradora; y assi ima
gino, que este Lacayo ha de morir, y vivir La
cayo todos los dias de su vida. A lo que dix
la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este qu
me pida por esposa (que yo se lo agradezco
que mas quiero ser muger legitima de un Laca
yo, que no amiga, y burlada de un Cavallero
puesto que el que à mi me burlò no lo es. E
resolucion todos estos cuentos, y sucessos pa
raron en que Tosilos se recogiesse, hasta vèr e
què paraba su transformacion. Aclamaron todo
la victoria por Don Quixote, y los mas queda
ron tristes, y melancolicos de vèr, que no se ha
vian hecho pedazos los tan esperados comba
tientes, bien assi como los muchachos queda
tristes quando no sale el ahorcado que esperan
porque le ha perdonado, ò la parte, ò la Justicia
Fuesse la gente, bolviendose el Duque, y Do
Quixote al Castillo, entraron à Tosilos, queda
ron Doña Rodriguez, y su hija contentisima
de vèr, que por una via, ò por otra, aquel
caso havia de parar en casamiento,
y Tosilos no esperaba
menos.

CAPI-

CAPITULO LVII.

De como Don Quixote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta, y desembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

YA le pareció à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel Castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deleytes, que como à Cavallero Andante aquellos señores le hacian; y parecia-le, que havia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento; y assi pidió un dia licencia à los Duques para partirse: dieronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexasse. Dió la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: Quien pensára, que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Govierno, havian de parar en bolverme yo ahora à las arrastrada venturas de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de vèr, que mi Teresa correspondió à ser quien es, embiando las bellotas à la Duquesa, que à no haver-

verſelas embiado, quedando yo peſaroſo, ſe moſtrára ella deſagradecida: lo que me conſuela es, que à eſta dadiva no ſe la puede dár nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Govierno quando ella las embió: y eſtá pueſto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque ſea con niñerías ſe mueſtren agradecidos. En efecto, yo entré deſnudo en el Govierno, y ſalgo deſnudo de èl; y aſſi podré decir con ſegura conciencia, que no es poco: Deſnudo nací, deſnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Eſto paſſaba entre sì Sancho el dia de la partida; y ſaliendo Don Quixote, haviendoſe deſpedido la noche antes de los Duques, una mañana ſe preſentó armado en la Plaza del Caſtillo: mirabanle de los corredores toda la gente del Caſtillo; y aſſimiſmo los Duques ſalieron à verle. Eſtaba Sancho ſobre ſu rucio con ſus alforjas, maleta, y repueſto, contentiſſimo; porque el Mayordomo del Duque, el que fue la Trifaldi, le havia dado un bolſillo con docientos eſcudos de oro, para ſuplir los meneſteres del camino; y eſto aun no lo ſabía Don Quixote. Eſtando, como queda dicho, mirandole todos, à deshora, entre las otras Dueñas, y Doncellas de la Duqueſa, que le miraban, alzó la voz la deſembuelta, y diſcreta Altiſidora, y en ſon laſtimero dixo:

Eſcu-

Escucha, mal Cavallero,
Detèn un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida beſtia.
Mira, falſo, que no huyes
De alguna ſerpiente fiera,
Sino de una corderilla,
que eſtá muy lexos de oveja.
Tu has burlado, monſtruo horrendo,
La mas hermoſa Doncella,
Que Diana vió en ſus montes,
Que Venus miró en ſus ſelvas.
Cruèl Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tu llevas (llevar impío !)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llevaſte tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al marmol puro ſe igualan
En liſas, blancas, y terſas.
Llevaſte dos mil ſuſpiros,
Que à ſer de fuego, pudieran
Abraſar à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruèl Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De

De esse Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinèa.
De la culpa que tu tienes
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se buelven,
En sueño tus passatiempos,
En olvido tus firmezas.
Cruèl Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla à Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres à Inglaterra.
Si jugares al reynado,
Los cientos, ò la primera,
Los Reyes huyan de tì,
Ases, ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.
Cruèl Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que, de la ſuerte que ſe ha dicho, ſe quexaba la laſtimada Altiſidora, la eſtuvo mirando Don Quixote; y ſin reſponderla palabra, bolviendo el roſtro à Sancho, le dixo: Por el ſiglo de tus paſſados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime lleuas, por ventura los tres tocadores, y las ligas, que eſta enamorada doncella dice? A lo que Sancho reſpondiò: Los tres tocadores sì llevo, pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duqueſa admirada de la deſembolturа de Altiſidora, que aunque la tenia, por atrevida, gracioſa, y deſembuelta, no en grado, qne ſe atreviera à ſemejantes deſembolturas; y como no eſtaba advertida de eſta burla, creció mas ſu admiracion. El Duque quiſo reforzar el donayre, y dixo: No me parece bien, ſeñor Cavallero, que haviendo recibido en eſte mi Caſtillo el buen acogimiento que en el ſe os ha hecho, os hayais atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, ſi por lo mas las ligas de mi doncella: indicios ſon de mal pecho, y mueſtras, que no correſponden à vueſtra fama: bolvedla las ligas, ſino yo os deſafio à mortal batalla, ſin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el roſtro, como han hecho en el de Toſilos mi Lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, reſpondió Don Quixote, que yo deſembayne mi eſpada contra vueſtra

Ilustrissima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores bolverè, porque dice Sancho, que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni èl tampoco; y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, à buen seguro que las hallè: yo señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexe de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y assi no tengo de que pedirla perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à la mia yo la castigarè de modo que de aqui adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches (ò valeroso Don Quixote) dixo entonces Altisidora, y es, que le pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima, que las tengo puestas, y he caído en el descuydo del que yendo sobre el asno le buscaba. No le dixe yo? dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos; pues à quererlos hacer, de paleta me havia venido la

oca-

casion en mi Govierno. Baxó la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes; y bolviendo las riendas à Rocinante, siguiendole Sancho sobre el rucio, se salió del Castillo, enderezando su camino à Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

De como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas à otras.

QUando Don Quixote se vió en la campaña rasa, libre, y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espiritus se le renovaban para proseguir de nuevo el assumpto de sus Cavallerias; y bolviendose à Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones, que à los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre por la libertad, assi como por la honra, se puede, y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, y la abundancia que en este Castillo que dexamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazo-

nados, y de aquellas bebidas de nieve, m
parecia à mi, que eſtaba metido entre las e
trechezas de la hambre, porque no lo gozab
con la libertad que lo gozára ſi fueran mios
que las obligaciones de las recompenſas de lo
beneficios, v mercedes recibidas, ſon atadu
ras, que no dexan campear al animo libre
Venturoſo aquel à quien el Cielo dió un peda
zo de pan, ſin que le quede obligacion de agra
decerlo à otro, que al miſmo Cielo. Con tod
eſſo, dixo Sancho, que vueſtra merced me h
dicho, no es bien que ſe queden ſin agradeci
miento de nueſtra parte, doſcientos eſcudos d
oro, que en una bolſilla me dió el Mayordom
del Duque, que como pictima, y confortativ
la llevo pueſta ſobre el corazon para lo que ſ
ofreciere, que no ſiempre hemos de hallar Ca
tillos donde nos regalen, que tal vez topare-
mos con algunas Ventas donde nos apaleen. E
eſtos, y otros razonamientos iban los Andan-
tes Cavallero, y eſcudero, quando vieron, ha
viendo andado poco mas de una legua, qu
encima de la yerva de un pradillo verde, enci-
ma de ſus capas, eſtaban comiendo haſta un
docena de hombres, veſtidos de Labradores
junto à sì tenian unas como ſabanas blancas
con que cubrian alguna coſa que debaxo eſta-
ba; eſtaban empinadas, y tendidas, y de tre-
cho à trecho pueſtas. Llegó Don Quixote à lo
que comian, ſaludandoles primero corteſmen-
te,

, les preguntò , què era lo que aquellos lien-
os cubrian? Uno de ellos le reſpondió : Señor,
ebaxo de eſtos lienzos eſtán unas Imagenes de
lieve , y entabladura , que han de ſervir en
n Retablo , que hacemos en nueſtra Aldèa,
evamoslas cubiertas , porque no ſe desfloren,
en ombros porque no ſe quiebren. Si ſoys
rvidos , reſpondiò Don Quixote , holgaría de
erlas , pues Imagenes que con tanto recato ſe
evan , ſin duda deben de ſer buenas. Y como
ue lo ſon, dixo otro, ſi no, digalo lo que cueſ-
n , que en verdad que no hay ninguna , que
o eſtè en mas de cincuenta ducados ; y porque
ea vueſtra merced eſta verdad , eſpere vueſtra
erced , y verla há por viſta de ojos ; y levan-
ndoſe , dexó de comer , y fuè à quitar la cu-
ierta de la primera Imagen , que moſtró ſer
de San Jorge , pueſto à cavallo , con una ſer-
iente enroſcada à los pies , y la lanza atrave-
da por la boca , con la fiereza que ſuele pin-
irſe: toda la Imagen parecia una aſqua de oro,
omo ſuele decirſe. Viendola Don Quixote,
ixo: Eſte Cavallero fuè uno de los mejores
ndantes , que tuvo la Milicia Divina : llamó-
: Don San Jorge , y fuè además defendedor de
oncellas. Veamos eſta otra ; deſcubrióla el
ombre , y pareció ſer la de San Martin , pueſ-
o à cavallo , que partía la capa con el Pobre ;
apenas la huvo viſto Don Quixote , quando
ixo: Eſte Cavallero tambien fuè de los aven-

ture-

tureros Chriſtianos, y creo que fuè mas libera
que valiente, como lo puedes echar de vèr
Sancho, en que eſtá partiendo la capa con e
Pobre, y le dá la mitad; y ſin duda debia d
ſer entonces Invierno, que ſi no, el ſe la dier
toda, ſegun era de caritativo. No debió de ſe
eſſo, dixo Sancho, ſino que ſe debió de atene
al refrán, que dice: Que para dár, y tene
ſeſſo es meneſter. Rióſe Don Quixote, y pidió
que quitaſſen otro lienzo, debaxo del qual
deſcubrió la Imagen del Patron de las Eſpañas
à cavallo, la eſpada enſangrentada, atropellan
do Moros, y piſando cabezas; y en viendola
dixo Don Quixote: Eſte ſi que es Cavallero,
de las Eſquadras de Chriſto; eſte ſe llama Do
San Diego mata Moros, uno de los mas valien
tes Santos, y Cavalleros, que tuvo el mundo
y tiene ahora el Cielo. Luego deſcubrieron
otro lienzo, y pareció que encubria la caída
de San Pablo de el cavallo abaxo, con toda
las circunſtancias, que en el retablo de ſu con
verſion ſuelen pintarſe, quando le vió tan a
vivo, que dixeran, que Chriſto le hablaba, y
Pablo reſpondia. Eſte, dixo Don Quixote, fu
el mayor enemigo, que tuvo la Igleſia de Dio
nueſtro Señor en ſu tiempo, y el mayor defen
ſor ſuyo, que tendrá jamás Cavallero Andant
por la vida, y ſanto à piè quedo por la muer-
te, trabajador incanſable en la Viña del Señor
Doctor de las Gentes, à quien ſirvieron de Eſ-

cue-

uelas los Cielos, y de Cathedratico, y Maeſ-
o, que le enſeñaſſe, el miſmo Jeſu-Chriſto.
o havia mas Imagenes, y aſſi mandó Don
uixote, que las bolvieſſen à cubrir, y dixo à
s que las llevaban: Por buen aguero he teni-
, hermanos, haver viſto, lo que he viſto,
rque eſtos Santos, y Cavalleros profeſſaron
que yo profeſſo, que es el exercicio de las
mas, ſino que la diferencia que hay entre mi,
ellos, es que ellos fueron Santos, y pelearon
lo Divino, y yo ſoy pecador, y peleo à lo
mano. Eſtos conquiſtaron el Cielo à fuerza
brazos, (porque el Cielo padece fuerza) y
yo haſta ahora no sè lo que conquiſto à fuer-
de mis trabajos; pero ſi mi Dulcinèa del
boſo ſalieſſe de los que padece, mejorando-
mi ventura, abonandoſeme el juicio, podria
r, que encaminaſſe mis paſſos por mejor ca-
ino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado
a ſordo, dixo Sancho à eſta ſazon. Admira-
nſe los hombres, aſſi de la figura, como de
s razones de Don Quixote, ſin entender la
itad de lo que en ellas decir queria. Acaba-
n de comer, cargaron con ſus Imagenes, y
ſpidiendoſe de Don Quixote, ſiguieron ſu
age. Quedó Sancho de nuevo, como ſi jamás
viera conocido à ſu ſeñor, admirado de lo
e ſabia, pareciendole, que no devia de ha-
r hiſtoria en el mundo, ni ſuceſſo, que no lo
vieſſe cifrado en la uña, y clavado en la me-

moria,

moria, y dixole: En verdad, señor nueſtro amo
que ſi eſto que nos ha ſucedido hoy, ſe pued
llamar aventura, ella ha ſido de las mas ſua
ves, y dulces, que en todo el diſcurſo de nue
tra peregrinacion nos ha ſucedido: de ella ha
vemos ſalido ſin palos, ni ſobreſalto alguno
ni hemos echado mano à las eſpadas, ni he
mos batido la tierra con los cuerpos, ni que
damos hambrientos: bendito ſea Dios, que ta
me ha dexado vèr con mis proprios ojos. T
dices bien, Sancho, dixo Don Quixote; per
has de advertir, que no todos los tiempos ſo
unos, ni corren de una miſma ſuerte; y eſt
que el vulgo ſuele llamar comunmente agüe
ros, que no ſe fundan ſobre natural razon al
guna, del que es diſcreto han de ſer tenidos,
juzgar por buenos acontecimientos. Levantaſ
uno de eſtos agoreros por la mañana, ſale d
ſu caſa, encuentraſe con un Frayle de la Orde
del Bienaventurado San Franciſco, y como
huviera encontrado con un grifo, buelve la
eſpaldas, y buelveſe à ſu caſa. Derramaſele a
otro Mendoza la ſal encima de la meſa, y de
ramaſele à èl la melancolía por el corazon, co
mo ſi eſtuvieſſe obligada la naturaleza à dá
ſeñales de las venideras deſgracias, con coſa
tan de poco momento como las referidas. E
diſcreto, y Chriſtiano no ha de andar en pun
tillos con lo que quiere hacer el Cielo. Lleg
Cipion à Africa, tropieza en ſaltando en tie
ra,

a, tienenlo por mal aguero ſus Soldados, pe-
o èl abrazandoſe con el ſuelo, dixo: No te
ne podrás huir, Africa, porque te tengo aſida,
entre mis brazos. Aſſi que, Sancho, el haver
ncontrado con eſtas Imagenes, ha ſido para mi
eliciſſimo acontecimiento. Yo aſſi lo creo, reſ-
ondió Sancho, y querria, que vueſtra merced
ne dixeſſe, que es la cauſa porque dicen los
ſpañoles, quando quieren dár alguna batalla,
vocando aquel San Diego mata Moros: San-
ago, y cierra Eſpaña? Eſtá por ventura Eſ-
aña abierta, y de modo, que es meneſter cer-
rla? ò què ceremonia es eſta? Simpliciſſimo
es Sancho, reſpondió Don Quixote, y mira,
ne eſte gran Cavallero de la Cruz bermeja ha-
lo dado Dios à Eſpaña por Patron, y ampa-
ſuyo, eſpecialmente en los rigoroſos trances,
ne con los Moros los Eſpañoles han tenido, y
ſi le invocan, y llaman, como à defenſor ſu-
o en todas las batallas que acometen; y mu-
as veces le han viſto viſiblemente en ellas,
rribando, atropellando, deſtruyendo, y ma-
ndo los Agarenos eſquadrones, y de eſta ver-
d te pudiera traer muchos exemplos, que en
verdaderas Hiſtorias Eſpañolas ſe cuentan.
udó Sancho platica, y dixo à ſu amo: Mara-
llado eſtoy, ſeñor de la deſemboltura de Al-
dora la doncella de la Duqueſa: bravamen-
la debe de tener herida, y traſpaſſada aquel
e llaman Amor, que dicen que es un rapáz

cieguezuelo, que con eſtar lagañoſo, ò por me-
jor decir, ſin viſta, ſi toma por blanco un co-
razon, por pequeño que ſea, le acierta, y traſ-
paſſa de parte à parte con ſus flechas. He ohi-
do decir tambien, que en la verguenza, y re-
cato de las doncellas ſe deſpuntan, y embotan
las amoroſas ſaetas; pero en eſta Altiſidora mas
parece qne ſe aguzan, que deſpuntan. Advier-
te, Sancho, dixo Don Quixote, que el Amor
ni mira reſpetos, ni guarda terminos de razon
en ſus diſcurſos; y tiene la miſma condicion
que la muerte, que aſſi acomete los altos Al-
cazares de los Reyes, como las humildes cho-
zas de los Paſtores; y quando toma entera poſ-
ſeſſion de una alma, lo primero que hace es
quitarle el temor, y la verguenza; y aſſi, ſi
ella declaró Altiſidora ſus deſeos, que engen
draron en mi pecho, antes confuſion, que laſ-
tima. Crueldad notoria! dixo Sancho: deſagra
decimiento inaudito! yo de mi sè decir, que m
rindiera, y avaſſallára la mas minima razon
amoroſa ſuya: hi de puta, y què corazon d
marmol, que entrañas de bronce, y què alm
de argamaſſa; pero no puedo penſar, que es l
que vió eſta doncella en vueſtra merced, qu
aſſi la rindieſſe, y avaſſallaſſe, què gala, qu
brio, què donayre, què roſtro: que cada co
por sì de eſtas, ò todas juntas, la enamoraron
que en verdad, en verdad, que muchas vec
me paro à mirar à vueſtra merced deſde
pun-

punta del piè, haſta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas coſas para eſpantar, que para enamorar; y haviendo yo tambien ohido decir, que la hermoſura en la primera, y principal parte, que enamora, no teniendo vueſtra merced ninguna, no sè yo de què ſe enamora la pobre. Advierte, Sancho, reſpondió Don Quixote, que hay dos maneras de hermoſura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma campèa, y ſe mueſtra en el entendimiento, en la honeſtidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena crianza, y todas eſtas partes caben, y pueden eſtar en un hombre feo; y quando ſe pone la mira en eſta hermoſura, y no en la de el cuerpo, ſuelen hacer al amor con impetu, y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no ſoy hermoſo; pero tambien conozco, que no ſoy disforme, y baſtale à un hombre de bien no ſer monſtruo para ſer bien queſido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho. En eſtas razones, y platicas ſe iban entrando por una ſelva, que fuera del camino eſtaba; y à deshora, ſin penſar en ello, ſe halló Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que deſde unos arboles à otros eſtaban tendidas; y ſin poder imaginar què pudieſſe ſer aquello, dixo à Sancho. Pareceme, Sancho, que eſto de eſtas redes debe de ſer una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginar; que me maten ſi los Encantadores, que

me perſiguen, no quieren enredarme en ellas, y
detener mi camino, como en venganza de las
riguridad, que con Altiſidora he tenido; pues
mandoles yo, que aunque eſtas redes, ſi como
ſon hechas de hilo verde, fueran de duriſſimos
diamantes, ò mas fuertes, que aquella con que
el Dios de los Herreros enredó à Venus, y à
Marte, aſſi las rompiera como ſi fueran de jun-
cos marinos, ù de hilachas de algodon; y que-
riendo paſſar adelante, y romperlo todo, al
improviſo ſe le ofrecieron delante, ſaliendo de
entre unos arboles, dos hermoſiſſimas Paſtoras,
à lo menos veſtidas como Paſtoras, ſino que los
pellicos, y ſayas eran de fino brocado: digo,
que las ſayas eran riquiſſimos faldellines de tabi
de oro: traían los cabellos ſueltos por las eſpal-
das, que en rubios podian competir con los ra-
yos del miſmo Sol, los quales ſe coronaban con
dos guirnaldas de verde laurèl, y de roxo ama-
ranto texidas: la edad, al parecer, ni baxaba
de los quince, ni paſſaba de los diez, y ocho:
viſta fuè eſta, que admiró à Sancho, ſuſpendió
à Don Quixote, y hizo parar al Sol en ſu carre-
ra para verlas, y tuvo en maravilloſo ſilencio à
todos quatro: en fin, quien primero habló fuè
una de las dos Zagalas, que dixo à Don Qui-
xote: Detened, ſeñor Cavallero, el paſſo, y no
rompais las redes, que no para daño vueſtro, ſi
no para nueſtro paſſatiempo, aí eſtán tendidas:
y porque sè que no haveis de preguntar, para

que

que ſe han pueſto, y quien ſomos, os la quiero decir en breves palabras. En una Aldèa, que eſtá haſta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes ſe concertó en que con ſus hijos, mugeres, y hijas, vecinos, amigos, y parientes, nos vinieſſemos à holgar à eſte ſitio, que es uno de los mas agradables de todos eſtos contornos, formando entre todos una nueva, y paſtoril Arcadia, viſtiendonos las doncellas de Zagalas, y los mancebos de Paſtores: traemos eſtudiadas dos Eglogas, una del famoſo Poeta Garcilaſo, y otra del Excelentiſſimo Camoes, en ſu miſma lengua Portugueſa, las quales haſta ahora no hemos repreſentado: ayer fuè el primero dia que aqui llegamos; tenemos entre eſtos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen, que ſe llaman de Campaña; en el margen de un abundoſo arroyo, que todos eſtos prados fertiliza, tendimos la noche paſſada eſtas redes entre eſtos arboles, para engañar los ſimples paxarillos, que ojeados con nueſtro ruído vinieren à dár en ellas: ſi guſtais, ſeñor, de ſer nueſtro hueſped, ſereis gaſſajado liberal, y corteſmente, porque por ahora en eſte ſitio no ha de entrar la peſadumbre, ni la melancolia; calló, y no dixo mas. A lo que reſpondió Don Quixote: Por cierto, hermoſiſſima ſeñora, que no debió de qudar mas ſuſpenſo, ni admirado Anteon, quando

vió

vió al improviso bañarse en las aguas à Diana, como yo he quedado atonito en vèr vueſtra belleza; alabo el aſſumpto de vueſtros entretenimientos, y el de vueſtros ofrecimientos agradezco, y ſi os puedo ſervir, con ſeguridad de ſer obedecidas, me lo podeis mandar; porque no es otra la profeſſion mia, ſino de moſtrarme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente, en eſpecial con la principal, que vueſtras perſonas repreſenta; y ſi como eſtas redes, que deben de ocupar algun pequeño eſpacio, ocupáran toda la redondéz de la tierra, buſcára yo nuevos mundos por do paſſar ſin romperlas. Y porque deis algun credito à eſta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha, ſi es que ha llegado à vueſtros ohidos eſte nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra Zagala, y què ventura tan grande nos ha ſucedido! Vès eſte ſeñor, que tenemos delante? pues ſhagote ſaber, que es el mas valiente, el mas enamorado, y el mas comedido de todo el mundo, ſino es que nos mienta, y nos engañe una Hiſtoria, que de ſus hazañas anda impreſſa, y yo he leído; yo apoſtaré, que eſte buen hombre que viene conſigo, es un tal Sancho Panza ſu eſcudero, à cuyas gracias no hay ningunas que ſe le igualen. Aſſi es la verdad, dixo Sancho, que yo ſoy eſſe gracioſo, y eſſe eſcudero, que vueſtra merced dice: y eſte ſeñor es

mi

mi amo, el miſmo Don Quixote de la Mancha, hiſtoriado, y referido. Ay! dixo la otra, ſupliquemosle, amiga, que ſe quede, que nueſtros padres, y nueſtros hermanos guſtarán infinito de ello, que tambien he ohido yo decir de ſu valor, y de ſus gracias lo miſmo que tu me has dicho; y ſobre todo, dicen de èl, que es el mas firme, y mas leal enamorado que ſe ſabe, y que ſu dama es una tal Dulcinèa del Toboſo, à quien en toda Eſpaña la dán la palma de la hermoſura. Con razon ſe la dán, dixo Don Quixote, ſi ya no lo pone en duda vueſtra ſin igual belleza: no os canſeis, ſeñoras, en detenerme, porque las preciſas obligaciones de mi profeſſion no me dexan repoſar en ningun cabo. Llegó en eſto adonde los quatro eſtaban, un hermano de una de las dos Paſtoras, veſtido aſſimiſmo de Paſtor, con las riquezas, y galas, que à las de las Zagalas correſpondia; contaronle ellas, que el que con ellas eſtaba era el valeroſo Don Quixote de la Mancha, y el otro ſu eſcudero Sancho, de quien tenia èl ya noticia, por haver leído ſu Hiſtoria. Ofrecióſele el gallardo Paſtor, pidióle, que ſe viniеſſe con èl à ſus tiendas: huvolo de conceder Don Quixote, y aſſi lo hizo. Llegó en eſto el ojeo, llenaronſe las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo: juntaronſe en aquel ſitio mas de treinta perſonas, todas

todas bizarramente de Paſtores, y Paſtoras vei
tidas; y en un inſtante quedaron enteradas d
quienes eran Don Quixote, y ſu eſcudero; d
que no poco contento recibieron, porque y
tenian de èl noticia por ſu Hiſtoria. Acudiero
à las tiendas, hallaron las meſas pueſtas, ri
cas, abundantes, y limpias; honraron à Do
Quixote dandole el primer lugar en ellas; mi
rabanle todos, y admirabanſe de verle. Final
mente, alzados los manteles, con gran repoſ
alzó Don Quixote la voz, y dixo: Entre lo
pecados mayores que los hombres cometen
(aunque algunos dicen que es la ſobervia) y
digo que es el deſagradecimiento, ateniendo
me à lo que ſuele decirſe, que de los deſagra
decidos eſtá lleno el Infierno: eſte pecado, e
quanto me ha ſido poſſible, he procurado y
huír deſde el inſtante que tuve uſo de razon; y
ſi no puedo pagar las buenas obras que me ha-
cen con otras obras; pongo en ſu lugar los de
ſeos de hacerlas; y quando eſtos no baſtan, la
publíco, porque quien dice, y publíca las bue
nas obras, que recibe, tambien las recompen-
ſára, ſi pudiera; porque por la mayor parte
los que reciben ſon inferiores à los que dán; y
aſſi es Dios ſobre todos, porque es dador ſo-
bre todos, y no pueden correſponder las dadi-
vas del hombre à las de Dios con igualdad,
por infinita diſtancia; y eſta eſtrecheza, y cor-
tedad, en cierto modo la ſuple el agradeci-
mien-

niento. Yo, pues, agradecido à la merced que qui se me ha hecho, no pudiendo correspon-er à la misma medida, conteniendome en los strechos limites de mi poderío, ofrezco lo ue puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y si digo, que sustentaré dos dias naturales en nitad de esse camino real, que vá à Zaragoza, ue estas señoras Zagalas contrahechas, que qui están, son las mas hermosas doncellas, y as corteses, que hay en el mundo, exceptua-a sola la sin par Dulcinèa del Toboso, unica ñora de mis pensamientos: con paz sea dicho e quantos, y quantas me escuchan. Oyendo qual Sancho, que con grande atencion le avia estado escuchando, dando una gran voz, ixo: Es possible que haya en el mundo perso-as, que se atrevan à decir, y à jurar, que este i señor es loco? digan vuestras mercedes, se-ores Pastores, hay Cura de Aldèa, por discre-, y por estudiante que sea, que pueda decir que mi amo ha dicho, ni hay Cavallero An-nte, por mas fama que tenga de valiente, e pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofre-do? Bolvióse Don Quixote à Sancho, y en-ndido el rostro, y colerico le dixo: Es possi-e, ò Sancho, que haya en todo el Orbe al-na persona que diga, que no eres tonto, afor-do de lo mismo, con no sè que ribetes de alicioso, y de bellaco? Quien te mete à tì en is cosas, y en averiguar si soy discreto, ò ma-

majadero? Calla, y no me repliques, si no, en
silla, si está desensillado Rocinante, y vamos
poner en efecto mi ofrecimiento, que con
razon que vá de mi parte, puedes dár por ve
cidos á todos quantos quisieren contradecirla:
con gran furia, y muestras de enojo se levantó d
la silla, dexando admirados à los circunstante
haciendoles dudar, si le podian tener por loc
ò por cuerdo. Finalmente, haviendole persua
dido, que no se pusiesse en tal demanda, qu
ellos daban por bien conocida su agradecid
voluntad, y que no eran menester nuevas d
monstraciones para conocer su animo valeros
pues bastaban las qué en la Historia de sus he
chos se referian, con todo esto salió Don Qui
xote con su intencion, y puesto sobre Rocinante
embrazando su escudo, y tomando su lanza
se puso en la mitad de un Real camino, qu
no lexos del verde prado estaba: siguióle San
cho sobre su rucio con toda la gente del pasto
ral rebaño, deseosos de vèr en que paraba
arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto
pues, Don Quixote en mitad del camino (co
mo he dicho) hirió el ayre con semejantes pa
labras: O vosotros, passageros, y viandantes
Cavalleros, escuderos, gente de à piè, y de
cavallo, que por este camino passais, ò havei
de passar en estos dias siguientes: sabed, qu
Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andan
te, está aqui puesto para defender, que à toda
las

s hermoſuras, y cortesías del mundo exceden
s que ſe encierran en las Ninfas, habitadoras
: eſtos prados, y boſques, dexando à un lado
la ſeñora de mi alma Dulcinèa del Toboſo!
or eſſo, el que fuere de parecer contrario,
uda, que aqui le eſpero. Dos veces repitió
tas miſmas razones, y dos veces no fueron
idas de ningun Aventurero; pero la ſuerte,
ie ſus coſas iba encaminando de mejor en me-
r, ordenó, que de alli à poco ſe deſcubrieſſe
or el camino muchedumbre de hombres de à
ivallo, y muchos de ellos con lanzas en las
anos, caminando todos apiñados de tropèl,
à gran prieſſa: no los huvieron bien viſto los
ie con Don Quixote eſtaban, quando bol-
endo las eſpaldas, ſe apartaron bien lexos
el camino, porque conocieron, que ſi eſpe-
iban, les podia ſuceder algun peligro: ſolo
on Quixote con intrepido corazon ſe eſtuvo
uedo, y Sancho Panza ſe eſcudó con las an-
as de Rocinante. Llegó el tropél de los Lan-
eros, y uno de ellos, que venía mas delante,
grandes voces comenzó à decir à Don Qui-
ote: Apartate, hombre del diablo, de el ca-
ino, que te harán pedazos eſtos toros. Ea,
nalla, reſpondió Don Quixote, para mi no
ay toros que valgan, aunque ſean de los mas
avos que cria Xarama en ſus riberas: confeſ-
d, malandrines, aſſi à carga cerrada, que es
rdad lo que yo aqui he publicado, ſino, con-

migo

migo ſois en batalla. No tuvo lugar de reſpo
der el Baquero, ni Don Quixote le tuvo de d
viarſe, aunque quiſiera; y aſſi el tropèl de l
toros bravos, y el de los manſos cabeſtros, c
la multitud de los Baqueros, y otras gente
que à encerrar los llevaban à un Lugar, don
otro dia havian de correrſe, paſſaron ſobre D
Quixote, y ſobre Sancho, Rocinante, y el r
cio, dando con todos ellos en tierra, echand
les à rodar por el ſuelo. Quedó molido Sanch
eſpantado Don Quixote, aporreado el ruci
y no muy catholico Rocinante; pero en fin
levantaron todos, y Don Quixote à gran prie
ſa, tropezando aqui, y cayendo alli, comen
zó à correr tras la baca, diciendo à voces
Detenèos, y eſperad canalla malandrina, qu
un ſolo Cavallero os eſpera, el qual no tien
condicion, ni es de parecer de los que dicen
que al enemigo que huye, hacerle la puent
de plata; pero no por eſſo ſe detuvieron lo
apreſurados corredores, ni hicieron mas caſ
de ſus amenazas, que de las nuevas de antañ
Detuvole el canſancio à Don Quixote, y ma
enojado, que vengado, ſe ſentó en el camino
eſperando à que Sancho, Rocinante, y el ru
cio llegaſſen: Llegaron, bolvieron à ſubir amo
y mozo, y ſin bolver à deſpedirſe de la Arca
dia fingida, ò contrahecha, y con mas ver
guenza, que guſto, ſiguieron ſu camino.

CA-

CAPITULO LIX.

onde se cuenta el extraordinario sucesso, que se puede tener por aventura, que le sucedió à Don Quixote.

AL polvo, y al cansancio que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento los toros, socorrió una fuente clara, y lim-a, que entre una fresca arboleda hallaron, en margen de la qual, dexando libres, sin ja-ima, y freno al Rucio, y à Rocinante, los s assendereados amo, y mozo se sentaron; udió Sancho à la reposteria de sus alforjas, y ellas sacó de lo que èl solia llamar condu-o: enjugóse la boca, lavóse Don Quixote el stro, con cuyo refrigerio cobraron aliento s espiritus desalentados; no comia Don Qui-te de puro pesaroso, ni Sancho ossaba tocar los manjares que delante tenia, de puro co-edido, y esperaba à que su señor hiciesse la va; pero viendo que llevado de sus imagi-ciones no se acordava de llevar el pan à la ca, abrió la suya, y atropellando por todo nero de crianza, comenzó à embaular en el omago el pan, y queso, que se le ofrecia. me, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sus-nta la vida, que mas que à mi te importa, y xame morir à mi à manos de mis pensamien-

tos,

tos, y à fuerza de mis desgracias: yo, Sancho, t
cí para vivir muriendo, y tu para vivir comie
do; y porque veas que te digo verdad en es
considerame impresso en Historias, famoso
las armas, comedido en mis acciones, respet
do de Principes, y solicitado de doncellas:
cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triu
fos, y coronas, grangeadas, y merecidas p
mis valerosas hazañas, me he visto esta mañ
na pisado, acoceado, y molido de los pies
animales inmundos, y soezes; esta consider
cion me embota los dientes, entorpece las mu
las, y entumece las manos, y quita de todo
tado la gana del comer; de manera, que pie
so dexarme morir de hambre: muerte la m
cruel de las muertes. De essa manera, dixo Sa
cho (sin dexar de mascar aprietta) no aproba
vuestra merced aquel refrán que dicen: Mue
Marta, y muera harta; yo à lo menos no pie
so matarme à mi mismo, antes pienso hac
como el Zapatero, que tira el cuero con l
dientes, hasta que le hace llegar donde èl qui
re, yo tirarè mi vida comiendo, hasta que ll
gue al fin, que le tiene determinado el Cie
y sepa, señor, que no hay mayor locura, q
la que toca en querer desesperarse; coma vue
tra merced, y creame, y despues de comi
echese à dormir un poco sobre los colchon
verdes de estas yervas, y verá como quan
despierte se halla algo mas aliviado. Hizolo a

Don

lon Quixote, pareciendole, que las razones
e Sancho mas eran de Filoſofo, que de men-
:cato, y dixole: Si tu (ò Sancho!) quiſieſſes
acer por mi lo que yo ahora te diré, ſerían
is alivios mas ciertos, y mis peſadumbres no
n grandes; y es, que mientras yo duermo,
bedeciendo tus conſejos, tu te deſviaſſes un
oco lexos de aqui, y con las riendas de Roci-
ante, echando al ayre tus carnes, te dieſſes
eſcientos, ò quatrocientos azotes à buena
uenta de los tres mil y tantos, que te has de
ár por el deſencanto de Dulcinèa, que es laſ-
ma, no pequeña, que aquella pobre ſeñora
ſtè encantada por tu deſcuydo, y negligencia.
lay mucho que decir en eſſe, dixo Sancho,
urmamos por ahora entrambos, y deſpues
ios dixo lo que ſerá. Sepa vueſtra merced,
ue eſſo de azotarſe un hombre à ſangre fria,
s coſa recia, y mas ſi caen los azotes ſobre un
uerpo mal ſuſtentado, y peor comido: tenga
aciencia mi ſeñora Dulcinèa, que quando me-
os ſe cate me verá hecho una criva de azotes,
haſta la muerte todo es vida; quiero decir,
ue aun yo la tengo, junto con el deſeo de
mplir con lo que he prometido. Agradecien-
oſelo Don Quixote, comió algo, y Sancho
ucho, y echaronſe à dormir entrambos, de-
ando à ſu alvedrio, y ſin orden alguna, pacer
abundoſa yerva, de que aquel prado eſtaba
eno, à los dos continuos compañeros, y ami-

gos,

gos, Rocinante, y el Rucio. Deſpertaron alg
tarde, bolvieron à ſubir, y à ſeguir ſu camin
dandoſe prieſſa para llegar à una Venta, que
parecer, una legua de alli ſe deſcubria: digi
que era Venta, porque Don Quixote la llam
aſſi, fuera del uſo que tenia de llamar à toda
las Ventas Caſtillos. Llegaron, pues, à ella
preguntaron al hueſped, ſi havia poſada? Fu
les reſpondido, que ſi, con toda la comodida
y regalo, que ſe pudiera hallar en Zaragoz
Apearonſe, y recogió Sancho ſu repoſtería e
un apoſento, de quien el hueſped le dió la lla
ve. Llevó las beſtias à la cavalleriza, echóle
ſus pienſos, ſalió à vèr lo que Don Quixot
(que eſtaba ſentado ſobre un poyo) le man
daba, dando particulares gracias al Cielo d
que à ſu amo no le huvieſſe parecido Caſtill
aquella Venta. Llegóſe la hora del cenar, re
cogieronſe à ſu eſtancia, preguntó Sancho
hueſped, que què tenia para darles de cenar
A lo que el hueſped reſpondió, que ſu boca ſ
ría medida, y aſſi que pidieſſe lo que quiſieſſ
que de las paxaritas de el ayre, de las aves d
la tierra, y de los peſcados del mar eſtaba pr
veída aquella Venta. No es meneſter tanto, re
pondió Sancho, que con un par de pollos q
nos aſſen, tendrèmos lo ſuficiente, porque m
ſeñor es delicado, y come poco, y yo no ſo
tragantón en demasía. Reſpondióle el hueſpe
que no tenia pollos, porque los milanos los t
nian

nian affolados. Pues mande el ſeñor hueſped, lixo Sancho, aſſar una polla, que ſea tierna. 'olla, mi padre, reſpondió el hueſped, en ver- lad que embié ayer à la Ciudad à vender mas e cinquenta; pero fuera de pollas, pida vueſ- ra merced lo que quiſiere. De eſſa manera, di- o Sancho, no faltará ternera, ò cabrito. En aſa, por ahora, reſpondió el hueſped, no lo ay, porque ſe ha acabado, pero la ſemana ue viene lo habrá de ſobra. Medrados eſtamos on eſſo, reſpondió Sancho, yo pondré que ſe ienen à reſumir todas eſtas faltas en las ſobras, ue debe de haber de tocino, y huevos. Por ios, reſpondió el hueſped, que es gentil re- nte el que mi hueſped tiene; pues hele di- ho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere ue tenga huevos? diſcurra, ſi quiſiere, por tras delicadezas, y dexeſe de pedir gallinas. eſolvamonos, cuerpo de mi, dixo Sancho, y igame finalmente lo que tiene, y dexeſe de iſcurrimientos, ſeñor hueſped. Dixo el Vente- o: Lo que real, y verdaderamente tengo, ſon os uñas de baca, que parecen manos de ternera, dos manos de ternera, que parecen uñas de aca: eſtán cocidas con ſus garbanzos, cebo- as, y tocino, y la hora de hora eſtán dicien- o, comeme, comeme. Por mias las marco eſde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, ue yo las pagaré mejor que otro, porque pa- mi ninguna otra coſa pudiera eſperar de mas

gusto, y no se me daria nada que fuessen manos
como fuessen uñas. Nadie las tocará, dixo e
Ventero, porque otros huespedes que tengo, d
puro principales, traen consigo Cocinero, Des
pensero, y Reposteria. Si por principales vá
dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; per
el oficio que èl trae no permite despensas, n
Botillerías: aí nos tendemos en mitad de u
prado, y nos hartamos de bellotas, ù de nis
peros. Esta fuè la platica que Sancho tuvo co
el Ventero, sin querer Sancho passar adelant
en responderle, que ya le havia preguntado
què oficio, ò què exercicio era el de su amo
Llegóse, pues, la hora de cenar, recogióse
su estancia Don Quixote, traxo el huesped l
holla assi como estaba, y sentóse à cenar mu
de proposito. Parece ser, que en otro aposento
que junto al de Don Quixote estaba, que n
le dividia mas que un sutil tabique, oyó deci
Don Quixote: Por vida de vuestra merced, se
ñor Don Geronymo, que en tanto que trae
la cena leamos otro Capitulo de la segund
Parte de Don Quixote de la Mancha. Apena
oyò su nombre Don Quixote, quando se pus
en piè, y con ohido alerto escuchó lo que d
èl trataban, y oyó, que el tal Don Geronym
referido, respondió: Para que quiere vuestr
merced, señor Don Juan, que leamos essos di
parates, si el que huviere leído la Primera Pa
te de la Historia de Don Quixote de la Mancha

no es poſſible, que pueda tener guſto en leer eſta ſegunda? Con todo eſſo, dixo el Don Juan, ſerá bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna coſa buena. Lo que à mi en eſte mas deſplace es, que pinta à Don Quixote ya deſenamorado de Dulcinèa del Toboſo. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y deſpecho, alzó la voz, y dixo: Quien quiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinèa del Toboſo, yo le haré entender con armas iguales, que vá muy lexos de la verdad, porque la ſin par Dulcinèa del Toboſo, ni puede ſer olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvido; ſu blaſón es la firmeza, y ſu profeſſion el guardarla con ſuavidad, y ſin hacerſe fuerza alguna. Quien es el que nos reſponde? reſpondieron del otro aposento. Quien ha de ſer, reſpondió Sancho, ſino el miſmo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho eſto Sancho, quando entraron por la puerta de ſu aposento dos Cavalleros, que tales lo parecian, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vueſtra preſencia puede deſmentir vueſtro nombre, ni vueſtro nombre puede no acreditar vueſtra preſencia. Sin duda vos, ſeñor, ſois el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte, y lucero de la Andante Cavalleria,

à deſpecho, y peſar de el que ha querido uſurpar vueſtro nombre, y aniquilar vueſtras hazañas, como lo ha hecho el Author de eſte Libro, que aqui os entrego; y poniendole un Libro en las manos, que traía ſu compañero, le tomó Don Quixote, y ſin reſponder palabra comenzó à ojearle, y de alli à un poco ſe le bolvió diciendo: En eſto poco que he viſto he hallado tres coſas en eſte Author, dignas de reprehenſion. La primera es, algunas palabras que he leído en el Prologo. La otra, que el lenguage es Aragonés, porque tal vez eſcrive ſin Articulos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra, y ſe deſvía de la verdad en lo mas principal de la Hiſtoria; porque aqui dice, que la muger de Sancho Panza mi eſcudero ſe llâma Mari-Gutierrez, y no ſe llama tal, ſino Tereſa Panza; y quien en eſta parte tan principal yerra, bien ſe podrá temer, que yerra en todas las demás de la Hiſtoria. A eſto dixo Sancho: Donoſa coſa de Hiſtoriador! Por cierto bien debo de eſtar en el cuento de nueſtros ſuceſſos, pues llama à Tereſa Panza mi muger Mari-Gutierrez; torne à tomar el Libro, ſeñor, y mire ſi ando yo por aí, y ſi me ha mudado el nombre. Por lo que he ohído hablar, amigo, dixo Don Geronymo, ſin duda debeis de ſer Sancho Panza, el eſcudero del ſeñor Don Quixote? Sì ſoy, reſpondió Sancho, y me precio de ello. Pues à fee, dixo el Cavallero, que

no

no os trata eſte Author con la limpieza, que en vueſtra perſona ſe mueſtra: os pinta comedor, y ſimple, y no nada gracioſo, y muy otro de el Sancho, que en la primera Parte de la Hiſtoria de vueſtro amo ſe deſcrive. Dios ſe lo perdone, dixo Sancho, dexárame en mi rincón, ſin acordarſe de mi, porque quien las ſabe las tañe, y bien ſe eſtá San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quixote ſe paſſaſſe à ſu eſtancia à cenar con ellos, que bien ſabian, que en aquella Venta no havia coſas pertenecientes para ſu perſona. Don Quixote, que ſiempre fuè comedido, condeſcendió con ſu demanda, y cenó con ellos; quedóſe Sancho con la olla con mero mixto imperio: ſentóſe en cabecera de meſa, y con èl el Ventero, que no menos que Sancho eſtaba de ſus manos, y de ſus uñas aficionado. En el diſcurſo de la cena preguntó Don Juan à Don Quixote, què nuevas tenia de la ſeñora Dulcinèa del Toboſo, ſi ſe havia caſado, ſi eſtaba parida, ò preñada, ò ſi eſtando en ſu entereza ſe acordaba (guardando ſu honeſtidad, y buen decoro) de los amoroſos penſamientos de el ſeñor Don Quixote? A lo que reſpondió: Dulcinèa ſe eſtá entera, y mis penſamientos mas firmes que nunca; las correſpondencias en ſu ſequedad antigua; ſu hermoſura en la de una foèz Labradora transformada; y luego les fuè contando punto por punto el encanto de la ſeñora Dulcinèa, y lo que le ha-

via ſucedido en la Cueba de Monteſinos, co
la orden que el ſabio Merlin le havia dado pa
ra deſencantarla, que fuè la de los azotes d
Sancho. Sumo fuè el contento que los dos Ca
valleros recibieron de ohir contar à Don Qui
xote los eſtraños ſuceſſos de ſu Hiſtoria; y aſſ
quedaron admirados de ſus diſparates, com
del elegante modo con que los contaba; aqu
le tenian por diſcreto, y alli ſe les deslizab
por mentecato, ſin ſaber determinarſe què gra
do le darian entre la diſcrecion, y la locura
Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho
equis al Ventero, ſe paſſó à la eſtancia de ſu
amo; y en entrando dixo: Que me maten, ſe-
ñores, ſi el Author de eſte libro que vueſtras
mercedes tienen, quiere que no comamos bue-
nas migas juntos; yo querria, que ya que me
llama comilón como vueſtras mercedes dicen,
no me llamaſſe tambien borracho. Si llama, di-
xo Don Geronymo, pero no me acuerdo en
que manera, aunque sè, que ſon mal ſonantes
las razones, y además mentiroſas, ſegun yo
hecho de vèr en la fiſonomía del buen Sancho,
que eſtá preſente. Creanme vueſtras mercedes,
dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixo-
te de eſſa Hiſtoria, deben de ſer otros, que los
que andan en aquella, que compuſo Cide Ha-
mete Benengeli, que ſomos noſotros; mi amo
valiente, diſcreto, y enamorado; y yo ſimple,
gracioſo, y no comedor, ni borracho. Yo aſſi

o creo, dixo Don Juan; y si fuera possible, se
navia de mandar, que ninguno fuera ossado à
ratar de las cosas del gran Don Quixote, sino
ueffe Cide Hamete su primer Author: bien
ssi como mandó Alexandro, que ninguno fues-
e ossado à retratarle, sino Apeles. Retrateme el
que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me
naltrate, que muchas veces suele caerse la pa-
ciencia, quando la cargan de injurias. Ningu-
na, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor
Don Quixote, de quien el no se pueda vengar,
si no la repara en el escudo de su paciencia,
que à mi parecer es fuerte, y grande. En estas,
y otras platicas se passó gran parte de la no-
che; y aunque Don Juan, quisiera, que
Don Quixote leyera mas del libro, por vèr lo
que discantaba, no lo pudieron acabar con él,
diciendo, que èl lo daba por leído, y lo con-
firmaba por todo necio; y que no queria, si
acaso llegasse à la noticia de su Author, que le
havia tenido en sus manos, se alegrasse con
pensar que le havia leído, pues de las cosas
obscenas, y torpes, los pensamientos se han de
apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle,
què donde llevaba determinado su viage? Res-
pondió, que à Zaragoza à hallarse en las Justas
del Arnès, que en aquella Ciudad suelen ha-
cerse todos los años. Dixole Don Juan, que
aquella nueva Historia contaba, como Don
Quixote, sea quien se quisiere, se havia halla-

do

do en ella en una Sortija: falta de invencion, po
bre de letras, pobrissima de librèas, aunque r
ca de simplicidades. Por el mismo caso, rel
pondió Don Quixote, no pondré los pies e
Zaragoza; y assi sacaré à la plaza del mund
la mentira de esse Historiador moderno, y echa
rán de vèr las gentes, como yo no soy el Do
Quixote que èl dice. Hará muy bien, dixo Do
Geronymo; y otras Justas hay en Barcelona
donde podrá el señor Don Quixote mostrar s
valor. Assi lo pienso hacer, dixo Don Quixote
y vuestras mercedes me dèn licencia (pues y
es hora) para irme al lecho, y me tengan, y
pongan en el numero de sus mayores amigos, y
servidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, qui-
zá seré bueno para algo. Con esto se despidie-
ron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à
su aposento, dexando à Don Juan, y à Don
Geronymo admirados de vèr la mezcla que
havia hecho de su discrecion, y de su locura;
y verdaderamente creyeron, que estos eran los
verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los
que descrivia su Author Aragonès. Madrugó
Don Quixote, y dando golpes al tabique del
otro aposento, se despidió de sus huespedes:
pagó Sancho al Ventero magnificamente, y
aconsejóle, que no alabasse mas la provi-
sion de su Venta, ò la tuviesse
mas proveída.

CAPI-

CAPITULO LX.

De lo que ſucedió à Don Quixote yendo à Barcelona.

ERa freſca la mañana, y daba mueſtras de ſerlo aſſimiſmo el dia en que Don Quixote ſalió de la Venta, informandoſe primero qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, ſin tocar en Zaragoza: tal era el deſeo que tenia de facar mentiroſo à aquel nuevo hiſtoriador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en mas de ſeis dias no ſucedió coſa digna de ponerſe en eſcritura;

al

al cabo de los quales, yendo fuera de camin
le tomó la noche entre unas eſpeſas encinas,
alcornoques (que en eſto no guarda la puntua
lidad Cide Hamete, que en otras coſas ſuele.
Apearonſe de ſus beſtias amo, y mozo, y aco
modandoſe à los troncos de los arboles, San
cho, que havia merendado aquel dia, ſe dex
entrar de rondón por las puertas del ſueño; pe
ro Don Quixote, à quien deſvelaban ſus ima
ginaciones mucho mas que la hambre, no po
dia pegar ſus ojos, antes iba, y venía con e
penſamiento por mil generos de lugares: ya l
parecia hallarſe en la Cueba de Monteſinos; y
vèr brincar, y ſubir ſobre ſu pollina à la con
vertida en Labradora Dulcinèa; ya, que le ſo
naban en los ohidos las palabras del ſabio Mer
lin, que le referian las condiciones, y diligen
cias, que ſe havian de hacer, y tener en el de
ſencanto de Dulcinèa: deſeſperabaſe de vèr l
floxedad, y caridad poca de Sancho ſu eſcude
ro, pues à lo que creía, ſolo cinco azoteş ſ
havia dado: numero deſigual, y pequeño par
los infinitos que le faltaban; y de eſto recibi
tanta peſadumbre, y enojo, que hizo eſte diſ
curſo: Si nudo Gordiano cortó el Magno Ale
xandro, diciendo: Tanto monta cortar, com
deſatar, y no por eſſo dexó de ſer univerſal Se
ñor de toda la Aſia, ni mas, ni menos podri
ſuceder ahora en el deſencanto de Dulcinèa,
yo azotaſſe à Sancho à peſar ſuyo: que ſi l

con-

ondicion de eſte remedio eſtá en que Sancho
eciba los tres mil, y tantos azotes, què ſe me
á à mi que ſe los dè èl, ò que ſe los dè otro,
ues la ſubſtancia eſtá en que èl los reciba. lle-
uen por do llegaren: con eſta imaginacion ſe
egó á Sancho, haviendo primero tomado las
endas de Rocinante, y acomodandolas en mo-
o que pudieſſe azotarle con ellas, comenzóle
quitar las cintas (que es opinion, que no te-
ia mas que la delantera, en que ſe ſuſtentaban
os gregueſcos) pero apenas huvo llegado,
uando Sancho deſpertó en todo ſu acuerdo, y
ixo: Què es eſto? quien me toca, y deſencin-
a? Yo ſoy, reſpondió Don Quixote, que ven-
o à ſuplir tus faltas, y à remediar mis traba-
os; vengote à azotar, Sancho, y à deſcargar
n parte la deuda à que te obligaſte. Dulcinèa
erece, tu vives en deſcuydo, yo muero de-
eando, y aſſi deſatacate por tu voluntad, que
a mia es de darte en eſta ſoledad, por lo me-
os, dos mil azotes. Eſſo no, dixo Sancho,
ueſtra merced ſe eſté quedo; ſino por Dios
erdadero, que nos han de ohir los ſordos: los
zotes à que yo me obligué, han de ſer volun-
arios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana
e azotarme, baſta que doy à vueſtra merced
i palabra de vapularme, y moſquearme quan-
o en voluntad me viniere. No hay dexarlo à
cortesía, Sancho, dixo Don Quixote, por-
ue eres duro de corazon, y aunque villano,

blan-

blando de carnes; y assi procuraba, y pugnal
por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panz
se puso en piè, y arremetiendo à su amo,
abrazó con èl à brazo partido, y echando
una zancadilla, dió con èl en el suelo boca a
riba: pusole la rodilla derecha sobre el pech
y con las manos le tenia las suyas de mod
que ni le dexaba rodear, ni alentar. Don Qu
xote le decia: Cómo, traydor, con tu amo,
señor natural te desmandas? Con quien te d
su pan te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Re
respondió Sancho, sino ayudome à mi, qu
soy mi señor: vuestra merced me prometa, qu
se estará quedo, y no tratará de azotarme po
ahora, que yo le dexaré libre, y desembarazado
donde no, aqui morirás, traydor enemigo d
Doña Sancha. Prometiósselo Don Quixote,
juró por vida de sus pensamientos, no tocar
en el pelo de la ropa, y que dexaría à su vo
luntad, y alvedrío el azotarse quando quisiess
Levantóse Sancho, y desvióse de aquel luga
un buen espacio, y yendo à arrimarse à otr
arbol, sintió que le tocaban en la cabeza;
alzando las manos, topó con dos pies de pers
na con zapatos, y calzas: temblò de miedo
acudió à otro arbol, y sucedióle lo mismo: di
voces llamando à Don Quixote, que le favo
recieffe. Hizolo assi Don Quixote, y pregun
tandole, què le havia sucedido, y de què teni
miedo? Le respondió Sancho, que todos aque

llos

os arboles eſtaban llenos de pies, y de pier-
as humanas. Tentólos Don Quixote, y cayó
ego en la cuenta de lo que podia ſer; y di-
ole à Sancho: No tienes de que tener miedo,
orque eſtos pies, y piernas que tientas, y no
s, ſin duda ſon de algunos foragidos, y van-
oleros, que en eſtos arboles eſtán ahorcados,
e por aqui los ſuele ahorcar la Juſticia, quan-
los coge, de veinte en veinte, y de treinta
treinta, por donde me doy à entender, que
bo de eſtar cerca de Barcelona: y aſſi era la
rdad, como èl lo havia imaginado. Al pa-
cer alzaron los ojos, y vieron los racimos
aquellos arboles, que eran cuerpos de Van-
oleros. Ya en eſto amanecia; y ſi los muertos
s havian eſpantado, no menos los atribula-
n mas de quarenta Vandoleros vivos, que de
proviſo los rodearon, diciendoles en lengua
thalana, que eſtuvieſſen quedos, y ſe detu-
eſſen haſta que llegaſſe ſu Capitán. Hallóſe
on Quixote à piè, ſu cavallo ſin freno, ſu lan-
arrimada à un arbol, y finalmente ſin defen-
alguna; y aſſi tuvo por bien de cruzar las
anos, è inclinar la cabeza, guardandoſe para
ejor ſazon, y coyuntura. Acudieron los Van-
oleros à eſpulgar al rucio, y à no dexarle nin-
na coſa de quantas en las alforjas, y la ma-
a traía; y avinole bien à Sancho, que en una
ntiera, que tenia ceñida, venían los eſcudos
l Duque, y los que havian ſacado de ſu tierra:

y

y con todo esso aquella buena gente le escard
ra, y le mirára hasta lo que entre el cuero,
la carne tuviera escondido, si no llegára en aqu
lla sazon su Capitán, el qual mostró ser has
de edad de treinta y quatro años, robusto, m
que de mediana proporcion, de mirar grav
y color moreno: venía en un poderoso caval
vestida la acerada cota, y con quatro pistol
tes (que en aquella tierra se llaman pedreñale
à los dos lados; vió que sus escuderos (que a
llaman à los que andan en aquel exercicio
iban à despojar à Sancho Panza: mandòles, q
no lo hiciessen, y fuè luego obedecido; y a
se escapó la ventiera. Admiróle vèr lanza arr
mada al arbol, escudo en el suelo, y à D
Quixote armado, y pensativo, con la mas tri
te, y melancolica figura, que pudiera form
la misma tristeza. Llegóse à èl, diciendole: N
èsteis tan triste buen hombre, porque no ha
veis caído en las manos de algun cruel Ofiri
sino en las de Roque Guiñart, que tienen m
de compassivas, que de rigurosas. No es n
tristeza, respondió Don Quixote, haver caí
en tu poder, ò valeroso Roque, cuya fama n
hay limites en la tierra, que la encierran, sin
por haver sido tal mi descuydo, que me hay
cogido tus Soldados sin el freno, estando y
obligado, segun el Orden de la Andante C
valleria, que professo, à vivir continuo alert
siendo à todas horas centinela de mi mism
por-

orque te hago saber, (ò gran Roque) que si
ie hallάran sobre mi cavallo con mi lanza, y
on mi escudo, no les fuera muy facil rendir-
e, porque yo soy Don Quixote de la Mancha,
uel que de sus hazañas tiene lleno todo el
rbe. Luego Roque Guiñart conoció, que la
nfermedad de Don Quixote tocaba mas en lo-
ra, que en valentía; y aunque algunas veces
havia ohido nombrar, nunca tuvo por ver-
ad sus hechos, ni se pudo persuadir à que se-
ejante humor reynasse en corazon de hombre,
holgóse en estremo de haverle encontrado,
ara tocar de cerca lo que de lexos de èl havia
nido; y assi le dixo: Valeroso Cavallero, no
despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta
que os hallais, que podia ser, que en estos
opiezos vuestra torcida suerte se enderezasse,
ue el Cielo por estraños, y nunca vistos ro-
èos (de los hombres no imaginados) suele le-
ntar los caídos, y enriquecer los pobres. Ya le
a à dár las gracias Don Quixote, quando sin-
eron à sus espaldas un ruído como de tropèl de
vallos, y no era sino uno solo, sobre el qual
enía à toda furia un mancebo, al parecer hasta
veinte años, vestido de damasco verde, con
affamanos de oro, greguescos, y saltambarca,
on sombrero terciado à la valona, botas ence-
das, y justas, espuelas, daga, y espada do-
das, una escopeta pequeña en las manos, y
os pistolas à los lados; al ruido bolvió Roque

la

la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual e
llegando à èl, dixo: En tu busca venía, ò val
roso Roque, para hallar en tì, si no remedio,
lo menos alivio en mi desdicha; y por no te
nerte suspenso, porque sè, que no me has con
cido, quiero decirte quien soy: Yo soy Clau
dia Geronyma; hija de Simón Forte, tu sing
lar amigo, y enemigo particular de Clauqu
Torrellas, que assimismo lo es tuyo, por ser un
de los de tu contrario vando, y ya sabes, qu
este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicen
Torrellas se llama, ò alomenos se llamaba no h
dos horas. Este, pues, por abreviar el cuen
de mi desventura, te dirè en breves palabras l
que me ha causado. Vióme, requebróme, e
cuchèle, enamorème à hurto de mi padre, po
que no hay muger, por retirada que esté, y re
catada que sea, à quien no le sobre tiempo pa
poner en execucion, y efecto sus atropellad
deseos. Finalmente, èl me prometió de ser m
esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, s
que en obras passassemos adelante. Supe aye
que olvidado de lo que me debia, se casaba co
otra, y que esta mañana iba à desposarse: nu
va, que me turbó el sentido, y acabó la pacie
cia; y por no estár mi padre en el Lugar, le tu
ve yo de ponerme en el trage que vès; y apr
surando el passo à este cavallo, alcancé à Do
Vicente obra de una legua de aqui, y sin pone
me à dár quexas, ni à ohir disculpas, le disp
rè

è esta escopeta, y por añadidura estas dos pis-
olas, y à lo que creo le debí de encerrar mas
e dos balas en el cuerpo., abriendole puertas
or donde, embuelta en su sangre, salieſſe mi
onra; alli lo dexo entre sus criados, que no
ſſaron, ni pudieron ponerse en su defensa; ven-
o à buscarte para que me passes à Francia, don-
e tengo parientes con quien viva; y assimismo
rogarte defiendas à mi padre, porque los mu-
hos de Don Vicente no se atrevan à tomar en
desaforada venganza. Roque, admirado de
gallardìa, bizarría, buen talle, y suceſſo de
hermosa Claudia, la dixo: Vèn, señora, y
amos à vèr si es muerto tu enemigo, que des-
nes verèmos lo que mas te importare. Don
uíxote, que estaba escuchando atentamente
que Claudia havia dicho, y lo que Roque Gui-
art respondió, dixo: No tiene nadie para que
omar trabajo en defender à esta señora, que lo
omo yo à mi cargo; denme mi cavallo, y mis
mas, y esperenme aqui, que yo iré à buscar
eſſe Cavallero, y muerto, ò vivo le harè cum-
ir la palabra prometida à tanta belleza. Na-
e dude esto, dixo Sancho, porque mi señor
ene muy buena mano para casamentero, pues
há muchos dias, que hizo casar à otro, que
mbien negaba à otra doncella su palabra; y
no fuera porque los encantadores, que le per-
guen, le mudaron su verdadera figura en la de
Lacayo, esta fuera la hora, que ya la tal don-

cella no lo fuera. Roque, que atendia mas
penfar en el fuceffo de la hermofa Claudia, q
en las razones de amo, y mozo, no las ente
dió, y mandando à fus efcuderos, que bolvi
fen à Sancho todo quanto le havian quitado
rucio, mandandoles affimifmo, que fe retira
fen à la parte donde aquella noche havian eft
do alojados, luego fe partiò con Claudia à to
prieffa à buícar à el herido, ó muerto Don V
cente. Llegaron al lugar donde le encont
Claudia, y no hallaron en èl fino recien derra
mada fangre; pero tendiendo la viſta por tod
partes, deſcubrieron por un recueſto arriba a
guna gente, y dieronſe á entender (como e
la verdad) que debía de ſer Don Vicente,
quien ſus criados, ò muerto, ó vivo llevaba
ó para curarle, ó para enterrarle; dieronſe prie
ſa à alcanzarlos, que como iban deſpacio, c
facilidad lo hicieron. Hallaron á Don Vicen
en los brazos de ſus criados, à quien con ca
ſada, y debilitada voz rogaba, que le dexaſſe
alli morir, porque el dolor de las heridas n
conſentia, que mas adelante paſſaſſe. Arroja
ronſe de los cavallos Claudia, y Roque; llega
ronſe à èl, temieron los criados la preſencia
Roque, y Claudia ſe turbó en vèr la de D
Vicente; y aſſi, entre enternecida, y riguro
ſe llegó à èl, y aſiendole de las manos, le d
xo: Si tu me dieras eſtas conforme à nueſt
concierto, nunca tu te vieras en eſte paſſo. Abr
los

os casi cerrados ojos el herido Cavallero, y co-
ociendo à Claudia, la dixo: Bien veo, her-
nosa, y engañada señora, que tu has sido la
ue me has muerto: pena no merecida, ni de-
ida à mis deseos, con los quales ni con mis
bras no quise, ni supe ofenderte. Luego, no es
erdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à
esposarte con Leonora, la hija del rico Balbas-
o? No por cierto, respondiò Don Vicente, mi
ala fortuna te debió de llevar essas nuevas,
ara que zelosa me quitasses la vida, la qual,
ues la dexo en tus manos, y en tus brazos,
engo mi suerte por venturosa; y para assegu-
rte de esta verdad, aprieta la mano, y reci-
eme por esposo, si quisieres, que no tengo otra
ayor satisfaccion que darte de el agravio, que
ienssas que de mi has recibido. Apretóle la ma-
o Claudia, y apretósele à ella el corazon, de
anera, que sobre la sangre, y pecho de Don
icente se quedò desmayada, y à èl le tomò un
ortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no
bia que hacerse: acudieron los criados à bus-
r agua, que echarles en los rostros, y traxe-
nla, con que se los bañaron. Bolvió de su des-
ayo Claudia, pero no de su parasismo Don
icente, porque se le acabò la vida. Visto lo
al de Claudia, haviendose enterado, que ya
dulce esposo no vivia, rompiò los ayres con
spiros, hirió los Cielos con quexas, maltratò
s cabellos, entregandolos al viento: afeó su

roſtro con ſus proprias manos, con todas la
mueſtras de dolor, y ſentimiento, que de un la
timado pecho pudieran imaginarſe. O cruel,
inconſiderada muger, (decia) con què facilida
te moviſte à poner en execucion tan mal pen
ſamiento! O fuerza rabioſa de los zelos, à qu
deſeſperado fin conducis à quien os dá acogid
en ſu pecho! O eſpoſo mio, cuya deſdichad
fuerte, por ſer prenda mia, te ha llevado de
talamo à la ſepultura! Tales, y tan triſtes era
las quexas de Claudia, que ſacaron las lagri
mas de los ojos de Roque, no acoſtumbrado
à verterlas en ninguna ocaſion. Lloraban lo
criados, deſmayabaſe à cada paſſo Claudia,
todo aquel circuito parecia campo de triſteza
y lugar de deſgracia. Finalmente, Roque Gui
ñart ordenó à los criados de Don Vicente, qu
llevaſſen ſu cuerpo al Lugar de ſu padre, qu
eſtaba alli cerca, para que le dieſſen ſepultura
Claudia dixo à Roque, que queria irſe à un Mo
naſterio, donde era Abadeſa una tia ſuya, e
el qual penſaba acabar la vida, de otro mejo
Eſpoſo, y mas eterno acompañada. Alabòl
Roque ſu buen propoſito, ofrecióſele de acom
pañarla haſta donde quiſieſſe, y de defender à ſ
padre de los parientes, y de todo el mundo,
ofenderle quiſieſſe. No quiſo ſu compañia Clau
dia en ninguna manera; y agradeciendo ſu
ofrecimientos con las mejores razones que ſupo
ſe deſpidió de èl llorando. Los criados de Do

Vi-

Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolvió á os suyos. Y este fin tuvieron los amores de Clau- lia Geronyma; pero què mucho, si texieron a trama de su lamentable historia las fuerzas nvencibles, y rigurosas de los zelos! Halló Roque Guiñart à sus escuderos en la parte don- le les havia ordenado, y à Don Quixote entre llos sobre Rocinante, haciendoles una platica, n que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, assi para el alma, como pa- a el cuerpo; pero como los mas eran Gasco- es, gente rustica, y desvaratada, no les entra- a bien la platica de Don Quixote. Llegado ue fué Roque, preguntó à Sancho Panza, si le avian buelto, y restituído las alhajas, y pre- eas que los suyos del rucio le havian quitado? ancho respondió que si, sino que le faltaban res tocadores que valian tres Ciudades. Què es o que dices, hombre, dixo uno de los presen- es, que yo los tengo, y no valen tres reales? Assi es, dixo Don Quixote; pero estimalos mi scudero en lo que ha dicho, por havermelos ado quien me los diò. Mandófelos bolver al unto Roque Guiñart; y mandando poner los yos en ala, mandó traer alli delante de todos os vestidos, joyas, dineros, y todo aquello, ue desde la ultima reparticion havian robado; haciendo brevemente el tantèo, bolviendo o no repartible, y reduciendolo à dineros, lo epartió por toda su compañia, con tanta le-

galidad, y prudencia, que no passò un punt
ni defraudò nada de la justicia distributiva. H
cho esto, con lo qual todos quedaron conte
tos, satisfechos, y pagados, dixo Roque
Don Quixote: Si no se guardasse esta puntual
dad con estos, no se podria vivir con ellos.
lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he vi
to, es tan buena la justicia, que es necessari
que se use aun entre los mismos ladrones. Oy
lo un escudero, y arbolando el moche de u
arcabuz, con el qual sin duda le abriera la c
beza à Sancho, si Roque Guiñart no le dier
voces, que se detuviesse. Pasmóse Sancho,
propuso de no descoser los labios en tanto qu
entre aquella gente estuviesse. Llegó en est
uno, ó algunos de aquellos escuderos, que es
taban puestos por centinelas por los camino
para vèr la gente que por ellos venía, y da
aviso á su Mayor de lo que passaba; y este di
xo: Señor, no lexos de aqui por el camino qu
và à Barcelona, viene un gran tropèl de gent
A lo que respondió Roque: Has echado de vèr
son de los que nos buscan, ú de los que nosotro
buscamos? No sino de los que nosotros busca
mos, respondiò el escudero. Pues salid todo
replicó Roque, y traedmelos aqui luego, si
que se os escape ninguno. Hicieronlo assi,
quedando solos Don Quixote, Sancho, y Roqu
aguardaron à vèr lo que los escuderos traían;
en este entretanto dixo Roque à Don Quixot

Nue-

lueva manera de vida le debe de parecer al
ñor Don Quixote la nueſtra, nuevas aventu-
as, nuevos ſuceſſos, y todos peligroſos: y no
ie maravillo que aſſi le parezca, porque real-
ente le confieſſo, que no hay modo de vivir
as inquieto, ni mas ſobreſaltado, que el nueſ-
o; à mi me han pueſto en él no sè què deſeos
e venganza, que tienen fuerza de turbar los
as ſoſſegados corazones: yo de mi natural
oy compaſſivo, y bien intencionado; pero
como tengo dicho) el querer vengarme de un
gravio, que ſe me hizo, aſſi dá con todas
is buenas inclinaciones en tierra, que perſe-
ero en eſte eſtado, à deſpecho, y peſar de lo
ue entiendo; y como un abiſmo llama à otro,
un pecado á otro pecado, hanſe eslabonado
is venganzas, de manera, que no ſolo las mias
ero las agenas tomo à mi cargo; pero Dios es
ervido de que aunque me veo en la mitad del
berinto de mis confuſiones, no pierdo la eſ-
eranza de ſalir de él à puerto ſeguro. Admi-
ado quedó Don Quixote de ohir hablar à Ro-
ue tan buenas, y concertadas razones; por-
ue èl ſe penſaba, que entre los de oficios ſe-
ejantes de robar, matar, y ſaltear, no podia
aver alguno, que tuvieſſe buen diſcurſo. Y
eſpondióle: Señor Roque, el principio de la
alud eſtá en conocer la enfermedad, y en que-
er tomar el enfermo las medicinas que el Me-
ico le ordena; vueſtra merced eſtá enfermo,

co-

conoce ſu dolencia, y el Cielo, ó Dios (pq
mejor decir) que es nueſtro Medico, le aplicoi
rá medicinas, que le ſanen, las queles fuel
ſanar poco à poco, y no de repente, y por m
lagro; y mas que los pecadores diſcretos eſtá
mas cerca de enmendarſe, que los ſimples;
pues vueſtra merced ha moſtrado en ſus razon
ſu prudencia, no hay ſino tener buen animo,
eſperar mejoría de la enfermedad de ſu concie
cia: y ſi vueſtra merced quiere ahorrar camin
y ponerſe con facilidad en el de ſu ſalvacio
vengaſe conmigo, que yo le enſeñarè à ſer Ca
vellero Andante, donde ſe paſſan tantos trab
jos, y deſventuras, que tomandolas por pen
tencia, en dos paletas le pondrán en el Cie
Rióſe Roque del conſejo de Don Quixote,
quien (mudando platica) contò el traxico ſu
ceſſo de Claudia Geronyma, de que le pesó e
eſtremo à Sancho, que no le havia parecido ma
la belleza, deſemboltura, y brio de la moz
Llegaron en eſto los eſcuderos de la preſa, tra
yendo conſigo dos Cavalleros à cavallo, y do
Peregrinos à pié, y un coche de mugeres, co
haſta ſeis criados, que à piè, y à cavallo la
acompañaban, con otros dos mozos de mulas
que los Cavalleros traían. Cogieronlos los eſcu
deros en medio, guardando, vencidos, y ven
cedores, gran ſilencio, eſperando à que el gra
Roque Guiñart hablaſſe; el qual preguntó à lo
Cavalleros, qué quien eran, y donde iban, y

qué

uè dinero llevaban? Uno de ellos le reſpon-
iò: Señor, noſotros ſomos dos Capitanes de
ıfanteria Eſpañola: tenemos nueſtras Compa-
ias en Napoles, y vamos à embarcarnos en
uatro Galeras, que dicen eſtán en Barcelona,
on orden de paſſar à Sicilia: llevamos haſta doſ-
ientos, ó treſcientos eſcudos, con que à nueſ-
ro parecer, vamos ricos, y contentos, pues
ıeſtrecheza ordinaria de los Soldados no per-
ıite mayores teſoros. Preguntó Roque à los
eregrinos lo miſmo que à los Capitanes. Fuele
eſpondido, que iban à embarcarſe para paſſar à
oma, y que entre entrambos podian llevar haſ-
a ſeſenta reales: quiſo ſaber tambien quien iba
n el coche, y adonde, y el dinero que lleva-
an. Y uno de los de à cavallo dixo: Mi ſeño-
a Doña Guiomár de Quiñones, muger del Re-
ente de la Vicaría de Napoles, con una hija
equeña, una doncella, y una dueña, ſon las
ue ván en el coche; acompañamosla ſeis cria-
os, y los dineros ſon ſeiſcientos eſcudos. De
ıodo, dixo Roque Guiñart, que ya tenemos
qui novecientos eſcudos, y ſeſenta reales: mis
oldados deben de ſer haſta ſeſenta, mireſe à
omo le cabe à cada uno, porque yo ſoy mal
ontador. Oyendo decir eſto los ſalteadores, le-
antaron la voz, diciendo: Viva Roque Guiñart
uchos años, à peſar de los lladres, que ſu per-
icion procuran. Moſtraron afligirſe los Capita-
es, entriſteciòſe la ſeñora Regenta, y no ſe

hol-

holgaron nada los Peregrinos, viendo la confu
cacion de sus bienes. Tuvolos assi un rato sus
pensos Roque; pero no quiso que passasse ado
lante su tristeza, que ya se podia conocer á tir
de arcabúz; y bolviendose à los Capitanes, d
xo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, p
cortesía sean servidos de prestarme sesenta e
cudos, y la señora Regenta ochenta, para co
tentar esta Esquadra que me acompaña: porqu
el Abad de lo que canta yanta, y luego puede
se ir su camino libre, y desembarazadamente
con un salvo conducto, que yo les daré, par
que si toparen otras de algunas Esquadras mia
que tengo divididas por estos contornos, no l
hagan daño, que no es mi intencion de agra
viar à Soldado, ni à muger alguna, especia
mente à las que son principales. Infinitas, y bie
dichas fueron las razones con que los Capita
nes agradecieron à Roque su cortesía, y libe
ralidad, que por tal la tuvieron en dexarles
mismo dinero. La señora Doña Guiomár d
Quiñones se quiso arrojar del coche para besa
los pies, y las manos del gran Roque; pero
no lo consintiò en ninguna manera; antes le pi
dió perdon del agravio,, que le havia forzad
de cumplir con las obligaciones precisas de
mal oficio. Mandó la Regenta à un criado suy
diesse luego los ochenta escudos que le havia
repartido; y ya los Capitanes havian desembol
sado los sesenta. Iban los Peregrinos à dár tod

su

miſeria, pero Roque dixo, que ſe eſtuvieſſen
uedos: y bolviendoſe à los ſuyos, les dixo: De
los eſcudos dos tocan à cada uno, y ſobran
einte, los diez ſe dèn à eſtos Peregrinos; y los
tros diez à eſte buen eſcudero, porque pueda
ecir bien de eſta aventura; y trayendole ade-
:zo de eſcrivir, de que ſiempre andaba proveí-
o, Roque les dió por eſcrito un ſalvo conduc-
o para los mayorales de ſus Eſquadras; y def-
idiendoſe de ellos, los dexó ir libres, y ad-
irados de ſu nobleza, de ſu gallarda diſpoſi-
ion, y eſtraño proceder, teniendole mas por
n Alexandro Magno, que por ladrón conocido.
no de los eſcuderos dixo en ſu langua Gaſcona,
Cathalana: Eſte nueſtro Capitan, mas es pa-
a Frade, que para Vandolero: Si de aqui ade-
nte quiſiere moſtrarſe liberal, ſealo con ſu ha-
ienda, y no con la nueſtra. No lo dixo tan paſ-
o el deſventurado, que dexaſſe de ohirlo Ro-
ue, el qual, echando mano à la eſpada, le abrió
a cabeza caſi en dos partes, diciendole: de
ſta manera caſtigo yo à los deslenguados, y
trevidos. Paſmaronſe todos, y ninguno le oſsó
ecir palabra: tanta era la obediencia que le
enian. Apartóſe Roque à una parte, y eſcri-
ió una carta à un ſu amigo à Barcelona, dan-
ole aviſo como eſtaba conſigo el famoſo Don
Quixote de la Mancha, aquel Cavallero An-
lante, de quien tantas coſas ſe decian; y que
e hacia ſaber, que era el mas gracioſo, y el mas

en-

entendido hombre de el mundo; y que de all
quatro dias, que era el de San Juan Bauti
se le pondria en mitad de la playa de la Ciud
armado de todas sus armas, sobre Rocina
su cavallo, y à su escudero Sancho sobre
asno, y que diesse noticia de esto à sus amig
los Niarros, para que con él se solazassen, q
èl quisiera, que carecieran de este gusto los C
dellos sus contrarios; pero que esto era impo
sible, à causa que las locuras, y discrecion
de Don Quixote, y los donayres de su esc
dero Sancho Panza, no podian dexar de d
gusto general à todo el mundo. Despachó est
cartas con uno de sus escuderos, que mudand
el trage de Vandolero en el de un Labrado
entró en Barcelona, y la dió à quien iba.

CAPITULO LXI.

De lo que sucediò à Don Quixote en la entrad de Barcelona, con otras, que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.

TRes dias, y tres noches estuvo Don Quixo
te con Roque, y si estuviera trescient
años, no le faltára que mirar, y admirar en e
modo de su vida; aqui amanecian, acullá co
mian; unas veces huían sin saber de quien, y
otras esperaban sin saber à quien. Dormian en

piè.

è, interrumpiendo el ſueño, mudandoſe de
lugar à otro. Todo era poner eſpías, eſcu-
ıar centinelas, ſoplar las cuerdas de los arca-
ıces, aunque traían pocos, porque todos ſe
rvian de pedreñales. Roque paſſabà las noches
artado de los ſuyos, en partes, y lugares don-
e ellos no pudieſſen ſaber donde eſtaba; por-
ıe los muchos Vandos, que el Viſorrey de
arcelona havia echado ſobre ſu vida, le traían
quieto, y temeroſo, no ſe oſſaba fiar de nin-
ıno, temiendo, que los miſmos ſuyos, ó le
avian de matar, ó entregar à la Juſticia: vi-
a por cierto, miſerable, y enfadoſa. En fin,
or caminos deſuſados, por atajos, y ſendas
ıcubiertas partieron Roque, Don Quixote, y
ıncho, con otros ſeis eſcuderos á Barcelona.
legaron à ſu playa viſpera de San Juan en la
che, y abrazando Roque à Don Quixote, y à
ıncho, à quien dió los diez eſcudos prometi-
os, que haſta entonces no ſe los havia dado,
s dexó, con mil ofrecimientos, que de la una
la otra parte ſe hicieron. Bolvióſe Roque, y
uedóſe Don Quixote eſperando el dia aſſi à ca-
allo como eſtaba; y no tardò mucho quando
omenzó à deſcubrirſe por los balcones de el
riente la faz de la blanca Aurora, alegrando
s yervas, y las flores, en lugar de alegrar el ohi-
o, aunque al miſmo inſtante alegraron tam-
ien el ohido al ſon de muchas chirimias, y
abalillos, ruido de caſcabeles, trapa, tra-

pa,

pa, aparta, aparta, de corredores, que al p
recer de la Ciudad salian. Dió lugar la Auro
al Sol, que un rostro mayor, que el de una r
dela por el mas baxo Orizonte, poco à poc
se iba levantando. Tendieron Don Quixote, e
Sancho la vista por todas partes, vieron el m
hasta entonces de ellos no visto, parecióles
pacioſiſſimo, y largo, harto mas que las Lag
nas de Ruidera, que en la Mancha havian viv
to. Vieron las Galeras, que estaban en la play
las quales abatiendo las Tiendas, se descubri
ron llenas de flamulas, y gallardetes, que tr
molaban al viento, y besaban, y barrian el agu
dentro sonaban Clarines, Trompetas, y Chir
mias, que cerca, y lexos llenaban el ayre
suaves, y belicosos acentos: comenzaron à m
verse, y à hacer modo de escaramuza por l
sossegadas aguas, correspondiendoles casi al mi
mo modo infinitos Cavalleros, que de la Ci
dad sobre hermosos Cavallos, y con vistos
librèas salian. Los Soldados de las Galeras di
paraban infinita Artilleria, à quien respondia
los que estaban en las Murallas, y fuertes
la Ciudad. La Artilleria gruessa, con espanto
estruendo rompia los vientos, à quien respo
dian los Cañones de cruxía de las Galeras. L
mar alegre, la tierra jocunda, el ayre clar
solo tal vez turbio del humo de la Artilleri
parece que iba infundiendo, y engendrand
gusto subito en todas las gentes. No podia im
ginar

nar Sancho Panza, cómo pudieſſen tener tan-
os pies aquellos bultos, que por el mar ſe mo-
lan. En eſto llegaron corriendo con grita, li-
lies, y algazara los de las librèas, adonde Don
uixote de la Mancha ſuſpenſo, y atonito eſta-
a; y uno de ellos, que era el aviſado de Ro-
ue, dixo en alta voz à Don Quixote: Bien ſea
enido à nueſtra Ciudad el eſpejo, el farol, la
trella, y el norte de toda la Cavalleria An-
ante, donde mas largamente ſe contiene. Bien
a venido, digo, el valeroſo Don Quixote de
Mancha; no el falſo, no el ficticio, no el
pocrifo, que en falſas Hiſtorias eſtos dias
os han moſtrado, ſino el verdadero, el legal,
el fiel, que nos deſcrivió Cide Hamete Benen-
eli, flor de los Hiſtoriadores. No reſpondió
on Quixore palabra, ni los Cavalleros eſpe-
ron à que les reſpondieſſe, ſino bolviendoſe, y
bolviendoſe con los demás, que los ſeguian,
omenzaron à hacer un rebuelto caracól al rede-
or de D.Quixote, el qual bolviendoſe à Sancho
xo: Eſtos bien nos han conocido; yo apoſtarè
ue han leído nueſtra Hiſtoria, y aun la de el Ara-
onès, recien impreſſa. Bolvió otra vez el Ca-
allero, que habló à D. Quixote, y dixole: Vueſ-
a merced, ſeñor Don Quixote, ſe venga con
oſotros, que todos ſomos ſus ſervidores, y
randes amigos de Roque Guiñart. A lo que Don
uixote reſpondió: Si cortesías engendran cor-
sías, la vueſtra, ſeñor Cavallero, es hija, ó

pa-

parienta muy cercana de las de el gran Roqup
llevadme do quisieredes, que yo no tendrè otr
voluntad, que la vuestra, y mas si la quere
ocupar en vuestro servicio. Con palabras no m
nos comedidas que estas le respondió el Caval
ro; y encerrandole todos en medio, al son
las Chirimias, y de los Atabales se encaminar
con èl à la Ciudad; al entrar de la qual, el m
lo, que todo lo malo ordena, y los muchach
que son mas malos que el malo, dos de ell
travieſſos, y atrevidos se entraron por toda
gente, y alzando el uno de la cola del Ruci
y el otro la de Rocinante, les pusieron, y en
caxaron sendos manojos de aliagas; sintiero
los pobres animales las nuevas espuelas, y apr
tando las colas, aumentaron su disgusto, de ma
nera, que dando mil corcobos, dieron con s
dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afre
tado, acudió à quitar el plumage de la cola c
su matelote, y Sancho el de su rucio. Quisie
ron, los que guiaban à Don Quixote, castigar
atrevimiento de los muchachos, y no fuè poss
ble, porque se encerraron entre mas de otro
mil que los seguian: Bolvieron à subir Don Qu
xote, y Sancho con el mismo aplauso, y mus
ca: llegaron à la casa de su guia, que era gran
de, y principal: en fin, como de Cavalle-
ro rico; donde le dexarèmos por
ahora, porque assi lo quie-
re Cide Hamete.

CA-

CAPITULO LXII.

De la aventura de la cabeza encantada; con otras niñerias, que no pueden dexar de contarse.

DOn Antonio Moreno se llamaba el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarse à lo honesto, y hable; el qual viendo en su casa à Don Quixote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacasse à plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pa-

ſatiempos que valgan, ſi ſon con daño de ter
cero. Lo primero que hizo fuè, hacer deſarma
à Don Quixote, y ſacarle à viſtas con aquel
eſtrecho, y acamuzado veſtido (como ya otra
veces le hemos deſcrito, y pintado) à un ba
con, que ſalia à una calle de las mas pri
cipales de la Ciudad, à viſta de las gente
y de los muchachos, que como à Mona le m
raban. Corrieron de nuevo delante de èl los
las librèas, como ſi para èl ſolo (no para al
grar aquel feſtivo dia) ſe las huvieran pueſt
y Sancho eſtaba contentiſſimo, por parecerl
que ſe havia hallado, ſin ſaber como, ni com
no, à otras bodas de Camacho, otra caſa co
mo la de D. Diego de Miranda, y otro Caſtil
como el del Duque. Comieron aquel dia co
Don Antonio algunos de ſus amigos, honra
do todos, y tratando à Don Quixote como
Cavallero Andante; de lo qual, hueco, y por
poſo, no cabía en sì de contento. Los donay
res de Sancho fueron tantos, que de ſu boc
andaban como colgados todos los criados
la caſa, y todos quantos le ohian. Eſtando
la meſa, dixo Don Antonio à Sancho: Acá t
nemos noticia, buen Sancho, que ſois tan am
go de manjar blanco, y de albondiguillas, q
ſi os ſobran, las guardais en el ſeno para
otro dia. No ſeñor, no es aſſi, reſpondió Sa
cho, engañado le han à vueſtra merced, po
que tengo mas de limpio, que de goloſo;
mi

ni ſeñor Don Quixote, que eſtá delante, ſabe bien, que con un puño de bellotas, ù de nueces nos ſolemos paſſar entrambos ocho dias; verdad es, que ſi tal vez me ſucede, que me lèn la baquilla, corro con la ſoguilla; quiero decir, que como lo que me dán, y uſo de los tiempos como los hallo: y quien quiera que huviere dicho, que yo ſoy comedor aventajado, y no limpio, tengaſe por dicho, que no cierta, y de otra manera dixera eſto, ſi no mirára à las barbas honradas, que eſtán à la meſa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la perſimonia, y limpieza, con que Sancho come, ſe puede eſcrivir, y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los ſiglos venideros. Verdad es, que quando èl tiene hambre, parece algo tragón, porque come aprieſſa, y maſca à dos carrillos; pero la limpieza ſiempre la tiene en ſu punto: y en el tiempo que fuè Governador aprendió à comer lo melindroſo, tanto, que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Còmo, dixo Don Antonio, Governador ha ſido Sancho? Si, reſpondió Sancho, y de una ínſula llamada la Barataria, diez dias la goverè à pedir de boca; en ellos perdí el ſoſſiego, aprendí à deſpreciar todos los Goviernos del mundo: ſalí huyendo de ella, caí en una Cuéva, donde me tuve por muerto, de la qual ſalí vivo por milagro. Contó Don Quixote por me-

nudo todo el ſuceſſo del Govierno de Sancho
con que dió gran guſto à los oyentes. Levanta
dos los manteles, y tomando Don Antonio po
la mano à Don Quixote, ſe entró con èl en u
apartado apoſentò, en el qual no havia otr
coſa de adorno, que una meſa, al parecer, d
jaſpe, que ſobre un piè de lo miſmo, ſe ſoſte
nía, ſobre la qual eſtaba pueſta, al modo d
las cabezas de los Emperadores Romanos, d
los pechos arriba, una que ſemejaba ſer d
bronce. Paſſeòſe Don Antonio con Don Quixo
te por todo el apoſento, rodeando muchas ve
ce la meſa; deſpues de lo qual, dixo: Ahor
ſeñor Don Quixote, que eſtoy enterado, qu
no nos oye, ni eſcucha alguno, y eſtá cerrad
la puerta, quiero contar à vueſtra merced un
de las mas raras aventuras, ò por mejor deci
novedades, que imaginarſe pueden, con cond
cion, que lo que à vueſtra merced dixere,
ha de depoſitar en los ultimos retretes del ſ
creto. Aſſi lo juro, reſpondió Don Quixote,
aun le echaré una loſa encima para mas ſegu
ridad; pero quiero que ſepa vueſtra merce
ſeñor Don Antonio (que ya ſabia ſu nombre
que eſtá hablando con quien, aunque tie
ohidos para ohir, no tiene lengua para ha
blar; aſſi que con ſeguridad puede vueſtra me
ced trasladar lo que tiene en ſu pecho en
mio, y hacer cuenta, que lo ha arrojado
los abiſmos del ſilencio. En fee de eſſa prome
ſa,

sa, respondió Don Antonio, quiero poner à vuestra merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme à mi algun alivio de la pena, que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quixote, esperando en que havian de parar tantas prevenciones. En esto, tomandole la mano Don Antonio, se la passeó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el piè de jaspe, sobre que se sostenia; y luego dixo: Esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechiceros, que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de Nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propriedad, y virtud de responder à quantas cosas al ohido le preguntáren: guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfeccion que verèmos mañana, porque los Viernes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sè que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud, y propriedad de la cabeza, y estuvo por no creer à Don Antonio; pero por vèr quan

poco

poco tiempo havia para hacer la experiencia
no quiso decirle otra cosa, sino que le agra
decía el haverle descubierto tan gran secret
Salieron del aposento, cerró la puerta Don A
tonio con llave, y fueronse à la sala, dond
los demás Cavalleros estaban. En este tiemp
les havia contado Sancho muchas de las aven
turas, y sucessos, que à su amo havian acon
tecido. Aquella tarde sacaron à passear à Do
Quixote, no armado, sino de rua, vestido u
valandrán de paño leonado, que pudiera hace
sudar en aquel tiempo al mismo yelo: ordenaro
con sus criados, que entretuviessen à Sancho
de modo, que no le dexassen salir de casa
iba Don Quixote, no sobre Rocinante, sino so
bre un gran macho de passo llano, y muy bie
aderezado; pusieronle el valandrán, y en la
espaldas, sin que èl lo viesse, le cosieron u
pergamino, donde le escrivieron con letra
grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*
En comenzando el passeo, llevava el rotulo lo
ojos de quantos venían à verle; y como leían
Esse es Don Quixote de la Mancha, admirabas
Don Quixote de vèr, que quantos le miraban
le nombraban, y conocian; y bolviendose
Don Antonio, que iba à su lado, le dixo
Grande es la prerrogativa, que encierra en s
la Andante Cavalleria, pues hace conocido,
famoso al que la professa por todos los termino
de la tierra; sino mire vuestra merced, seño

Don

Don Antonio, que hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca haverme visto, me conocen. Assi es, señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que assi como el fuego no puede estár escondido, y encerradó, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profession de las armas, resplandece, y campèa sobre todas las otras. Acaeció, pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyó el rotulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: còmo, que hasta aqui has llegado sin haverte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propriedad de bolver locos, y mentecato à quantos te tratan, y comunican; sino, mirenlo por essos señores, que te acompañan. Buelvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate de estas vaciedades, que te carcomen el sesso, y te desnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se halláre; y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, vues-

vueſtra merced tiene razon, reſpondió el Ca
tellano, que aconſejar à eſte buen hombre, e
dár coces contra el aguijón; pero con todo e
ſo me dá gran laſtima, que el buen ingenio
que dicen que tiene en todas las coſas eſt
mentecato, ſe le deſague por la canal de
Andante Cavalleria: y la en hora mala, qu
vueſtra merced dixo, ſea para mi, y para todo
mis deſcendientes, ſi de hoy mas, aunque vi
vieſſe mas años que Matuſalèn, diere conſejo
nadie, aunque me lo pida. Apartóſe el conſejero
y ſiguió adelante el paſſeo; pero fuè tanta l
prieſſa que los muchachos, y toda la gente te
nía leyendo el rotulo, que ſe le huvo de qui
tar Don Antonio, como que le quitaba otra
coſa. Llegó la noche, bolvieronſe à caſa, huv
ſarao de Damas, porque la muger de Don An-
tonio, que era una ſeñora principal, alegre
hermoſa, y diſcreta, combidó à otras ſus ami
gas à que vinieſſen à honrar à ſu hueſped, y à
guſtar de ſus nunca viſtas locuras. Vinieron al-
gunas, cenóſe eſplendidamente, y comenzóſe
el ſarao caſi à las diez de la noche. Entre las
damas havia dos de guſto picaro, y burlonas;
y con ſer muy honeſtas, eran algo deſcom-
pueſtas, por dár lugar, que las burlas alegraſ-
ſen ſin enfado. Eſtas dieron tanta prieſſa en ſa-
car à danzar à Don Quixote, que le molieron,
no ſolo el cuerpo, pero el anima. Era coſa de
vèr la figura de Don Quixote, largo, tendido,

flaco,

laco, amarillo, eſtrecho en el veſtido, deſay-
ado, y ſobre todo, no nada ligero: reque-
rabanle como à hurto las Damiſelas; y èl
ambien como à hurto las deſdeñaba; pero
iendoſe apretar de requiebros, alzó la voz, y
ixo: *Fugite partes adverſæ.* Dexadme en mi
oſſiego, penſamientos mal venidos: allá os
venid, ſeñoras con vueſtros deſeos, que la
ue es Reyna de los mios, la ſin par Dulcinèa
el Toboſo, no conſiente, que ningunos otros,
ue los ſuyos me avaſſallen, y rindan; y di-
iendo eſto, ſe ſentó en mitad de la ſala en el
uelo, molido, y quebrantado de tan bayla-
or exercicio. Hizo Don Antonio que le lle-
aſſen en peſo à ſu lecho, y el primero que
ſió de èl fuè Sancho, diciendo: Nora en tal,
eñor nueſtro amo, lo haveis baylado; pen-
ais, que todos los valientes ſon danzadores; y
odos los Andantes Cavalleros baylarines? Di-
o, que ſi lo penſais, que eſtais engañado:
ombre hay, que ſe atreverá à matar à un Gi-
ante, antes que hacer una cabriola: ſi huvie-
ades de zapatear, yo ſupliera vueſtra falta,
ue zapatèo como un Girifalte; pero en lo del
anzar no doy puntada. Con eſtas, y otras ra-
ones dió que reír Sancho à los del ſarao, y
ió con ſu amo en la cama, arropandole para
ue ſudaſſe la frialdad de ſu bayle. Otro dia le
areció à Don Antonio ſer bien hacer la expe-
iencia de la cabeza encantada, y con Don

Qui-

Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con l
dos señoras que havian molido à Don Quixo
en el bayle, que aquella noche se havian qu
dado con la muger de Don Antonio, se e
cerró en la estancia donde estaba la cabez
contòles la propriedad que tenia, encargól
el secreto, y dixoles, que aquel era el prime
dia adonde se havia de probar la virtud de
tal cabeza encantada, y si no eran los d
amigos de Don Antonio, ninguna otra perso
sabía el busilis del encanto; y aun si Don A
tonio no se lo huviera descubierto primero
sus amigos, tambien ellos creyeron en la a
miracion en que los demás creyeron, sin s
possible otra cosa: con tal traza, y tal ord
estaba fabricada. El primero que se llegó
ohido de la cabeza fuè el mismo Don Antoni
y dixole en voz sumissa, pero no tanto, q
de todos no fuè entendida: Dime, cabeza p
la virtud que en tì se encierra, què pensamie
tos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondi
sin mover los labios, con voz clara, y disti
ta, de modo que fuè de todos entendida, el
razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyen
lo qual todos quedaron atonitos, y mas vie
do, que en todo el aposento, ni al rededor
la mesa no havia persona humana que respo
der pudiesse. Quantos estamos aqui? tornó
preguntar Don Antonio; y fuele respondi
por el proprio tenor passado: Estais tu, y
mu-

nuger con dos amigos tuyos, y dos amigas
e ella, y un Cavallero famoſo, llamado Don
Quixote de la Mancha, y un ſu eſcudero, que
ancho Panza tiene por nombre: aqui ſi que
uè el admirarſe de nuevo; aqui ſi que ſuè
l erizarſe los cabellos à todos de puro eſpan-
o; y apartandoſe Don Antonio de la cabeza,
ixo: Eſto me baſta para darme à entender,
ue no fuí engañado del que te me vendió ca-
eza ſabia, cabeza habladora, cabeza reſpon-
ona, y admirable cabeza. Llegue otro, y
reguntele lo que quiſiere: y como las muge-
es de ordinario ſon preſuroſas, y amigas de
aber, la primera que ſe llegó fuè una de las
os amigas de la muger de Don Antonio; y lo
ue la preguntó fuè: Dime, cabeza, què haré
o para ſer muy hermoſa? Y fuele reſpondido:
è muy honeſta. No te pregunto mas, dixo la
reguntantè. Llegó luego la compañera, y di-
o: Queria ſaber cabeza, ſi mi marido me
uiere bien, ò no? Y reſpondieronla: Mira las
bras que te hace, y echarlo has de vèr. Apar-
óſe la caſada, diciendo: Eſta reſpueſta no te-
ia neceſſidad de pregunta: porque en efecto
as obras que ſe hacen, declaran la voluntad
ue tiene el que las hace. Luego llegó uno de
os dos amigos de Don Antonio, y preguntóle:
Quien ſoy yo? Y fuele reſpondido: Tu lo ſa-
es. No te pregunto eſſo, reſpondió el Cava-
lero, ſino que me digas, ſi me conoces tu? Si

co-

conozco, reſpondiò, que eres Don Pedro N
riz. No quiero ſaber mas, pues eſto baſta pa
entender (ò cabeza!) que lo ſabes todo.
apartandoſe, llegò el otro amigo, y pregun
le: Dime, cabeza, què deſeos tiene mi hijo
Mayorazgo? Ya yo he dicho, le reſpondier
que yo no juzgo de deſeos; pero con todo e
te sè decir, que los que tu hijo tiene ſon
enterrarte. Eſſo es, dixo el Cavallero, lo q
veo por los ojos, con el dedo lo ſeñalo, y
pregunto mas. Llegóſe la muger de Don Ant
nio, y dixo: Yo no sè, cabeza, que pregu
tarte, ſolo querría ſaber de tí, ſi gozaré m
chos años de buen marido? Y reſpondieron
Sí gozarás, porque ſu ſalud, y ſu templanza
el vivir prometen muchos años de vida, la qu
muchos ſuelen acortar por ſu deſtemplanz
Llegóſe luego Don Quixote, y dixo: Dime
el que reſpondes: Fuè verdad, ò fuè ſueño
que yo cuento que me paſsó en la Cueba
Monteſinos? Serán ciertos los azotes de Sanch
mi eſcudero? Tendrá efecto el deſencanto
Dulcinéa? A lo de la Cueba, reſpondiero
hay mucho que decir; de todo tiene: los az
tes de Sancho irán deſpacio, el deſencanto
Dulcinèa llegará à debida execucion. No qui
ro ſaber mas, dixo Don Quixote, que como
vea à Dulcinèa deſencantada, haré cuenta q
vienen de golpe todas las venturas, que ace
taré à deſear. El ultimo preguntante fuè Sa
cho,

ho, y lo que preguntò fuè: Por ventura, ca-
eza, tendré otro Govierno: ſaldrè de la eſtre-
heza de eſcudero: bolveré à vèr mi muger, y
is hijos? A lo que le reſpondieron: Governa-
ás en tu caſa; y ſi buelves à ella, verás à tu
uger, y à tus hijos; y dexando de ſervir, de-
arás de ſer eſcudero. Bueno par Dios, dixo
ancho, eſto yo me lo dixera, no dixera mas
l Profeta Perogrullo. Beſtia, dixo Don Quixo-
e, que quieres que te reſpondan? No baſta,
ue las reſpueſtas que eſta cabeza ha dado,
orreſpondan à lo que ſe le pregunta? Si baſta,
eſpondió Sancho, pero quiſiera yo, que ſe de-
laràra mas, y me dixera mas. Con eſto ſe aca-
aron las preguntas, y reſpueſtas; pero no ſe
cabó la admiracion en que todos quedaron,
xcepto los dos amigos de Don Antonio, que
l caſo ſabian. El qual quiſo Cide Hamete Be-
engeli declarar luego, por no tener ſuſpenſo
l mundo, creyendo, que algun hechicero, y
xtraordinario myſterio en la tal cabeza ſe
ncerraba; y aſſi dice, que Don Antonio Mo-
eno, à imitacion de otra cabeza que vió en
Madrid, fabricada por un Eſtampero, hizo eſ-
e en ſu caſa, para entretenerſe, y ſuſpender à
os ignorantes; y la fabrica era de eſta ſuerte:
a tabla de la meſa era de palo, pintada, y
arnizada como jaſpe; y el piè ſobre que ſe
oſtenía era de lo miſmo, con quatro garras de
Aguila, que de èl ſalian, para mayor firmeza

del

del peſo. La cabeza, que parecia medalla, ... figura de Emperador Romano, y de color ... bronce, eſtaba toda hueca, y ni mas, ni m... nos la tabla de la meſa, en que ſe encaxal... tan juſtamente, que ninguna ſeñal de juntu... ſe parecia: el piè de la tabla era aſſimiſmo hu... co, que reſpondia à la garganta, y pechos ... la cabeza; y todo eſto venía à reſponder à ot... apoſento, que debaxo de la eſtancia de la c... beza eſtaba. Por todo eſte hueco de piè, meſ... garganta, y pechos de la medalla, y figura r... ferida, ſe encaminaba un cañon de hoja de la... muy juſto, que de nadie podia ſer viſto. En ... apoſento de abaxo, correſpondiente al de arr... ba, ſe ponia el que havia de reſponder, pega... la boca con el miſmo cañon; de modo, que ... modo de ſerbatana iba la voz de arriba à bax... y de abaxo arriba, en palabras articulares, ... claras; y de eſta manera no era poſſible cono... cer el embuſte. Un ſobrino de Don Antoni... eſtudiante agudo, y diſcreto, fuè el reſpondie... te: el qual eſtando aviſado de ſu ſeñor tio, ... los que havian de entrar con èl en aquel dia ... el apoſento de la cabeza, le fuè facil reſpond... con preſteza, y puntualidad à la primera pr... gunta; à las demás reſpondió por congeturas, ... como diſcreto, diſcretamente. Y dice mas Cic... Hamete, que haſta diez, ò doce dias duró eſ... maravilloſa maquina; pero que divulgando ... por la Ciudad, que Don Antonio tenía en ...

caſa

aſa una cabeza encantada, que à quantos la reguntaban reſpondía, temiendo no llegaſſe à os ohidos de las deſpiertas Centinelas de nueſra Fè, haviendo declarado el caſo à los ſeñoes Inquiſidores, le mandaron, que la deshicieſe, y no paſſaſſe mas adelante, porque el vulo ignorante no ſe eſcandalizaſſe; pero en la pinion de Don Quixote, y de Sancho Panza, a cabeza quedó por encantada, y por reſpona, mas à ſatisfaccion de Don Quixote, que e Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad, por omplacer à Don Antonio, y por agaſajar à Don Quixote, y dár lugar à que deſcubrieſſe ſus andeces, ordenaron de correr Sortija de alli à eis dias, que no tuvo efecto, por la ocaſion ue ſe dirá adelante. Dióle gana à Don Quixoe de paſſear la Ciudad à la llana, y à piè, teniendo, que ſi iba à cavallo le havian de pereguir los muchachos; y aſſi èl, y Sancho, con tros dos criados, que Don Antonio le dió, ſaieron à paſſearſe. Sucedió, pues, que yendo or una calle alzó los ojos Don Quixote, y vió ſcrito ſobre una puerta, con letras muy granes: *Aqui ſe imprimen libros*, de lo que ſe conentó mucho, porque haſta entonces no havia iſto Imprenta alguna, y deſeaba ſaber como ueſſe. Entró dentro con todo ſu acompañaniento, y vió tirar en una parte, corregir en tra, componer en eſta, enmendar en aquella; finalmente, toda aquella maquina, que en las

Im-

Imprentas grandes se mueſtra. Llegabaſe D
Quixote à un caxon, y preguntaba, què e
aquello que alli ſe hacia? Dabanle cuenta l
oficiales, admirabaſe, y paſſaba adelante. Ll
gó entre otros à uno, y preguntóle, què era
que hacía? El oficial le reſpondió: Señor, es
Cavallero que aqui eſtá (y enſeñóle à un hom
bre de muy buen talle, y parecer, y de algu
na gravedad) ha traducido un Libro de Tosc
no en nueſtra lengua Caſtellana, y eſtoyle y
componiendo para darle à la Eſtampa. Què t
tulo tiene el Libro? preguntó Don Quixote.
lo que el Author reſpondió: Señor, el Libro e
Toſcano ſe llama, L' Bagatele. Y que reſpono
L' Bagatele en nueſtro Caſtellano? pregunt
Don Quixote. L' Bagatele, dixo el Author,
como ſi en Caſtellano dixeſſemos los juguetes
y aunque eſte Libro es en el nombre humild
contiene, y encierra en sì coſas muy buenas,
ſubſtanciales. Yo, dixo Don Quixote, sè algu
tanto de Toſcano, y me precio de cantar algu
nas Eſtancias del Arioſto; pero digame vue
tra merced ſeñor mio (y no digo eſto porqu
quiero examinar el ingenio de vueſtra merce
ſino por curioſidad no mas) ha hallado en
eſcritura alguna vez nombrar piñata? Si mu
chas veces, reſpondió el Author. Y còmo
traduce vueſtra merced en Caſtellano? pregun
tó Don Quixote. Cómo le havia de traduci
replicó el Author, ſino diciendo holla. Cuerp
de

le tal, dixo Don Quixote, y que adelante eſtá vueſtra merced en el Toſcano Idioma: yo apoſtaré una buena pueſta, que adonde diga en el Toſcano piache, dice vueſtra merced en la Caſtellana no me place; y adonde diga piu, dice mas, y el ſu, declara con arriba, y el guiu, con abaxo. Si declaro, por cierto, dixo el Autor, porque eſſas ſon ſus proprias correſpondencias. Offaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vueſtra merced conocido en el mundo, enemigo ſiempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos; què de habilidades hay perdidas por aí, què de ingenios arrinconados, què de virtudes menoſpreciadas; pero con todo eſto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no ſea de las reynas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el revès, que aunque ſe vèn las figuras, ſon llenas de hilos, que las obſcurecen, y no ſe vèn con liſura, y tèz de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copía un papel de otro papel; y no por eſto quiero inferir, que no ſea loable eſte exercicio el traducir, porque en otras coſas peores ſe podría ocupar el hombre, y que menos provecho le traxeſſen. Fuera de eſta cuenta ván los famoſos Traductores; el uno el Doctor Chriſtoval de Figueroa en ſu *Paſtor Fido*; y el

otro Don Juan de Xauregui, *en ſu Aminta*, do
de felizmente ponen en duda, qual es la tr
duccion, ò qual el original. Pero digame vu
tra merced, eſte Libro imprimeſe por ſu cue
ta, ò tiene ya vendido el Privilegio à algun L
brero? Por mi cuenta lo imprimo, reſpondió
Author, y pienſo ganar mil ducados, por
menos con eſta primera impreſſion, que ha
ſer de dos mil cuerpos, y ſe han de deſpach
à ſeis reales cada uno en daca las pajas. Bi
eſtá vueſtra merced en la cuenta, reſpond
Don Quixote: bien parece que no ſabe las e
tradas, y ſalidas de los Impreſſores, y las co
reſpondencias que hay de unos à otros; yo
prometo, que quando ſe vea cargado de d
mil cuerpos de Libros, vea tan molido ſu cue
po, que ſe eſpante, y mas ſi el libro es un po
avieſſo, y no nada picante. Pues què, dixo
Author, quiere vueſtra merced, que ſe lo dé
un Librero, que me dé por el privilegio tr
maravedis, y aun pienſa, que me hace merc
en darmelos? Yo no imprimo mis libros pa
alcanzar fama en el mundo, que ya en èl ſ
conocido por mis Obras: provecho quiero, q
ſin èl no vale un quatrin la buena fama. Di
le dé à vueſtra merced buena manderecha, re
pondió Don Quixote, y paſſó adelante à ot
caxon, donde vió, que eſtaban corrigiendo
pliego de un Libro, que ſe intitulaba: *Luz*
Alma; y en viendole dixo: Eſtos tales Libr
aun-

unque hay muchos de eſte genero, ſon los que
e deben imprimir, porque ſon muchos los pe-
cadores que ſe uſan, y ſon meneſter infinitas
uces para tantos deſalumbrados. Paſſó adelan-
e, vió, que aſſimiſmo eſtaban corrigiendo
otro libro, y preguntando ſu titulo, le reſpon-
lieron, que ſe llamaba la *Segunda Parte del*
Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha,
compueſta por un tal vecino de Tordecillas.
Ya yo tengo noticia de eſte Libro, dixo Don
Quixote, y en verdad, y en mi conciencia, que
pensè que ya eſtaba quemado, y hecho polvos
por impertinente; pero ſu San Martin ſe le lle-
gará como à cada puerco, que las Hiſtorias
ingidas tanto tienen de buenas, y deleytables,
uanto ſe llegan à la verdad, ò la ſemejanza
e ella; y las verdaderas tanto ſon mejores,
uanto ſon mas verdaderas; y diciendo eſto,
on mueſtras de algun deſpecho ſe ſalió de la
mprenta, y aquel miſmo dia ordenó Don An-
onio de llevarle à vèr las Galeras, que en la
laya eſtaban, de que Sancho ſe regocijó mu-
ho, à cauſa, que en ſu vida las havia viſto.
viſó Don Antonio al Quatralvo de las Gale-
as, como aquella tarde havia de llevar à ver-
as à ſu hueſped el famoſo Don Quixote de la
Mancha, de quien ya èl Quatralvo, y todos
os vecinos de la Ciudad tenian noticia; y lo
ue le ſucedió en ellas ſe dirá en el ſiguiente
Capitulo.

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino à Sancho Panza con una visita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRandes eran los discursos, que Don Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diesse en el embuste, y todos paraban con la promessa, que èl tuvo por cierto, de el desencantamiento de Dulcinèa; alli iba, y venía, y se alegraba entre sì mismo, creyendo que havia de vèr presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia deseaba bolver à mandar, y à ser obedecido: que esta mala aventura trae consigo esto, mando, aunque sea de burlas. En resolucion aquella tarde Don Antonio Moreno, su huesped, y sus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho, fueron à las Galeras. El Quatralvo que estava avisado de su buena venida, por vèr à los dos famosos Don Quixote, y Sancho, apenas llegaron à la Marina, quando todas las Galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo, que puso los

pies

bies en èl Don Quixote, diſparó la Capitana el cañon de cruxía, y tambien las otras Galeras nicieron lo miſmo; y al ſubir Don Quixote por a eſcala derecha, toda la Chuſma le ſaludó, omo es uſanza quando una perſona principal ntra en la Galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres eces; diòle la mano el General, que con eſte ombre llamarèmos, que era un principal Ca- allero Valenciano; abrazó à Don Quixote, liciendo: Eſte dia ſeñalaré yo con piedra lanca, por ſer uno de los mejores, que pien- o llevar en mi vida, haviendo viſto al ſeñor Don Quixote de la Mancha, tiempo, y ſeñal ue nos mueſtra, que en èl ſe encierra, y cifra odo el valor de la Andante Cavalleria. Con tras no menos corteſas razones le reſpondiò Don Quixote, alegre ſobre manera de verſe ratar tan à lo ſeñor. Entraron todos en la po- a, que eſtaba muy bien aderezada, y ſenta- onſe por los bandines; paſſóſe el Comitre en ruxía, y dió ſeñal con el pito, que la Chuſma icieſſe fuera ropa, que ſe hizo en un inſtante. ancho, que vió tanta gente en cueros, quedó aſmado, y mas quando vió hacer rienda con anta prieſſa, que à èl le pareciò que todos los iablos andaban alli trabajando; pero eſto todo ieron tortas, y pan pintado para lo que ahora iré. Eſtaba Sancho ſentado ſobre el eſtanterol, nto al eſpaldar de la mano derecha, el qual a aviſado de lo que havia de hacer, aſiò de

San-

Sancho, y levantandole en los brazos, tóda l
Chuſma pueſta en piè, y alerta, comenzand
de la derecha vanda, le fuè dando, y bolteand
do ſobre los brazos de la Chuſma, de banco
en banco, con tanta prieſſa, que el pobre San
cho perdiò la viſta de los ojos, y ſin duda pen
sò, que los miſmos demonios le llevaban; y n
pararon con èl haſta bolverle por la finieſtr
vanda à ponerle en la popa. Quedò el pobr
molido, jadeando, y traſudando, ſin pode
imaginar, què fueſſe lo que ſucedido le havia
Don Quixote, qne viò el buelo ſin alas de San
cho, preguntò al General, que ſi eran ceremo
nias aquellas, que ſe uſaban con los primero
que entraban en las Galeras; porque ſi acaſo l
fueſſen, èl que no tenia intencion de profeſſa
en ellas, no quería hacer ſemejantes exercicio
y que votaba à Dios, que ſi alguno llegaba
aſirle para boltearle, que le havia de ſacar e
alma à puntillazos; y diciendo eſto, ſe levan
tò en piè, y empuñò la eſpada. A eſte inſtant
abatieron tienda, y con grandiſſimo ruido de
xaron caer la entena de alto abaxo. Pensò San
cho, que el Cielo ſe deſencajaba de ſus quicios
y venía à dár ſobre ſu cabeza; y agoviandola
lleno de miedo, la puſo entre las piernas. N
las tuvo todas conſigo Don Quixote, que tam
bien ſe eſtremeciò, y encogiò de hombros,
perdiò la color del roſtro. La Chuſma hizo ſubi
la entena con la miſma prieſſa, y ruido, que l

havian amaynado; y todo esto callando, como si no tuvieran voz, ni aliento: hizo señal el Comitre, que zarpassen el ferro; y saltando en mitad de la cruxia, con el corvacho, ò rebenque comenzò à mosquear las espaldas de la Chusma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à una moverse tantos pies colorados, que tales pensò èl que eran los remos, dixo entre sì. Estas si que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. Què han hecho estos desdichados, que anssi los azotan? y còmo este hombre solo, que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Ahora yo digo, este es el Infierno, ò por lo menos el Purgatorio. Don Quixote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que passaba, le dixo: Ha, Sancho amigo, y con que brevedad, y quan à poca costa os podiades vos, si quisiessedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos dos señores, y acabar el desencanto de Dulcinèa, pues con la miseria, y penas de tanos, no sintierades vos mucho la vuestra; y mas, que podria ser, que el sabio Merlin tomasse en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os haviades de dár. Preguntar querría el General, què azotes eran aquellos, ò què desencanto de Dulcinèa? quando dixo el Marinero: Señal hace Monjuich de que hay Baxèl de remos

mos en la Coſta, por la vanda de Poniente
Eſto ohido, ſaltó el General en la cruxía,
dixo: Ea; hijos, no ſe nos vaya; algun Ver
gantin de Coſarios de Argèl debe de ſer eſte
que la atalaya nos ſeñala. Llegaronſe luego la
otras tres Galeras à la Capitana à ſaber lo qu
ſe les ordenaba. Mandó el General, que las do
ſalieſſen à la Mar, y èl con la otra iria tierra
tierra, porque aſſi el Baxèl no ſe les eſcaparía
Apretó la Chuſma los remos, impeliendo la
Galeras con tanta furia, que parecia que bola
ban. Las que ſalieron à la mar, à obra de do
millas deſcubrieron un Baxèl, que con la viſt
le marcaron por de haſta catorce, ò quinc
vancos, y aſſi era la verdad; el qual Baxèl
quando deſcubrió las Galeras ſe puſo en caza
con intencion, y eſperanza de eſcaparſe por ſu
ligereza; pero avinole mal, porque la Galera
Capitana era de los mas ligeros Baxeles, que
en la mar navegaban, y aſſi le fuè entrando
que claramente los de el Vergantin conocie-
ron, que no podian eſcaparſe; y aſſi el Arraèz
quiſiera que dexáran los remos, y ſe entregá-
ran, por no irritar à enojo al Capitan, que
nueſtras Galeras regia; pero la ſuerte, que de
otra manera lo guiaba, ordenó, que yá que la
Capitana llegaba tan cerca, que podian los del
Baxèl ohir las voces, que deſde ella les decian,
que ſe rindieſſen, dos Toraquis, que es como
decir dos Turcos borrachos, que en el Vergan-
tin

in venían con otros doce, dispararon dos es-
opetas, con que dieron muerte à dos Solda-
los, que sobre nuestras arrumbadas venían.
Viendo lo qual, juró el General de no dexar
on vida à todos quantos en el Baxèl tomassen;
llegando à embestir con toda furia, se le es-
apó por debaxo de la palamenta, passó la
Galera adelante un buen trecho, los del Baxèl
e vieron perdidos, hicieron vela, en tanto
ue la Galera bolvia, y de nuevo à vela, y re-
no se pusieron en caza; pero no les aprovechó
diligencia, tanto como les dañó su atrevi-
iento: porque alcanzandoles la Capitana à
oco mas de media milla, les echó la palamen-
encima, y los cigió vivos à todos. Llegaron
n esto las otras dos Galeras, y todas quatro
on la presa bolvieron à la Playa, donde infini-
gente los estaba esperando, deseosos de vèr
que traian. Dió fondo el General cerca de
erra, y conoció que estaba en la marina el
irrey de la Ciudad; mandò echar el esquife
ara traerle, y mandó amaynar la entena para
horcar luego al Arraèz, y à los demás Turcos,
ue en el Baxèl havia cogido, que serían hasta
einta y seis personas, todos gallardos, y los
as escopeteros Turcos. Preguntó el General,
uien era el Arrèz del Vergantin? y fuele res-
ondido por uno de los Cautivos en lengua
astellana: (que despues pareció ser renegado
spañol) este mancebo, señor, que aqui vès,

es

es nueſtro Arraèz, y moſtróle uno de los m
bellos, y gallardos mozos, que pudiera pint
la humana imaginacion. La edad, al parece
no llegaba à veinte años. Preguntóle el Gen
ral: Dime, mal aconſejado perro, quien
movió à matarme mis Soldados, pues veías ſ
impoſſible el eſcaparte? Eſſe reſpero ſe guar
à las Capitanas? No ſabes tu, que no es vale
tía la temeridad? Las eſperanzas dudoſas ha
de hacer à los hombres atrevidos, pero no t
merarios. Reſponder querria el Arraèz, per
no pudo el General por entonces ohir la re
pueſta, por acudir à recibir al Virrey, que y
entraba en la Galera, con el qual entraron a
gunos de ſus criados, y algunas perſonas de
Pueblo. Buena ha eſtado la caza, ſeñor Gene
ral, dixo el Virrey. Y tan buena, reſpondió
General, qual la verá vueſtra Excelencia aho
ra colgada de eſta entena. Còmo anſi? replic
el Virrey. Porque me han muerto, reſpondi
el General, contra toda ley, contra toda ra
zon, y uſanza de guerra, dos Soldados de lo
mejores, que en eſtas Galeras venían, y yo h
jurado de ahorcar à quantos he cautivado
principalmente à eſte mozo, que es el Arraè
del Bergantin, y enſeñóle al que yá tenia ata
das las manos; y echado el cordèl à la ga
ganta, eſperando la muerte. Miróle el Virre
y viendole tan hermoſo, tan gallardo, y ta
humilde, dandole en aquel inſtante una car
de

e recomendacion ſu hermoſura, le vino deſeo
e eſcuſar ſu muerte; y aſſi le preguntó: Dime
rraèz, eres Turco de nacion, ò Moro, ò Re-
egado? A lo que el mozo reſpondió en len-
ua aſſimiſmo Caſtellana: Ni ſoy Turco de na-
ion, ni Moro, ni Renegado. Pues què eres?
eplicó el Virrey. Muger Chriſtiana, reſpondió
l mancebo. Muger Chriſtiana, y en tal trage,
en tales paſſos, mas es coſa para admirarla,
ue para creerla. Suſpended, dixo el mozo, ò
eñores, la execucion de mi muerte, que no ſe
erderá mucho en que ſe dilate vueſtra ven-
anza, en tanto que yo os cuente mi vida.
Quien fuera el de corazon tan duro, que con
ſtas razones no ſe ablandára, ò à lo menos
aſta ohir las que el triſte, y laſtimado mance-
o decir quería? El General le dixo, que di-
eſſe lo que quiſieſſe; pero que no eſperaſſe al-
anzar perdon, de ſu conocida culpa. Con eſta
icencia, el mozo comenzó à decir de eſta ma-
era: De aquella nacion mas deſdichada, que
rudente, ſobre quien ha llovido eſtos dias un
nar de deſgracias, nací, yo, de Moriſcos Padres
ngendrada en la corriente de ſu deſventura:
uí yo por dos tios mios llevada à Berbería,
n que me aprovechaſſe decir, que era Chriſ-
iana, como en efecto lo ſoy, y no de las fin-
idas, ni aparentes, ſino de las verdaderas, y
atholicas: no me valió con los que tenian à
argo nueſtro miſerable deſtierro decir eſta

ver-

verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes
tuvieron por mentira, y por invencion, pa
quedarme en la tierra donde havia nacido;
assi por fuerza, mas que por grado, me trax
ron consigo: tuve una madre Christiana, y u
padre discreto, y Christiano, ni mas, ni meno
mamè la Fè Catholica en la leche, crième co
buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ell
jamás, à mi parecer, dí señales de ser Moris
Al par, y al passo de estas virtudes (que yo cre
que lo son) creció mi hermosura, si es que te
go alguna; y aunque mi recato, y mi encerra
miento fuè mucho, no debió de ser tanto, qu
no tuviesse lugar de verme un mancebo Cava
llero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Ma
yorazgo de un Cavallero, que junto à nuestr
Lugar otro suyo tiene: como me vió, com
nos hablamos, como se vió perdido por mi,
como yo no muy ganada por èl, sería largo d
contar, y mas en tiempo, que estoy temiendo
que entre la lengua, y la garganta se ha d
atravessar el riguroso cordèl, que me amenaza
y assi solo diré, como en nuestro destierro qui
so acompañarme Don Gregorio: mezclóse co
los Moriscos, que de otros Lugares salieron
porque sabía muy bien la lengua, y en el viag
se hizo amigo de dos tios mios, que consig
me traían, porque mi padre prudente, y pre
venido, assi como oyó el primer Vando d
nuestro destierro, se salió del Lugar, y se fu

buſcar alguno en los Reynos eſtraños, que
os acogieſſe ; dexó encerradas , y enterradas
n una parte, de quien yo ſola tengo noticia,
uchas perlas , y piedras de gran valor, con
gunos dineros en cruzados, y doblones de
ro : mandóme , que no tocaſſe al teſoro que
exaba en ninguna manera , ſi acaſo antes que
bolvieſſe nos deſterraban. Hicelo aſſi , y con
is tios (como tengo dicho) y otros parien-
s, y allegados , puſſamos à Berbería , y el
ugar donde hicimos aſſiento fuè en Argèl,
omo ſi le hicieramos en el miſmo Infierno. Tu-
o noticia el Rey de mi hermoſura , y la fama
la dió de mis riquezas, que en parte fuè ven-
ra mia. Llamóme ante sì, preguntóme de què
arte de Eſpaña era, y què dinero, y què jo-
as traía? Dixele el Lugar , y que las joyas, y
ineros quedaban en èl enterradas , pero que
on facilidad ſe podian cobrar , ſi yo miſma
olvieſſe por ellos. Todo eſto le dixe temeroſa
e que no le cegaſſe mi hermoſura , ſino ſu co-
icia. Eſtando conmigo en eſtas platicas , le lle-
aron à decir, como venía conmigo uno de los
as gallardos, y hermoſos mancebos , que ſe
odia imaginar : luego entendí , que lo decian
or Don Gaſpar Gregorio , cuya belleza ſe de-
a atrás las mayores , que encarecer ſe pueden.
urbème conſiderando el peligro , que Don
regorio corría ; porque entre aquellos Barba-
s Turcos en mas ſe tiene , y eſtima un mu-

cha-

chacho, ò mancebo hermoso, que una muge
por belliſſima que ſea. Mandó luego el Re
que ſe le traxeſſen alli delante para verle;
preguntóme ſi era verdad lo que de aquel m
zo le decian: entonces yo, caſi como preven
da del Cielo le dixe, que sí era; pero que
hacia ſaber, que no era varon, ſino muger c
mo yo, y que le ſuplicaba me la dexaſſe ir
veſtir en ſu natural trage, para que de todo
todo moſtraſſe ſu belleza, y con menos emp
cho pareciesſe ante ſu preſencia. Dixome, q
fueſſe en buena hora, y que otro dia hablari
mos en el modo que ſe podia tener para q
yo bolvieſſe à Eſpaña à ſacar el eſcondido t
ſoro. Hablè con Don Gaſpar, contéle el pel
gro que corria el moſtrar ſer hombre, veſtíle
Mora, y aquella miſma tarde le trage à la pr
ſencia del Rey, el qual en viendole, quedó a
mirado, y hizo deſignio de guardarla, pa
hacer preſencia de ella al Gran Señor; y p
huír del peligro, que en el Serrallo de ſus m
geres podia tener, y temer de sì miſmo,
mandó poner en caſa de unas principales M
ras, que la guardaſſen, y le ſirvieſſen. adon
le llevaron luego: lo que los dos ſentimos (q
no puedo negar el que le quiero) ſe dexe à
conſideracion de los que ſe apartan, ſi bien
quieren. Dió luego traza el Rey de que yo bo
vieſſe à Eſpaña en eſte Vergantin, y que m
acompañaſſen dos Turcos de Nacion, que fu
ron

on los que mataron vueſtros Soldados: vino onmigo tambien eſte Renegado Eſpañol (ſealando al que havia hablado primero) del ual sè yo bien, que es Chriſtiano encubierto, que viene con mas deſeo de quedarſe en Eſaña, que de bolverſe à Berberia, la demás huſma del Vergantin ſon Moros, y Turcos, ue no ſirven de mas, que vogar al remo: los os Turcos codicioſos, è inſolentes, ſin guarar el orden que traímos, de que à mi, y à ſte Renegado en la primer parte de Eſpaña, n habito de Chriſtianos (de que venimos proeídos) nos echaſſen en tierra, primero quiſieon barrer eſta Coſta, y hacer alguna preſa, ſi udieſſen; temiendo, que ſi primero nos echaan en tierra, por algun accidente que à los dos os ſucedieſſe, podriamos deſcubrir, que queaba el Vergantin en la Mar; y ſi acaſo huvieſſe Galeras por eſta Coſta, los tomaſſen: anoche eſcubrimos eſta Playa, y ſin tener noticia de ſtas quatro Galeras, fuímos deſcubiertos, y os ha ſucedido lo que haveis viſto. En reſoucion, Don Gregorio queda en habito de muer entre mugeres, con manifieſto peligro de erderſe; y yo me veo atadas las manos eſpeando, ò por mejor decir, temiendo perder la ida, que ya me canſa. Eſte, ſeñor, es el fin de i lamentable Hiſtoria, tan verdadera, como eſdichada: lo que os ruego es, que me dexeis orir como Chriſtiana, pues (como ya he di-

cho)

cho) en ninguna cosa he sido culpante de el
culpa en que los de mi nacion han caído; q
luego calló, preñados los ojos de tiernas lagr
mas, à quien acompañaron muchas de los qu
presentes estaban. El Virrey, tierno, y con
passivo, sin hablarla palabra se llegó à ella,
la quitó con sus manos el cordèl, que las he
mosas de la Mora ligaba. En tanto, pues, q
la Morisca Christiana su peregrina historia tr
taba, tuvo clavados los ojos en ella un anci
no Peregrino, que entrò en la Galera quand
entrò el Virrey, y apenas diò fin à su platic
la Morisca, quando èl se arrojò à sus pies,
abrazado de ellos, con interrumpidas palabr
de mil sollozos, y suspiros, la dixo: O An
Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padr
Ricote, que bolvia à buscarte por no pod
vivir sin tì, que eres mi alma! A cuyas pala
bras abriò los ojos Sancho, y alzò la cabez
(que inclinada tenia, pensando en la desgrac
de su passeo) y mirando al Peregrino, conoc
ser el mismo Ricote, que topò el dia que sali
de su Govierno, y confirmòse, que aquella e
su hija, la qual ya desatada abrazò à su padr
mezclando sus lagrimas con las suyas, el qu
dixo al General, y Virrey: Esta, señores,
mi hija, mas desdichada en sus sucessos, q
en su nombre. Ana Felix se llama, con el s
brenombre de Ricote, famosa, tanto por
hermosura, como por mi riqueza; yo salí
mi

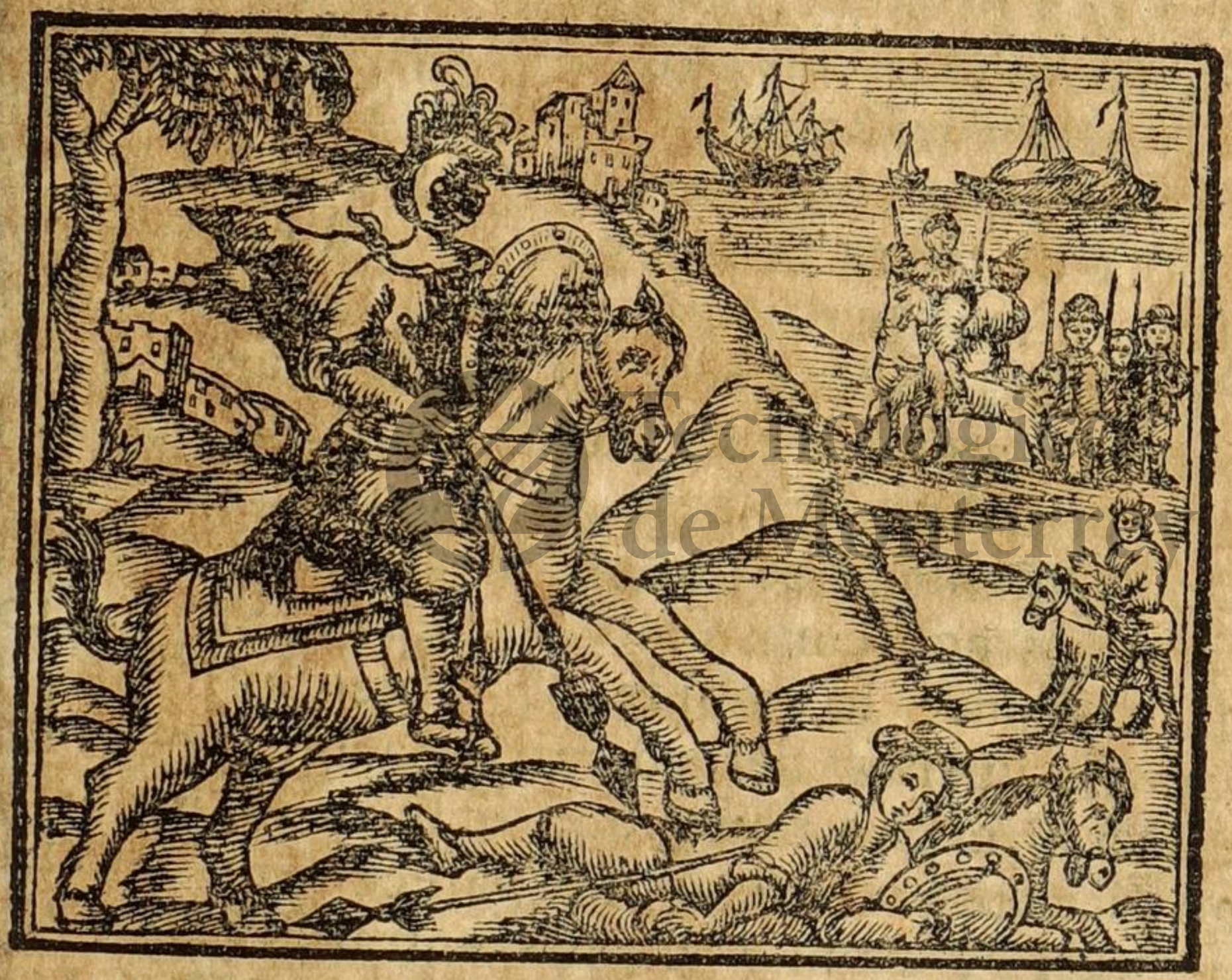
ni patria à buſcar en Reynos eſtraños quien os alvergaſſe, y recogieſſe; y haviendole hado en Alemania, bolví en eſte habito de Pegrino, en compañia de otros Alemanes, à uſcar mi hija, y à deſenterrar muchas riqueas, que dexé eſcondidas: no hallè à mi hija, allé el teſoro que conmigo traygo; y ahora or el eſtraño rodéo que haveis viſto, he hallao el teſoro que mas me enriquece, que es à ii querida hija; ſi nueſtra poca culpa, y ſus grimas, y las mias, por la integridad de vueſa juſticia, pueden abrir puertas à la miſeriordia, uſadla con noſotros, que jamás tuvios penſamiento de ofenderos, ni convenimos n ningun modo con la intencion de los nueſos, que juſtamente han ſido deſterrados. Enonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricote, y e que es verdad lo que dice, en quanto à ſer na Felix ſu hija; que en eſſotras zarandajas e ir, y venir, tener buena, ò mala intencion, o me entrometo. Admirados del eſtraño caſo odos los preſentes, el General dixo, una por na, vueſtras lagrimas no me dexarán cumplir ii juramento, vivid hermoſa Ana Felix los ños de la vida, que os tiene determinado el ielo; y lleven la pena de ſu culpa los inſolens, y atrevidos que la cometieron; y mandó ego ahorcar de la entena à los Turcos, que ſus dos Soldados havian muerto; pero el Vir. y le pidió encarecidamente no los ahorcaſſe,

pues mas locura, que valentía, havia sido la
suya. Hizo el General lo que el Virrey le pe-
dia, porque no se executan bien las venganza
à sangre helada. Procuraron luego dár traza
de sacar à Don Gaspar Gregorio del peligro
en que quedaba. Ofreció Ricote para ello ma
de dos mil ducados, que en perlas, y en jo-
yas tenia: dieronse muchos medios, pero nin-
guno fuè tal como el que dió el Renegado Es-
pañol, que se ha dicho, el qual se ofreció de
bolver à Argèl en algun barco pequeño de has-
ta seis bancos, armado de remeros Christianos
porque èl sabia donde, como, y quando po-
dia, y debia desembarcar, y assimismo no ig-
noraba la casa donde Don Gaspár quedaba
Dudaron el General, y el Virrey el fiarse de
Renegado, ni confiar de los Christianos, que
havian de vogar el remo. Fióle Ana Felix, y
Ricote su padre dixo, que salía à dár el resca-
te de los Christianos, si acaso se perdiessen
Firmados, pues, en este parecer, se desembar-
có el Virrey, y Don Antonio Moreno se lleve
consigo à la Morisca, y à su Padre, encargan-
dole el Virrey, que los regalasse, y acariciass
todo quanto le fuesse possible, que de su parte
le ofrecia todo lo que en su casa huviesse para
su regalo: tanta fuè la benevolencia, y
caridad, que la hermosura de
Ana Felix infundió en
su pecho.

CA-

CAPITULO LXIV.

De la aventura que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le havian sucedido.



LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la Historia, que recibió grandissimo contento de vèr à Ana Felix en su casa; recibióla con mucho agrado, assi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno, en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como à campana tañida,

venían à verla. Dixo Don Quixote à Don An-
tonio, que el parecer que havian tomado en la
libertad de Don Gregorio, no era bueno,
porque tenia mas de peligroso, que de conve-
niente; y que sería mejor que le pusiessen à è
en Berberia con sus armas, y cavallo, que èl le
sacaria à pesar de toda la Morisca, como ha-
via hecho Don Gayferos à su esposa Melisendra
Advierta vuestra merced, dixo Sancho, oyen-
do esto, que el señor Don Gayferos sacó à su
esposa de tierra firme, y la llevó à Francia po
tierra firme; pero aqui, si acaso sacamos à Don
Gregorio, no tenèmos por donde traerle à Es-
paña, pues está la mar en medio. Para todo hay
remedio, sino es para la muerte, respondi
Don Quixote, pues llegando el Barco à la Ma
rina, nos podrèmos embarcar en èl, aunque to
do el mundo lo impida. Muy bien lo pinta, y
facilita vuestra merced, dixo Sancho; pero de
dicho al hecho hay gran trecho; y yo me aten
go al Renegado, que me parece muy hombr
de bien, y de muy buenas entrañas. Don An
tonio dixo, que si el Renegado no salieffe bie
del caso, se tomaria el expediente de que e
grau Don Quixote paffaffe à Berbería. De all
à dos dias partió el Renegado en un ligero Bar
co de seis remos, por vanda, armado de valen
tissima Chusma; y de alli à otros dos se partie
ron las Galeras à Levante, haviendo pedido e
General al Visorrey fuesse servido de avisarl
de

de lo que ſucedieſſe en la libertad de Don Gregorio, y en el caſo de Ana Felix: quedó el Viſorrey de hacerlo aſſi como ſe lo pedia. Y una mañana ſaliendo Don Quixote à paſſearſe por la Playa, armado de todas ſus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran ſus arreos, y ſu deſcanſo el pelear, y no ſe hallaba ſin ellas un punto, vió venir àcia èl un Cavallero, armado aſſimiſmo de punto en blanco, que en el eſcudo traía pintada una Luna reſplandeciente; el qual, llegandoſe à trecho que podia ſer ohido, en altas voces, encaminando ſus razones à Don Quixote, dixo: Inſigne Cavallero, y jamás, como ſe debe, alabado Don Quixote de la Mancha, yo ſoy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inaúditas hazañas quizá te le havrán traído à la memoria: vengo à contender contigo, y à probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer, y confeſſar, que mi Dama, ſea quien fuere, es, ſin comparacion, mas hermoſa, que tu Dulcinèa de el Toboſo; la qual verdad, ſi tu la confieſſas de llano en llano, eſcuſarás tu muerte, y el trabajo, que yo he de tomar en dartela; y ſi tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra ſatisfaccion, ſino que dexando las armas, y abſteniendote de buſcar aventuras, te recojas, y retires à tu Lugar por tiempo de un año, donde has de vivir ſin echar mano à la eſpada, en paz tranquíla, y en provechoſo ſoſſiego, porque aſſi conviene al

aumento de tu hacienda, y à la ſalvacion d
tu alma; y ſi tu me vencieres, quedará à tu di
crecion mi cabeza, y ſerán tuyos los deſpojo
de mis armas, y cavallo, y paſſará à la tuy
la fama de mis hazañas: mira lo que te eſt
mejor, y reſpondeme luego, porque hoy tod
el dia tengo de termino para deſpachar eſt
negocio. Don Quixote quedó ſuſpenſo, y ato
nito, aſſi de la arrogancia del Cavallero de l
blanca Luna, como de la cauſa por què le de
ſafiaba; y con repoſo, y ademán ſevero le reſ
pondió: Cavallero de la blanca Luna, cuya
hazañas haſta ahora no han llegado à mi noti
cia, yo oſſaré jurar, que jamás haveis viſto
la iluſtre Dulcinèa, que ſi viſto la huvieredes
yo sè que procurarades no poneros en eſſa de-
manda, porque ſu viſta os deſengañára de qu
no ha havido, ni puede haver belleza, que co
la ſuya compararſe pueda; y aſſi, no dicien-
doos que mentís, ſino que no acertais en lo pro-
puesto, con las condiciones que haveis referi-
do, aceto vueſtro deſafio, y luego, porque no
ſe paſſe el dia, que traeis determinado; y ſolo
excepto de las condiciones la de que ſe paſſe
mi la fama de vueſtras hazañas, porque no sè
quales, ni què tales ſean; con las mias me con
tento, tales quales ellas ſon; tomad, pues, la
parte del campo que quiſieredes, que yo hare
lo miſmo, y à quien Dios ſe la diere, San Pe-
dro ſe la bendiga. Havian deſcubierto de la

Ciu-

Ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y dichoſelo al Virrey, que eſtaba hablando con Don Quixote de la Mancha. El Viſorrey, creyendo ſería alguna nueva aventura, fabricada por Don Antonio Moreno, ò por otro algun Cavallero de la Ciudad, ſalió luego à la Playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros, que le acompañaban, à tiempo, y quando que Don Quixote bolvía las riendas à Rocinante para tomar de el campo lo neceſſario. Viendo, pues, el Viſorrey, que daban los dos ſeñales de bolverſe à encontrar, ſe puſo enmedio, preguntandoles, que era la cauſa que les movia à hacer tan de improviſo batalla? El Cavallero de la blanca Luna reſpondió, que era precedencia de hermoſura, y en breves razones la dixo las miſmas, que havia dicho à Don Quixote, con la aceptacion de las condiciones del deſafio, hechas por entrambas partes. Llegóſe el Viſorrey à Don Antonio, y preguntóle paſſo: Si ſabía quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ò ſi era alguna burla, que querian hacer à Don Quixote? Don Antonio le reſpondió, que ni ſabia quien era, ni ſi era de burlas, ni de veras el tal deſafio. Eſta reſpueſta tuvo perplexo al Viſorrey, en ſi les dexaría, ò no paſſar adelante en la batalla; pero no pudiendoſe perſuadir à que fueſſe ſino burla, ſe apartó diciendo: Señores Cavalleros, ſi aqui no hay otro remedio ſino confeſſar, ò mo-

morir, y el Señor Don Quixote eſtá en ſus tre
ce, y vueſtra merced el de la blanca Luna e
ſus catorce, à la mano de Dios, y denſe. Agra
deció el de la blanca Luna, con corteſes,
diſcretas razones, al Viſorrey la licencia qu
ſe les daba, y Don Quixote hizo lo miſmo;
qual, encomendandoſe al Cielo de todo cora
zon, y à ſu Dulcinèa, (como tenia de coſtumbr
al comenzar de las Batallas que ſe le ofrecian
tornó à tomar otro poco mas del campo, por
que vió, que ſu contrario hacia lo miſmo;
ſin tocar trompeta, ni otro inſtrumento belico
que les dieſſe ſeñal de arremeter, bolvieron en
trambos à un miſmo punto las riendas à ſu
cavallos; y como era mas ligero el de la blanc
Luna, llegó à Don Quixote à dos tercios an
dados de la carrera, y alli le encontró con ta
poderoſa fuerza, ſin tocarlo con la lanza, qu
la levantó, al paracer de propoſito, que di
con Rocinante, y con Don Quixote por el ſue
lo una peligroſa caída; fuè luego ſobre èl,
poniendole la lanza ſobre la viſera, le dixo
Vencido ſois, Cavallero, y aun muerto, ſi n
confeſſais las condiciones de nueſtro deſafi
Don Quixote, molido, y aturdido, ſin alzarſ
la viſera, como ſi hablára dentro de una tum
ba, con voz debilitada, y enferma dixo: Dul
cinèa del Toboſo es la mas hermoſa muger de
mundo, y yo el mas deſdichado Cavallero d
la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraú

de

le esta verdad; aprieta Cavallero, la lanza, quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esso no haré yo por cierto, dixo el de la blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinèa del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su Lugar un año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron assimismo, que Don Quixote respondiò, que como no le pidiesse cosa, que fuesse en perjuício de Dulcinèa, todo lo demás cumpliria, como Cavallero, puntual, y verdadero. Hecha esta confession, bolvió las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, à medio galope se entró en la Ciudad. Mandó el Visorrey à Don Antonio, que fuesse tras èl, y que en todas maneras supiesse quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía què decirse, ni què hacerse; pareciale, que todo aquel suceso passaba en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento; veía à su señor rendido, y obligado à no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas

obs

ooſcurecida, las eſperanzas de ſus nuevas p
meſſas deſechas, como ſe deshace el hu
con el viento; temia ſi quedaria, ò no cont
hecho Rocinante, ò deslocado ſu amo: q
no fuera poca ventura, ſi deslocado quedá
Finalmente, con una ſilla de manos, que ma
dó traer el Viſorrey, le llevaron à la Ciuda
y el Viſorrey ſe bolvió tambien à ella, c
deſeo de ſaber quien fueſſe el Cavallero de
blanca Luna, que de tan mal talante havia d
xado à Don Quixote.

CAPITULO LXV.

Donde ſe dá noticia quien era el Cavallero de blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio; y de otros ſuceſſos.

SIguió Don Antonio Moreno al Cavallero d
la blanca Luna, y ſiguieronle tambien,
aun perſiguieronle muchos muchachos, haſt
que le cerraron en un Meſon dentro de la Ciu
dad. Entró en èl Don Antonio con deſeo de c
nocerle; ſalió un eſcudero à recibirle, y à d
ſarmarle: ſe encerró en una ſala baxa, y con
Don Antonio, que no ſe le cocía el pan haſt
ſaber quien fueſſe. Viendo, pues, el de la blan
ca Luna, que aquel Cavallero no le dexaba,
dixo: Bien sè, ſeñor, à lo que venís, que es
ſaber quien ſoy, y porque no hay para què ne

ga-

roslo, en tanto que eſte mi criado me deſar-
a, os lo diré ſin faltar un punto à la verdad
el caſo: Sabed, ſeñor, que à mi me llaman el
achillèr Sanſón Carraſco, ſoy del miſmo Lu-
ar de Don Quixote de la Mancha, cuya lo-
ura, y ſandèz mueve à que le tengamos laſti-
a quantos le conocemos, y entre los que mas
la han tenido he ſido yo; y creyendo, que
tá ſu ſalud en ſu repoſo, y en que eſté en ſu
erra, y en ſu caſa, dí traza para hacerle eſ-
ir en ella; y aſſi havrá tres meſes, que le ſa-
al camino como Cavallero Andante, llaman-
ome el Cavallero de los Eſpejos, con inten-
ion de pelear con èl, y vencerle, ſin hacerle
año, poniendo por condicion de nueſtra pe-
ea, que el vencido quedaſſe à diſcrecion de el
encedor; y lo que yo penſaba pedirle (porque
a le juzgaba por vencido) era, que ſe bolvieſ-
e à ſu Lugar, y que no ſalieſſe de èl en todo
n año, en el qual tiempo podria ſer curado;
ero la ſuerte lo ordenó de otra manera, por-
ue èl me venció à mi, y me derribó del cava-
o, y aſſi no tuvo efecto mi penſamiento; èl
roſiguió ſu camino, y yo me bolví vencido,
orrido, y molido de la caída, que fuè además
eligroſa; pero no por eſto ſe me quitó el de-
eo de bolver à buſcarle, y à vencerle, como
oy ſe ha viſto. Y como èl es tan puntual en
uardar las Ordenes de la Andante Cavalleria,
n duda alguna guardará la que le he dado, en

cum-

cumplimiento de ſu palabra. Eſto es, ſeñor, no
que paſſa, ſin que tenga que deciros otra co
alguna ; ſuplicoos no me deſcubrais, ni le
gais à Don Quixote quien ſoy, porque tenga
efecto los bueuos penſamientos mios, y bue
va à cobrar ſu juício un hombre que le tie
boniſſimo, como le dexen las ſandeces de
Cavalleria. O ſeñor, dixo Don Antonio, D
os perdone el agravio, que haveis hecho à
do el mundo en querer bolver à cuerdo al m
gracioſo loco, que hay en èl! No veis, ſeñ
que no podrá llegar el provecho, que cauſe
cordura de Don Quixote, à lo que llega
guſto, que dá con ſus deſvaríos? Pero yo im
gino, que toda la induſtria del ſeñor Bachil
no ha de ſer parte para bolver cuerdo à un ho
bre tan rematadamente loco; y ſi no fueſſe co
tra caridad, diria, que nunca ſane Don Quix
te, porque con ſalud, no ſolamente perdem
ſus gracias, ſino las de Sancho Panza ſu eſc
dero, que qualquiera de ellas puede bolve
alegrar à la miſma melancolía : con todo el
callaré, y no le diré nada, por vèr ſi ſalgo v
dadero en ſoſpechar, que no ha de tener efe
to la diligencia hecha por el ſeñor Carraſco
el qual reſpondió, que ya una por una eſta
en buen punto aquel negocio, de quien eſper
ba feliz ſuceſſo ; y haviendoſe ofrecido D
Antonio de hacer lo que mas le mandaſſe,
deſpidió de èl : y hecho liar ſus armas ſobre
ma-

acho, luego al mismo punto sobre el cavallo
n que entró en la batalla, se salió de la Ciu-
d aquel mismo dia, y se bolvió à su patria,
sucederle cosa, que obligue à contarla en
ta verdadera Historia. Contó Don Antonio al
isorrey todo lo que Carrasco le havia conta-
, de lo que el Visorrey no recibió mucho
sto, porque en el reconocimiento de Don
uixote se perdia el que podian tener todos
quellos, que de sus locuras tuviessen noticia.
eis dias estuvo Don Quixote en el lecho, mar-
do, triste, pensativo, y mal acondicionado,
endo, y viniendo con la imaginacion en el
esdichado suceso de su vencimiento. Conso-
lbale Sancho, y entre otras razones le dixo: Se-
or mio, alce vuestra merced la cabeza, y ale-
rese, si puede, y dé gracias al Cielo, que ya
ue le derribó en la tierra, no salió con algu-
a costilla quebrada; y pues sabe, que donde
as dán las toman, y que no siempre hay toci-
os donde hay estacas, dé una higa al Medi-
o, pues no le há menester para que le cure en
sta enfermedad; bolvamonos à nuestra casa,
dexémonos de andar buscando aventuras por
ierras, y Lugares, que no sabemos; y si bien
e considera, yo soy aqui el mas perdicioso,
unque es vuestra merced el mas mal parado.
Yo que dexé con el Govierno los deseos de ser
nas Governador, no dexé la gana de ser Con-
le, que jamás tendrá efecto, si vuestra merced

dexa

dexa de ser Rey, dexando el exercicio de
Cavalleria; y assi vienen à bolverse en hu
mis esperanzas. Calla, Sancho, pues vés, q
mi resolucion, y retirada no ha de passar
un año, que luego bolveré à mis honrad
exercicios, y no me ha de faltar Reyno q
gane, y algun Condado que darte. Dios lo o
ga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, q
siempre he ohido decir, que mas vale bue
esperanza, que ruín possession. En esto estab
quando entró Don Antonio, diciendo, co
muestras de grandissimo contento: Albricia
señor Don Quixote, que Don Gregorio, y
Renegado, que fuè por èl, está en la Playa
què digo en la Playa? yá está en casa del V
sorrey, y será aqui al momento. Alegróse algu
tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, qu
estoy por decir, que me holgára, que huvie
sucedido todo al revés, porque me obligára
passar en Berberia, donde, con la fuerza de m
brazo, diera libertad, no solo à Don Grego
rio, sino à quantos Christianos cautivos hay e
Berberia; pero què digo, miserable, no soy y
el vencido? no soy yo el derribado? no soy y
el que no puedo tomar armas en un año? Pue
qué prometo? de què me alabo, si antes m
conviene usar de la rueca, que de la espada
Dexese de esso, señor, dixo Sancho, viva l
gallina, aunque con su pepita, que hoy por t
y mañana por mi; y en estas cosas de encuen
tros,

os, y porrazos, no hay tomarlas tiento al-
mo; pues el que hoy cae, puede levantarse
añana, sino es que se quiera estár en la cama;
iero decir, que se dexe desmayar, sin cobrar
evos brios para nuevas pendencias: y levan-
se vuestra merced ahora para recibir à Don
regorio, que me parece, que anda la gente
borotada, y ya debe de estár en casa; y assi
a la verdad, porque haviendo ya dado cuen-
à Don Gregorio, y el Renegado al Visor-
y, y de su ida, y buelta, deseoso Don Gre-
orio de vèr à Ana Felix, vino con el Rene-
ado à casa de Don Antonio; y aunque Don
regorio, quando le sacaron de Argèl, fuè con
abitos de muger, en el Barco los trocó por
s de un Cautivo, que salió consigo; pero en
ualquiera que viniera, mostrára ser persona
ara ser codiciada, servida, y estimada, por-
ue era hermoso sobre manera; y la edad, al
arecer de diez y siete, ò diez y ocho años,
icote, y su hija salieron à recibirle, el padre
on lagrimas, y la hija con honestidad. No se
brazaron unos à otros, porque donde hay mu-
ho amor, no suele haver demasiada desem-
oltura. Las dos bellezas juntas de Don Gre-
orio, y Ana Felix admiraron en particular à
odos juntos los que presentes estaban. El silen-
io fuè alli el que habló por los dos amantes;
los ojos fueron las lenguas, que descubrieron
s alegres, y honestos pensamientos. Contó el

Re-

Renegado la induſtria, y medio que tuvo pa
ſacar à Don Gregorio; contó Don Gregorio l
peligros, y aprietos en que ſe havia viſto co
las mugeres con quien havia quedado, no co
largo razonamiento, ſino con breves palabra
donde moſtró, que ſu diſcrecion ſe adelantab
à ſus años. Finalmente, Ricote pagó, y ſatis
zo liberalmente, aſſi al Renegado como à l
que havian bogado al remo. Reincorporóſe,
reduxoſe el Renegado con la Igleſia, y de mien
bro podrido bolvió limpio, y ſano con la pen
tencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dia
trató el Viſorrey con Don Antonio, què mod
tendrian para que Ana Felix, y ſu padre que
daſſen en Eſpaña, pareciendoles no ſer de in
conveniente alguno, que quedaſſen en ella hij
tan Chriſtiana, y padre, al parecer, tan bie
intencionado. Don Antonio ſe ofreció venir
la Corte à negociarlo, donde havia de ven
forzoſamente à otros negocios, dando à enten
der, que en ella, por medio de el favor, y d
las dadivas, muchas coſas dificultoſas ſe aca
ban. No, dixo Ricote, que ſe halló preſente
eſta platica, hay que eſperar en favores, ni e
dadivas; porque con el gran Don Bernardin
de Velaſco, Conde de Salazar, à quien dió
Mageſtad cargo de nueſtra expulſion, no vale
ruegos, ni promeſas, no dadivas, no laſtimas
porque aunque es verdad, que èl mezcla la m
ſericordia con la juſticia, como èl vé, que to

o el cuerpo de nueſtra Nacion eſtá contamina-
o, y podrido, uſa con èl antes de cauterio,
ue abraſa, que de unguento, que molifica; y
ſſi, con prudencia, con ſagacidad, con dili-
encia, y con medios, que pone, ha llevado
obre ſus fuertes ombros, à debida execucion,
l peſo de eſta gran maquina, ſin que nueſtras
nduſtrias, eſtratagemas, ſolicitudes, y frau-
es hayan podido deſlumbrar ſus ojos de Ar-
os, que continuo tiene alerta, porque no ſe le
uede, ni encubra ninguno de los nueſtros, que
omo raíz eſcondida, que con el tiempo venga
eſpues à brotar, y à echar frutos venenoſos
n Eſpaña, yá limpia, yá deſembarazada de
os temores en que nueſtra muchedumbre la te-
ia: heroyca reſolucion del gran Philipo Ter-
ero, è inaudita prudencia en haverle encar-
ado al tal Don Bernardino de Velaſco. Una
or una yo harè, pueſto allà, las diligencias
oſſibles, y haga el Cielo lo que mas fuere ſer-
ido, dixo Don Antonio: Don Gregorio ſe irá
onmigo à conſolar la pena, que ſus padres
eben tener por ſu auſencia. Ana Felix ſe que-
ará con mi muger en mi caſa, ó en un Mo-
aſterio; y yo sè, que el ſeñor Viſorrey guſta-
á ſe quede en la ſuya el buen Ricote, haſta
èr como yo negocio. El Viſorrey conſintió
n todo lo propueſto; pero Don Gregorio, ſa-
iendo lo que paſſaba, dixo: Que en ninguna
nanera podia, ni queria dexar à Doña Ana

Felix; pero teniendo intencion de vèr á sus pa
dres, y de dár traza de bolver por ella, vi
en el decretado concierto. Quedóse Ana Fel
con la muger de Don Antonio, y Ricote en c
sa del Visorrey. Llegóse el dia de la partida
Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sa
cho, que fuè de alli à otros dos, que la cai
no le concedió, que mas presto se pusiesse
camino. Huvo lagrimas, huvo suspiros, desm
yos, y sollozos al despedirse Don Gregorio
Ana Felix: ofrecióle Ricote à Don Gregor
mil escudos, si los queria; pero èl no tom
ninguno, sino solos cinco, que le prestó D
Antonio, prometiendo la paga de ellos en
Corte. Con esto se partieron los dos, y D
Quixote, y Sancho despues, como se ha dich
Don Quixote desarmado, y de camino; Sanch
à pié, por ír el rucio cargado con las armas.

CAPITULO LXVI.

*De lo que verá el que lo leyere, ò lo obiera el q
lo escuchare leer.*

AL salir de Barcelona bolvió Don Quixo
à mirar el sitio donde havia caído, y d
xo: Aqui fué Troya: aqui mi desdicha, y
mi cobardia se llevó mis alcanzadas gloria
aqui usó la fortuna conmigo de sus bueltas,
rebueltas: aqui se obscurecieron mis hazaña
aqui,

qui, finalmente, cayó mi ventura, para ja-
ás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo:
an de valientes corazones es, señor mio, te-
er sufrimiento en las desgracias, como alegria
n las prosperidades; y esto lo juzgo por mi
ismo, que si quando era Governador estaba
egre, ahora que soy escudero de à piè, no
toy triste; porque he ohido decir, que esta
ue llaman por aí fortuna, es una muger bor-
cha, antojadiza, y sobre todo ciega, y assi
o vè lo que hace, ni sabe à quien derriba, ni
quien ensalza. Muy Philosopho estás, San-
no, respondió Don Quixote, muy à lo discre-
hablas, no sé quien te lo enseña; lo que te
decir es que no hay fortuna en el mundo, ni
s cosas que en èl suceden, buenas ó malas
ue sean, vienen acaso, sino por particular pro-
idencia de los Cielos; y de aqui viene lo que
iele decirse, que cada uno es artifice de su
entura: yo lo he sido de la mia, pero no con
prudencia necessaria; y assi me han salido al
allarin mis presumpciones, pues debiera pen-
r, que al poderoso grandor del cavallo del
e la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza
e Rocinante; atrevíme, en fin, hice lo que
ude, derribaronme, y aunque perdí la honra,
o perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir
i palabra: quando era Cavallero Andante,
trevido, y valiente, con mis obras, y con
is manos acreditaba mis hechos; ahora quan-

do soy escudero pedestre, acreditare mis pal
bras cumpliendo la que dí de mis promes
Camina, pues, amigo Sancho, y vamos à t
ner en nuestra tierra el año de noviciado, co
cuyo encerramiento cobrarèmos virtud nue
para bolver al nunca de mi olvidado exercic
de las armas. Señor, respondió Sancho, no o
cosa tan gustosa el caminar á piè, que me mu
va, è incita á hacer grandes jornadas. Dex
mos estas armas colgadas de algun arbol,
lugar de un ahorcado; y ocupando yo las
paldas del rucio, levantados los pies del suel
harémos las jornadas como vuestra merced l
pidiere, y midiere; que pensar que tengo
caminar à piè, y hacerlas grandes, es pens
en lo escusado. Bien has dicho Sancho, r
pondió Don Quixote, cuelguense mis arm
por trofeos, y al piè de ellas, ó al rededor
ellas gravarémos en los arboles lo que en
trofeo de las armas de Roldán estaba escri

Nadie las mueva,
Que estár no pueda
Con Roldán à prueba.

Todo esso me parece de perlas, respon
Sancho; y sino fuera por la falta que para
camino nos havia de hacer Rocinante, tal
bien fuera bien dexarle colgado. Pues ni èl,
las armas, replicó Don Quixote, quiero que
abor-

horquen ; porque no ſe diga, que à buen ſer-
icio, mal galardón. Muy bien dice vueſtra mer-
ed, reſpondió Sancho ; porque ſegun opinion
e diſcretos, la culpa del aſno no ſe ha de echar
la albarda : y pues de eſte ſuceſſo vueſtra mer-
ed tiene la culpa, caſtigueſe à si miſmo, y no
ebienten ſus iras por las ya rotas, y ſangrien-
as armas, ni por las manſedumbres de Roci-
ante, ni por la blandura de mis pies, querien-
o, que caminen mas de lo juſto. En eſtas ra-
ones, y platicas ſe les paſsó todo aquel dia, y
un otros quatro, ſin ſucederles coſa que eſtor-
aſſe ſu camino : y al quinto dia, à la entrada
e un Lugar, hallaron à la puerta de un Meſon
nucha gente que por ſer Fieſta ſe eſtaba alli
olazando. Quando llegaba à ellos Don Quixo-
e, un Labrador alzó la voz, diciendo : Algu-
o de eſtos dos ſeñores, que aqui vienen, que
o conocen las partes, dirá lo que ſe ha de ha-
er en nueſtra opueſtra. Si dirè, por cierto reſ-
ondió Don Quixote, con toda rectitud, ſi es
ue alcanzo à entenderla. Es, pues, el caſo,
ixo el Labrador, ſeñor bueno, que un vecino
e eſte Lugar, tan gordo, que peſa once arro-
as, deſafió à correr à otro ſu vecino, que no
eſa mas que cinco ; fuè la condicion, que ha-
ian de correr una carrera de cien paſſos con
eſos iguales ; y haviendole preguntado al de-
afiador, cómo ſe havia de igualar el peſo ? di-
o, que el deſafiado, que peſa cinco arrobas,

ſe

se pusiesse seis de hierro à cuestas, y assi
igualarian las once arrobas del flaco con l
once del gordo. Esso no, dixo à esta sazon Sa
cho, antes que Don Quixote respondiesse, y
mi, que há pocos dias que salí de ser Govern
dor, y Juez, como todo el mundo sabe, to
averiguar estas dudas, y dár parecer en to
pleyto. Responde en buena hora, dixo D
Quixote, Sancho amigo, que yo no estoy pa
dár migas à un gato, segun traygo alborotad
y trastornado el juicio. Con esta licencia, di
Sancho à los Labradores, que estaban much
al rededor de él, la boca abierta, esperano
la sentencia de la suya: Hermanos, lo que
gordo pide no lleva camino, ni tiene fomb
de justicia alguna, porque si es verdad lo q
se dice, que el desafiado puede escoger las a
mas, no es bien que este las escoja tales, q
le impidan, ni estorven el salir vencedor; y a
es mi parecer, que el gordo desafiador se esc
monde, monde, entresaque, pula, y atilde,
saque seis arrobas de sus carnes, de aqui, ú
alli de su cuerpo, como mejor le pareciere,
estuviere; y de esta manera quedando en cin
arrobas de peso, se igualarà, y ajustará co
las cinco de su contrario, y assi podrán corr
igualmente. Voto à tal, dixo un Labrador, q
escuchò la sentencia de Sancho, que este seño
ha hablado como un bendito, y sentenciad
como un Canonigo; pero à buen seguro, q

o ha de querer quitarse el gordo una onza de
us carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor
s, que no corran, respondió otro, porque el
laco no se muela con el peso, ni el gordo se
lescarne, y echese la mitad de la puesta en vi-
o, y llevemos estos señores à la Taberna de
o caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo,
eñores, respondió Don Quixote, os lo agra-
lezco; pero no puedo detenerme un punto,
orque pensamientos, y sucessos tristes me ha-
en parecer descortès, y caminar mas que de
asso; y assi, dando de espuelas à Rocinante,
assó adelante, dexandoles admirados de ha-
er visto, y notado, assi su estraña figura, co-
no la discrecion de su criado, que por tal juz-
garon à Sancho: y otro de los Labradores di-
o: Si el criado es tan discreto, qual debe de
er el amo? Yo apostaré, que si ván à estudiar
Salamanca, que à un tris han de venir à ser
Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino es-
udiar, y mas estudiar, y tener favor, y ven-
ura, y quando menos se piensa el hombre se
halla con una Vara en la mano, y con una
Mitra en la cabeza. Aquella noche la passaron
mo, y mozo en mitad del campo, al cielo
aso, y descubierto; y otro dia siguiendo su
camino, vieron, que ácia ellos venia un hom-
re de à piè, con unas alforjas al cuello, y una
izcona, ó chuzo en la mano: proprio talle de
Correo à pié; el qual como llegó junto à Don

Qui-

Quixote, adelantó el paſſo, y medio corrien
llegó à èl, y abrazandole por el muslo der
cho, que no alcanzaba à mas, le dixo, co
mueſtras de mucha alegria: O mi ſeñor Do
Quixote de la Mancha, y que gran conten
ha de llegar al corazon de mi ſeñor el Duqu
quando ſepa, que vueſtra merced buelve à
Caſtillo, que todavia ſe eſtá en èl con mi ſeño
ra la Duqueſa. No os conozco, amigo, reſpo
dió Don Quixote, ni sè quien ſois, ſi vos no m
lo decís. Yo, ſeñor Don Quixote, reſpondió
Correo, ſoy Toſilos, el Lacayo del Duque m
ſeñor, que no quiſe pelear con vueſtra merce
ſobre el caſamiento de la hija de Doña Rodr
guez. Valame Dios, dixo Don Quixote, es po
ſible, que ſois vos el que los encantadores, m
enemigos, transformaron en eſſe Lacayo qu
decís, por defraudarme de la honra de aquell
batalla? Calle, ſeñor bueno, replicó el Carte
ro, que no huvo encanto alguno, ni mudanz
de roſtro ninguna; tan Lacayo Toſilos entrè e
la eſtacada, como Toſilos Lacayo ſalí de ell
yo pensè caſarme ſin pelear, por haverme pa
recido bien la moza; pero ſucedióme al rev
mi penſamiento, pues aſſi como vueſtra mer
ced ſe partió de nueſtro Caſtillo, el Duque m
ſeñor me hizo dár cien palos, por haver co
travenido à las ordenanzas, que me tenia dada
antes de entrar en la batalla, y todo ha parad
en que la muchacha es ya Monja, y Doña Ro
dri-

riguez se ha buelto à Castilla, y yo voy aho-
a à Barcelona à llevar un Pliego de Cartas al
Virrey, que le embia mi amo. Si vuestra mer-
ed quiere un traguito, aunque caliente, puro,
qui llevo una calabaza llena de lo caro, con
o sè quantas rajitas de queso de tronchón, que
ervirá de llamativo, y despertador de la sed,
i acaso está durmiendo. Quiero el combite,
lixo Sancho, y eche el resto de la cortesía, y
scansíe el buen Tosilos à despecho, y pesar de
uantos encantadores hay en las Indias. En fin,
lixo Don Quixote, tu eres, Sancho, el mayor
glotón del mundo, y el mayor ignorante de
a tierra, pues no te persuades, que este Cor-
eo es encantado, y este Tosilos contrahecho;
quedate con èl, y hartate, que yo me irè ade-
ante poco à poco, esperandote à que vengas.
Rióse el Lacayo, desembaynó su calabaza, de-
alforjó sus rajas, y sacando un panecillo, èl,
y Sancho se sentaron sobre la yerva verde, y
en buena paz, y compaña despavillaron, y die-
on fondo con todo el repuesto de las alforjas,
con tan buenos alientos, que lamieron el Plie-
go de las Cartas, solo porque olìa à queso.
Dixo Tosilos à Sancho: Sin duda este tu amo,
Sancho amigo, debe de ser un loco. Cómo de-
be, respondiò Sancho, no debe nada à nadie,
que todo lo paga, y mas quando la moneda es
locura; bien lo veo yo, y bien se lo digo à èl,
pero què aprovecha, y mas ahora, que và re-

ma-

matado, porque vá vencido de el Cavallero c
la blanca Luna. Rogóle Tosilos le contasse
que le havia sucedido; pero Sancho le respo
dió, que era descortesía dexar, que su amo
esperasse, que otro dia, si se encontrassen, ha
vria lugar para ello; y levantandose despu
de haver sacudido el sayo, y las migajas d
las barbas, antecogió al rucio, y diciendo,
Dios, dexó à Tosilos, y alcanzó à su amo, qu
à la sombra de un arbol le estaba esperando.

CAPITULO LXVII.

De la resolucion que tomò Don Quixote de hacer se Pastor, y seguir la vida del campo en tanto que se passaba el año de su promessa, con otros sucessos, en verdad gustosos, y buenos.

SI muchos pensamientos fatigaban à Don Qui
xote antes de ser derribado, muchos ma
le fatigaban despues de caído. A la sombra de
arbol estaba (como se ha dicho) y alli com
moscas à la miel le acudian, y picaban pensa
mientos, unos iban al desencanto de Dulcinèa
y otros à la vida que havia de hacer en forzos
retirada. Llegó Sancho, y alabóle la libera
condicion del Lacayo Tosilos. Es possible, l
dixo Don Quixote, que todavia piensses, ò San
cho,

cho, que aquel ſea verdadero Lacayo ? Parece que ſe te ha ido de la mente haver viſto à Dulcinéa convertida, y transformada en Labradora, y al Cavallero de los Eſpejos en el Bachillèr Carraſco: obras todas de los encantadores que me perſiguen; pero dime ahora, preguntaſte à eſſe Toſilos, què dicen que ha hecho Dios de Altiſidora, ſi ha llorado mi auſencia, ò ſi ha dexado yá en manos de el olvido los enamorados penſamientos, que en mi preſencia la fatigaban ? No eran reſpondió Sancho, los que yo tenia tales, que me dieſſen lugar à preguntar boberías. Cuerpo de mi, ſeñor, eſtá vueſtra merced ahora en terminos de inquirir penſamientos agenos, eſpecialmente amoroſos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia hay de las obras que ſe hacen por amor, à las que ſe hacen por agradecimiento; bien puede ſer, que un Cavallero ſea deſamorado; pero puede ſer, hablando en todo rigor, que ſea deſagradecido : quiſome bien, al parecer Altiſidora, dióme los tres tocadores que ſabes, lloró en mi partida, maldixome, vituperóme, quexóſe à deſpecho en la verguenza publicamente : ſeñales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes ſuelen parar en maldiciones; yo no tuve eſperanzas que darla, ni teſoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entragadas à Dulcinéa ; y los teſoros de los Cavalleros Andantes ſon como los de

los

los duendes, aparentes, y falsos, y solo pued
darla estos acuerdos, que de ella tengo, si
perjuício; pero de los que tengo de Dulcinèa
à quien tu agravias con la remission que tiene
en azotarte, y en castigar essas carnes, que ve
yo comidas de lobos, que quieren guardar
antes para los gusanos, que para el remedio d
aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho
si vá à decir la verdad, yo no me puedo per
suadir, que los azotes de mis posaderas tenga
que vèr con los desencantos de los encantados
que es como si dixessemos: si os duele la cabe
za, untaos las rodillas; à lo menos yo ossar
jurar, que en quantas Historias vuestra merce
ha leído, que tratan de la Andante Cavalleria
no ha visto algun desencantado por azotes
pero por sí, ó por no, yo me los darè quand
tenga gana, y el tiempo me dè comodidad pa
ra castigarme. Dios lo haga, respondió Don
Quixote, y los Cielos te dèn gracia para qu
caygas en la cuenta, y en la obligacion que t
corre de ayudar à mi señora, que lo es tuya
pues tu eres mio. En estas platicas iban siguien
do su camino, quando llegaron al mismo sitio
y lugar donde fueron atropellados de los toros
reconociendole Don Quixote, dixo à Sancho
Este es el prado donde topamos à las bizarras
Pastoras, y gallardos Pastores, que en èl que-
rían renovar, è imitar à la pastoral Arcadia
pensamiento tan nuevo, como discreto, à cuya
im-

mitacion, ſi es que à tí te parece bien, quer-
la, ó Sancho, que nos convirtieſſemos en Paſ-
ores, ſiquiera el tiempo que tengo de eſtár re-
cogido; yo comprarè algunas ovejas, y todas
as demàs coſas, que al paſtoral exercicio ſon
neceſſarias, y llamandome yo el Paſtor Quixo-
íz, y tu el Paſtor Pancino, nos andarèmos por
os montes, por las ſelvas, y por los prados,
cantando aqui, endechando alli, bebiendo de
los liquidos cryſtales de las fuentes, ò yá de los
limpios arroyuelos, ó de los caudaloſos rios:
daránnos con abundantiſſima mano de ſu dul-
ciſſimo fruto las encinas, aſſiento los troncos
de los duriſſimos alcornoques, ſombra los ſau-
ces, olor las roſas, alfombras de mil colores
matizadas los eſtendidos prados, aliento el ay-
re claro, y puro, luz la Luna, y las Eſtrellas,
à peſar de la obſcuridad de la noche, guſto el
canto, alegria el lloro, Apolo verſos, el Amor
conceptos, con que podrèmos hacernos eter-
nos, y famoſos, no ſolo en los preſentes, ſino
en los venideros ſiglos. Par diez, dixo Sancho,
que me ha quadrado, y aun eſquinado tal gene-
ro de vida, y mas, que no la ha de haver aun
bien viſto el Bachillèr Sansón Carraſco, y Maeſ-
ſe Nicolás el Barbero, quando la han de que-
rer ſeguir, y hacerſe Paſtores con noſotros, y
aun quiera Dios no le venga en voluntad al
Cura de entrar tambien en el apriſco, ſegun es
de alegre, y amigo de holgarſe. Tu has dicho
bien,

bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse
Bachillèr Sansón Carrasco, si entra en el pasto
ral gremio, (como entrará sin duda) el Pasto
Sansonino, ó yá el Pastor Carrascón: el Barbe
ro Nicolas se podrá llamar Niculoso, como y
el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cur
no sè qué nombre le pongamos, sino es algu
derivativo de su nombre, llamandole el Pasto
Curiambro: las Pastoras, de quien hemos d
ser amantes, como entre peras podrèmos esco
ger sus nombres; y pues el de mi señora qua
dra assi al de Pastora, como al de Princesa
no hay para què cansarme en buscar otro, qu
mejor le venga: tu, Sancho, pondrás à la tu
ya el que quisieres. No piensso, respondió San
cho, ponerla otro, sino el de Teresona, qu
la vendrá bien con su gordura, y con el pro
prio que tiene, pues se llama Teresa; y mas
que celebrandola yo en mis versos, vengo
descubrir mis castos deseos, pues no ando
buscar pan de trastrigo por las casas agenas: e
Cura no será bien que tenga Pastora, por dá
buen exemplo; y si quisiere el Bachiller tener
la, su alma en su palma. Valame Dios, dixo
Don Quixote, y què vida nos hemos de dár
Sancho amigo, què de churumbelas han d
llegar à nuestros ohidos, què de Gaytas Zamo
ranas, qué de Tamborines, y que de Sonajas
y qué de Rabeles; pues què si de estas diferen
cias de musica resuena la de los Albogues, all

e verán casi todos los instrumentos pastorales. Què son Albogues, preguntó Sancho, que ni los he ohido nombrar, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas à modo de candeleros de zofar, que dando una con otra, por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable, ni harmonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la Gayta, y de el Tamborino; y este nombre Albogues es Morisco, como lo son todos aquellos, que en nuestra lengua Castellana comienzan en Al: conviene à saber, Almohaza, Almorzar, Alhombra, Alguacil, Alucemo, Almacèn, Alcancía, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son Moriscos los quales acaban en i, y son Borsegui, Zaquizami, y Maravedí: Alhelí, y Alfaqui, tanto por el Al primero, como por el i, en que acaban, son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho de passo, por havermelo reducido à la memoria la ocasion de haver nombrado Albogues; y assi hanos de ayudar mucho à poner en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto poeta, como tu sabes, y el serlo tambien en estremo el Bachillèr Sansón Carrasco. Del Cura no digo nada, pero yo apostaré, que debe de tener sus Puntas, y collares de Poeta: y que las tenga tambien Maesse Nicolas, no dudo en ello, porque todos, ò los mas son Guitarristas, y Co-

ple-

pleros , yo me quexarè de auſencia , tu te ala
barás de firme enamorado; el Paſtor Carraſcó
deſdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que
mas puede ſervirſe ; y aſſi andará la coſa, qu
no haya mas que deſear. A lo que reſpondi
Sancho: Yo ſoy , ſeñor , tan deſgraciado , qu
temo no ha de llegar el dia en que en tal exer
cicio me vea: ó què polidas cucharas tengo d
hacer quando paſtor me vea , qué de miga
què de natas , què de guirnaldas, y què de za
randajas paſtoriles, que pueſto que no me gran
geen fama de diſcreto , no dexarán de gran
gearme la de ingenioſo. Sanchica mi hija no
llevará la comida al hato; pero guarda, que e
de buen parecer, y hay Paſtores mas malicio
ſos , que ſimples , y no querría que fueſſe po
lana, y bolvieſſe traſquilada ; y tambien ſuele
andar los amores , y los no buenos deſeos po
el campo , como por las Ciudades , y por la
paſtorales Chozas , como por los Reales Pala
cios; y quitada la cauſa , ſe quita el pecado ;
ojos que no vén, corazon que no quiebra ;
mas vale ſalto de mata, que ruego de hombre
buenos. No mas refranes , Sancho , dixo Do
Quixote, pues qualquiera de los que has dich
baſta para dár à entender tu penſamiento ,
muchas veces te he aconſejado , que no ſea
tan prodigo de refranes , y que te vayas á l
mano en decirlos; pero pareceme, que es pre
dicar en deſierto, y caſtigame mi madre, y y
trom-

rompogelas. Pareceme, reſpondió Sancho, que ueſtra merced es como lo que dicen, dixo la artèn à la caldera, quitarte allá ojinegra: eſ- ame reprehendiendo, que no diga yo refranes, enſartales vueſtra merced de dos en dos. Mi- a, Sancho, reſpondió Don Quixote, yo tray- o los refranes à propoſito, y vienen, quando os digo, como anillo en el dedo; pero traeſ- os tu tan por los cabellos, que los arraſtras, no los guias: y ſino me acuerdo mal, otra ez te he dicho, que los refranes ſon ſenten- ias breves, ſacadas de la experiencia, y eſpe- ulacion de nueſtros antiguos ſabios, y el re- án, que no viene à propoſito, antes es diſpa- ate, que ſentencia; pero dexemonos de eſto, pues ya viene la noche, retiremonos del ca- ino Real algun trecho, donde paſſarémos eſ- a noche, y Dios ſabe lo que ſerá mañana. Re- raronſe, cenaron tarde, y mal, bien contra la oluntad de Sancho, à quien ſe le repreſenta- an las eſtrechezas de la Andante Cavalleria, ſadas en las ſelvas, y en los montes, ſi bien l vez la abundancia ſe moſtraba en los Caſ- llos, y Caſas, aſſi de Don Diego de Miran- a, como en las bodas del rico Camacho, y e Don Antonio Moreno; pero conſideraba no ſer poſſible ſer ſiempre de dia, ni ſiempre de noche, y aſſi paſſó aquella durmiendo, y ſu amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura, que aconteció à Don Quixote.

ERa la noche algo obscura, puesto que la Luna estaba en el Cielo: pero no en parte que pudiesse ser vista, que tal vez la señora Diana se vá à passear à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles obscures. Cumplió Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dár lugar al segundo: bien al revès de Sancho, que nunca tuvo segu-

do,

lo, porque le duraba el ſueño deſde la noche, haſta la mañana, en que ſe moſtraba ſu buena complexion, y pocos cuydados; los de Don Quixote le deſvelaron de manera, que deſpertó à Sancho, y le dixo: Maravillado eſtoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino, que eres hecho de marmol, ù duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni ſentimiento alguno: yo velo quando tu duermes, yo lloro quando tu cantas, yo me deſmayo de ayuno quando tu eſtás perezoſo, y deſalentado de puro harto: de buenos criados es con llevar las penas de ſus ſeñores, y ſentir ſus ſentimientos, por el bien parecer ſiquiera; mira la ſerenidad de eſta noche, la ſoledad en que eſtamos, que nos combida à entremeter alguna vigilia entre nueſtro ſueño; levantate por tu vida, y deſviate algun trecho de aqui, y con buen animo, y lenuedo agradecido date treſcientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los del desencanto de Dulcinèa; y eſto rogando te lo ſuplico, que no quiero venir contigo à los brazos, como la otra vez, porque sè que los tienes pesados: deſpues que te hayas dado, paſſarèmos lo que reſta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tu, tu firmeza, dando deſde ahora principio al exercicio paſtoral, que hemos de tener en nueſtra Aldèa. Señor, reſpondió Sancho, no ſoy yo Religioſo, para que deſde la mitad de mi ſueño me levante, y me diſcipli-

ne, ni menos me parece, que del eſtremo de
dolor de los azotes ſe pueda paſſar al de la mu
ſica; vueſtra merced me dexe dormir, y no m
apriete en lo del azotarme, que me hará hace
juramento de no tocarme jamás al pelo del fa
yo, no que al de mis carnes. O alma endureci
da! ò eſcudero ſin piedad! ò pan mal emplea
do, mercedes mal conſideradas las que te h
hecho, y pienſo hacer! Por mi te has viſto Go
vernador, y por mi te vès con eſperanzas pro
pinquas de ſer Conde, ò tener otro titulo equi
valente, y no tardará el cumplimiento de ella
mas de quanto tarde en paſſar eſte año, que y
poſt tenebras ſpero lucem. No entiendo eſſo, re
plicó Sancho, ſolo entiendo, que en tanto qu
duermo, ni tengo temor, ni eſperanza, ni tra
bajo, ni gloria; y bien haya el que inventó e
ſueño, capa que cubre todos los humanos pen
ſamientos, manjar, que quita la hambre, agu
que ahuyenta la ſed, fuego que calienta el fri
frio que templa el ardor; y finalmente, mone
da general con que todas las coſas ſe compra
balanza, y peſo que iguala al Paſtor con el Rey
y al ſimple con el diſcreto: ſolo una coſa tien
mala el ſueño, ſegun he ohido decir, y es, qu
ſe parece à la muerte, pues de un dormido
un muerto hay muy poca diferencia. Nunca
he ohido hablar, Sancho, dixo Don Quixot
tan elegantemente como ahora, por donde ve
go à conocer ſer verdad el refrán, que tu a
gunas

gunas veces ſueles decir: No con quien naces, ino con quien paces. Ha, peſia tal, replicó Sancho, ſeñor nueſtro amo, no ſoy yo ahora el que enſarta refranes, que tambien à vueſtra merced ſe le caen de la boca de dos en dos, nejor que à mi, ſino que debe de haver entre os mios, y los ſuyos eſta diferencia, que los le vueſtra merced vendrán à tiempo, y los mios deshora; pero en efecto todos ſon refranes. En eſto eſtaban quando ſintieron un ſordo eſruendo, y un aſpero ruído, que por todos aquelos valles ſe eſtendia: levantóſe en piè Don Quixote, y puſo mano à la eſpada, y Sancho e agazapó debaxo de el rucio, poniendoſe à los ados el lio de las armas, y la albarda de ſu jumento, tan temblando de miedo, como albootado Don Quixote: de punto en punto iba reciendo el ruído, y llegandoſe cerca à los dos emeroſos (à lo menos el uno) que el otro ya e ſabe ſu valentía. Es, pues, el caſo que llevaban unos hombres à vender en una Feria mas le ſeiſcientos puercos, con los quales caminaban à aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, el gruñir, y el bufar, que enſorlecieron los ohidos de Don Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ſer podia: llegó e tropèl la eſtendida, y gruñidora pyara, y ſin ener reſpeto à la autoridad de Don Quixote, ni à la de Sancho, paſſaron por encima de los los, deshaciendo las trincheras de Sancho, y

der-

derribando, no solo à Don Quixote, sino lle-
vando por añadidura à Rocinante; el tiopèl, e
gruñir, y la presteza con que llegaron los ani-
males inmundos, puso en confusion, y por e
suelo à la albarda, à las armas, al Rucio, à Ro
cinante, à Sancho, y à Don Quixote: levantó
se Sancho como mejor pudo, y pidió à su am
la espada, diciendole, que quería matar me-
dia docena de aquellos señores, y descomedi-
dos puercos, que ya havia conocido, que l
eran. Don Quixote le dixo: dexalos estár, ami-
go, que esta afrenta es pena de mi pecado; j
justo castigo de el Cielo es, que un Cavaller
Andante vencido le coman adivas, y le piquet
avispas, y le hollen puercos. Tambien deve d
ser castigo del Cielo, respondió Sancho, que
los escuderos de los Cavalleros vencidos lo
puncen moscas, los coman piojos, y les embist
la hambre; si los escuderos fueramos hijos d
los Cavalleros à quien servimos, ò parientes su
yos muy cercanos, no fuera mucho que no
alcanzára la pena de sus culpas, hasta la quart
generacion; pero què tienen que vèr los Panza
con los Quixotes? Ahora bien, tornemonos
acomodar, y durmamos lo poco que queda d
la noche, y amanecerá Dios, y medrarèmos
Duerme tu, Sancho, respondió Don Quixote
que naciste para dormir, que yo que nací par
velar, en el tiempo que falta de aqui al di
daré rienda à mis pensamientos, y los desfoga
ré

é en un Madrigalete, que, ſin que tu lo ſepas, noche compuſe en la memoria. A mi me pa-ece, reſpondió Sancho, que los penſamientos, ue dán lugar à hacer coplas, no deben de ſer nuchos; vueſtra merced coplee quanto quiſie-e, que yo dormiré quanto pudiere; y luego omando en el ſuelo todo quanto quiſo, ſe acur-ucó, y durmió à ſueño ſuelto, ſin que fianzas, i deudas, ni dolor alguno ſe lo eſtorvaſſe. Don Quixote arrimado à un tronco de una ha-a, ù de un alcornoque (que Cide Hamete enengeli no díſtingue el arbol que era) al ſon e ſus miſmos ſuſpiros cantó de eſta ſuerte:

AMor, quando yo pienſo
En el mal, que me dás terrible, y fuerte,
Voy corriendo à la muerte,
Penſando aſſi acabar mi mal inmenſo;
Mas en llegando al paſſo,
Que es puerto en eſte mar de mi tormento,
Tanta alegria ſiento,
Que la vida ſe esfuerza, y no le paſſo:
Aſſi el vivir me mata,
Que la muerte me torna à dár la vida:
O condicion no obida,
La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verſo de eſtos acompañaba con mu-hos ſuſpiros, y no pocas lagrimas, bien como quel cuyo corazon tenian traſpaſſado con el do-

dolor del vencimiento, y con la ausencia o
Dulcinèa. Llegóse en esto el dia, dió el Sol co
sus rayos en los ojos à Sancho, despertó, y e
perezóse, sacudiendose, y estirandose los per
zosos miembros: miró el destrozo que havia
hecho los puercos en su reposteria, y maldix
la pyara, y aun mas adelante. Finalmente, bo
vieron los dos à su comenzado camino, y
declinar de la tarde vieron, que àcia ellos ve
nían hasta diez hombres de à cavallo, y quatr
ò cinco de à piè: sobresaltóse el corazon d
Don Quixote, y azoróse el de Sancho, porqu
la gente, que se les llegaba traía lanzas, y ada
gas, y venía muy à punto de guerra. Bolvió
Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudie
ra, Sancho, exercitar mis armas, y mi promes
no me huviera atado los brazos; esta maquina
que sobre nosotros viene, la tuviera yo por to
tas, y pan pintado, pero podria ser fuesse otr
cosa de la que tememos. Llegaron en esto lo
de à cavallo, y arbolando las lanzas, sin habla
palabra alguna, rodearon à Don Quixote, y
las pusieron à las espaldas, y pechos, amena
zandole de muerte: uno de los de à piè, pues
un dedo en la boca, en señal de que callasse
asió del freno de Rocinante, y le sacó del ca
mino; y los demás de à piè, antecogiendo
Sancho, y al rucio, guardando todos maravi
lloso silencio, siguieron los passos del que lle
vaba à Don Quixote, el qual dos, ò tres vece

qui-

uiſo preguntar adonde le llevaban, ò que que-
ian? Pero apenas comenzaba à mover los la-
ios, quando ſe los iban à cerrar con los hier-
os de las lanzas; y à Sancho le acontecia lo
niſmo, porque apenas daba mueſtras de hablar,
uando uno de los de à piè con un aguijón le
unzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como
i hablar quiſiera. Cerró la noche, apreſuraron
l paſſo, creció en los dos preſos el miedo, y
nas quando oyeron, que de quando en quando
es decian: caminad, Trogolditas, callad, Bar-
aros, pagad, Antropofagos, no os quexeis,
icytas, ni abrais los ojos, Polifemos matado-
es, Leones carniceros, y otros ſemejantes à
ſtos, con que atormentaban los ohidos de los
niſerables amo, y mozo. Sancho iba diciendo
ntre sí: Noſotros Tortolitas? noſotros Barba-
os, ni eſtropajos? noſotros perritas, à quien
licen cita, cita? No me contentan nada eſtos
ombres; à mal viento vá eſta parva, todo el
nal nos viene junto, como al perro los palos,
y ojala paraſſe en ellos lo que amenaza eſta
ventura tan deſventurada. Iba Don Quixote
mbelezado, ſin poder atinar con quantos diſ-
urſos hacia, que ſerian aquellos nombres lle-
os de vituperios, que les ponian, de los quales
acaba en limpio, no eſperar ningun bien, y te-
ner mucho mal. Llegaron en eſto una hora caſi
le la noche à un Caſtillo, que bien conoció
Don Quixote, que era el del Duque, donde

ha-

havia poco que havian estado. Valgame Dios oi
dixo assi como conoció la estancia, y que ser
esto? sí, que en esta casa todo es cortesìa,
buen comedimiento; pero para los vencidos
bien se buelve en mal, y el mal en peor. En
traron al patio principal del Castillo, y vie
ronle aderezado, y puesto de manera, que le
acrecentó la admiracion, y les dobló el mie
do, como se verá en el siguiente Capitulo.

CAPITULO LXIX.

*Del mas raro, y mas nuevo suceſſo, que en tod
el discurso de esta grande Historia avino
à Don Quixote.*

APearonse los de à cavallo, y junto con lo
de à piè, tomando en peso, y arrebatada
mente à Sancho, y à Don Quixote, los entra
ron en el Palacio, al rededor del qual ardia
casi cien hachas puestas en sus blandones; y po
los corredores del patio mas de quinientas lumi
narias, de modo, que à pesar de la noche (qu
se mostraba algo obscura) no se echaba de vè
la falta del dia. En medio del patio se levanta
ba un tumulo como dos varas del suelo, cubier
to todo con un grandissimo Dosèl de terciopel
negro, al rededor del qual, por sus gradas, ar
dian velas de cera blanca sobre mas de cien can
deleros de plata; encima del qual tumulo s

mos-

loſtraba un cuerpo muerto de una tan hermoſa
oncella, que hacia parecer con ſu hermoſura
ermoſa à la miſma muerte: tenia la cabeza ſo-
re una almohada de brocado, coronada con
na guirnalda de diverſas, y odoriferas flores
xida, las manos cruzadas ſobre el pecho, y
ntre ellos un ramo de amarilla, y vencedora
alma: à un lado del patio eſtaba pueſto un tea-
o, y en dos ſillas ſentados dos perſonages,
ue por tener coronas en las cabezas, y cetros
n las manos, daban ſeñales de ſer algunos Re-
es, yá verdaderos, ò yá fingidos: al lado de
ſte teatro, adonde ſe ſubia por algunas gra-
as, eſtaban otras dos ſillas, ſobre las quales,
os que traxeron los preſos, ſentaron à Don
)uixote, y à Saucho, todo eſto callando, y
andoles à entender con ſeñales à los dos, que
ſſimiſmo callaſſen; pero ſin que ſe lo ſeñaláran
alláran ellos, porque la admiracion de lo que
ſtaban mirando los tenia atadas las lenguas:
ubieron en eſto al teatro con mucho acompaña-
niento dos principales perſonages, que luego
ueron conocidos de Don Quixote ſer el Duque,
la Duqueſa ſus hueſpedes, los quales ſe ſenta-
on en dos riquiſſimas ſillas junto à los dos, que
arecian Reyes. Quien no ſe havia de admirar
on eſto, añadiendoſe à ello haver conocido
). Quixote, que el cuerpo muerto, que eſtaba
obre el tumulo, era de la hermoſa Altiſidora?
l ſubir el Duque, y la Duqueſa en el teatro, ſe

le-

levantaron Don Quixote, y Sancho, y les h
cieron una profunda humillacion, y los Duqu
hicieron lo mismo, inclinando algun tanto l
cabezas: salió en esto de través un Ministro,
llegandose à Sancho, le echó una ropa de b
cací negro encima, toda pintada con llam
de fuego, y quitandole la caperuza, le puso e
la cabeza una coroza, al modo de las que sa
can los penitenciados por el Santo Oficio,
dixole al ohido, que no descosiesse los labio
porque le echarian una mordaza, ò le quitaria
la vida. Mirabase Sancho de arriba abaxo, veía
se ardiendo en llamas; pero como no le que
maban, no las estimaba en dos ardites: quitó
se la coroza, vióla pintada de diablos, bolvió
sela à poner, diciendo entre sì: Aun bien, qu
ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirab
le tambien Don Quixote, y aunque el temor l
tenía suspensos los sentidos, no dexó de reírs
de vèr la figura de Sancho: comenzó en esto
salir, al parecer, debaxo de el tumulo un so
sumisso, y agradable de flautas, que por n
ser impedido de alguna humana voz, porqu
en aquel sitio el mismo silencio guardaba si
lencio, assimismo se mostraba blando, y amo
roso. Luego hizo de sì improvisa muestra, jun
to à la almohada del, al parecer cadaver, u
hermoso mancebo vestido à lo Romano, y qu
al son de una harpa, que el mismo tocaba
cantó con suavissima, y clara voz estas dos.

ES-

ESTANCIAS

EN tanto que en sí buelve Altisidora.
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote.
Y en tanto que à sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta, y de anascote,
Cantaré su belleza, y su desgracia
Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.
Y aun no sè la figura, que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienso mover la voz à ti debida,
Libre mi alma de su estrecha roca
Por el estigio lago conducida
Celebrandote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta sazon uno de los dos ue parecian Reyes; no mas, cantor divino, ue sería proceder en infinito representarnos hora la muerte, y las gracias de la sin par Alisidora, no muerta, como el mundo ignorante ienfa, fino viva en las lenguas de la fama, y n la pena, que para bolverla à la perdida luz a de paffar Sancho Panza, que eftá prefente; y ffi, ò tu, Radamanto, que conmigo juzgas n las cabernas lobregas de Leteo, pues fabes

todo

todo aquello, que en los ineſcrutables had
eſtá determinado, acerca de bolver en sí el
doncella, dilo, y declaralo luego, porque
ſe nos dilate el bien, que en ſu nueva buel
eſperamos. Apenas huvo dicho eſto Mino
Juez, y compañero de Radamanto, quando
levantandoſe en piè Radamanto, dixo: Ea, M
niſtros de eſta caſa, altos, y baxos, grande
y chicos, acudid unos tras otros, y ſellad
roſtro de Sancho con veinte y quatro mamona
y doce pellizcos, y ſeis alfilerazos, brazos, y l
mos, que en eſta ceremonia conſiſte la ſalud
Altiſidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, ron
pió el ſilencio, y dixo: Voto à tal, aſſi me d
xe yo ſellar el roſtro, ni manoſearme la car
como bolverme Moro. Cuerpo de mi, què tie
que vèr manoſearme el roſtro, con la reſurre
cion de eſta doncella? Regoſtóſe la vieja à l
bledos: encantan à Dulcinèa, y azotanme pa
que ſe deſencante? Muereſe Altiſidora de m
les, que Dios quiſo darla, y hanla de reſucit
hacerme à mi veinte y quatro mamones, y ac
barme el cuerpo à alfilerazos, y acardenala
me los brazos con pellizcos? Eſſas burlas à u
cuñado, que yo ſoy perro viejo, y no hay co
migo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Rada
manto; ablandate, Tigre, humillate, Nembr
ſobervio, y ſufre, y calla, pues no te piden im
poſſibles, y no te metas en averiguar las dificu
tades de eſte negocio; mamonado has de ſe

acri-

crivillado te has de vèr, pellizcado has de ge-
nir: Ea, digo, Miniſtros, cumplid mi man-
lamiento, ſino, por la fee de hombre de bien,
ue haveis de vèr para lo que naciſteis. Parecie-
on en eſto, que por el patio venian haſta ſeis
ueñas en proceſſion, unas tras otras, las qua-
ro con anteojos, y todas levantadas las manos
erechas en alto, con quatro dedos de muñecas
e fuera, para hacer las manos mas largas (co-
no ahora ſe uſa.) No las huvo viſto Sancho,
uando bramando como un toro, dixo: Bien
odré yo dexarme manoſear de todo el mundo;
ero conſentir, que me toquen dueñas, eſſo no:
ateenme el roſtro, como hicieron à mi amo
n eſte miſmo Caſtillo: traſpaſſenme el cuerpo
on puntas de dagas buídas: atenacenme los
razos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré
n paciencia, ò ſerviré à eſtos ſeñores; pero
ue me toquen dueñas no lo conſetiré, ſi me
levaſſe el diablo. Rompió tambien el ſilencio
Don Quixote, diciendo à Sancho: Tèn pacien-
ia, hijo, y dá guſto à eſtos ſeñores, y muchas
racias al Cielo, por haver pueſto tal virtud en
u perſona, que con el martyrio de ella defen-
antes los encantados, y reſuciten los muertos.
Ya eſtaban las dueñas cerca de Sancho, quando
l mas blando, y mas perſuadido, poniendoſe
ien en la ſilla, dió roſtro, y barba à la pri-
nera, la qual le hizo una mamona muy bien
ellada, y luego una gran reverencia. Menos

cor-

cortesía, menos muda, señora dueña (dixo San
cho) que por Dios, que traeis las manos olien
do à vinagrillo. Finalmente, todas las dueña
le sellaron, y otra mucha gente de casa le pe
llizcaron; pero lo que èl no pudo sufrir fuè e
punzamiento de los alfileres, y assi se levant
de la silla, al parecer mohino; y haciendo d
una hacha encendida, que junto à èl estaba
dió tras las dueñas, y tras todos sus verdugos
diciendo: Afuera, ministros infernales, que n
soy yo de bronce para no sentir tan extraordi
narios martyrios. En esto Altisidora, que de
bia de estár cansada, por haver estado tant
tiempo supina, se bolvió de un lado; visto l
qual por los circunstantes, casi todos à una vo
dixeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive
Mandó Radamanto à Sancho, que depusiesse l
ira, pues ya se havia alcanzado el intento, qu
se procuraba. Assi como Don Quixote vió re
bullir à Altisidora, se fuè à poner de rodilla
delante de Sancho, diciendole: Ahora es tiem
po, hijo de mis entrañas, no que escudero mio
que te dés algunos de los azotes, que estás obli
gado à dár por el desencanto de Dulcinèa. Ah
ra digo, que es el tiempo donde tienes sazona
da la virtud, y con eficacia de obrar el bien
que de tì se espera. A lo que respondió Sancho
Esto me parece Argado sobre Argado, y n
miel sobre ojuelas; bueno sería, que tras pe
llizcos, mamonas, y alfilerazos, viniessen abor

los

os azotes; no tienen mas que hacer ſino tomar
na gran piedra, y atarmela al cuello, y dár
onmigo en un pozo, de lo que à mi no peſaría
nucho, ſi es que para curar los males agenos
engo yo de ſer la baca de la boda. Dexenme,
no por Dios que lo arroje, y lo eche todo à
rece, aunque no ſe venda. Ya en eſto ſe havia
entado en el tumulo Altiſidora, y al miſmo
inſtante ſonaron las chirimias, à quien acom-
pañaron las flautas, y las voces de todos, que
claimaban: Viva Altiſidora, Altiſidora viva.
evantaronſe los Duques, y los Reyes Minos,
Radamanto, y todos juntos con Don Quixo-
e, y Sancho fueron à recibir à Altiſidora, y à
axarla de el tumulo; la qual haciendo de la
leſmayada, ſe inclinó à los Duques, y à los
Reyes; y mirando de través à Don Quixote, le
lixo: Dios te lo perdone deſamorado Cava-
lero, pues por tu crueldad he eſtado en el otro
nundo, à mi parecer, mas de mil años; y à tí,
el mas compaſſivo eſcudero, que contiene el
Orbe, te agradezco la vida, que poſſeo; diſpon
leſde hoy mas, amigo Sancho, de ſeis camiſas
nias, que te mando, para que hagas otras ſeis
ara tí; y ſi no ſon todas ſanas, à lo menos ſon
odas limpias. Beſóle por ello las manos San-
ho, con la coroza en la mano, y las rodillas
n el ſuelo. Mandó el Duque, que ſe la quitaſ-
en, y le bolvieſſen ſu caperuza, y le puſieſſen
l ſayo, y le quitaſſen la ropa de las llamas. Su-

plicó Sancho al Duque, que le dexaſſe la ropa, mytra, que las queria llevar à ſu tierra por ſeña y memoria de aquel nunca viſto ſuceſſo. La Du queſa reſpondió, que sí dexarian, que ya ſabí èl quan grande amiga ſuya era. Mandò el Du que deſpejar el patio, y que todos ſe recogie ſen à ſus eſtancias, y que à Don Quixote, y Sancho los llevaſſen à las que ellos ya ſabian.

CAPITULO LXX.

Que ſigue al de ſeſenta y nueve, y trata de coſa no eſcuſadas para la claridad de eſta Hiſtoria.

DUrmió Sancho aquella noche en una car riola en el miſmo apoſento de Don Qui xote: coſa, que èl quiſiera eſcuſarla, ſi pudiera porque bien ſabía, que ſu amo no le havia d dexar dormir à preguntas, y à reſpueſtas, y n ſe hallaba en diſpoſicion de hablar mucho, por que los dolores de los martyrios paſſados lo tenia preſentes, y no le dexaban libre la len gua; y vinierale mas à cuento dormir en un choza ſolo, que no en aquella rica eſtanci acompañado. Salióle ſu temor tan verdadero, ſu ſoſpecha tan cierta, que apenas huvo entra do ſu ſeñor en el lecho, quando dixo: Què t parece, Sancho, del ſuceſſo de eſta noche Grande, y poderoſa es la fuerza del deſdèn de

ſa-

namorado, como por tus mismos ojos has vis-
to muerta à Altisidora, no con otras saetas, ni
con otra espada, ni con otro instrumento bèli-
co, ni con venenos mortiferos, sino con la con-
sideracion del rigor, y el desdén, con que yo siem-
pre la he tratado. Murierase ella en hora bue-
na quando quisiera, y como quisiera, respondió
Sancho, y dexarame à mi en casa, pues ni yo
la enamoré, ni la desdeñé en mi vida; yo no
sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de
Altisidora, doncella mas antojadiza, que dis-
creta, tenga que vèr (como otra vez he dicho)
con los martyrios de Sancho Panza. Ahora sì,
que vengo à conocer clara, y distintamente,
que hay encantadores, y encantos en el mun-
do, de quien Dios me libre, pues yo no me sè
librar; con todo esso, suplico à vuestra merced
me dexe dormir, y no me pregunte mas, si no
quiere que me arroje por una ventana abaxo.
Duerme, Sancho, amigo, respondió Don Qui-
xote, si es que te dán lugar los alfilerazos, y
pellizcos recibidos, y las mamonas hechas.
Ningun dolor, respondió Sancho, llegó à la
afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que
por havermelas hecho dueñas, que confundi-
das sean; y torno à suplicar à vuestra merced,
me dexe dormir, porque el sueño es alivio de
las miserias de los que las tienen despiertas.
Sea assi, dixo Don Quixote, Dios te acompa-
ñe. Durmieronse los dos, y en este tiempo qui-

so escrivir, y dár cuenta Cide Hamete, Autho
de esta grande Historia, què les movió à lo
Duques à levantar el edificio de la maquin
referida; y dice, que no haviendosele olvidad
al Bachillèr Sansón Carrasco, quando el Cava
llero de los Espejos fuè vencido, y derribad
por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caíd
borró, y deshizo todos sus designios, quis
bolver à provar la mano, esperando mejor su
cesso, que el passado: y assi, informandose de
Page, que llevó la carta, y presente à Teres
Panza, muger de Sancho, adonde Don Qui
xote quedaba, buscó nuevas armas, y cavallo
y puso en el escudo la blanca Luna, llevando
lo todo sobre un macho, à quien guiaba u
Labrador, y no Tomè Cecial, su antiguo escu
dero, porque no fuesse conocido de Sancho, n
de Don Quixote. Llegó, pues, al Castillo de
Duque, que le informó el camino, y derrota
que Don Quixote llevaba, con intento de ha
llarse en las Justas de Zaragoza; dixole assimis
mo las burlas que le havia hecho, con la traz
del desencanto de Dulcinèa, que havia de se
à costa de las posaderas de Sancho; en fin, dió
le cuenta de la burla que Sancho havia hech
à su amo, dandole à entender, que Dulcinè
estaba encantada, y transformada en Labrado
ra, y como la Duquesa su muger havia dado
entender à Sancho que èl era el que se engañ
ba, porque verdaderamente estaba encantad

Dul-

Dulcinèa; de que no poco se rió, y admiró el Bachillèr, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque que si le hallasse, y le vencieſſe, ò no, se bolvieſſe por allí à darle cuenta del suceſſo. Hizolo assi el Bachillèr; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, passó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Bolvióse por el Castillo del Duque, y contóselo todo con las condiciones de la batalla, y que yá Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero Andante, la palabra de retirarse un año en su Aldèa; en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachillèr, que sanasse de su locura, que esta era la intencion que le havia movido à hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido como Don Quixote, fuesse loco. Con esto se despidió del Duque, y se bolvió à su Lugar, esperando en èl à Don Quixote, que tras él venía. De aqui tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y haciendo tomar los caminos cerca, y lexos del Castillo, por todas las partes que imaginó, que podria bolver Don Quixote, con muchos criados suyos de à piè, y de à cavallo, para que por fuerza, ù de grado le traxeſſen al Castillo, si le hallaſſen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que havia

de

de hacer, assi como tuvo noticia de su llegad
mandó encender las hachas, y las luminari
del patio, y poner à Altisidora sobre el tumul
con todos los aparatos, que se han contad
tan al vivo, y tan bien hechos, que de la ver
dad à ellos havia poca diferencia. Y dice m
Cide Hamete, que tiene para sí, ser tan loco
los burladores, como los burlados; y que no e
taban los Duques dos dedos de parecer tonto
pues tanto ahinco ponian en burlarse de do
tontos; los quales el uno durmiendo à sueñ
suelto, y el otro velando à pensamientos desa
tados, les tomó el dia, y la gana de levanta
se: que las ociosas plumas, ni vencido, n
vencedor jamás dieron gusto à Don Quixot
Altisidora (en la opinion de Don Quixote bue
ta de muerte à vida) siguiendo el humor de s
señores, coronada con la misma guirnalda, qu
en el tumulo tenia, y vestida una tunicela c
tafetan blanco, sembrada de flores de oro,
sueltos los cabellos por las espaldas, arrimad
à un baculo de negro, y finissimo evano, ent
en el aposento de Don Quixote, con cuya pr
sencia turbado, y confuso se encogió, y cubr
casi todo con las sabanas, y colchas de la c
ma muda la lengua, sin que acertasse à hace
le cortesìa ninguna. Sentóse Altisidora en u
silla junto à su cabecera; y despues de haver d
do un gran suspiro, con voz tierna, y debilit
da, le dixo: Quando las mugeres principale

las recatadas doncellas atropellan por la hon-
a, y dán licencia à la lengua, que rompa por
odo inconveniente, dando noticia en publico
e los ſecretos, que ſu corazon encierra, en
ſtrecho termino ſe hallan: yo, ſeñor Don Qui-
ote de la Mancha, ſoy una de eſtas, apretada,
encida, y enamorada; pero con todo eſto fu-
rida, y honeſta, tanto, que por ſerlo tanto,
ebentó mi alma por mi ſilencio, y perdí la vi-
a, dos dias há que la conſideracion del rigor
on que me has tratado (ò mas duro que mar-
nol à mis quexas, empedernido Cavallero!)
e eſtado muerta, ò à lo menos juzgada por tal
le los que me han viſto; y ſi no fuera porque el
mor, condoliendoſe de mi, depoſitó mi reme-
lio en los martyrios de eſte buen eſcudero, allá
ne quedára en el otro mundo. Bien pudiera el
mor, dixo Sancho, depoſitarlos en los de mi
ſno, que yo ſe lo agradeciera; pero digame,
eñora, aſſi el Cielo la acomode con otro mas
lando amante que mi amo, què es lo que vió
n el otro mundo? què hay en el Infierno? por-
ue quien muere deſeſperado, por fuerza ha de
ener aquel paradero. La verdad, que os diga,
eſpondió Altiſidora, yo no debí de morir del
odo, pues no entré en el Infierno, que ſi allá
ntrára, una por una no pudiera ſalir de èl, aun-
ue quiſiera; la verdad es, que llegué à la puer-
a, adonde eſtaban jugando haſta una docena
e diablos à la pelota, todos en calzas, y en

ju-

jubón, con balonas guarnecidas con puntas d
randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mi
mo, que les ſervian de puños, con quatro de
dos de brazo de fuera, porque parecieſſen la
manos mas largas, en las quales tenian unas pa
las de fuego; y lo que mas me admiró fuè, qu
les ſervian en lugar de pelotas, Libros, al pa
recer llenos de viento, y de borra: coſa mara
villoſa, y nueva; pero eſto no me admiró tant
como el vèr, que ſiendo natural de los jugado
res el alegrarſe los ganancioſos, y entriſtecerſ
los que pierden, alli en aquel juego todos gru
ñian, todos regañaban, y todos ſe maldecian
Eſſo no es maravilla, reſpondió Sancho, por
que los diablos, jueguen, ò no jueguen, nun
ca pueden eſtár contentos, ganen, ò no ganen
Aſſi debe de ſer, reſpondió Altiſidora; mas ha
otra coſa, que tambien me admira (quiero de
cir, me admiró entonces) y fuè, que al prime
boleo no quedaba pelota en piè, ni de provech
para ſervir otra vez, y aſſi menudeaban Libro
nuevos, y viejos, que eran una maravilla;
uno de ellos, nuevo flamante, y bien enquader
nado, le dieron un papirotazo, que le ſacaro
las tripas, y eſparcieron las ojas con gran fu
ror por el ayre. Dixo un diablo à otro: Mirad
què libro es eſſe. Y el diablo le reſpondió: Eſt
es la ſegunda parte de la Hiſtoria de Don Qui
xote de la Mancha, no compueſta por Cide Ha
mete, ſu primer Author, ſino por un Arogo-

nès.

nés, que èl dice ſer natural de Tordecillas. Quitadmele de ahí, reſpondió el otro diablo, y metedle en los abiſmos del Infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es ? reſpondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que ſi de propoſito yo miſmo me puſiera à hacerlo peor, no acertára. Proſiguieron ſu juego, peloteando otros Libros; y yo por haver ohido nombrar à Don Quixote, à quien tanto amo, y quiero, procuré, que ſe me quedaſſe en la memoria eſta viſion. Viſion debió de ſer ſin duda, dixo Don Quixote, porque no hay otro yó en el mundo, y yá eſſa Hiſtoria anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos le dán de el piè: yo no me he alterado en ohir, que anda como cuerpo fantaſtico por las tinieblas del abiſmo, ni por la claridad de la tierra, porque no ſoy aquel de quien eſſa Hiſtoria trata: ſi ella fuera buena, fiel, y verdadera, tendrá ſiglos de vida; pero ſi fuera mala, de ſu parto à la ſepultura no ſerá muy largo el camino. Iba Altiſidora à proſeguir en quéxarſe de Don Quixote, quando la dixo Don Quixote: Muchas veces os he dicho, ſeñora, que à mi me peſa de que hayais colocado en mi vueſtros penſamientos, pues de los mios antes pueden ſer agradecidos, que remediados; yo nací para ſer de Dulcinèa del Toboſo, y los hados (ſi los huviera) me dedicaron para ella; y penſar que otra alguna hermoſura ha de ocupar el lugar, que en mi

alma

alma tiene, es penſar lo impoſſible: ſuficiente deſengaño es eſte para que os retireis en limites de vneſtra honeſtidad, pues nadie ſe puede obligar à lo impoſſible. Oyendo lo qual Altiſidora, moſtrando enojarſe, y alterarſe, le dixo: Vive el ſeñor Don Vacallao, alma de almirèz, cueſco de datil, mas terco, y duro, que villano rogado, quando tiene la ſuya ſobre el hito, que ſi arremeto à vos, que os tengo de ſacar los ojos; penſais por ventura, don vencido, y don molido à palos, que yo me he muerto por vos? todo lo que haveis viſto eſta noche ha ſido fingido, que no ſoy yo muger, que por ſemejantes camellos havia de dexar, que me dolieſſe un negro de la uña, quanto mas morirme. Eſſo creo yo muy bien, dixo Sancho, que eſto de morirſe los enamorados, es coſa de riſa; bien lo pueden ellos decir, pero hacer, crealo Judas. Eſtando en eſtas platicas entró el muſico, cantor, y Poeta, que havia cantado las dos ya referidas Eſtancias, el qual haciendo una gran reverencia à Don Quixote, dixo: Vueſtra merced, ſeñor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de ſus mayores ſervidores, porque ha muchos dias, que le ſoy muy aficionado, aſſi por ſu fama, como por ſus hazañas. Don Quixote le reſpondió: Vueſtra merced me diga quien es, porque mi cortesía reſponda à ſus merecimientos. El mozo reſpondió, que el muſico, y panegyrico de la noche antes. Por cierto.

to, replicó Don Quixote, vueſtra merced tiene eſtremada voz; pero lo que cantó no me parece que fuè muy à propoſito, porque què tienen que vèr las Eſtancias de Garcilaſo con la muerte de eſta ſeñora? No ſe maraville vueſtra merced de eſſo, reſpondió el muſico, que ya entre los intonſos Poetas de nueſtra edad ſe uſa, que cada uno eſcriva como quiſiere, y hurte de quien quiſiere, venga, ò no venga à pelo de ſu intento; y ya no hay neceſſidad que canten, ò eſcrivan, que no ſe atribuya à licencia poetica. Reſponder quiſiera Don Quixote, pero eſtorvaronlo el Duque, y la Duqueſa, que entraron à verle, entre los quales paſſaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados à los Duques, aſſi con ſu ſimplicidad, como con ſu agudeza. Don Quixote les ſuplicó le dieſſen licencia para partirſe aquel miſmo dia, pues à los vencidos Cavalleros como èl, mas le convenia habitar una zahurda, que no Reales Palacios. Dieronſela de muy buena gana, y la Duqueſa le preguntó, ſi quedaba en ſu gracia Altiſidora. El reſpondió: Señora mia, ſepa vueſtra Señoría, que todo el mal de eſta doncella nace de ociоſidad, cuyo remedio es la ocupacion honeſta, y continua: ella me ha dicho aqui, que ſe uſan randas en el Infierno; y pues ella las debe de ſaber hacer, no las dexe de la mano, que ocupada

pada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera, que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas, mas ponen sus pensamientos en acabar sus taréas, que en pensar en sus amores: por mi lo digo, pues mientras estoy cabando no me acuerdo de mi ohislo, digo de mi Teresa Panza, à quien quiero mas, que à las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo haré, que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por estremo. No hay para què, señora, respondió Altisidora, usar de este remedio, pues la consideracion de las crueldades, que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me la borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui, por no vèr delante de mis ojos, yá no su triste figura, sino su fea, y abominable catadura. Esso me parece, dixo el Duque, à lo que suele decirse: porque aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lagrimas con un pañuelo; y haciendo reverencia à sus señores, se salió del aposento. Mandote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mandote, digo, mala

ventura, pues las has havido con un alma de eſparto, y con un corazon de encina: à fee, que ſi las huvieras conmigo, que otro Gallo te cantára. Acabòſe la platica, viſtióſe Don Quixote, comió con los Duques, y partióſe aquella tarde.

CAPITULO LXXI.

De lo que ſucedió à Don Quixote con ſu eſcudero Sancho yendo à ſu Aldèa.

IBa el vencido, y affendereado Don Quixote penſativo además por una parte, y muy ale-

alegre por otra: causaba su tristeza el vencimiento; y la alegria, el considerar en la virtud de Sancho, como lo havia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrupulo se persuadia à que la enamorada doncella fuesse muerta de veras. No iba Sancho nada alegre, porque le entristecia vèr, que Altisidora no le havia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo, y viniendo en esto, dixo à su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado Medico, que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay Phisicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace èl, sino el Boticario, y catalo cantusado; y à mi, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y azotes, no me dán un ardite; pues yo le voto à tal, que si me traen à las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias: que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me haya dado el Cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bobilis bobilis. Tu tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haverte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data* que no te ha costado estudio alguno, mas que estu-

eſtudio es recibir martyrios en tu perſona ; de
ni te sè decir , que ſi quiſieras paga por los
zotes del deſencanto de Dulcinèa , yá te la
uviera dado tal como buena ; pero no sè ſi
endrá bien con la cura la paga , y no querría,
que impidieſſe el premio á la medicina : con
odo eſſo me parece , que no ſe perderá nada
n probarlo ; mira , Sancho , el que quieres , y
zotate luego , y pagate de contado , y de tu
propria mano , pues tienes dineros mios : à cu-
os ofrecimientos abrió Sancho los ojos , y las
rejas de un palmo , y dió conſentimiento en
u corazon à azotarſe de buena gana ; y dixo
ſu amo : ahora bien , ſeñor , yo quiero diſpo-
erme à dár guſto à vueſtra merced en lo que
leſea , con provecho mio , que el amor de mis
ijos , y de mi muger me hace que me mueſ-
re intereſſado : digame vueſtra merced quanto
ne dará por cada azote que me diere ? Si yo
e huviera de pagar , Sancho , reſpondió Don
Quixote , conforme lo que merece la grandeza,
caridad de eſte remedio , el teſoro de Vene-
ia , y las minas del Potosí fueran poco para
agarte : toma tu el tiento à lo que llevas mio,
pon el precio à cada azote. Ellos , reſpondió
ancho , ſon tres mil treſcientos y tantos , de
ſtos me he dado haſta cinco , quedan los de-
más ; entren entre los tantos eſtos cinco , y
engamos à los tres mil y treſcientos , que à
uartillo cada uno (que no llevaré menos ſi to-

do

do el mundo me lo mandaſſe) montan tres mi
y treſcientos quartillos, que ſon los tres mil
mil y quinientos medios reales, que hacen ſe-
tecientos y cinquenta reales, y los treſcientos
hacen ciento y cinquenta medios reales, que
vienen à hacer ſeſenta y cinco reales, que jun-
tandoſe à los ſeteſcientos y cinquenta, ſon por
todos ochocientos y veinte y cinco reales. Eſ-
tos desfalcaré yo de los que tengo de vueſtra
merced, y entraré en mi caſa rico, y conten-
to, aunque bien azotado, porque no ſe toman
truchas; y no digo mas. O Sancho bendito
O Sancho amable! reſpondió Don Quixote, y
quan obligados hemos de quedar Dulcinèa, y
yo à ſervirte todos los dias que el Cielo nos
diere de vida, ſi ella buelve al sèr perdido
(que no es poſſible ſino que buelva) ſu deſdi-
cha havrá ſido dicha, y mi vencimiento feli-
ciſſimo triunfo! Y mira, Sancho, quando quie
res comenſar la diſciplina, que porque la
abrevies te añado cien reales. Quando? replicó
Sancho, eſta noche ſin falta procure vueſtra
merced, que la tengamos en el campo al Cie-
lo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la
noche eſperada de Don Quixote con la mayo
anſia del mundo, pareciendole, que las ruedas
del Carro de Apolo ſe havian quebrado, y que
el dia ſe alargaba mas de lo acoſtumbrado; bien
aſſi como acontece à los enamorados, que ja-
más ajuſtan la cuenta de ſus deſeos. Finalmen-
te,

e, ſe entraron entre unos amenos arboles, que oco deſviados del camino eſtaban, donde de- ando vacías la ſilla, y albarda de Rocinante, el rucio, ſe tendieron ſobre la verde yerva, cenaron del repueſto de Sancho; el qual ha- iendo del cabeſtro, y de la jaquima del rucio n poderoſo, y flexible azote, ſe retiró haſta einte paſſos de ſu amo entre unas hayas. Don Quixote, que le vió ir con denuedo, y con rio, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas edazos, dá lugar, que unos azotes aguarden otros, no quieras apreſurarte tanto en la car- era, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te dés tan recio, que te alte la vida antes de llegar al numero deſeado; porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo eſtaré deſde aqui contando por eſte mi Roſario los azotes que te dieres: favorezca- e el Cielo conforme tu buena intencion mere- ce. Al buen pagador no le duelen prendas, reſ- pondió Sancho; yo pienſo darme de manera, que ſin matarme me duela, que en eſto debe de conſiſtir la ſubſtancia de eſte milagro. Deſnu- dóſe luego de medio cuerpo arriba, y arreba- tando el cordèl, comenzó à darſe, y comen- zó Don Quixote à contar los azotes. Haſta ſeis, ò ocho ſe avria dado Sancho, quando le pare- ció ſer peſada la burla, y muy varato el precio de ella; y deteniendoſe un poco, dixo à ſu amo, que ſe llamaba engaño, porque merecia

cada azote de aquellos fer pagado à medi
real, no à quartillo. Profigue, Sancho amigo
y no defmayes, le dixo Don Quixote, que y
doblo la parada del precio. De effe modo, d
xo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan azo
tes; pero el focarrón dexó de darfelos en las e
paldas, y daba en los arboles, con unos fufpi
ros de quando en quando, que parecia que co
cada uno de ellos fe le arrancaba el alma. Tie
na la de Don Quixote, temeroso de que no
le acabaffe la vida, y no configuieffe fu defe
por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por t
vida, amigo, que fe quede en efte punto eft
negocio, que me parece muy afpera efta medi
cina, y ferá bien dár tiempo al tiempo, que n
fe ganó Zamora en una hora: mas de mil azo
tes, fi yo no he contado mal, te has dado, ba
ten por ahora, que el afno (hablando à l
groffero) fufre la carga, mas no la fobrecarga
No, no, feñor, refpondió Sancho, no fe ha d
decir por mi, à dineros pagados brazos que
brados; apartafe vueftra merced otro poco,
dexeme dár otros mil azotes fiquiera, que
dos levadas de eftas havrémos cumplido co
efta partida, y aun nos fobrará ropa. Pues tu t
hallas con tan buena difpoficion, dixo Do
Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, que y
me aparto. Bolvió Sancho à fu tarea, contand
de nuevo, y que ya havia quitado las corteza
à muchos arboles: tal era la riguridad con qu

fe

e azotaba ; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya , dixo : Aquí morirá Sansón, y quantos con èl son. Acudió Don Quixote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del rigoroso azote, y asiendo del torcido cabestro , que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tu la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, y à tus hijos : espere Dulcinèa mejor coyuntura, que yo me contendré en los limites de la esperanza propinqua , y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio à gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio , lo quiere assi , respondió Sancho, sea en buen hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando , y no querría resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo assi Don Quixote , y quedandose en pelota , abrigó à Sancho , el qual se durmió hasta que le despertó el Sol , y luego bolvieron à proseguir su camino, à quien dieron fin por entonces en un Lugar, que tres leguas de alli estaba : apearonse en un Meson , que por tal le reconoció Don Quixote, y no por Castillo de cabahonda , torres , rastrillos , y puente levadiza , que despues que le vencieron , con mas juicio en todas las cosas discurria , como ahora se dirá : alojaronle en una sala baxa , à quien servian de guadamaci-

les unas ſargas viejas pintadas, como ſe uſan en las Aldéas: en una de ellas eſtaba pintado de malissima mano el robo de Elena, quando el huesped atrevido ſe la llevó à Menelao; y en otra eſtaba la Hiſtoria de Dido, y Enéas, ellas ſobre una alta torre, como que hacia de ſeñas con una media ſabana al fugitivo huesped que por el mar, ſobre una Fragata, ò Bergantin ſe iba huyendo. Notó en las dos Hiſtorias que Elena no iba de muy mala gana, porque ſe reía à ſocapa, y à lo ſocarrón: pero la hermoſa Dido moſtraba verter lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Eſtas dos ſeñoras fueron deſdichadas, por no haver nacido en eſta edad, y yo ſobre todos deſdichado en no haver nacido en la ſuya: encontrára à aqueſtos ſeñores, no fuera abraſada Troya, ni Cartago deſtruída, pues con ſolo que yo matára à Paris, ſe eſcuſáran tantas deſgracias. Yo apoſtaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haver Bodegón, Venta, ni Meſon, ò Tienda de Barbero, donde no ande pintada la Hiſtoria de nueſtras hazañas; pero querria yo, que la pintaſſen manos de otro mejor Pintor, que el que ha pintado à eſtas. Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque eſte Pintór es como Orbaneja, un Pintór que eſtaba en Ubeda, que quando le preguntaban, que pintaba? Reſpondía, lo que ſaliere; y ſi por ventura pintaba un

Ga-

Gallo, eſcrivia debaxo: *Eſte es Gallo*, porque no penſaſſen, que era Zorra. De eſta manera me parece à mi, Sancho, que debe de ſer el Pintór, ò Eſcritór, que todo es uno, que ſacó à luz la Hiſtoria de eſte nuevo Don Quixote, que ha ſalido, que pintó, ò eſcrivió lo que ſaliere, ò havrá ſido como un Poeta, que andaba estos años paſſados en la Corte, llamado Mauleon, el qual reſpondia de repente à quanto le preguntaban; y preguntandole uno, què queria decir *Deum de Deo*? Reſpondió: *Dè donde diere.* Pero dexando eſto à parte, dime ſi pienſas, Sancho, darte otra tanda eſta noche, y ſi quieres que ſea debaxo de techado, ò al Cielo abierto? Pardiez, ſeñor, reſpondió Sancho, que para lo que yo pienſo darme, lo miſmo ſe me dá en caſa, que en el campo; pero con todo eſſo querria, que fueſſe entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravilloſamente. Pues no ha de ſer aſſi, Sancho amigo, reſpondió Don Quixote, ſino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nueſtra Aldéa, que à lo mas tarde llegarémos allá deſpues de mañana. Sancho reſpondió, que hicieſſe ſu guſto, pero que èl quiſiera concluir con brevedad aquel negocio à ſangre caliente, y quando eſtaba picado el molino, porque en la tardanza ſuele eſtár muchas veces el peligro; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas valia un toma, que

dos

dos te daré; y el paxaro en la mano, que buy-
tre bolando. No mas refranes, Sancho, por u
ſolo Dios, dixo Don Quixote, que parece que
te buelvas al *ſicut erat*; habla à lo llano, à lo
liſo, y no à lo intrincado, como muchas veces
te he dicho, y verás como te vale un pan po
ciento. No sè que mala aventura es eſta mia,
reſpondió Sancho, que no sè decir razon ſin
refran, ni refran, que no parezca razon; pero
yo me enmendaré, ſi pudiere; y con eſto ceſſó
por entonces ſu platica.

CAPITULO LXXII.

De como Don Quixote, y Sancho llegaron à ſu Aldéa.

TOdo aquel dia, eſperando la noche, eſtu-
vieron en aquel Lugar, y Meſon Don
Quixote, y Sancho; el uno, para acabar en la
campaña raſa la tanda de ſu diſciplina; y el
otro, para vèr el fin de ella, en la qual conſiſtia
el de ſu deſeo. Llegó en eſto al Meſon un ca-
minante à cavallo, con tres, ò quatro criados;
uno de los quales dixo al que ſeñor de ellos
parecia: Aqui puede vueſtra merced, ſeñor
Don Alvaro Tarfe, paſſar hoy la ſieſta: la po-
ſada parece limpia, y freſca. Oyendo eſto Don
Quixote, le dixo à Sancho: Mira, Sancho,
quando yo ojeé aquel libro de la Segunda Par-
te

e de mi Hiſtoria, me parece, que de paſſo to-
bé alli eſte nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien
podrá ſer, reſpondió Sancho; dexemosle apear,
que deſpues ſe lo preguntarémos. El Cavallero
e apeó, y frontero del apoſento de Don Qui-
xote, la hueſpeda le dió una ſala baxa, enjae-
zada con otras pintadas ſargas, como las que
tenia la eſtancia de Don Quixote. Puſoſe el re-
cien venido Cavallero à lo de Verano; y ſa-
liendoſe al portal del Meſon, que era eſpacio-
ſo, y freſco, por el qual ſe paſeaba Don Qui-
xote, le preguntó: Adonde bueno camina
vueſtra merced, ſeñor Gentil-hombre? Y Don
Quixote le reſpondió: A una Aldéa, que eſtá
aqui cerca, de donde ſoy natural. Y vueſtra
merced donde camina? Yo, ſeñor, reſpondió
el Cavallero, voy à Granada, que es mi Pa-
tria. Y buena Patria, replicó Don Quixote; pe-
ro digame vueſtra merced por cortesía ſu nom-
bre, porque me parece, que me ha de impor-
tar ſaberlo, mas de lo que buenamente podré
decir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, reſ-
pondió el hueſped. A lo que replicó Don Qui-
xote: Sin duda alguna pienſo, que vueſtra mer-
ced debe de ſer aquel Don Alvaro Tarfe, que
anda impreſſo en la Segunda Parte de Don
Quixote de la Mancha, recien impreſſa, y da-
da à luz del mundo por un Author moderno.
El miſmo ſoy, replicó el Cavallero; y el tal
Don Quixote, ſugeto principal de la tal Hiſto-
ria,

ria, fue grandiſſimo amigo mio, y yo fuí e
que le ſacó de ſu tierra, ò à lo menos le mov
à que vinieſſe à unas Juſtas à Zaragoza, adon
de yo iba, y en verdad, en verdad, que le hi
ce muchas amiſtades, y que le quité de que le
palmeaſſe el verdugo las eſpaldas, por ſer de-
maſiadamente atrevido. Y digame vueſtra mer-
ced, ſeñor Don Alvaro, parezco, yo en algo à
eſſe tal Don Quixote, que vueſtra merced di-
ce? No por cierto, reſpondió el hueſped, en
ninguna manera. Y eſſe Don Quixote, dixo el
nueſtro, traía conſigo algun eſcudero llamado
Sancho Panza? Si traía, reſpondió Don Alvaro;
y aunque tenia fama de muy gracioſo, nunca le
ohí decir gracia que la tuvieſſe. Eſſo creo yo
muy bien, dixo à eſta ſazon Sancho, porque
el decir gracias no es para todos; y eſſe San-
cho, que vueſtra merced dice, ſeñor Gentil-
hombre, debe de ſer algun grandiſſimo bella-
co, frion, y ladron juntamente, que el verda-
dero Sancho Panza ſoy yo, que tengo mas
gracias que llovidas; y ſino, haga vueſtra
merced la experiencia, y andeſe tras de mi por
lo menos un año, y verá, que ſe me caen à
cada paſſo, y tales, y tantas, que ſin ſaber yo
las mas veces lo que me digo, hago reir à
quantos me eſcuchan: y el verdadero Don
Quixote de la Mancha, el famoſo, el valiente,
el diſcreto, el enamorado, el desfacedor de
agravios, el tutór de pupilos, y huerfanos, el
am-

amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por unica señora à la sin par Dulcinéa del Toboso, es este señor, que està presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burlería, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro; porque mas gracias haveis dicho vos, amigo, en quatro razones que haveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le he ohido hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilón, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso; y tengo por sin duda, que los encantadores, que persiguen à Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mi con Don Quixote el malo; pero no sè què me diga, que osfaré yo jurar, que le dexo metido en la casa del Nuncio de Toledo, para que le curen, y ahora remanece aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè si soy bueno; pero sè decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haverme dicho, que esse Don Quixote fantastico se havia hallado en las Justas de essa Ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas de el mundo su mentira; y assi me passé de claro à Barcelona, archivo de la cortesía, alvergue de

los

los eſtrangeros, Hoſpital de los pobres, Patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correſpondencia grata de firmes amiſtades, y en ſitio, y en belleza unica; y aunque los ſuceſſos, que en ella me han ſucedido no ſon de mucho guſto, ſino de mucha peſadumbre, los llevo ſin ella, ſolo por haverla viſto. Finalmente, ſeñor Don Alvaro Tarfe, yo ſoy Don Quixote de la Mancha, el miſmo que dice la fama, y no eſſe deſventurado, que ha querido uſurpar mi nombre, y honrarſe con mis penſamientos: à vueſtra merced ſuplico, por lo que debe à ſer Cavallero, ſea ſervido de hacer una declaracion ante el Alcalde de eſte Lugar, de que vueſtra merced no me ha viſto en todos los dias de ſu vida haſta ahora, y de que yo no ſoy el Don Quixote impreſſo en la Segunda Parte, ni eſte Sancho Panza mi eſcudero es aquel, que vueſtra merced conoció. Eſſo haré yo de muy buena gana, reſpondió Don Alvaro, pueſto que cauſe admiracion vér dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un miſmo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y buelvo à decir, y me afirmo, que no he viſto lo que he viſto, ni ha paſſado por mi lo que ha paſſado. Sin duda, dixo Sancho, que vueſtra merced debe de eſtár encantado, como mi ſeñora Dulcinèa del Toboſo; y pluguiera al Cielo, que eſtuviera el deſencanto de vueſtra merced en darme otros

res mil y tantos azotes como me doy per ella, que yo me los diera sin interés alguna. No entendiendo esso de azotes, dixo Don Alvaro; y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que èl se lo contaria, si acaso iban un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro; entró acaso el Alcayde del Pueblo en el Meson con el Escrivano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una peticion, de que à su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli estaba presente, declaraffe ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assimismo estaba alli presente, y que no era aquel que andaba impresso en una Historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordecillas. Finalmente, el Alcalde proveyó juridicamente, la declaracion se hizo con todas las fuerzas, que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importára mucho semejante declaracion, y no mostrára claro la diferencia de los dos Don Quixote, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: muchas de cortesías, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañó à Don Alvaro

varo Tarſe del error en que eſtaba, el qual l
dió à entender, que devia de eſtár encantado
pues tocaba con la mano dos tan contrario
Don Quixotes. Llegó la tarde, partieronſe d
aquel Lugar, y à obra de media legua ſe
apartaban dos caminos diferentes, el uno qu
guiaba à la Aldéa de Don Quixote, y el otro
el que havia de llevar Don Alvaro. En eſte po-
co eſpacio le contó Don Quixote la deſgracia
de ſu vencimiento, el encanto, y el remedio
de Dulcinèa, que todo puſo en nueva admira-
cion à Don Alvaro, el qual abrazando à Don
Quixote, y à Sancho, ſiguió ſu camino, y
Don Quixote el ſuyo, que aquella noche
la paſſó entre otros árboles, por dar lugar
à Sancho de cumplir ſu penitencia, que la
cumplió del miſmo modo que la paſſada noche
à coſta de las cortezas de las hayas, harto
mas que de ſus eſpaldas, que las guardó tanto,
que no pudieran quitar los azotes una moſca,
aunque la tuviera encima. No perdió el enga-
ñado Don Quixote un ſolo golve de la cuenta,
y halló, que con los de la noche paſſada eran
tres mil y veinte y nueve. Parece, que havia
madrugado el Sol à vér el ſacrificio, con cuya
luz bolvieron à proſeguir ſu camino, tratando
entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de
quan bien acordado havia ſido tomarle ſu de-
claracion ante la Juſticia, y tan autenticamen-
te. Aquel dia, y aquella noche caminaron ſin

ſu-

ucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en ella acabó Sancho su taréa, de que quedó Don Quixote contento sobre modo; y esperaba el dia, por vèr si en el camino topaba ya desencantada à Dulcinèa su señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinèa del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promessas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldéa, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deseada Patria, y mira que buelve à ti Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado, abre los brazos, y recibe tambien à tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sì mismo, que segun èl me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede; dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien Cavallero me iba. Dexate de essas sandeces (dixo Don Quixote) y vamos con pie derecho à entrar en nuestro Lugar, donde darémos vado à nuestras imaginaciones, y la traza, que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su Pueblo.

*** * ***

CAPI-

CAPITULO LXXIII.

De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar en su Aldèa, con otros sucessos, que adornan, y acreditan esta grande Historia.

A La entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quixote, que en las heras del Lugar estaban riñendo dos muchachos; y el uno dixo al otro: No te canses, Periquillo que no le has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo à Sancho

No

No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho? No la has de vèr en todos los dias de tu vida. Pues bien, què importa, reſpondió Sancho, que haya dicho eſſo el muchacho? Què? reſpondió Don Quixote, no vès tu, que aplicando aquella palabra à mi intencion, quiere ſignificar, que no tengo de vèr mas à Dulcinèa? Queriale reſponder Sancho, quando ſe lo eſtorvó vèr, que por aquella campaña veníа huyendo una liebre, ſeguida de muchos galgos, y cazadores: la qual temeroſa ſe vino à acoger, y à agazapar debaxo de los pies del rucio: cogióla Sancho à mano ſalva, y preſentóſela à Don Quixote, el qual eſtaba diciendo: *Malum ſignum, malum ſignum*: liebre huye, galgos la ſiguen, Dulcinéa no parece. Eſtraño es vueſtra merced, dixo Sancho: preſupongamos, que eſta liebre es Dulcinéa del Toboſo, y eſtos galgos que la perſiguen ſon los malandrines encantadores, que la transformaron en Labradora; ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de vueſtra merced, que la tiene en ſus brazos, y la regala, que mala ſeñal es eſta, ni qué mal aguero ſe puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia ſe llegaron à vér la liebre; y al uno de ellos preguntó Sancho, que por què reñian? Y fuele reſpondido, por el que le havia dicho, no la verás mas en toda tu vida, que èl havia tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la qual no penſaba

ba bolverſela en toda ſu vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióſelos a muchacho por la jaula, y puſoſela en las manos à Don Quixote, diciendo: E aqui, ſeñor rompidos, y deſvaratados eſtos agueros, que no tienen que vèr mas con nueſtros ſuceſſos ſegun que yo imagino, aunque tonto, que con las nuves de antaño: y ſi no me acuerdo mal he ohido decir al Cura de nueſtro Pueblo, que no es de perſonas Chriſtianas, ni diſcretas, mirar en eſtas niñerías, y aun vueſtra merced me lo dixo los dias paſſados, dandome à entender que eran tontos todos aquellos Chriſtianos, que miraban en agueros; y no es meneſter hacer hincapiè en eſto, ſino paſſemos adelante, y entremos en nueſtra Aldéa. Llegaron los Cazadores, pidieron ſu liebre, y dióſela Don Quixote: paſſaron adelante, y à la entrada del Pueblo toparon à un pradillo rezando al Cura, y al Bachillér Carraſco; y es à ſaber, que Sancho havia echado ſobre el rucio, y ſobre el lio de las armas, para que ſirvieſſe de repoſtero, la tunica de bocaci, pintada de llamas de fuego, que le viſtieron en el Caſtillo del Duque la noche que bolvió en sì Altiſidora; acomodóle tambien la corona en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno con que ſe vió jamás jumento en el mundo: fueron luego conocidos los dos del Cura, y el Bachillér, que ſe vinieron à ellos con los brazos abiertos. Apeóſe Don Qui-

Quixote, y abrazóles eſtrechamente; y los mu-
chachos, que ſon linces no eſcuſados, diviſa-
on la coroza del jumento, y acudieron à ver-
e, y decian unos à otros: Venid muchachos, y
vereis el aſno de Sancho mas galán que Mingo,
y la beſtia de Don Quixote mas flaca hoy, que
el primer dia. Finalmente, rodeados de mu-
chachos, y acompañados del Cura, y el Ba-
chillèr, entraron en el Pueblo, y ſe fueron à
caſa de Don Quixote, y hallaron à la puerta de
ella al ama, y à la ſobrina, à quien ya havian
legado las nuevas de ſu venida; ni mas, ni me-
nos ſe las havian dado à Tereſa Panza, muger
le Sancho, la qual deſgreñada, y medio deſ-
nuda, trayendo de la mano à Sanchica ſu hija,
cudió à vèr à ſu marido; y viendole no tan
bien deliñado, como ella ſe penſaba que havia
le eſtár un Governador, le dixo: Cómo venís
aſſi, marido mio, que me parece, que venís à
pie, y deſpeado, y mas traeis ſemejanza de
deſgovernado, que de Governador? Calla Te-
reſa, reſpondió Sancho, que muchas veces,
donde hay eſtacas, no hay tocinos; y vamonos
à nueſtra caſa, que allá oirás maravillas; di-
neros traygo, que es lo que importa, ganados
por mi induſtria, y ſin daño de nadie. Traed
vos dineros, mi buen marido, dixo Tereſa, y
ſean ganados por aqui, ó por alli, que como
quiera que los hayais ganado, no havreis he-
cho uſanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchi-

ca à ſu padre, y preguntóle ſi traia algo, que le eſtaba eſperando como el agua de Mayo; y aſiendole de un lado del cinto, y ſu muger de la mano, tirando ſu hija al rucio, ſe fueron à ſu caſa, dexando à Don Quixote en la ſuya en poder de ſu ſobrina, y de ſu ama, y en compañia del Cura, y del Bachillèr. Don Quixote, ſin guardar terminos, ni horas, en aquel miſmo punto ſe apartó à ſolas con el Bachillér, y el Cura, y en breves razones les contó ſu vencimiento, y la obligacion en que havia quedado de no ſalir de ſu Aldèa en un año, la qual penſaba guardar al pie de la letra, ſin traſpaſſarla en un atamo, bien aſſi como Cavallero Andante, abligado por la puntualidad, y orden de la Andante Cavalleria; y que tenia penſado de hacerſe aquel año Paſtor, y entretenerſe en la ſoledad de los campos, donde à rienda ſuelta podia dár vado à ſus amoroſos penſamientos, exercitandoſe en el paſtoral, y virtuoſo exercicio; y que les ſuplicaba, ſi no tenian mucho que hacer, y no eſtaban impedidos en negocios mas importantes, quiſieſſen ſer ſus compañeros, que el compraria ovejas y ganado ſuficiente, que les dieſſe nombre de Paſtores: y que les hacia ſaber, que lo mas principal de aquel negocio eſtaba hecho, porque les tenia pueſtos los nombres, que les vendrian como de molde. Dixole el Cura, que los dixeſſe. Reſpondió Don Quixote, que èl ſe havia de llamar el Paſtor

Qui-

Quixotiz, y el Bachillèr, el Paſtor Carraſcón, y el Cura, el Paſtor Curiambro, y Sancho Panza, el Paſtor Pancino. Paſmaronſe todos de vèr la nueva locura de Don Quixote; pero porque no ſe les fueſſe otra vez del Pueblo à ſus Cavallerias, eſperando, que en aquel año podria ſer curado, concedieron con ſu nueva intencion, y aprobaron por diſcreta ſu locura, ofreciendoſele por compañeros en ſu exercicio; y mas, dixo Sanſon Carraſco, que como ya todo el mundo ſabe, yo ſoy celeberrimo Poeta, y à cada paſſo compondrè verſos paſtoriles, ò cortesanos, ò como mas me viniere à cuento, para que nos entretengamos por eſſos andurriales, donde havemos de andar: y lo que mas es meneſter, ſeñores mios, es, que cada uno eſcoja el nombre de la Paſtora, que pienſa celebrar en ſus verſos, y que no dexemos arbol, por duro que ſea, donde no la rotule, y grave ſu nombre, como es uſo, y coſtumbre de los enamorados Paſtores. Eſſo eſtá de molde, reſpondió Don Quixote, pueſto que yo eſtoy libre de buſcar nombre de Paſtora fingida, pues eſtá aí la fin par Dulcinèa del Toboſo, gloria de eſtas riberas, adorno de eſtos prados, ſuſtento de la hermoſura, nata de los donayres; y finalmente, ſugeto ſobre quien puede aſſentar bien toda alabanza, por hyperbole que ſea. Aſſi es verdad, dixo el Cura; pero noſotros buſcarèmos por aí Paſtoras mañeruelas, que ſi no nos

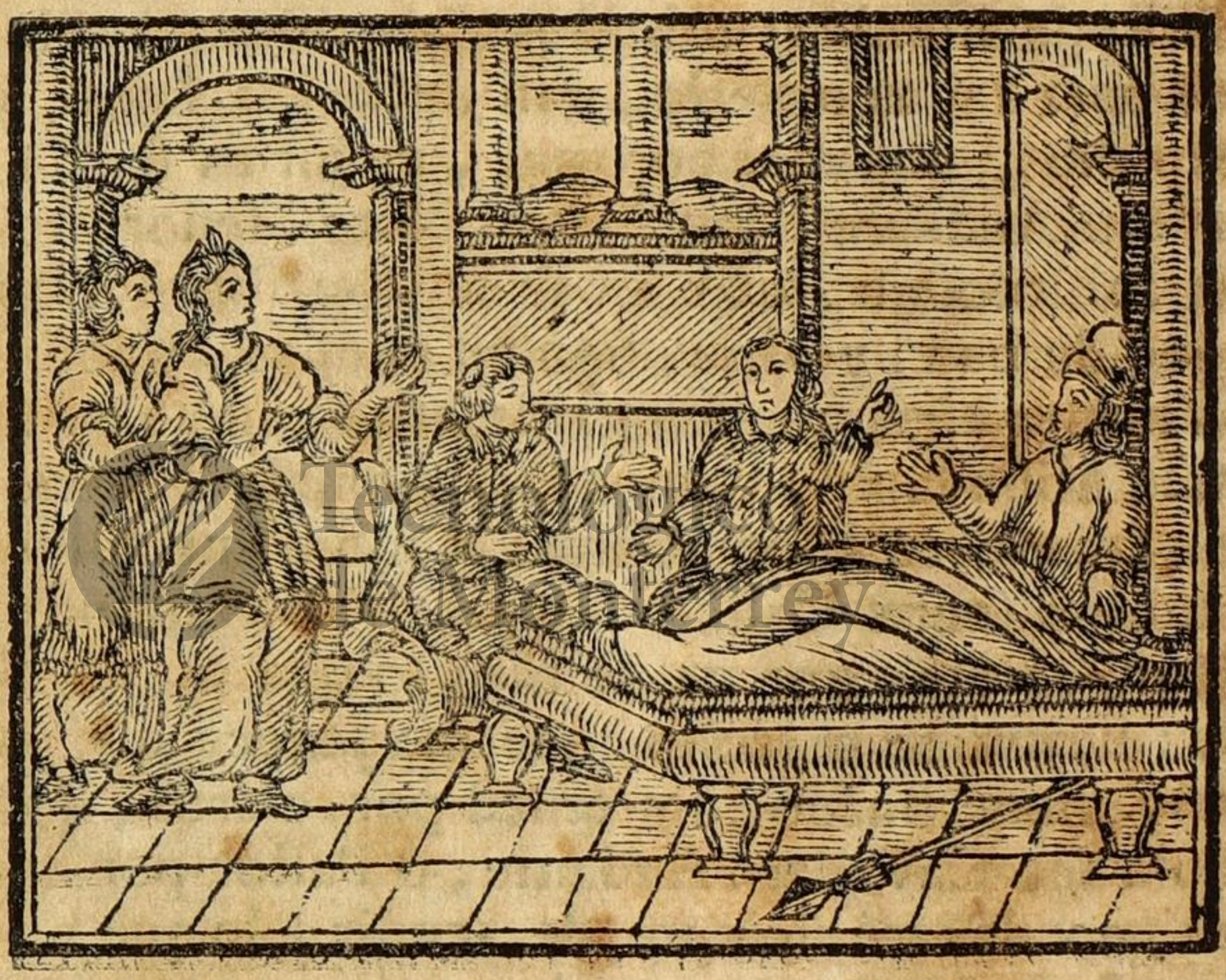
quadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: Y quando faltare, darèmosles los nombres de las estampadas, é impressas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galatèas, y Belisardas, que pues las venden en las Plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama (ó por mejor decir mi Pastora) por ventura se llamare Ana, lo celebrarè debaxo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamarè yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta Cofadría, podrá celebrar à su muger Teresa Panza con nombre de Teresayna. Rióse Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañia, todo el tiempo que le vacasse de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de èl, y le rogaron, y aconsejaron tuviesse cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuesse bueno. Quiso la suerte, que su sobrina, y el ama oyeron la platica de los tres; y assi que se fueron, se entraron entrambas con Don Quixote, y la sobrina le dixo: Què es esto, señor tio? ahora que pensabamos nosotras, que vuestra merced bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella una vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciendose Pastorcillo, tu que vienes

nes Paſtorcico, tu que vás? pues en verdad que eſtá ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: Y podrá vueſtra merced paſſar en el campo las fieſtas del Verano, los ſerenos de el Invierno, y el ahullidos de los lobos? no por cierto, que eſte es exercicio, y oficio de hombres robuſtos, curtidos, y criados para tal miniſterio, caſi deſde las fajas, y mantillas; aun mal por mal, mejor es ſer Cavallero Andante, que Paſtor. Mire, ſeñor, tome mi conſejo, que no ſe le doy ſobre eſtar harta de pan, y vino, ſino en ayunas, y ſobre cinquenta años que tengo de edad: eſtèſe en ſu caſa, atienda à ſu hacienda, confieſſe à menudo, favorezca à los pobres, y ſobre mi anima ſi mal le fuere. Callad, hijas, las reſpondió Don Quixote, que ya sè bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me parece que no eſtoy muy bueno, y tened por cierto, que ahora ſea Cavallero Andante, ò Paſtor por andar, no dexaré ſiempre de acudir à lo que huvieredes meneſter, como lo veréis por la obra; y las buenas hijas (que lo eran ſin duda) ama, y ſobrina, le llevaron à la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo poſſible.

***)(¶)(***

CAPITULO LXXIV.

De como Don Quixote cayó malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.



COmo las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quixote no tuviesse privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin, y acabamiento, quando èl menos lo pensaba, porque, ò ya fuesse de la melancolía, que le causaba

faba el verſe vencido, ò ya por la diſpoſicion del Cielo, que aſſi lo ordenaba, ſe le arraygó una calentura, que le tuvo ſeis dias en la cama, en los quales fué viſitado muchas veces del Cura, Bachillèr, y Barbero ſus amigos, ſin quitarſele de la cabecera Sancho ſu buen eſcudero. Eſtos (creyendo que la peſadumbre de verſe vencido, y de no vèr cumplido ſu deſeo en la libertad, y deſencanto de Dulcinèa, le tenia de aquella ſuerte) por todas las vias poſſibles procuraban alegrarle, diciendole el Bachillér, que ſe animaſſe, y levantaſſe, para comenzar ſu paſtoral exercicio, para el qual tenia ya compueſta una Egloga, que mal año para quantas Sanazo havia compueſto, y que ya tenia comprados de ſu proprio dinero dos famoſos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, el otro Brutón, que ſe los havia vendido un Ganadero del Quintanár; pero no por eſſo dexaba Don Quixote ſus triſtezas: llamaron ſus amigos al Medico, tomóle el pulſo, y no le contentó mucho, y dixo, que por sí, ó por no, atendieſſe à la ſalud de ſu alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyóſo Don Quixote con animo ſoſſegado; pero no lo oyeron aſſi ſu ama, ſu ſobrina, y ſu eſcudero, los quales comenzaron à llorar tan tiernamente, como ſi ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del Medico, que melancolías, y deſabrimientos le acababan. Rogó Don Quixote que le dexaſſen ſo-

ſolo, porque queria dormir un poco. Hicieron-lo aſſi, y durmió de un tirón (como dicen) mas de ſeis horas, tanto, que penſaron el ama, y la ſobrina, que ſe havia de quedar en el ſueño. Deſpertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo : Bendito ſea el poderoſo Dios, que tanto bien me ha hecho : en fin, ſus miſericordias no tienen limete, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Eſtuvo atenta la ſobrina à las razones del tio, y parecieron mas concertadas, que èl ſolía decirlas, à lo menos en aquella enfermedad ; y preguntóle, qué es lo que vueſtra merced dice, ſeñor ? tenemos algo de nuevo ? què miſericordias ſon eſtas, ò què pecados de los hombres ? Las miſericordias, reſpondió Don Quixote, ſobrina, ſon las que en eſte inſtante ha uſado Dios conmigo, à quien, como dixe, no las impiden mis pecados ; yo tengo juício ya libre, y claro, ſin las ſombras caliginoſas de la ignorancia, que ſobre èl me puſieron mi amarga, y continua leyenda de los deteſtables libros de las Cavallerias : yá conozco ſus diſparates, y embeleco, y no me peſa ſino que eſte deſengaño ha llegado tan tarde, que no me dexe tiempo para hacer alguna recompenſa, leyendo otros, que ſean luz del alma : yo me ſiento, ſobrina, à punto de muerte, querría hacerla de tal modo, que dieſſe à entender, que havia ſido mi vida tan mala, que dexaſſe renombre de loco, que pueſ-

to que lo he ſido, no quería confirmar eſta verdad en mi muerte, llamame, amiga, à mis buenos amigos, al Cura, al Bachillér Sansón Carraſco, y à Maeſſe Nicolás el Barbero, que quiero confeſſarme, y hacer mi Teſtamento; pero de eſte trabajo ſe eſcusó la ſobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos ſeñores, de que yo ya no ſoy Don Quixote de la Mancha, ſino Alonſo Quixano, à quien mis coſtumbres me dieron renombre de Bueno. Ya ſoy enemigo de Amadís de Gaula, y de toda la infinita caterva de ſu linage; ya me ſon odioſas todas las hiſtorias profanas de la Andante Cavalleria; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puſieron haverlas leído; ya, por miſericordia de Dios, eſcarmentado en cabeza propria, las abomíno. Quando eſto le oyeron decir los tres, creyeron ſin duda, que alguna nueva locura le havia tomado. Y Sansón le dixo: Ahora, ſeñor Don Quixote, que tenemos nueva, que eſtá deſencantada la ſeñora Dulcinèa, ſale vueſtra merced con eſſo? y ahora que eſtamos tan apique de ſer Paſtores, para paſſar cantando la vida como unos Principes, quiere vueſtra merced hacerſe Hermitaño? Calle por ſu vida, buelvà en sì, y dexeſe de cuentos. Los de haſta aqui, replicó Don Quixote, que han ſido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi pro-

provecho. Yo señores, siento que me voy muriendo à toda priessa, dexense burlas à parte, y trayganme un Confessor, que me confiesse, y un Escrivano que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y assi suplico, que en tanto que el señor Cura me confiessa, vayan por el Escrivano. Miraronse unos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda le quisieron creer, y una de las señales por donde congeturaron se moría, fuè el haver buelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; porque à las yá dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tán Christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer, que estaba cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedóse solo con èl, y confessóle. El Bachillèr fuè por el Escrivano, y de alli à poco bolvió con èl, y con Sancho Panza; el qual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachillèr en que estado estaba su señor, hallando à la ama, y à la sobrina lloroſas) comenzó à hacer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabóse la confession, y salió el Cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno, bien podemos entrar para que haga su Testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujón à los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero; de tal manera, que

los

os hizo reventar las lagrimas de los ojos, y mil profundos ſuſpiros del pecho, por que verdaderamente (como alguna vez ſe ha dicho) en tanto que Don Quixote fué Alonſo Quixano el Bueno á ſecas, y en tanto que fué Don Quixote de la Mancha, fué ſiempre de apaſſible condicion, y de agradable trato; y por eſto no ſolo era bien querido de los de ſu caſa, ſino de todos quantos le conocian. Entró el Eſcrivano con los demás, y deſpues de haver hecho la cabeza del Teſtamento, y ordenado ſu alma Don Quixote, con todas aquellas circunſtancias Chriſtianas que ſe requieren, llegando à las mandas, dixo: Item, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (à quien en mi locura hice mi eſcudero) tiene, que porque ha havido entre èl, y mi ciertas cuentas, y dires, y tomares, quiero que no ſe le haga cargo de ellos, ni ſe le pida cuenta alguna, ſino que ſi ſobrare alguno, deſpues de haverſe pagado de lo que le debo, el reſtante ſea ſuyo, que ſerá bien poco, y buen provecho le haga: y ſi como eſtando yo loco fuí parte para darle el Govierno de la Inſula, pudiera ahora, eſtando cuerdo, darle el de un Reyno, ſe le diera, porque la ſencillèz de ſu condicion, y fidelidad de ſu trato lo merece; y bolviendoſe à Sancho le dixo: Perdoname, amigo, de la ocaſion que te he dado de parecer loco como yo, haciendote caer en el error en que yo he caído, de que huvo y hay

Cava-

Cavalleros Andantes en el mundo. Ay ! reſpondió Sancho llorando, no ſe muera vueſtra merced, ſeñor mio, ſino tome mi conſejo, y viva muchos años, porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en eſta vida, es dexarſe morir ſin mas, ni mas ſin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolía: mire no ſea perezoſo, ſino levanteſe de eſſa cama, y vamonos al campo, veſtidos de Paſtores (como tenemos concertado) quizás tras de alguna mata hallarèmos à la ſeñora Dulcinéa deſencantada, que no haya mas que vèr. Si es que ſe muere de peſar de verſe vencido, echame à mi la culpa, diciendo, que por haver yo cinchado mal à Rocinante, le derribaron, quanto mas, que vueſtra merced havrá viſto en ſus libros de Cavallerias ſer coſa ordinaria derribarſe unos Cavalleros à otros, y el que es vencido hoy, ſer vencedor mañana. Aſſi es, dixo Sansòn; y el buen Sancho Panza eſtá muy en la verdad de eſtos caſos. Señores, dixo Don Quixote, vámonos poco à poco, pues ya en los nidos de entaño, no hay paxaros ogaño; yo fuî loco, y ya ſoy cuerdo; fuí Don Quixote de la Mancha, y ſoy ahora (como he diccho) Alonſo Quixano el Bueno; pueda con vueſtras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme à la eſtimacion que de mi ſe tenia, y proſiga adelante el ſeñor Eſcrivano. Item mando toda mi hacienda, à puerta cerrada, à Antonia

Qui-

Quixano mi ſobrina, que eſtá preſente, haviendo ſacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere meneſter para cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera ſatisfaccion que ſe haga, quiero que ſea pagar el ſalario que debo, del tiempo que mi ama me ha ſervido, y mas veinte ducados para un veſtido. Dexo por mis Albacèas al ſeñor Cura, y al ſeñor Bachillér Sansón Carraſco, que eſtán preſentes. Item, es mi voluntad, que ſi Antonia Quixano mi ſobrina quiſiere caſarſe, ſe caſe con hombre de quien primero ſe haya hecho informacion, que no ſabe què coſa ſean los libros de Cavallerias: y en caſo que ſe averiguare que lo ſabe, y con todo eſſo mi ſobrina quiſieſſe caſarſe con èl, y ſe caſare, pierda todo lo que la he mandado, lo qual pueden mis Albeceas deſtribuìr en obras pías à ſu voluntad. Item, ſuplíco à los dichos mis Albacéas, que ſi la buena ſuerte les traxere à conocer al Author, que dicen que compuſo una Hiſtoria, que anda por aí, con el titulo de la *Segunda Parte de las Hazañas de Don Quixote de la Mancha*, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ſer pueda, perdone la ocaſion, que, ſin yo penſarlo, le dí, de haver eſcrito tantos, y tan grandes diſparates como en ella eſcrive, porque parto de eſta vida con eſcrupulo de haverle dado motivo para eſcrivirlos. Cerró con eſto el Teſtamento, y tomandole un deſmayo, ſe tendió de largo à largo en la cama.

Al-

Alborotaronse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias que vivió despues de este donde hizo el Testamento, se desmayaba muy à menudo: andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho, que esto del heredar algo borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto. En fin llegó el ultimo de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haver abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallóse el Escrivano presente, y dixo: Que nunca havia leído en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero Andante huviesse muerto en su lecho tan sossegadamente, y tan Christiano como Don Quixote. El qual entre compassiones, y lagrimas de los que alli se hallaron, dió su espiritu (quiero decir, que se murió.) Viendo lo qual el Cura, pidió al Escrivano le diesse por Testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, havia passado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal Testimonio pedia, para quitar la ocasion de que algun otro Author, que Cide Hamete Benengeli le resucitasse falsamente, è hiciesse inacables Historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar, que todas

las

s Villas, y Lugares de la Mancha contendieſ-
n entre sí, por ahijarſele, y tenerſele per ſu-
o, como contendieron las ſiete Ciudades de
recia por Homero. Dexanſe de poner aqui
os llantos de Sancho, ſobrina, y ama de Don
uixote, y los nuevos Epitafios de ſu ſepultu-
a; aunque Sansón Carraſco le puſo eſte:

YAce aqui el Hidalgo fuerte,
Que á tanto eſtremo llegó
De valiente, que ſe advierte,
Que la muerte no triunfó
De ſu vida con ſu muerte.
Tuvo à todo el mundo en poco,
Fuè el eſpantajo, y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditó ſu ventura
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentiſſimo Cide Hamete dixo à ſu
oluma: Aqui quedarás colgada de eſta eſpete-
a, y de eſte hilo de alhambre, ni sè ſi bien
ortada, ò mal tajada, Peñola mia adonde vi-
irás luengos ſiglos, ſi preſumptuoſos, y ma-
andrines Hiſtoriadores no te deſcuelgan para
rofanarte; pero antes que à tí lleguen, les
uedes advertir, y decirlos, en el mejor modo
ue pudieres: Tate, tate, folloncicos, de nin-
guno ſea tocada, porque eſta empreſſa, buen
Rey, para mi eſtaba guardada.

Para mi ſola nació D. Quixote, y yo para él;

él supo obrar, y yo escrivir; solo los dos somo
para en uno, à despecho, y pesar del Escrito
fingido, y Tordesillesco, que se atreviò, ò s
ha de atrever á escrivir con pluma de Abestru
grossera, y mal deliñada, las hazañas de mi va
leroso Cavallero, porque no es carga de su
hombros, ni assumpto de su resfriado ingenio
à quien advertirás (si llegas à conocerle) qu
dexe reposar en la sepultura à los cansados, y
ya podridos hueffos de Don Quixote, y no l
quiera llevar, contra todos los fueros de l
muerte, à Castilla la Vieja, haciendole salir d
la fuessa, donde real, y verdaderamente yac
tendido de largo à largo, impossibilitado d
hacer tercera jornada, y salida nueva; que para
hacer burla de tantas como hicieron tantos An
dantes Cavalleros, bastan las dos que él hizo
tan à gusto, y beneplacito de las gentes, à cu
ya noticia llegaron, assi en estos como en lo
estraños Reynos; y con esto cumplirás con t
christiana profession, aconsejando bien à quie
mal te quiere, y yo quedarè satisfecho, y ufa
no de haver sido el primero, que gozó el frut
de sus Escritos enteramente, como deseaba
pues no ha sido otro mi deseo, que poner e
aborrecimiento de los hombres las fingidas,
disparatadas Historias de los libros de Cavalle
rias, que por las de mi verdadero Don Quixo
te ván ya tropezando, y han de caer del tod
sin duda alguna. VALE.

EL

EL PLAñIDOR EX-PRESIDENTE de la Academia de la Argamasilla, en la muerte de Hercules de la Mancha.

CANCION.

AQuel Manchego Alcides,
Que Andantes exerció Cavallerias
Amparador de huerfanas Doncellas;
Aquel que en varias lides
Mal gastó noches tantas, como dias,
Y tantas ganó glorias, como bellas
Refulgentes estrellas
Adornan el hermoso Firmamento,
Yá al cruel, yá al violento
Golpe de parca fiera,
Convertido se mira en calavera.
Mortal, repara atento
De quan poco sirvieron las hazañas,
Rendir Leones, rebanar Gigantes;
Mira en el Monumento
Aquel, que en aventuras tan estrañas
Fuè nata, espuma, y flor de los Andantes;
Y observa, que el que antes
Audáz miraste, para nobles fines,
Desbaratar Follones, Malandrines,
A rigores del hado,
Por fin, en lo que todos ha parado.

Tecnológico de Monterrey

EL PORFIADO ERUDITISSIMO, SOCIO de la Argamasillesca Academia previene à Sancho lo que debe practicar en la grave perdida de su Señor.

ENDECHAS.

SAncho, pues duro golpe
De hado follón previno
Perdiesses en tu Amo
De aquel Reyno in spe todo el dominio.
Plañe, y llora à maromas,
Pues es poco hilo à hilo,
Para tamaña cuyta,
Golpe descomunal, y alto conflicto.
Mesa las toscas barbas,
Y mustio, y amarrido,
Haz con cien bofetadas
Afrenta del pimiento à tus carrillos,
Magulla à cabezadas
Esse del sesso hospicio,
Esse de tus refranes
Inagotable, singular archivo.
Date en las possas tanto
Cruèl azote impío,
Como era necessario,
Para desancantar aquel prodigio.
Egecutalo luego,
Pues assi havrás cumplido
Por fin de tus andanzas,
Con tu lealdad, tu amor, y tontissimo.

EL

EL...SECRETARIO DE LA ACA-demia dá el parabien à Teresa Panza en la conversion de su marido.

SONETO.

YA se acabó, Teresa, la locura,
Que arrastró à Panza, tu querido esposo;
Ya gozarás el fruto cariñoso
Del Matrimonio, que bendijo el Cura.
El parabien te doy, pues te assegura,
Faltando Don Quixote, tu reposo,
Que Sancho solamente querrà ansioso
En tu Govierno el gusto, y la ventura,
Si buelves à parir, como hiciste antes,
Tus hijos, para huir tales empleos,
Digan con devocion todos los dias:
Librenos el Señor de Amos Andantes,
No nos dexe caer en devanèos,
Y no permita, Amen, Cavallerías.

TABLA DE LOS CAPITULOS, de eſte quarto Tomo de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha.

LIBRO SEPTIMO.

CAP. XXXIII. *De la ſabroſa platica, que la Duqueſa, y ſus Doncellas paſſaron con Sancho Panza, digna de que ſe lea, y de que ſe note,* pag. 1.

Cap. XXXIV. *De la noticia que ſe tuvo de como ſe havia de deſencantar la ſin par Dulcinèa del Toboſo que es una de las aventuras mas famoſas de eſte Libro,* pag. 12.

Cap. XXXV. *Donde ſe proſigue la noticia que tuvo Don Quixote del deſencanto de Dulcinèa, con otros admirables ſuceſſos,* pag. 24.

Cap. XXXVI. *Donde ſe cuenta la eſtraña, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condeſa Trifaldi, con una Carta que Sancho Panza eſcrivió à ſu muger Tereſa Panza,* pag. 36.

Cap. XXXVII. *Donde ſe proſigue la famoſa aventura de la Dueña Dolorida,* pag. 44.

Cap. XXXVIII. *Donde ſe cuenta la que dió de ſu mala andanza la Dueña Dolorida,* pag. 48.

Cap. XXXIX. *Donde la Trifaldi proſigue ſu eſtupen-*

penda, y memorable Hiſtoria, pag. 57.
Cap. XL. *De coſas que atañen, y tocan à eſta aventura, y à eſta memorable Hiſtoria,* pag. 62.
Cap. XLI. *De la venida de Clavileño, con el fin de eſta dilatada aventura,* pag. 71.
Cap. XLII. *De los conſejos que dió Don Quixote à Sancho Panza antes que fueſſe à governar la Inſula, con otras coſas conſiderables,* pag. 86.
Cap. XLIII. *De los conſejos ſegundos que dió Don Quixote à Sancho Panza,* pag. 94.
Cap. XLIV. *Como Sancho Panza fuè llevado al Govierno; y de la eſtraña aventura, que en el Caſtillo ſucedió à Don Quixote,* pag. 103.
Cap. XLV. *De como el gran Sancho Panza tomó poſſeſſion de ſu Inſula, y del modo que comenzó à governar,* pag. 118.
Cap. XLVI. *Del temeroſo eſpanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el diſcurſo de los amores de la enamorada Altiſidora,* pag. 129.
Cap. XLVII. *Donde ſe proſigue como ſe portaba Sancho Panza en el Govierno,* pag. 136.
Cap. XLVIII. *De lo que ſucedió à Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duqueſa, con otros acontecimientos dignos de eſcritura, y de memoria eterna,* pag. 150.
Cap. XLIX. *De lo que ſucedió à Sancho Panza rondando ſu Inſula,* pag. 163.
Cap. L. *Donde ſe declara quien fueron los encantadores, y verdugos, que azotaron à la Dueña, pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el ſu-*

Tecnologico de Monterrey

TABLA.

ſuceſſo que tuvo el Page, que llevó la carta a Tereſa Panza, muger de Sancho Panza, pag. 180.
Cap.LI. *Del progreſſo del Govierno de Sancho Panza, con otros ſuceſſos tales como buenos, p.* 193.
Cap. LII. *Donde ſe cuenta la aventura de la ſegunda Dueña Dolorida, ò Anguſtiada, por otro nombre Doña Rodriguez, pag.* 206.

LIBRO OCTAVO.

CAP. LIII. *Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Govierno de Sancho Panza, pag.* 217.
Cap. LIV. *De coſas tocantes à eſta Hiſtoria, y no à otra alguna, pag.* 226.
Cap.LV. *De coſas ſucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no hay mas que vèr, pag.* 238.
Cap. LVI. *De la deſcomunal, y nunca viſta batalla, que paſſó entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Toſilos, en la defenſa de la bija de la Dueña Doña Rodriguez, pag.* 249.
Cap. LVII. *De como Don Quixote ſe deſpidió del Duque, y de lo que ſucedió con la diſcreta, y deſembuelta Altiſidora, Doncella de la Duquesa. pag.* 257.
Cap.LVIII. *De como menudearon ſobre Don Quixote aventuras, tantas, que no ſe daban vagar unas à otras, pag.* 263.
Cap. LIX. *Donde ſe cuenta el extraordinario ſuceſſo, que ſe puede tener por aventura, que le ſucedió à Don Quixote, pag.* 281.

Tecnológico de Monterrey

Cap.

TABLA

Cap.LX. *De lo que le ſucedió à Don Quixote yendo à Barcelona,* pag. 293.
Cap. LXI. *De lo que le ſucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras, que no tienen mas de lo verdadero, que de lo diſcreto,* pag. 312.
Cap. LXII. *De la aventura de la Cabeza encantada, con otras niñerias, que no pueden dexar de contarſe,* pag. 317.
Cap.LXIII. *De lo mal que le avino à Sancho Panza con la viſita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermoſa Moriſca,* pag. 336.
Cap. LXIV. *De la aventura, que mas peſadumbre dió à Don Quixote de quantas haſta entonces le havian ſucedido,* pag. 351.
Cap. LXV. *Donde ſe dá noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros ſuceſſos,* pag. 358.
Cap. LXVI. *De lo que verá el que lo leyere, ò lo ohirá el que lo eſcuchâre leer,* pag. 366.
Cap. LXVII. *De la reſolucion que tomó Don Quixote de hacerſe Paſtor, y ſeguir la vida del campo, en tanto que ſe paſſaba el año de ſu promeſſa, con otros ſuceſſos, en verdad guſtoſos, y buenos,* pag. 374.
Cap.LXVIII. *De la cerdoſa aventura, que le aconteció à Don Quixote,* pag. 382.
Cap. LXIX. *Del mas raro, y más nuevo ſuceſſo, que en todo el diſcurſo de eſta grande Hiſtoria avino à Don Quixote,* pag. 390.

Cap.

TABLA.

Cap. LXX. *Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas, para claridad de esta Historia,* pag. 398

Cap. LXXI. *De lo que à Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho yendo à su Aldèa,* p. 409

Cap. LXXII. *De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldèa,* pag. 418

Cap. LXXIII. *De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar de su Aldèa, con otros sucessos que adornan, y acreditan esta grande Historia,* pag. 426

Cap. LXXIV. *De como Don Quixote cayó malo del Testamento que hizo, y su muerte,* pag. 434

Tecnológico de Monterrey

FIN DEL TOMO QUARTO.

335

Tecnológico de Monterrey

Patrimonio Cultural

30002007656291

http://biblioteca.mty.itesm.mx

Digitalo
Digitalmorlanum

Universidad de Navarra

DON

QUIJOTE

4

863.3
C4197
20
1755
v.4
Colección
Carlos Prieto

Tecnológico de Monterrey

Tecnológico de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey